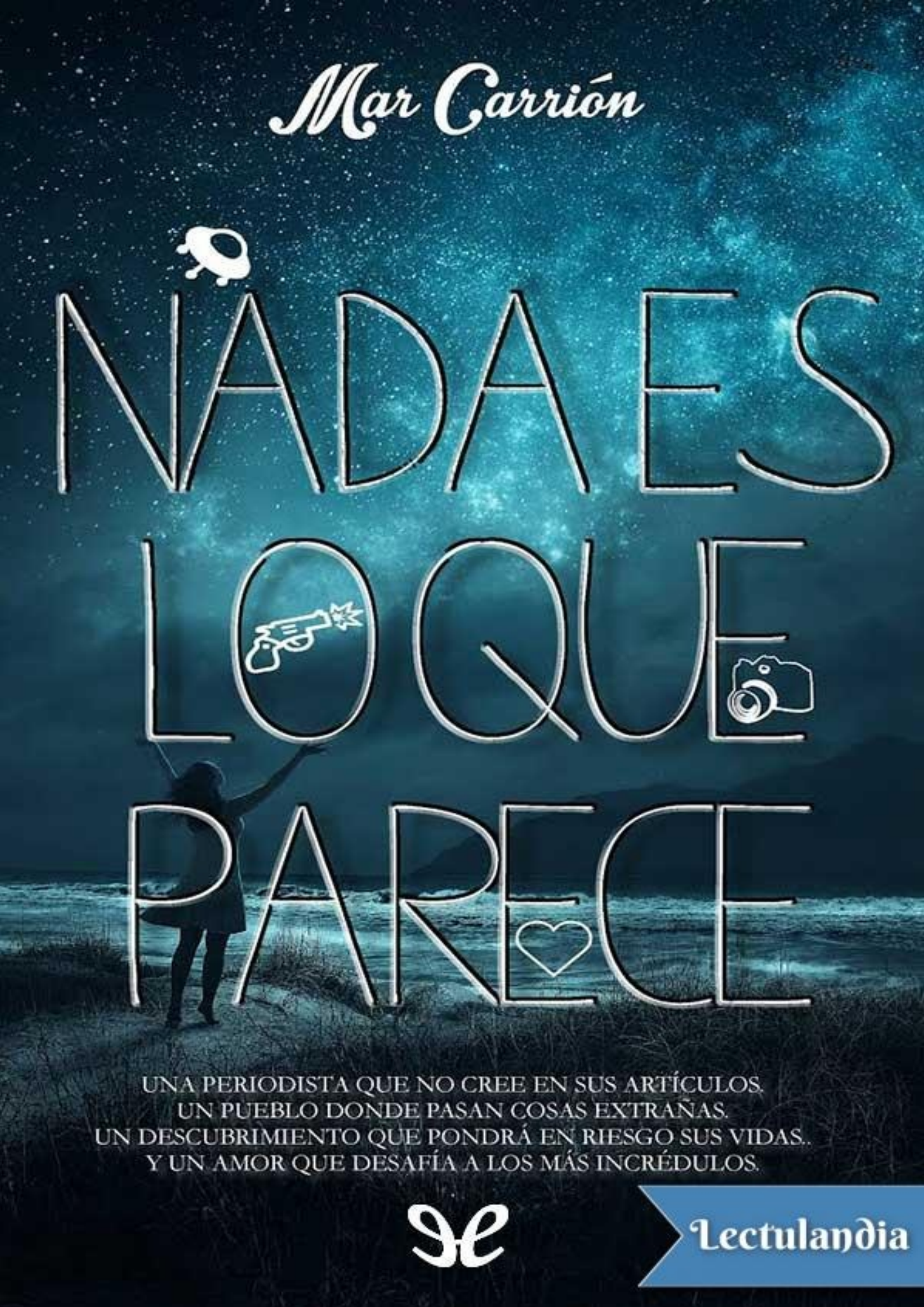


Mar Carrión



NADA ES
LO QUE
PARECE

UNA PERIODISTA QUE NO CREE EN SUS ARTÍCULOS.
UN PUEBLO DONDE PASAN COSAS EXTRAÑAS.
UN DESCUBRIMIENTO QUE PONDRÁ EN RIESGO SUS VIDAS.
Y UN AMOR QUE DESAFÍA A LOS MÁS INCRÉDULOS.



Llectulandia

Zoe Carpenter ha trabajado muy duro para llegar a ser una periodista de prestigio pero, justo cuando está a punto de conseguir entrevistar a una de las actrices más populares de Hollywood, el periodista de la competencia utiliza sus sucios ardides para arrebatarse la entrevista. El maldito Nick Rayner, tan atractivo como carismático, arruina su carrera y Zoe termina sus días investigando fenómenos de avistamientos ovni en una revista dedicada a la ufología. ¿Se puede caer más bajo?

Nick Rayner es un profesional reconocido pero tiene un serio problema, y es que acostumbra a meterse en demasiadas camas. Hasta que un día se mete en la equivocada y Nick no solo pierde su trabajo, sino que todos los periódicos importantes le cierran las puertas tras el grave escándalo que protagoniza. Cuando Zoe le ve aparecer por la redacción de «La verdad está ahí fuera», quiere que se la trague la tierra. Su jefe lo ha contratado como redactor y su mesa está justo al lado de la suya.

Pero la situación se complica un poco más cuando emprenden un viaje juntos a Peebles, un pueblo perdido en la geografía de Ohio al que acuden para realizar una investigación ovni. Pero en ese lugar pasan cosas muy extrañas, parece como si todo el mundo se hubiese vuelto loco, incluida ella, que empieza a sentir una atracción por Nick fuera de lo común. ¿Qué está pasando allí? Zoe se topa por casualidad con un entramado que pone en peligro sus vidas y entonces descubre, que nada es lo que parece.

Lectulandia

Mar Carrión

Nada es lo que parece

ePub r1.0

Titivillus 29.07.2018

Título original: *Nada es lo que parece*

Mar Carrión, 2016

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

La calefacción central mantenía la atmósfera del *Cleveland Tribune* a una temperatura agradable, pero Zoe sudaba mientras recorría los pasillos de la redacción. La rabia había hecho morada en su estómago. Desde hacía casi veinticuatro horas reprimía el impulso de liarse a patadas con lo primero que pillara en su camino. Vio a Rebecca Munt moviendo los dedos frenéticamente sobre el teclado de su ordenador y deseó convertirla en el objeto de todas sus frustraciones. Era una persona muy pacífica, jamás se había metido en una pelea, pero Rebecca era una mujer odiosa y ella estaba muy cabreada.

Pasó de largo y saludó a algunos de sus compañeros mostrándoles una sonrisa forzada que no le llegó a los ojos. No contestó a sus preguntas, ya tendrían tiempo de enterarse de lo que le había sucedido. La mayoría eran buenos compañeros, en la redacción se respiraba un ambiente de camaradería que facilitaba el trabajo pero, como en todos lados, en el *Cleveland Tribune* también tenían cabida los trepas, los lameculos y los que se alegraban de las desgracias ajenas. Allí tenían a dos, a Rebecca Munt y a Joseph Murray. En cuanto su fracaso llegara a sus oídos organizarían una fiesta.

Continuó el avance hacia la oficina del jefe de redacción sin detenerse, los pasos inseguros coreados por el ruido de los teclados y los nudillos blancos de tan fuerte como agarraba la correa de su bolso.

Intentó cuadrar los hombros frente a la puerta de Edward Crowley y contó hasta cinco. Solía contar hasta cinco cuando tenía que enfrentarse a un problema. Podría parecer una estupidez pero a ella siempre le daba fuerzas.

Las primeras palabras de Crowley sonaron con su habitual aspereza.

«Pasa, pasa, no te quedes en la puerta. ¿Qué tal por tierras Neoyorkinas? Espero ansioso el material jugoso que me traes. Vamos, siéntate».

El miedo se le atascó en la garganta cuando Zoe trató de tragar saliva. Sentía un temblor fino en las manos mientras su jefe se rascaba la calva brillante y acomodaba sus más de cien kilos en su sillón giratorio. Los ojos castaños de mirada desabrida la miraron, invitándola a que hablara. Zoe sabía que en cuanto abriera la boca y lo pusiera al corriente de lo sucedido, sus grandes mofletes tornarían del blanco al rojo carmesí y la vena desinflada de su sien se hincharía hasta amenazar con reventar y llenarlo todo de sangre.

Suspiró y apoyó las palmas sudadas de las manos sobre el inicio de sus muslos. Rehusó sentarse, si tenía que echar a correr llegaría antes a la puerta si se quedaba de pie.

Se aclaró la garganta y lo soltó con rapidez. Siempre hablaba deprisa cuando estaba nerviosa.

—No he conseguido la entrevista.

—¿Que no has...? —Su entrecejo comenzó a fruncirse—. ¿Te puedes explicar?

—Por supuesto. Eden Peterson es una... cría mimada y consentida que se cree con el derecho de menospreciar el trabajo de los demás y de saltarse sus compromisos cuando le viene en gana.

—No eches balones fuera. Ya sabemos todos cómo es Eden Peterson. Lo único que me interesa saber es por qué estás aquí con las manos vacías.

Ahí estaba. El tono rubicundo de sus mejillas ganando furor.

—¿Que por qué? Pues porque a pesar de que mantuve una charla muy airada con el jefe de prensa de Eden y la seguridad del Hilton estuvo a punto de ponerme de patitas en la calle, no conseguí que la gran estrella saliera de la cama del tío con el que pasó la noche para cumplir con sus compromisos con la prensa. —Notando que se exaltaba, respiró profundo y prosiguió—. Hice todo lo que pude. Solo me faltó entrar en la habitación e interrogarla mientras mantenía relaciones sexuales.

Lo miró con ojos suplicantes pero la vena de la sien de Crowley comenzó a hincharse como un zepelín.

—¿La seguridad del Hilton estuvo a punto de ponerte de patitas en la calle? —Su mirada entornada le puso los pelos de punta.

—Es un decir. —Se encogió de hombros, no iba a relatarle con pelos y señales sus peripecias para que Eden la recibiera—. Me refiero a que hice todo lo humanamente posible, pero su séquito la tiene tan protegida que no cuestiona su falta de profesionalidad. Estoy... furiosa —masculló con los labios tensos.

—Qué puñetero desastre. —Crowley se pasó una mano por la calva y se la frotó con sus dedos gordos como salchicas—. ¿Cómo demonios vamos a reparar esta catástrofe? ¿Con qué rellenamos ahora los contenidos? —Echó un vistazo agitado a su reloj de pulsera—. ¡Faltan cuatro horas para pasar por imprenta!

—Me ocuparé de todo. Echaré mano de mis fuentes y conseguiré una entrevista con algún actor local. Samantha Perkins gana cada día en popularidad. Tal vez no se encuentre en la ciudad pero puedo telefonar a su agente y entrevistarme con ella telefónicamente. —Procuró que su voz sonara animosa pero el semblante de Crowley se revenía por segundos.

—¿Samantha Perkins? ¿Cómo vamos a conformarnos con la guinda cuando hemos tenido la ocasión de disfrutar del pastel entero? No quiero a Perkins, ¡joder! Prometiste una entrevista con Peterson y deposité toda mi confianza en ti. Pero la has cagado. ¿Qué se supone que tengo que hacer ahora?

Zoe se mordió los labios antes de responder con tiento.

—¿Permitirme que repare la situación? Ya sé que Perkins no está al nivel de Peterson pero aquí en Cleveland es muy querida. —La decepción asolaba los rasgos de Crowley y presumiendo que andaba en la cuerda floja, Zoe se apresuró en convencerle de su valía—. Hay famosos mucho más interesantes que Eden, removeré cielo y tierra para entrevistarme con ellos. Yo... siempre consigo lo que quiero.

«¡No titubees!»

—Necesito pensar. Me harías un grato favor si te largaras de mi despacho y te tomaras la tarde libre.

—¿Así que... no quiere a Samantha?

—No, joder. ¡Claro que no! —Apoyó sus grandes manazas sobre la superficie de la mesa y se puso en pie. Los botones de su camisa a punto de reventar—. Desaperece, ¡vamos!

Las piernas se le aflojaron como espaguetis cocidos. No podía marcharse de allí con la incertidumbre de un despido pendiendo sobre su cabeza. No hacía mucho que trabajaba en el *Cleveland Tribune* —seis meses, una semana y cuatro días—, pero conocía lo suficiente al editor jefe para temerse lo peor. Nunca lo había visto tan enfurecido.

Crowley abrió la puerta de un tirón y la invitó a que le precediera. Algunas cabezas se alzaron de las pantallas de sus ordenadores para centrar la atención en ambos.

—¡Sophia! —Su compañera de la sección de cultura alzó los ojos castaños y los fijó en el editor jefe—. Reúnete conmigo de inmediato.

Zoe sintió que se reducía a la mitad. Todas las miradas estaban clavadas en ella y todas parecían estar preguntándole: «¿Qué has hecho para cabrear así a Crowley?».

Cuadró los hombros y se aferró a su dignidad mientras hacía ahora el recorrido inverso. Al pasar junto a la mesa de Rebecca, su sonrisa burlesca le calentó tanto la sangre que el pequeño diablo —o no tan pequeño— que anidaba en su interior se hizo cargo de la situación. Zoe quiso detenerlo pero no pudo, ¡era muy rápido e impulsivo! Fingió una torcedura de tobillo y golpeó premeditadamente el vaso de plástico que Rebecca tenía encima de la mesa. El agua se derramó sobre ella y le empapó parte del pecho y del regazo. La fina tela de su suéter blanco se le adhirió a la piel y evidenció que no llevaba sujetador. El pezón oscuro se dejó ver, fruncido y despuntando contra la lana barata.

—¡Oh, Dios mío! Cuánto lo siento. —Zoe colocó el vaso vacío en la posición correcta y apretó los dientes para evitar una carcajada—. Estos zapatos nuevos me están matando, no consigo dominar los tacones.

Rebecca la observaba con una mirada fulminante que se acentuó al escuchar las risitas de algunos de sus compañeros.

—Lo has hecho adrede. —La acusó.

—¿Yo? ¿Pero qué dices? En serio, nunca compres zapatos de tacón en esa tienda que hay a dos manzanas de aquí, en la calle diecisiete.

Aquella pequeña venganza hizo aflorar una exigua sonrisa a sus labios mientras se dirigía a la zona de ascensores, pero en cuanto puso los pies en la calle y contempló el triste paisaje invernal, los diferentes tonos de grises se le colaron en el alma y su humor cayó en picado.

Durante esos seis meses había visto entrar y salir a un gran número de reporteros

y periodistas que no habían cumplido con las exigencias de Edward Crowley. Por motivos menos importantes que el suyo los había puesto de patitas en la calle. Zoe no quería perder ese empleo, era el mejor que había tenido nunca. Todos los pasos que había dado desde que se licenciara en la Universidad estatal habían estado encaminados a trabajar en un periódico de tanto prestigio como el *Cleveland Tribune*. Y ahora su futuro como redactora de la sección de cultura estaba a punto de irse al garete por culpa de la maldita Eden Peterson. Esperaba que al menos hubiera echado una sucesión de malos polvos con el maldito Nick Rayner.

Se ajustó la bufanda alrededor del cuello, metió las manos en los bolsillos de su abrigo y se quedó mirando su Honda Scoopy. ¿Volvería a estacionarla alguna vez allí? No podía regresar a casa con aquel humor de perros o lo pagaría con quien menos se lo merecía. Aunque por otro lado, no estaría tan mal... Echó a andar en dirección a la calle veintiuno, donde se hallaba el café Phoenix. Sabía que una infusión relajante le vendría bien y, de paso, le aquietaría los nervios para enfrentarse a lo que le aguardaba en casa.

En cada intersección, el viento húmedo y gélido que soplaba desde el lago Erie la hacía tiritar aunque no solo temblaba de frío. ¡Qué situación tan injusta!

Se demoró entre las diáfanas cristalerías de la cafetería hasta que empezó a oscurecer. El trayecto hasta casa era corto. Residía en un apartamento en la Avenida Chester, frente a la plaza Perk. Era una vivienda pequeña y ruidosa pero al menos era soleada y el alquiler era bastante barato en comparación con otras de la zona. Era todo cuanto podía permitirse. Sus ahorros de los últimos años se los había quedado su madre con sus constantes entradas y salidas de las clínicas.

Se encaramó a la motocicleta, se colocó el casco y salió a la calzada. A los pocos minutos abría la puerta de casa y las risitas de la nueva chica de su hermano le dieron la bienvenida. Zoe puso los ojos en blanco al tiempo que cerraba la puerta con el tacón de la bota.

Habían acampado en su salón. Aidan y Lorraine se hallaban repantigados en su sofá, con los pies apoyados en su mesa de café repleta de envases vacíos de comida china. Se estaban devorando la boca mientras la televisión emitía un documental sobre astronomía al que no le prestaban la menor atención.

Carraspeó tan fuerte que se hizo daño en la garganta. Ambos levantaron la cabeza y la miraron con sorpresa.

—¡Zoe! No te habíamos escuchado llegar. ¿No deberías estar trabajando? —Le preguntó Aidan, sin apenas inmutarse.

—Me he tomado la tarde libre. —Soltó el bolso sobre el sillón orejero, —el mobiliario de aquella casa no era excesivamente moderno— y se desprendió del abrigo—. ¿Podrías quitar los pies de la mesa si no es mucha molestia?

La joven obedeció de inmediato. Aidan se tomó su tiempo.

—Pareces cabreada, estás a punto de echar humo por las orejas. ¿Ha ocurrido algo?

—Y de paso, estaría bien que recogierais todos esos envases vacíos y los depositarais en el cubo de la basura.

Zoe se dirigió a la cocina. Escuchó los pasos de su hermano a su espalda.

—¿Qué mosca te ha picado? Tú no sueles ser tan borde. —Aidan rodeó la isleta y se colocó delante mientras ella se servía un vaso de agua—. Creo que deberías disculparte con... —Se detuvo como si hubiera olvidado su nombre—... con Lorraine. Esa no es forma de tratar a una invitada.

—Oh, por favor. —Puso los ojos en blanco y se llevó el vaso a los labios—. No creo que te importe lo más mínimo cómo trate o deje de tratar a esa chica. ¿Cuántas van ya en el último año? He perdido la cuenta pero Lorraine debe de ser la número diez.

—En realidad, ella es mi número doce.

Zoe meneó la cabeza y dejó el vaso ya vacío sobre el fregadero.

Levantó la vista para mirar a su hermano de frente. Pese a todo lo que no le gustaba de él, y eran bastantes cosas, lo adoraba. Él era todo cuanto tenía. Lo veía esporádicamente, cuando aparecía por Cleveland de visita y se quedaba unos días en su apartamento. Pero no era suficiente, menos todavía cuando se traía a alguno de esos ligues que no llegaban a ningún sitio. Sentía que estaba enfadada con él de manera permanente por haber elegido un estilo de vida tan nómada, despreocupado e irresponsable.

—Pues esta será a la última que conozca. No quiero que traigas a más chicas a casa, a no ser que algún día decidas entablar con alguna de ellas una relación seria y madura.

—Vaya si estás cabreada —murmuró con incipiente deje burlón—. ¿Problemas en el trabajo? Tú no sueles tomarte ni un minuto libre ni aunque te lo ordene el médico. ¿Me cuentas qué ha pasado? —Agarró una manzana del frutero y le dio un bocado.

—No me apetece hablar de eso. Voy a tomar algo ligero y me iré a la cama pronto.

—No es bueno para la salud irse a la cama enfadada.

Aidan le dio un toquecito en el hombro para ablandarla mientras sus ojos oscuros, tan parecidos a los suyos, le sonreían desde arriba con ese aire embaucador que tan infalible le resultaba con todo el mundo con el que trataba. Incluía ella.

Zoe aflojó la tensión y cargó el peso de un pie a otro.

—Hablamos mañana, ¿vale? He tenido un día de mierda y no me apetece sacar el tema. Intentad no hacer demasiado ruido, ¿de acuerdo? —Le arrebató la manzana y le dio un bocado antes de devolvérsela.

Apagó la luz del dormitorio cuando sintió que los párpados le pesaban como losas y las letras de la novela que descansaba sobre su regazo se desenfocaban. Sin embargo, una vez a oscuras y hecha un ovillo bajo el grueso edredón, le costó conciliar el sueño. El día siguiente sería decisivo en su futuro laboral más inmediato y las preocupaciones se le soldaban al estómago formándole un nudo angustioso. Se

desveló por completo cuando los murmullos de éxtasis de la pareja que yacía en la otra habitación traspasaron los endebles muros y resonaron en su dormitorio.

¿Estaban...?

¡Y tanto que sí! Agarró la almohada con gesto furioso y con ella se apretó la cabeza contra el colchón, pero los gemidos crecieron y también atravesaron la espuma viscoelástica que le servía de amortiguador.

—Dios mío... Lo que me faltaba —gimoteó impotente.

Las mujeres adoraban a Aidan y él adoraba a las mujeres. Se pegaban a él como las moscas a esas cintas adhesivas en las que quedaban atrapadas. Poseía un atractivo fuera de lo común, un cuerpo de infarto y una habilidad innata para seducir al sexo opuesto. El problema es que luego se deshacía de ellas y les rompía el corazón. Una vez, hacía muchos años, se lo habían roto a él y desde entonces parecía que la única forma de resarcirse era ocasionando el mismo daño que le habían infligido.

Los gemidos de Lorraine se acentuaron al compás de su desesperación. Una de dos: o Aidan era un amante de matrícula de honor o ella era una exagerada.

Aunque hacía más de un año que no mantenía relaciones sexuales tampoco las echaba de menos, pero después de la velada con Nick Rayner... Si se hubiera ido a la cama con él ahora no estaría muerta de la envidia, tendría su entrevista con Peterson y Crowley no andaría pensando en despedirla.

¡Qué imbécil había sido!

Cansada de que aquello no pareciera tener fin, Zoe dio unos golpecitos con los nudillos en la pared, por encima del cabezal de la cama, y los sonidos del placer menguaron.

Abandonó el apartamento por la mañana temprano. Ni siquiera desayunó. Se dio una ducha, se vistió y salió en estampida a la fría mañana que ya despertaba para evitar cruzarse con sus invitados. Le daba vergüenza que supieran que los había escuchado, aunque a ellos seguro que les importaba un pimiento.

Como todavía era demasiado pronto para acudir a la redacción, cruzó las sombras azuladas de la ciudad en su Honda Scoopy hacia la cafetería Phoenix. Los primeros clientes ya disfrutaban de un copioso desayuno especialidad de la casa, pero Zoe solo pidió un café y un par de tostadas aderezadas con mermelada. El periódico de la competencia, el *The Cleveland Post*, ocupaba un tercio de su mesa. Mientras le servían, fue hojeando las páginas con desinterés aunque no estaba en situación de menospreciarlo, lo mismo tenía que llamar a sus puertas para que le ofrecieran un empleo.

Paladeó las tostadas y saboreó el café con lentitud. Sus dedos pasaban las hojas sin prestar atención porque su mente estaba centrada en la conversación pendiente con Crowley. Sin embargo, cuando llegó a la sección de cultura, la resplandeciente sonrisa de Eden Peterson le hizo dar un respingo sobre la silla. Se inclinó hasta hincarse el canto de la mesa en el estómago. La información llegó a ella en tromba.

Tenía delante de las narices una entrevista que ocupaba dos páginas del periódico

y que había sido realizada en el hotel Hilton de Time Square por un periodista que se llamaba... Nick Rayner. Deslizó la mirada hacia la pequeña fotografía que había a pie de página junto a su nombre y el café que había bebido le subió hasta la garganta.

—No puede ser cierto —musitó, con la voz ahogada.

Durante algunos segundos, paseó una mirada rápida y desesperada por el conjunto de letras, hasta que alzó la cabeza como si la tinta negra fuera a dejarla ciega. Una mezcla de rabia y desolación la hicieron temblar como si un terremoto estuviera asolando la ciudad.

¡Menudo desgraciado!

«Cerdo, malnacido, hijo de...»

—... puta. —Soltó la palabra como un proyectil.

Aquello no iba a terminar así. ¡Desde luego que no! Aquel miserable se iba a enterar de quien era Zoe Carpenter.

Hizo el camino hacia la redacción con el piloto automático encendido, así que tuvo suerte de llegar ilesa. Fue incapaz de centrarse en las señales de circulación, en los verdes o rojos de los semáforos o en los vehículos que circulaban a toda prisa en la hora punta. Sus pensamientos estaban anclados en Nick Rayner y en la manera despreciable con que había hecho uso de sus encantos masculinos para pisotearla después como si fuera una cucaracha. Que Eden Peterson menospreciara a la prensa era insultante, pero que lo hiciera un compañero de la profesión... Eso era incalificable.

¡Cómo se había reído de ella!

Apretó los puños de su Honda, aceleró un poco e hizo un giro temerario mientras la lluvia fina le enfriaba el rostro ardiente y le mojaba las pestañas. Ella se había quedado obnubilada con sus miradas magnéticas y con sus medias sonrisas, y los huesos se le habían vuelto de gelatina cuando él pasó a otra fase; pero, mientras eso sucedía, Nick Rayner ya tenía planes de despedazarla profesionalmente.

Se saltó un semáforo en rojo al tomar la Avenida Lakeside y un coche que circulaba por la calle perpendicular le lanzó una estruendosa cadena de bocinazos. A Zoe se le subió el corazón a la garganta. El ruido estridente la sobresaltó tanto que estuvo a punto de mostrarle al conductor el dedo corazón.

Rebecca y Joseph siempre eran los primeros en llegar a redacción. El resto de sus compañeros solían hacer bromas sobre las aspiraciones de aquellos dos de heredar el periódico. Le lanzaron miradas suspicaces mientras se dirigía a su mesa pero Zoe las obvió. Dedicó los primeros minutos a revisar sus correos, hasta que escuchó a su espalda las inconfundibles pisadas perezosas de Crowley, como si arrastrara los pies. Se puso tensa de inmediato pero no pudo relajarse ni aun cuando se encerró en su despacho y todo adquirió una apariencia de normalidad durante los siguientes treinta minutos. Se sentía como si estuviera en el interior de una olla a presión que fuera a reventar en cualquier momento.

No iba mal encaminada. Dejó de teclear cuando la puerta se abrió de manera

abrupta y el rubicundo rostro de Crowley surgió tras el marco de madera. Tuvo la impresión de que contemplaba un cuadro en el que se retrataba a una fiera. Una fiera que la miraba directamente a ella.

—¡Carpenter! A mi despacho.

El grito áspero y ominoso la llevó a imaginarse así misma metiendo en una caja de cartón todas sus pertenencias. Cuadró los hombros y se coló en el despacho de su superior aguantando la respiración. Sobre su mesa, de cara a la silla de las visitas, el *The Cleveland Post* estaba abierto de par en par por la sección de cultura.

Empezaba a odiar la sonrisa de Eden Peterson y todo lo referente a ella. No volvería a ver ninguna película suya.

—¡Qué diablos es esto!

Crowley apuntó el periódico con un dedo y Zoe cerró la puerta tras de sí para amortiguar sus gritos.

—Un periodista que no tiene ni idea de lo que significa la palabra ética profesional.

Intentó que su voz sonara conciliadora, sazónada con una pizca de sumisión para agradarle y suavizar el monumental cabreo que desorbitaba sus ojos de sapo, pero su propia rabia la hizo sonar demasiado segura de sí misma. Y a él eso no le gustó.

—¿Te estás haciendo la listilla? Me importa una mierda quién sea este tío que firma la entrevista. Lo único que me interesa saber es por qué está publicada por la competencia en lugar de ocupar nuestras páginas.

Crowley le estaba agotando la paciencia a pasos agigantados. Ya no se le ocurrían argumentos para explicar lo ocurrido. Comprendió que exigía de ella el cien por cien, que no aceptaba errores aunque dichos errores estuvieran fuera de su control, así que se desprendió del tono conciliador y apretó los labios. Total, imaginaba que ya estaba todo perdido.

—Se lo dije ayer. El jefe de prensa canceló la entrevista sin posibilidad de negociación. ¿Por qué razón? Se inventó que la actriz sufría una gastroenteritis cuando, en realidad, estaba metida en la cama con ese tal Rayner. El resto de la historia está escrito en esas páginas.

—¿Y eso es todo lo que vas a decir en tu defensa? ¿Justificas lo sucedido recurriendo a líos de faldas? —Puso cara de asco.

—Es lo que ocurrió.

—Perfecto. Pues ahora voy a decirte yo a ti lo que ocurrirá a continuación.

Crowley metió sus manos gordas y peludas en el archivador que había sobre su mesa y rebuscó entre sus papeles, lamiéndose las yemas de los dedos para pasar mejor las hojas. Impertérrita, aunque con el corazón a mil, Zoe luchó porque los hombros no se le desplomaran. Aunó fuerzas para evitar ponerse de rodillas y suplicarle que no la despidiera. Si alguna vez alguien la hacía perder la dignidad, desde luego ese no sería el estúpido de Crowley.

Su jefe colocó una serie de papeles encima del periódico, dando un manotazo

contra la madera. Luego arrojó un bolígrafo sobre ellos.

—Carpenter, estás despedida.

¡Dios! Qué daño le hicieron aquellas palabras.

—Comete usted un terrible error.

—¿En serio? Pues asumiré las consecuencias. Eres una periodista espabilada, Carpenter, pero las has cagado hasta las cejas.

—No fue culpa mía.

—Siempre es culpa nuestra. Te servirá de aprendizaje para la próxima ocasión en que te tiendan una trampa. Aquí ya no hay cabida para ti. Debemos de ser el hazmerreír del puñetero *Post*.

Se dio la vuelta y se atusó los pelos ralos que se le ensortijaban en la nuca y que llevaba impregnados de gomina. Al menos, había dejado de cruzárselos de un lado a otro de la cabeza para cubrirse la calva.

Le habría gustado preguntarle cómo habría obrado él si se hubiera visto en su situación. Pero no quería recibir más lecciones inservibles de quien se creía el mejor en su trabajo. Era muy fácil hablar desde la barrera.

Zoe agarró el bolígrafo, se inclinó y estampó su firma.

Capítulo 2

Cerca de 48 horas antes...

El taxi se detuvo frente al hotel Hilton de Time Square. Tras pagar al taxista y apearse del vehículo, se tomó un momento para admirar el corazón de Manhattan. No era la primera vez que visitaba Nueva York pero siempre le impresionaba todo aquel despliegue de publicidad luminosa que enmascaraba la noche cerrada.

Se dirigió hacia el brillante letrero azul de la entrada y entró en el enorme vestíbulo decorado con elegantes tonalidades de marfil y moka. Nunca se había hospedado en un hotel con tanta clase como el Hilton ya que el presupuesto para desplazamientos de sus anteriores empleos no se lo había permitido. Y ahora que estaba allí, tampoco es que le diera excesiva importancia a pernoctar rodeada de lujos, pero sí que era una señal evidente de que había prosperado profesionalmente. El *Cleveland Tribune* era el periódico más importante de Cleveland y ella era una de las dos periodistas que se encargaban de la sección cultural. No era su sección favorita, ella se había curtido en sucesos, pero sí era el mejor empleo que había tenido nunca.

Localizó el área de recepción y tiró de su pequeña maleta con ruedas, la que siempre utilizaba para viajes relámpago.

El entusiasmo navegaba a toda velocidad por sus venas mientras registraba la reserva y mostraba al recepcionista su acreditación especial como periodista.

Sí, estaba entusiasmada por haber conseguido una entrevista con Eden Peterson. A sus veintisiete años, la actriz había logrado que sus tres últimas películas se mantuvieran en los diez primeros puestos del *box office* durante varias semanas consecutivas y que sus recaudaciones triplicaran las cifras previstas.

Eden era la actriz de moda. En opinión de Zoe, no andaba sobrada de talento interpretativo y tampoco de inteligencia pero, por alguna razón que no comprendía — al margen de sus largas piernas, su frondosa melena rubia y sus ojos verdes que cautivaban desde la gran pantalla—, se había convertido en un filón con el que todos los directores de cine querían trabajar.

A la que todos los periodistas cinematográficos querían entrevistar.

Un botones con unos dientes muy blancos y porte amanerado se encargó de transportar su maleta. Durante el ascenso en el elegante ascensor, Zoe se mordió los labios para contener esa permanente sonrisa de satisfacción que probablemente la hacía parecer un ser extraño a ojos de los demás. La gente siempre pensaba mal de las personas que se reían solas.

Por encima del hombro del botones echó un vistazo al panel de control, donde los números de las sucesivas plantas pasaban tan raudos como había supuesto. La

velocidad le provocaba cosquillas en el estómago. Estaba alojada en la planta treinta y nueve, así que esperaba no vomitar la cena que le habían servido en el avión. Primera clase, el *Cleveland Tribune* nunca hacía viajar a sus empleados en turista.

Su visión periférica chocó con la del hombre alto que había a su lado. Lo había saludado al entrar, pero volvió a mirarle de soslayo para cerciorarse de si era tan atractivo como le había parecido hacía un momento. Retiró la mirada con un agitado movimiento de cabeza al chocarse repentinamente con sus pupilas. ¿Por qué la estaba observando?

¡Ah, sí! Su perenne sonrisa.

—¿Un buen día? —preguntó el extraño.

Zoe levantó la cabeza para corresponder a su comentario. Debía hacerlo si quería mirarle ya que había un importante desequilibrio entre sus respectivas alturas. Ella no llegaba al metro sesenta y él debía de rondar el metro ochenta y cinco. La idea de que era un entrometido se evaporó al toparse con el brillo seductor de sus ojos azules, así que se olvidó de poner ceño.

—Mañana me espera un gran día —respondió con amabilidad, con un ligero coqueteo que hasta a ella le sorprendió—. Motivos profesionales.

—Periodista, ¿verdad? —Ella enarcó las cejas—. La mitad de los huéspedes que se hospedan en el hotel están aquí para entrevistar a esa actriz tan popular.

—Qué alivio. Pensaba que lo llevaba escrito en la cara —sonrió—. ¿Usted también está aquí por idénticos motivos?

—Yo... En realidad, no. Pertenezco al gremio pero el medio para el que trabajo ha quedado excluido en esta ocasión, aunque siendo sincero prefiero entrevistarme con Josh Martin que con Eden Peterson. Dicen que es bastante borde.

¡Josh Martin! A Zoe también le hubiera encantado entrevistarle. Era el protagonista de una serie de televisión de la ABC que estaba batiendo récords de audiencia. No se perdía ni un capítulo.

—Me encanta Josh Martin.

—Dicen que es tan buen tipo como el personaje que interpreta en la archiconocida serie.

El periodista metió las manos en los bolsillos de su cazadora de piel y removió en el ambiente su olor a cuero y a jabón que a Zoe se le coló en lo más profundo de los pulmones. Había algo inquietante en él. Suponía que se trataba de su descarado atractivo sexual. Lo miró para capturar más detalles de su aspecto y le sonrió cuando el ascensor se detuvo en la planta treinta y nueve. Llevaba el cabello moreno en un corte irregular que le cubría las orejas y la nuca. Una barba oscura y descuidada le ensombrecía las mejillas y la angulosa mandíbula. ¡Qué bueno estaba! El botones abrió camino al exterior, tirando de la maleta de Zoe hacia el corredor de relucientes paredes de color marfil.

—Suerte mañana con la entrevista. —Le deseó Zoe desde el umbral.

—Lo mismo digo. —Le sonrió con la mirada.

Las puertas del ascensor se cerraron y cercenaron la atmósfera densa que se había creado en el interior. El botones debió de leerle en la cara el aturdimiento que le había provocado el efímero encuentro, ya que rompió el aire profesional para comentar:

—No es solo cosa suya. Cada vez que me quedo encerrado con él en el ascensor me vuelvo loco. Hace que a uno se le llene la cabeza de las fantasías más sucias, retorcidas y depravadas.

A Zoe se le escapó una carcajada en mitad del corredor.

—Si se le ocurre comentarle a alguien lo que acabo de confesarle, tenga por seguro que lo negaré.

—Descuide. —Cabeceó—. Soy una tumba.

Su habitación no era una suite, pero gozaba de todos los lujos y comodidades que cabría esperar de un hotel como el Hilton. El marfil y el moka continuaban siendo los colores estrella en el interior de las habitaciones. En cuanto el singular botones desapareció, Zoe se dejó caer sobre el colchón para probar lo comfortable que era. Después recorrió las tupidas cortinas para admirar las luces de neón que iluminaban la atestada Time Square. Las vistas le provocaron vértigo.

Algunos minutos después, mientras el agua caliente y el gel con olor a frambuesas se deslizaban por su cuerpo, hizo un rápido resumen mental al trabajo del día siguiente. Apenas había tenido tiempo de prepararlo dada la rapidez con la que se había anunciado la visita promocional de Peterson, por eso bajó al restaurante con la tablet en el interior del bolso.

En el restaurante del Hilton se respiraba un ambiente a redacción de periódico. Profesionales de todos los países y medios copaban las elegantes mesas y las distintas lenguas de las diferentes nacionalidades se mezclaban en el aire como los aromas a comida. Zoe pidió la ensalada y el filete de salmón y, entre bocado y bocado, se entretuvo en repasar sus apuntes.

Daba buena cuenta del sabroso filete cuando se sintió observada. Esa sensación de tener dos ojos clavados en una y que te impulsa a buscar al autor del escrutinio. El tipo del ascensor ocupaba una solitaria mesa a unos diez metros. Incluso a esa distancia, la mirada persistente de sus ojos azules le provocó un cosquilleo en la boca del estómago. Él alzó apenas la mano sobre la mesa y Zoe respondió a su saludo cortés antes de volver a sumergirse en la página abierta de su tablet.

Recordó las palabras del botones y apretó los labios para no sonreír. Evitó que sus miradas volvieran a encontrarse.

Al cabo de un rato, cuando el camarero retiraba los platos vacíos y le ofrecía la carta de postres, la imponente silueta del periodista se hizo presente en su mesa.

—Tomaremos los postres juntos. —Le indicó al camarero. A continuación, tomó asiento frente a ella con una seguridad aplastante, como si estuviera cien por cien seguro de que iba a acoger su compañía con el mayor de los deleites—. Creo que somos los únicos que hemos cenado solos.

Zoe le miraba por encima de la carta, como tratando de decidir si su irrupción se

debía a su apetencia de gozar de compañía, al deseo de flirtear con ella o a motivos mucho más inquietantes.

—Si me permites una sugerencia, pide el helado de mascarpone con bayas. Nunca habrás probado nada igual.

Zoe hizo un mohín pero se dejó guiar por su consejo. Al cabo de un par de minutos, cuando hundía la cuchara en el cremoso helado y se la llevaba a la boca, los sentidos se le nublaron de placer.

—Delicioso. —Reconoció, bajo la atenta mirada de él—. Cleveland no destaca por sus postres aunque tenemos el pollo Barberton que está riquísimo.

—¿Eres de Cleveland? —La cuchara del periodista quedó hincada en el mascarpone mientras le dirigía una mirada de sorpresa—. Yo soy de Cleveland.

—¿En serio? —Ella arqueó las cejas y sus enormes ojos castaños parecieron más grandes—. Me tomas el pelo.

—Cincuenta y dos de la Avenida Clair, en el cruce con la calle Ontario. Segunda planta. Ahí es donde trabajo.

—¿No son esas las oficinas del *The Cleveland Post*? —Él asintió con un movimiento de cabeza—. Avenida Lakeside, frente al auditorio público. Tercera planta.

Él no tardó en responder.

—El *Cleveland Tribune*. El periódico de la competencia. —Sonrió levemente—. Qué pequeño es el mundo, ¿no?

—¡Desde luego! —Zoe arrastró el helado que había quedado en el fondo de la cuchara con los labios y notó su mirada posarse en ellos—. Pero... ¿no deberíamos conocernos aunque fuera de vista? He coincidido con compañeros tuyos a menudo...

—Regresé a Cleveland hace tres meses. Me otorgaron una beca al terminar la universidad y he estado trabajando todos estos años en el *Chicago Globe*.

—¿Y dejas el *Globe* para trabajar en el *The Cleveland Post*? —preguntó contrariada. El *Globe* engrosaba la lista de los cinco mejores periódicos de Estados Unidos. El *The Cleveland Post* no.

Él se encogió de hombros y respondió tras saborear un nuevo bocado.

—Me ofrecieron una suculenta cifra y decidí regresar a casa. La echaba de menos. —Le confesó, aunque a ella no le parecía la clase de tipo que echara nada ni a nadie de menos. Se le veía muy curtido en todos los ámbitos—. Nick Rayner. —Alargó el brazo por encima de la mesa—. No nos hemos presentado.

Ella le estrechó la mano y sintió una vibración del todo agradable recorriéndole el brazo.

—Zoe Carpenter.

—Encantado, Zoe. —La vibración persistió al retirarse—. ¿Te graduaste en la Universidad de Ohio?

Ella negó al tiempo que rebañaba el helado de su copa con la cucharilla.

—En Northwestern.

—Yo también. Promoción de 2002.

—De 2007. *Cum laude*. —Decidió presumir de sus logros.

—Vaya, así que eres un cerebritito...

Le regaló una media sonrisa que poseía un encanto masculino y debilitador.

—Adoro mi profesión y me tomé muy en serio los estudios.

—Por lo tanto, ¿cuando todo el mundo se divertía en las fiestas de las hermandades tú tenías la nariz enterrada en los libros?

No le gustaba mucho esa imagen de sí misma pero asumía que era real. De todos modos, a él no se lo reconoció.

—Digamos que disfrutaba de menos fiestas que la mayoría.

—Chica lista. No he sufrido peores resacas que las de aquellos años.

Terminaron de apurar el postre mientras comentaban alguna que otra anécdota de los años universitarios. Sin embargo, y a pesar de la amena charla, Zoe sentía una extraña inquietud que la llevó a consultar su reloj de pulsera para ponerle punto y final a la velada.

—Bueno, ya es hora de que me retire a mi habitación. Ha sido agradable conocerte, Nick.

—¿A las once de la noche? ¿Tan temprano? El Pinnacle ya debe de estar abierto.

—¿Qué es el Pinnacle?

—El bar del hotel. Te invito a una copa.

—No, es mejor que no. —Hizo un mohín—. Quiero levantarme temprano para repasar el trabajo.

—Nadie de Cleveland que yo conozca se mete en la cama a las once de la noche por mucho que tenga que madrugar. —Ella deslizó la silla hacia atrás y se puso en pie. Él la secundó—. Además, te graduaste *cum laude*. Estoy seguro de que ya no necesitas ese aparatito para tu entrevista de mañana.

—Siempre hay detalles que repasar —argumentó a medio gas—. No me gusta dejar flecos sueltos.

—Tengo la impresión de que eres una mujer con muchas salidas, no creo que necesites controlar los detalles.

El halago terminó por destruir su escasa determinación mientras enfilaban el camino hacia los ascensores. Reconocía que una copa no le iría mal, lo que la tensaba era tomársela en compañía de aquel individuo que la miraba como si ella fuera un objeto de gran valor del que deseara apropiarse. Aunque, precisamente por eso, decidió acompañarle. Era muy grato atraer a un hombre como Nick Rayner. Si se hubiera quedado un minuto a solas hasta se habría retocado el maquillaje.

Al llegar al vestíbulo, él le colocó una mano en la espalda y la condujo hacia el bar Pinnacle mientras continuaban intercambiando opiniones sobre el delicioso menú del restaurante. Fue él quién escogió una mesa al fondo, junto a un ventanal que mostraba la bulliciosa y colorida noche neoyorkina. La luz del interior era tenue, de color miel, y resaltaba las líneas vanguardistas del mobiliario y los líquidos que

contenían las botellas de alcohol dispuestas en enormes vitrinas de cristal. La música de un saxofón envolvía en elegancia el ambiente despejado del bar.

Era el tipo de atmósfera cálida e íntima ideal para una primera cita. Salvo que aquello no era una cita.

Se acomodaron en un asiento que hacía rinconera y Zoe se cruzó de piernas. No supo qué hacer con las manos hasta que el camarero les sirvió un par de cócteles Manhattan por petición de Nick.

—¿Es la primera vez que vienes a Nueva York? —le preguntó él.

Ella agitó la cabeza mientras paladeaba el primer sorbo. El whisky canadiense le abrasó la garganta.

—Vengo a menudo por motivos laborales. También he venido un par de veces como turista, aunque nunca me he hospedado en este hotel. Tú parece conocerlo bien.

—Es mi segunda casa. —Bromeó—. ¿Cuánto tiempo llevas en el *Tribune*?

—No mucho, unos meses.

—¿Y siempre te has movido en Cleveland? —Zoe asintió—. ¿Por qué? Una chica *cum laude* hubiera encontrado fácilmente un empleo en cualquiera de los periódicos más prestigiosos del país.

Contestar a esa pregunta suponía adentrarse en un terreno muy privado de su vida que no estaba dispuesta a compartir con un desconocido.

—El dinero y el prestigio no lo son todo para mí. He tenido la suerte de sentirme realizada en todos mis empleos y nunca he tenido la necesidad de volar más alto. — Sus preciosos ojos castaños se posaron en el líquido rojizo del cóctel antes de dar otro pequeño trago. Frunció la nariz—. Diablos, ¡qué fuerte está esto!

—Bebes demasiado deprisa. —Rio entre dientes—. Relájate y disfrútalo.

—Estoy relajada.

No lo estaba, solo lo fingía. Su pequeño pie se balanceaba a un ritmo trepidante y además acababa de mentirle. Nick no se tragaba esa chorrada de no querer volar más alto, menos todavía al provenir de alguien que no se separaba de su tablet. Decidió cerciorarse de si aquella inquietud latente se la provocaba él, y se reafirmó en sus sospechas porque se puso tensa como un arco cuando se reclinó sobre el asiento y apoyó el brazo en el respaldo, invadiendo su espacio vital. Lo que más le cautivaba de ella era su aspecto inocente, dulce e intelectual. Era condenadamente guapa aunque no explotaba su belleza. Maquillaje apenas visible, ropas sobrias... Por regla general, no malgastaba el tiempo en seducir a mujeres como Zoe Carpenter ya que había otras más dispuestas y accesibles con las que no había que andarse por las ramas; pero joder, esos ojos de color chocolate, esos labios llenos y ese cuerpo pequeño y delgado le habían tentado desde que se topó con ella en el ascensor.

—¿Cómo le va a Crowley? ¿Continúa siendo un impresentable?

—¿Conoces a Edward Crowley?

—Él estaba en el último año cuando llegué a Northwestern. Fui compañero de

estudios de su hermano.

—¿Él es solo cinco años mayor que tú? —Crowley nunca hablaba de su edad, pero por su aspecto, Zoe se había figurado que tendría alrededor de cincuenta o cincuenta y cinco años muy mal llevados—. No puedo creer que solo tenga treinta y nueve.

—Hay algo mucho más sorprendente que eso, ¿no te parece?

—¿A qué te refieres?

—¿Jefe de redacción del *Tribune*? —Soltó una carcajada seca—. Me pregunto cuántos culos habrá lamido para llegar a donde está. Hasta su propio hermano resaltaba lo inútil que era.

A Zoe tampoco le gustaba Crowley, no era santo de su devoción. Tenía mal carácter con los que estaban por debajo de él y se comportaba como un manso corderito con los que estaban por encima. Pero no pensaba criticarle con un desconocido que además pertenecía a la competencia.

—Apenas lo conozco. —Se encogió de hombros—. Respeta y valora mi trabajo, con eso me conformo.

—Más le vale rodearse de un buen equipo, porque él no sabía ni dónde tenía la mano derecha. —La música estridente de una limosina de color blanco que circulaba por la calle, se dejó escuchar a pesar de la excelente insonorización del Hilton. Dos chicas despampanantes con atrevidas ropas de fiesta, asomaban hasta la cintura por el techo abierto de la limusina, moviendo sus cubatas y sus sinuosas curvas al ritmo cacofónico. Al pasar de largo la paz regresó al interior del Pinnacle—. Por cierto, ¿todavía está abierto el Peabody's? Aún estoy instalándome y no he tenido la ocasión de acercarme por allí.

El Peabody's concert club era una sala de conciertos de música rock y un lugar muy frecuentado por solteros en busca de ligue. Zoe solo había estado allí en dos ocasiones. La música en directo le había gustado pero el ambiente le había resultado agobiante. No podías dar ni tres pasos seguidos sin que algún tío te cortara el camino para pedirte el número de teléfono.

Nick Rayner tenía toda la pinta de pasárselo bien en aquel lugar.

—Lo derribaron.

—¿Lo derribaron?

Parecía como si acabara de recibir un puñetazo en la boca del estómago.

—Sí, hace un par de años, para construir un centro de salud. Recuerdo que los nostálgicos se aposentaron frente a la fachada mientras las máquinas tiraban abajo el edificio.

Nick puso ceño. Por algún motivo, a ella le divirtió contárselo.

—Qué pena. Era un lugar legendario —comentó a media voz.

—Bueno, el dueño mudó el negocio al Ágora. Creo que salió ganando.

—¿Al Ágora? —inquirió gratamente sorprendido—. ¿Y qué tal funciona allí?

—No lo he comprobado en persona pero imagino que marcha bien.

El líquido rojo del Manhattan hizo contacto con los labios carnosos de Zoe y el impulso de intimar con ella se hizo más patente.

—¿Dónde vas a divertirte, Zoe Carpenter?

—¿A divertirme? Pues... la verdad es que no tengo mucho tiempo libre.

—¿Por qué? No serás una adicta al trabajo...

—No, ¡claro que no! —Movi6 la cabeza con ímpetu, no quería dar la imagen de ser una mujer aburrida—. Tengo otro tipo de responsabilidades.

«¿Ah sí?, ¿cuáles?»

—¿Un marido o un novio posesivo? ¿Hijos? ¿Sacar a pasear al perro a medianoche?

Ella sonrió con timidez.

—Ninguna de esas cosas, aunque estoy pensando en comprarme un perro. —Le confesó—. Yo soy más de acudir al teatro, a la ópera, al cine...

—Eso suena entretenido, pero no divertido.

—Entonces me temo que soy aburrida. Hace tiempo que no frecuento esos lugares. Mis amigas de siempre están todas casadas y llevan otro estilo de vida, aunque para ser sincera tampoco lo echo de menos. —Se reclinó sobre el asiento aunque volvió a incorporarse al notar el brazo del periodista rozando sus hombros—. También me gusta acudir a partidos de beisbol.

—¿En serio? —Eso sí que lo sorprendió. Favorablemente.

—No me gustan los deportes en general, pero me encanta el beisbol. Fui primera base en el equipo femenino de la universidad.

—¿Y todavía juegas? —Nick alzó el brazo para captar la atención del camarero.

—No, hace mucho tiempo que no. —Ella se dio cuenta de lo que se proponía y protestó—. ¿Qué haces?

—¿Nos sirves otro par? —Le pidió al joven.

—Yo... no debo seguir bebiendo o tendrás que llevarme en volandas a mi habitación.

Se arrepintió de decir aquello incluso antes de terminar de soltarlo.

—No te preocupes por eso, llegado el caso lo haría gustoso. —Se le distendieron los labios en una mueca provocativa y ella sintió un súbito calor en las mejillas—. ¿A qué hora es tu entrevista?

—A las diez de la mañana.

—Tienes tiempo suficiente para reponerte de la resaca. —La encantadora periodista movió la cabeza en un gesto de rendición que le sumó atractivo. Nick sabía que ambos querían alargar la velada—. Además, Eden Peterson no lo notará, ya conoces los rumores que circulan por ahí sobre ella.

Sí, los conocía. Las grandes juergas de Eden habían ocupado las portadas de la prensa rosa de los últimos años.

—¿Y tú, Nick Rayner? ¿Haces algo más para entretenerte que acudir a lugares como el Peabody's?

La pregunta fue una auténtica provocación que Nick acogió gustosamente. Aquel encanto ya mostraba signos de relajarse y de entrar en el juego.

—¿Por qué parece una afirmación más que una pregunta, Zoe Carpenter?

—¿Me equivoco al dejarme llevar por mis impresiones?

—Eso es algo que tendrías que descubrir por ti misma.

Zoe apagó la leve distensión de sus labios apurando el cóctel.

«Te estás metiendo en un terreno peligroso» pensó, al tiempo que sentía la mirada intensa de Rayner clavada en ella.

Capítulo 3

Le gustaba cómo pronunciaba su nombre. «Zoe». Sonaba cálido, envolvente, con un matiz sugerente en el modo en que alargaba la última vocal. Comenzaba a sentirse un poco torpe. El alcohol y la testosterona del periodista le mermaban los reflejos.

El camarero trajo las nuevas provisiones y se llevó las copas vacías. Nick hizo chocar los vidrios y los dos se miraron mientras bebían.

—Estás intentando ligar conmigo.

—Desde que nos encontramos en el ascensor —aseveró él.

Zoe suspiró. No le llegaba suficiente riego sanguíneo al cerebro. Le asombraba que un tío como Nick Rayner, que podría ligarse a la chica que le diera la gana, se hubiera fijado en ella. Zoe atraía más a los intelectuales. Los tipos como Rayner se decantaban más por las presas fáciles. ¿Habría supuesto que ella lo era?

Se reclinó sobre el asiento y el brazo de Nick le rozó los hombros. Ya no se apartó. Pronto sintió la caricia de sus dedos sobre el hombro y el agradable cosquilleo le recorrió la piel como una corriente eléctrica.

—Parece que nunca hayas hecho esto. —Se acomodó a su lado, apoderándose de los centímetros que mantenían sus cuerpos distanciados.

—Tú parece que lo haces a menudo —murmuró ella.

—Zoe Carpenter, ¿qué puedo hacer para cambiar esa imagen que tienes de mí?

—Todo lo contrario a lo que haces.

—A mi modo de ver, eres tú la que me está seduciendo a mí.

—¿Yo? Pero si yo solo...

—Me encantan esos hoyuelos que se te forman en las mejillas cada vez que sonríes. Seguro que están ahí para volvernos tontos.

—Nunca me han dicho nada sobre mis hoyuelos.

—Porque los tíos con los que has estado son unos necios.

Su voz laxa, grave, era como una melodía atrayente que tiraba de ella.

Él buscaba su mirada pero Zoe apenas era capaz de sostenerla. Era demasiado directa, demasiado incendiaria, no escondía el contenido de sus pensamientos. Sus ojos taladraban y desnudaban, y sus labios conocían bien las palabras que tenían que pronunciar. Se sentía un poco patética. Una pringada. El primer tío bueno que se le acercaba diciéndole un par de cosas bonitas y allí estaba ella babeando como una adolescente.

¡Solo se había enrollado una vez con un desconocido y se prometió que jamás volvería a hacerlo! Fue un desastre. El tío besaba como un pez.

Pero Nick Rayner era tan atractivo... tan viril, tan alto, tan fuerte, tan... hombre. ¿Qué tenía de malo dejarse llevar un poquito? Estaba lejos de casa, nadie la conocía allí. Seguro que no volvía a verse en otra situación similar en toda su vida.

Se enfrentó a su mirada y ya no desvió la suya. Él le recorrió el rostro con ojos deseosos y le miró los labios, que ella entreabrió en un acto reflejo.

—¿Tampoco te han dicho nunca que este pequeño lunar de aquí —le acarició la mejilla—, es de lo más sexy?

Ella tragó saliva y negó con la cabeza.

—Aunque nada es comparable con tus labios —murmuró, al tiempo que se inclinaba sobre ella para saborearlos.

Zoe cerró los ojos al sentir el contacto de su boca y se dejó llevar por el placer que le despertó el beso. Él la incitó con roces contenidos que le cubrieron los labios de fuego, y los sentidos se le afilaron como cuchillos.

Y también sus intrincados pensamientos, que le amartillaban la conciencia.

«¿Pero qué diablos estás haciendo, Zoe?»

«¡Te estás enrollando con un tío en el bar del Hilton!»

Nick le acopló la mano en la cintura, el calor de su piel y el tacto firme la hicieron estremecer. Sus labios la recorrieron. Primero el inferior, después el superior, probando y reconociendo al tiempo que ejercía una deliciosa presión que animaba a profundizar las caricias. Zoe entreabrió los labios y él inició una dulce a la vez que ardiente invasión. Sus lenguas se rozaron, toqueteos húmedos y tentadores que abrasaban y que sabían a cóctel Manhattan, aunque Zoe comprobó que el alcohol sabía mucho mejor en su boca. Se le escapó un precipitado gemido que dejó en evidencia su gozo y él intensificó las caricias. El beso se volvió ardiente y le arrebató a Zoe cualquier vestigio de conciencia.

Vale sí, se estaba enrollando con un tío al que acababa de conocer, pero Nick Rayner no era un cualquiera. Al margen de su imponente físico, poseía cualidades que ella nunca había encontrado en ningún hombre que la besara por primera vez. Nick besaba de maravilla, olía de maravilla, sabía de maravilla y hasta sus largos dedos, que Zoe sentía haciendo presión en su cintura, tocaban de maravilla.

Se separó un momento de ella, las respiraciones aceleradas, los labios húmedos y enrojecidos. Zoe tragó saliva y quedó eclipsada en el azul oscuro de sus ojos, en los que apreció un latente deseo. Con la yema del pulgar él le acarició los labios.

—Qué bien besas, Zoe Carpenter, me has puesto el corazón a mil —susurró.

Ella también sentía latir el suyo con la potencia de un tambor.

Nick le retiró el cabello hacia atrás y acopló la mano en la parte posterior de su cabeza. Se besaron de un modo hambriento y osado, tanto, que seguro que contravenía las reglas del sitio público en el que se hallaban.

Porque estaban en el Pinnacle del Hilton.

La realidad que los rodeaba se filtró en la conciencia de Zoe y se retiró de su boca a duras penas, abrumada por la insensatez de sus actos. Fue a decir algo pero él se adelantó.

—¿Tu habitación o la mía?

Dio un respingo, no esperaba una invitación tan directa.

—Yo...

—¿Tú?

—No puedo.

—Déjate llevar. —Zoe negó con la cabeza—. ¿Por qué no? ¿Qué tiene de malo?

Le rozó la nariz con la suya. Su mano todavía se deslizaba sobre sus ropas y su aliento cálido le acariciaba los labios. ¡Qué delicia!

—No tiene nada de malo. Es solo que... —Se removió en el asiento para apartarse de él—... no quiero hacerlo.

—Pues tus ojos dicen todo lo contrario.

Zoe parpadeó para mirarle desde otro prisma, pero Nick continuó viendo el deseo reflejado en ellos.

—Me marchó a mi habitación. —Antes de que él pudiera decir algo que la convenciera, se puso en pie y se arregló las ropas. Accidentalmente, porque no era su intención mirar en aquella dirección, se dio cuenta de que él lucía una llamativa erección que engrosaba sus vaqueros. A Zoe le temblaron las rodillas y se le encendieron las mejillas. Aunque no solo las mejillas—. Ha sido un placer conocerte, Nick, suerte con la entrevista de mañana.

Él alargó el brazo y le asió los dedos.

—¿Hay algo que pueda decir para que te quedes? —Ella negó con la cabeza, por si sus palabras no sonaban con la necesaria determinación—. Me rompes el corazón.

—No lo creo —sonrió un poco y se soltó de su agarre.

—Quizás nos veamos por Cleveland.

—Quizás. Buenas noches, Nick Rayner —pronunció su apellido para establecer las distancias que nunca debió romper.

—Buenas noches, Zoe.

Ella salió a toda prisa y Nick se arrepintió de no haber sido más convincente en retenerla. La observó mientras se alejaba. Su frondosa melena castaña ondeaba sobre su espalda al ritmo de sus rápidas zancadas. Bajó la mirada. Los vaqueros estrechos revelaban unas nalgas muy bonitas y unas piernas delgadas y torneadas. Era un encanto. Le había atraído desde el instante en que la había visto y desde ese mismo momento, había deseado acostarse con ella. Su peculiar manera de comportarse con él, a veces reservada, a veces cercana, así como la sensualidad y pasión con que le había besado, habían multiplicado esa atracción.

Y ahora no podía moverse de su asiento hasta que los efectos colaterales menguaran.

Se terminó el cóctel con tranquilidad y justo cuando se disponía a marcharse, escuchó un pequeño revuelo en la entrada del bar. Eden Peterson, acompañada de un par de guardaespaldas, irrumpió en el local con esos aires de diva que la hacían parecer tan lejana e inaccesible. La joven tomó asiento en compañía de su séquito a unos metros de distancia de Nick, y como si quisiera cerciorarse de que era el centro de atención, echó un vistazo prolongado a su alrededor. Se le curvaron los labios

pintados de rojo. Todo el Pinnacle estaba pendiente de ella.

Hubo un contacto inicial de miradas que se repitió a lo largo de los siguientes minutos. La de Nick era simplemente de curiosidad pero la de ella evidenciaba un interés especial.

A Zoe le estaba costando dormirse y la razón no era que extrañara la cama. El beso con Nick Rayner mantenía sus sentidos en ebullición. Hacía mucho tiempo desde su última relación, tanto, que prefería no hacer cálculos; y si a ese hecho se le sumaba que el periodista era un hombre avezado en el terreno de la seducción — además de guapo—, no era de extrañar que la piel le ardiera.

Sabía que había hecho lo correcto, lo que su moral le dictaba, pero su yo más transgresor —ella también lo tenía aunque no soliera dar la cara—, se arrepentía de no haber accedido a su proposición.

«¿Tu habitación o la mía?».

—Qué idiota eres, chica —suspiró, con los ojos clavados en el techo que la oscuridad engullía—. Esto no puedes contárselo a nadie. Sue se partiría de risa después de llamarte idiota y Caroline te recordaría lo tonta que has sido mientras vivas.

Cambió de postura y se agarró a la almohada. Sus amigas estaban casadas. Era muy sencillo opinar y mofarse cuando tenías resuelta tu vida sentimental. Intentó pensar en la entrevista con Eden Peterson y ya entrada la madrugada, consiguió abandonarse al sueño.

Despertó con la cabeza aturdida y apagó de mala gana la melodía del despertador de su móvil. ¿Qué le pasaba? Se llevó una mano a la frente y se la frotó con los dedos. Sentía como si tuviera telarañas en el cerebro.

Los cócteles Manhattan.

El beso con Nick Rayner.

No debió beber la víspera de una de las entrevistas más importantes de su carrera, y mucho menos whisky, esperaba que la resaca se le pasara después de una ducha caliente y un buen desayuno.

De besar a Nick Rayner no se arrepentía. Hasta se le formó una sonrisilla en los labios.

Una hora después, vestida para la ocasión con un traje de chaqueta informal y su acreditación de prensa colgando del cuello, se dirigió a la sala de la doceava planta que se había habilitado para recibir a los medios de comunicación. Eran las diez menos cuarto cuando el jefe de prensa de Eden, un tipo atractivo con tupida barba rubia y un corte de cabello estilo militar, la acompañó al interior de la pequeña sala.

Al fondo, junto al ventanal que dejaba entrar la luz grisácea de un día nublado, había un par de sillones tapizados en color blanco, dispuestos uno enfrente del otro. Había fotografías tamaño póster de Eden colgando de todas las paredes, mullidos

cojines de color rosa y plata colocados por el suelo, y ramos de flores de todas las especies y colores adornando los rincones de la estancia, demasiados a juicio de Zoe, pues la atmósfera estaba cargada de tantos aromas diferentes. Un carrito con botellas de agua mineral, chocolatinas, y un gran surtido de frutas frescas de temporada cerraban el conjunto y matizaban la extravagante personalidad de la actriz.

El jefe de prensa, que se presentó como Hank Weir, le pidió que esperara unos minutos a que Eden se personase y le entregó un botellín de agua. A Zoe le apeteció probar una de esas chocolatinas que, por las letras del envoltorio, parecían provenir de Suiza, pero Weir no le ofreció ninguna.

Después se quedó sola, así que aprovechó para repasar sus notas en la tablet.

Los minutos fueron pasando. La luz del exterior trazó nuevas sombras en la sala y el agua de la botella de plástico se fue calentando. Consultó su reloj de pulsera. Pasaban de las diez y veinte. No le sorprendía la tardanza, pues las estrellas del celuloide rara vez poseían la virtud de la puntualidad, pero a las diez y media comenzó a impacientarse. Como continuara retrasándose tendría que acortar la entrevista para no apropiarse del turno del siguiente medio.

Hank Weir prorrumpió en la sala con expresión de portar malas noticias. En sus ojos azules se vislumbraba una disculpa que no tardó en salir también de sus labios. Zoe lo observó con los sentidos alerta, el ceño frunciéndose a medida que soltaba las palabras.

—Lo siento mucho, señorita Carpenter, pero Eden se encuentra indispuesta y no va a ser posible realizar la entrevista. Está guardando cama, el médico acaba de subir a visitarla.

—¿Indispuesta?

—Gastroenteritis supongo, las sufre con frecuencia.

Zoe se quedó mirando el manjar de sabrosas frutas que había a su derecha y se preguntó cómo alguien que se alimentaba tan exquisitamente sufría de gastroenteritis con tanta frecuencia como afirmaba aquel tipo. Fuera cierto o no, no era asunto suyo, así que se centró en resolver la desastrosa situación.

—Esperaré entonces a que se encuentre mejor.

—Me temo que tiene una agenda muy apretada durante todo el día. No va a disponer de ningún rato libre para atenderla a usted.

Los ánimos de Zoe comenzaron a caldearse.

—¿Qué está insinuando?

—No es una insinuación —comentó conciliador. A continuación, se rascó la barba y luego se la atusó con ademán nervioso. Zoe lo taladró con una mirada punzante y advirtió que se le había cubierto de sudor el nacimiento del cabello. Tuvo la sensación de que le mentía—. Sentimos profundamente el agravio ocasionado, pero me veo obligado a cancelar su entrevista. Le haré llegar un comunicado al director del periódico para el que trabaja, con el fin de que no la culpen a usted de lo sucedido. Es todo lo que puedo hacer.

Su explicación le entró por un oído y le salió por el otro.

—Permítame que le diga que eso no es todo lo que puede hacer. Si supiera el trabajo y el coste que hay detrás de mi presencia aquí, haría mucho más.

—De verdad que lo lamento.

—La entrevistaré en su habitación —comentó resuelta.

—Como comprenderá, eso no va a ser posible. Eden nunca permitiría que se violase su intimidad. —Descartó categórico—. Lo único que se me ocurre para resolver la situación, es que nos haga llegar sus preguntas por correo electrónico y Eden se las responderá tan pronto como le sea posible.

Zoe se lo quedó mirando como si Weir la hubiera tomado por tonta.

Se puso en pie, se cruzó de brazos y apretó las manos. Sentía deseos de estamparle un puñetazo en toda la cara.

—No voy a moverme de aquí en todo el día hasta que Eden Peterson me reciba, si es necesario, cancelaré mi vuelo de esta tarde. Hágaselo saber ahora mismo. Ustedes no pueden mangonear así a la prensa.

—Señorita Carpenter, está usted comenzando a enfadarme...

—¿Que yo le estoy enfadando a usted? —inquirió con indignación.

—Oiga, no cancelamos la entrevista por capricho, se trata de una circunstancia sobrevenida, de una enfermedad. Le agradecería que fuera un poco más comprensiva, que aceptara nuestras disculpas y que entrara conforme con la solución que le propongo.

—Esto no es justo, ¿sabe? Voy a hablar con quien haga falta, con el director del hotel si es necesario, y le transmitiré lo disgustado que está el *Cleveland Tribune* con ustedes. Es un periódico de prestigio, no puede tratarnos así.

De camino hacia la puerta de la sala, Zoe esperó que Weir la interrumpiera para renegociar el asunto, pero sus amenazas no surtieron ningún efecto y el jefe de prensa la dejó ir.

Bajó al vestíbulo y se quedó plantada junto a la zona de los ascensores. Escudriñó la atestada área de recepción mientras estudiaba el siguiente paso a dar. Nadie iba a desvelarle en qué planta y en qué habitación se hallaba hospedada la actriz. Tampoco creía que fuera a servir de mucho trasladarle las quejas al director del hotel en nombre del *Tribune*.

Presa de un ataque de frustración, dio un paseo por el vestíbulo. No podía regresar a Cleveland con las manos vacías o Crowley la despedazaría. No tendría compasión. Le daría una patada en el culo y la pondría de patitas en la calle. Necesitaba ese empleo y no iba a perderlo por una niñata caprichosa, por muy estrella de Hollywood que fuera.

¿Pero qué podía hacer?

El empleado de una floristería atravesó las puertas del hotel abrazado a un tremendo ramo de flores que apenas dejaba ver su rostro. Zoe siguió sus pasos hacia recepción con una mirada de interés y continuó observándole mientras realizaba la

entrega y recorría el camino a la inversa. Su interés se hizo más agudo cuando el botones del día anterior, el joven gay con el que compartía gustos masculinos, se acercó al mostrador de recepción a atender la llamada telefónica de la recepcionista.

Zoe metió las manos en los bolsillos y se acercó con sigilo, fingiendo que observaba la elegante decoración pero con los oídos bien afinados y pendientes de la conversación que mantenían ambos empleados.

—... los envía su club oficial de fans. —Terminó de explicar la elegante pelirroja—. La señorita Peterson ya está disponible. No le gustan las azucenas. Dio instrucciones de que no las hubiera ni en su habitación ni en la sala. Me extraña que su club de fans no conozca ese detalle.

—Bueno, los gustos de Peterson son tan variables como el tiempo —comentó él.

Entre ambos eliminaron las azucenas blancas del ramo, que fueron a parar a un pequeño jarrón que apareció detrás del mostrador. Acto seguido, el joven cargó con él para realizar la entrega y Zoe siguió sus pasos de cerca.

Un grupo de huéspedes aguardaba a que alguno de los ascensores llegara al vestíbulo, pero una vez en el interior se las ingenió para colocarse a su lado. Por el rabillo del ojo comprobó que pulsaba el botón de la planta treinta y dos.

El ascensor comenzó a subir a esa velocidad que le causaba espasmos en el estómago, pero sus pensamientos eran mucho más veloces.

Arropada por los murmullos de los huéspedes que se agolpaban en la parte trasera, Zoe se aclaró la garganta y entabló conversación con el dicharachero botones.

—Qué flores tan bonitas. Imagino la cara de felicidad de la destinataria cuando las reciba.

—Bueno, tampoco creo que sea para tanto. La señorita Peterson está muy acostumbrada a recibir obsequios.

—Oh... No sabía que eran para ella —mintió—. De todos modos, la actriz es una mujer muy afortunada.

—¡Desde luego que lo es! —susurró con la voz crispada.

A Zoe le llamó la atención aquella especie de exabrupto y se lo quedó mirando. Sus rasgos delicados, como esculpidos en porcelana china, contenían información que Zoe quería conocer.

—Bueno, aunque la vida la ha favorecido con muchos dones, eso no la priva de que sufra los mismos achaques que el resto de los mortales. Ha llegado a mis oídos que padece gastroenteritis y que incluso ha tenido que cancelar algunas entrevistas de lo mal que se encuentra.

El botones alzó las cejas.

—¿Gastroenteritis?

A continuación, prorrumpió en carcajadas tan sonoras que hubo de sofocarlas contra la palma de la mano. Zoe no entendía dónde estaba el chiste, ni por qué los ojos azules se le cubrieron de lágrimas de risa cuando cruzó una mirada con ella que la hizo sentir como una idiota. Zoe aguardó a que recuperara la compostura,

reprimiendo las ganas de zarandearlo para que desembuchara.

—No sabía que ahora lo llamaran así. —Sus dedos finos como los de una pianista retiraron la humedad de la comisura de sus ojos y luego cuadró los hombros. Los vestigios de la risa todavía lo sacudieron, aunque cuando prosiguió hablando su voz volvió a sonar con la misma crispación de antes—. De gastroenteritis nada, querida —murmuró, acercando los labios a su oreja—. Se ha pegado una buena fiesta en su suite que, por lo visto, se ha alargado hasta bien entrada la mañana.

Zoe encajó la información como si acabara de recibir un puñetazo en la boca del estómago.

«¿Qué Eden Peterson había cancelado sus compromisos profesionales porque se había pegado una fiesta en su suite?».

—No puede ser verdad —murmuró, controlando las emociones.

—Y eso no es todo. —Se aclaró la garganta y habló todavía más flojo. Tanto, que a Zoe le costó entenderle—. La muy perra ha gozado de la compañía del tío macizo de ayer. El de los ojos azules, la sonrisa pícaro y el culo sexy.

Las palabras tardaron en llegarle a los labios.

—¿El periodista?

—Sí, querida. Sexo desenfrenado durante toda la noche. Estoy verde de la envidia.

Zoe se sintió como una auténtica pringada. La noche anterior, él la había hecho sentir especial, pero ahora comprendía que no había sido más que un entretenimiento pasajero y que habría actuado igual con cualquier mujer que hubiera tenido al alcance. Su amor propio quedó maltrecho, pero lo que hizo que le ardiera la sangre fue enterarse de que su entrevista se había cancelado porque Eden Peterson se había pasado toda la noche follando con Nick Rayner.

Creyó que ardería allí mismo por combustión espontánea.

El botones volvió a acercar los labios a su oreja.

—Te ruego que seas discreta, querida. A veces la boca me pierde. —Movié la cabeza, como disgustado consigo mismo por irse de la lengua.

Al llegar a la planta treinta y dos, Zoe salió al corredor detrás del joven empleado y se precipitó hacia los ascensores contiguos, pulsando a su paso todos los botones como si acabara de declararse un incendio. Él se la quedó mirando, extrañado por la impulsividad de sus ademanes, pero ella le regaló una sonrisa forzada y él se perdió en el largo pasillo, meneando su rubia cabeza.

Zoe plantó las manos en el lustrado mostrador de recepción con la respiración agitada por la carrera. Esperó entre impaciente y nerviosa a que la recepcionista terminara de registrar una reserva.

—Necesito saber en qué habitación se hospeda Nick Rayner.

A la joven no le agradó que le hablara con tanta exigencia, pero Zoe no podía tratar aquel tema de otra manera.

—Lo lamento, pero no nos está permitido ofrecer esa clase de información.

—Pues entonces llámelo a su habitación y dígame que Zoe Carpenter le espera en recepción.

—Siento decirle que tampoco va a ser posible. El señor Rayner ha abandonado el hotel hace unos treinta minutos.

—¿Qué ha abandonado el hotel? —Las manos se le crisparon sobre el mostrador. Se sentía como si todo el mundo le estuviera tomando el pelo—. Quiero hablar con su superior.

—Disculpe, señorita...

—Carpenter —masculló.

—Señorita Carpenter. —Sus labios rojos esbozaron una sonrisa rígida—. Si tiene algún problema que involucre al hotel estaré encantada de ayudarle.

—Usted no puede ayudarme.

—¿Por qué no prueba a contármelo?

El tono de voz excesivamente formal y atemperado de la joven, comenzó a sacar de quicio a Zoe.

—Porque ya he perdido demasiado tiempo, ¿de acuerdo? Si me dice que es capaz de agarrar el teléfono, hablar con el señor Hank Weir y convencerle de que tendré mi entrevista dentro de las cinco horas siguientes, se lo contaré todo.

Las pelirrojas pestañas de la recepcionista temblaron, señal evidente de que vislumbraba problemas.

—Señorita Carpenter, ¿puede ser un poco más precisa?

Zoe apretó los dientes.

—Soy periodista del *Cleveland Tribune*, tenía que entrevistar a Eden Peterson a las diez de la mañana pero su jefe de prensa, el señor Hank Weir, ha cancelado la entrevista aduciendo que tenía gastroenteritis cuando en realidad, la gran estrella de la pantalla grande estaba en la cama con el señor Rayner. ¿Le parece que he sido lo suficientemente precisa? —Otro leve pestañeo. Las comisuras de sus labios pintados de color escarlata temblaron. Zoe continuó su diatriba con el mismo tono feroz—. Por lo tanto, y seguro que comprende mi gran disgusto, exijo hablar con el director comercial del hotel o con la persona encargada de las relaciones comerciales externas. Y necesito hacerlo ahora mismo. —La apremió, lanzando una rápida mirada al teléfono. La mano de la joven se movió indecisa hacia el auricular, sobre el que se quedó quieta. Zoe hizo un par de inspiraciones profundas para serenarse. No solía perder los estribos, y en su vida se había dirigido a una persona empleando unos modales tan bruscos, pero aquello que le estaba sucediendo era... ¡era inconcebible! — Se lo ruego...

Finalmente, la pelirroja se pegó el auricular a la oreja y pulsó una combinación de números mientras se alejaba para que no pudiera escucharla. Zoe agudizó los oídos a la vez que cargaba el peso de una pierna a otra, pero no logró entender el contenido de la conversación, que se alargó más de lo deseado. Al cabo de unos minutos, la recepcionista colgó el auricular tras realizar un par de llamadas. Antes de que le diera

las oportunas explicaciones, un par de tipos corpulentos vestidos con trajes de color oscuro se acercaron a Zoe, aunque se mantuvieron a una distancia prudencial.

¡Eran guardias de seguridad!

—Señorita Carpenter, entre las responsabilidades del director comercial del hotel se encuentra la de controlar que se lleven a término todas nuestras relaciones externas. Sin embargo, el caso que usted está planteando está fuera de nuestras competencias por lo que, si quiere formular alguna queja, le agradeceríamos que recayera sobre la persona que le ha causado el agravio y fuera de las instalaciones de nuestro hotel.

Zoe abrió los ojos como platos.

—No puede estar hablando en serio.

—Me temo que sí.

Por el rabillo de los ojos, comprobó que los armarios empotrados que tenía a ambos lados se pusieron rígidos, por si tenían que intervenir y Zoe sintió un súbito ataque de vergüenza. Miró a los hombres de semblantes serios y miradas que taladraban, y los hombros se le desplomaron.

El camino que había tomado la había conducido a un callejón sin salida que estaba rematado por una gruesa y altísima pared de cemento. No le quedó más remedio que acatar las palabras de la empleada.

Capítulo 4

Año y medio después...

La última patada que le propinó al aparato portátil del aire acondicionado fue decisiva y ya no volvió a funcionar. Lo enchufó y lo desenchufó varias veces, como siempre hacía cada vez que se atascaba, pero en esta ocasión todos los intentos fueron inútiles. El cacharro estaba frito y sus compañeros la observaron como si acabara de cometer un crimen.

—¿Pero qué demonios has hecho, Zoe?

Brandon se levantó de su sitio y acudió junto al aparato. Se agachó y lo inspeccionó como si tuviera conocimientos de electricidad o de lo que fuera que hiciera falta para arreglarlo, pero en realidad tenía la misma idea que ella. Tras pulsar varias veces el botón de apagado y encendido y desenchufar la clavija de la pared, se la quedó mirando con cara de malas pulgas.

—¡Lo has roto!

—¿Roto? ¿Cómo has podido cargártelo? —intervino una horrorizada Danielle.

—Ya lo estaba cuando lo encendimos por primera vez al comienzo del verano —protestó—. No ha habido ni un solo día que no hayamos tenido que darle un golpe para que no se pare.

—Un golpe no es una patada con todas tus fuerzas. —La regañó Brandon.

Sus labios se tensaron hasta desaparecer y sus cejas oscuras casi se tocaron en el centro.

—Ahora vamos a asfixiarnos de calor por tu culpa —protestó Danielle, al tiempo que se retiraba la melena pelirroja de los hombros como si ya estuviera acusando el fatal destino del aparato.

—Qué melodramáticos sois. Ahora tenemos la excusa perfecta para decirle a Craig que compre otro.

Su compañero soltó una seca carcajada carente de humor.

—Conténtate con que pueda pagarnos la nómina a final de mes.

Cabreado, se dio media vuelta y enchufó a la luz el viejo ventilador que había sobre la superficie del mueble archivador y que lo único que hizo fue remover el aire caliente que espesaba la atmósfera del pequeño local.

Resoplando, Danielle le dio la espalda y siguió tecleando en el portátil, y Brandon regresó a su sitio junto a la pizarra de corcho que estaba atiborrada de fotografías con imágenes de objetos voladores no identificados clavadas con chinchetas. Se le había agriado el semblante.

Zoe se sintió fatal. Le gustaban sus compañeros de trabajo. Eran un par de frikis que no solo creían ciegamente en la existencia de vida extraterrestre, sino que además

estaban convencidos de que seres de otras galaxias nos visitaban con frecuencia y que incluso estaban infiltrados entre la población, pero eran muy buenas personas. Ambos eran honestos y generosos. Nunca había tenido mejores compañeros y le fastidiaba ser la causante de que ahora lucieran esas caras tan mustias. Si le sobrara el dinero, ella misma asumiría el coste de un aparato nuevo de aire acondicionado, pero estaba al borde de la bancarrota.

—Lo siento, chicos. —Se disculpó.

—No te preocupes, de todos modos tenía los días contados. —Brandon se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano e hizo varios clics con el ratón de su portátil.

—A lo mejor nos estamos equivocando y Craig echa a correr para comprar uno nuevo —opinó Danielle.

—¿Y por qué iba a hacer tal cosa? —inquirió Brandon.

—Pues porque vamos a tener un nuevo compañero y lo mismo quiere impresionarle. Recuerda que cuando Zoe llegó, Craig se estiró un poco y compró la nevera.

—No me acordaba de eso. Cruzaremos los dedos.

Zoe observaba con la cabeza ladeada y el ceño fruncido, una fotografía que había llegado a su correo electrónico por la mañana temprano. Estaba tomada por un particular, muy cerca de un pueblecito llamado Peebles y mostraba un cielo crepuscular en el que se vislumbraba una sombra con forma de platillo volante. En el texto que el autor adjuntaba, rezaba que había tomado la fotografía antes de que el objeto realizara un giro rapidísimo y desapareciera ante sus ojos como si se hubiera desintegrado.

—Y si Craig no puede permitirse un aparato de aire acondicionado, ¿cómo es que va a contratar a otra persona? —inquirió Zoe, sin despegar las pupilas de la imagen.

—Cada vez hay más avistamientos. El número de seguidores de la revista en las redes sociales crece como la espuma, y se ha duplicado la demanda de ejemplares de las papelerías a la distribuidora. Nosotros tres ya no podemos con todo. Necesitamos a un redactor o redactora con experiencia. Alguien como tú, que sepa darle contenido a las investigaciones que realizamos Danielle y yo.

—A colación de eso, ¿sabéis lo que os digo, chicos? Que ya hace seis meses que trabajo aquí y me gustaría levantar el culo de la silla en alguna ocasión.

—Pero si tú eres excéptica —comentó Danielle.

—Ya, por eso mismo. A lo mejor si veo algo con mis propios ojos dejo de serlo. —Pestañeó, con la vista todavía enfocada en la imagen—. En serio, estoy pensando en decirle a Craig que me deje investigar alguno de los casos que nos van llegando. Necesito un poco de acción.

Brandon se encogió de hombros.

—Si intentas enfocarle el tema de la manera correcta es posible que te permita salir. Gánatelo aduciendo que la ufología está empezando a interesarte de verdad. Si

le dices eso de que necesitas acción, te quedarás sentada en esa silla el resto de tu vida.

La última frase de Brandon le retorció los intestinos.

Imaginar que su futuro profesional iba a transcurrir en aquel espacio angosto hasta el final de sus días, entre aquellas cuatro paredes recargadas de fotografías y pósteres ridículos, entre conversaciones disparatadas, redactando historias que le provocaban risa, le producía verdaderas ganas de suicidarse. Y cuando sentía que le escocían las lágrimas cargadas de rabia, se acordaba de Nick Rayner, de Eden Peterson y de Edward Crowley. Pero no les deseaba la muerte, no, eso sería demasiado piadoso por su parte, les deseaba que cayeran en el descrédito y que terminaran sus días vendiendo perritos calientes en puestos ambulantes. Hasta donde sabía, Crowley continuaba siendo el jefe de redacción del *Cleveland Tribune*, y la actriz seguía cosechando un éxito tras otro. Del que no había vuelto a saber nada era de Nick Rayner. Hacía unos pocos meses, había aparecido en las portadas de todas las revistas tras protagonizar un escándalo sin precedentes junto a la cantante Sarah Bailey, la esposa del senador de Ohio; pero, después de aquello, parecía que se lo hubiese tragado la tierra.

Zoe había deseado con todas sus fuerzas que el incidente hubiera supuesto su declive profesional.

Por la única ventana de la que disponía el pequeño local, que estaba situado en un viejo edificio de Edge Water, el coche de Craig apareció en su campo de visión. No paraba mucho por allí, siempre andaba asistiendo a congresos de ufología o realizando sus propias investigaciones a lo ancho y largo de los Estados Unidos. Era todo lo contrario a su anterior jefe, a Crowley. Craig era un auténtico apasionado de su trabajo, compañero más que jefe, que dispensaba un trato estupendo a sus empleados. Siempre agradable y abierto al diálogo, el único defecto que Zoe le encontraba es que no era muy espléndido monetariamente hablando. Ciertamente la revista subsistía a duras penas y que las nóminas y los viajes se tragaban todos los beneficios; pero, ¿era mucho pedir que comprara un puñetero aparato de aire acondicionado? Y ya puestos, no les vendría nada mal un dispensador de agua para no tener que acarrear todos los días con botellas de agua mineral.

Entró en la oficina con una sonrisa resplandeciente y saludó con el mismo entusiasmo. Tenía un rostro la mar de difícil. Era como si hubieran cogido diferentes partes de la cara de distintas personas y las hubieran unido para formar una sola cara. Nada compaginaba en ella. La boca demasiado grande, los ojos excesivamente pequeños y juntos, la nariz muy estrecha en el caballete y muy ancha en la punta... No era atractivo, y las ropas negras que siempre vestía le daban un aire un tanto fúnebre, pero el tío tenía éxito con las mujeres. Poseía carisma y su verborrea a muchas les encantaba. Incluía a su compañera Danielle, que aunque nunca lo había confesado en voz alta, su lenguaje corporal dejaba a las claras que Craig Williams le encantaba.

Zoe ya no se acordaba de lo que era sentirse atraída por un hombre. Brandon le había tirado los trastos de una manera muy sutil en los días posteriores a su llegada a la revista aunque, de una manera igual de sutil, ella le había dejado claro que no estaba interesada. Y ahí había terminado todo. Brandon no estaba mal, era el típico hombre que tenía ese aspecto serio y bonachón que gustaba a las madres, pero Zoe no se imaginaba con él de ninguna de las maneras.

—¿Cómo va todo? Vaya, qué calor hace por aquí. —Craig se remangó el suéter negro. Él nunca usaba manga corta—. ¿Habéis puesto el ventilador?

—El aire acondicionado ha terminado sus días. —Le explicó Brandon.

—¿En serio? Vaya faena, con la ola de calor que tenemos encima...

—Y el ventilador no es que sirva de mucho. —Danielle adoptó un tono lastimero.

—Ya veo. Pues algo tendremos que hacer porque así no se puede trabajar. —Acudió a la llamada de Brandon y estuvieron comentando algo que aparecía en su ordenador. Un testimonio de una mujer de Alabama acompañado de algunas fotografías pendiente de análisis. Al cabo de unos minutos, Craig se dirigió a la puerta de su despacho. Un pequeño cubículo atestado de cajas archivadoras—. A propósito de trabajar —se dirigió a todos—, dentro de un rato vendrá vuestro nuevo compañero. Es un periodista muy competente, con una interesante trayectoria profesional. Comenzará esta misma tarde.

A Zoe le llamó la atención que un periodista competente y con una interesante trayectoria profesional fuera a engrosar el staff de «La verdad está ahí fuera». El nombre de la revista era un guiño a la exitosa serie de televisión *Expendiente X*, de la que sus compañeros eran acérrimos fans. Hasta había un póster de los agentes Mulder y Scully colgando de una pared...

Ya entrada la mañana, creyó que iba a desmayarse de un bajón de azúcar cuando la puerta de la oficina se abrió y el rostro de Nick Rayner asomó en el interior. Se quedó blanca como el papel y un sudor frío le empapó la espalda.

No podía ser...

—Buenos días, ¿interrumpo? Tengo una reunión con Craig Williams dentro de cinco minutos.

—Adelante, pasa.

Brandon le indicó que entrara, en parte para que el aire caliente de la calle no siguiera adueñándose del interior. Después avisó a Craig mientras un Nick apostado en medio de la oficina observaba con aire disimulado el entorno. Zoe no lo conocía muy bien, pero sus expresivos ojos azules reflejaron todo lo que se le pasó por la mente. Fue un instante divertido. Ojalá y el techo se le hubiese caído de verdad sobre la cabeza.

Con la respiración contenida y un tic nervioso que movía su pie derecho a toda velocidad, Zoe esperó a que el contacto visual se produjera. Y cuando eso ocurrió, a ambos se les desplomó el cielo entero encima.

—¿Zoe?

—Hola, Nick —contestó seria—. Cuánto tiempo.

—Y que lo digas. —Arrastró las palabras, la mirada intensa.

—¿Os conocéis? —preguntó Brandon.

Sin dejar de mirarse, Zoe respondió por los dos.

—Más o menos.

La tensión debió de expandirse a lo ancho y largo del local, porque en cuanto Nick entró en el despacho de Craig, sus compañeros se la quedaron mirando con las cejas enarcadas.

—¿De qué os conocéis? —inquirió Danielle, que claramente había quedado fascinada con el atractivo físico de Nick.

—Los dos trabajábamos en periódicos de la competencia —explicó a medio gas.

Zoe se había quedado bloqueada. ¿Había alguna posibilidad, por ínfima que fuera, de que Nick no fuera el nuevo compañero de trabajo y estuviera allí por otro motivo? Ni de coña. La explicación de Craig cuadraba con su currículum.

La idea de tenerlo sentado en la mesa contigua, de verlo todos los días, le revolvió el estómago.

Ya no había duda alguna de que su prestigio se había ido al garete.

Se sintió enferma de veras y terminó por dar un bote en la silla y agarrar el bolso de encima de la mesa. El dicho de que el mundo era un pañuelo cobró un nuevo significado para Zoe.

—¿Te marchas? —Brandon la miró por encima de sus gafas de montura negra.

—Voy... voy a salir un momento a tomar un café. Creo que me ha bajado la tensión y me encuentro un poco mareada.

—Es por este calor, en cuanto Craig vuelva a asomar la nariz trataré de retomar el tema —aseguró Danielle—. Por cierto, me encanta nuestro nuevo compañero de trabajo.

Zoe carecía de humor para seguirle el pícaro comentario. Escuchó a Brandon bufar mientras se dirigía hacia la puerta.

Compró una botella de agua bien fresca en una tienda de suministros que había a una manzana y se sentó en un banco, a la sombra que proyectaba un castaño de indias. Allí sentada, con la brisa del lago Erie llegándole en suaves y húmedos soplos que inspiró profundamente, trató de ordenar las piezas de la rocambolesca situación. Pero no había piezas que ordenar, lo único que quería era regresar a la oficina, recoger sus cosas y salir corriendo en otra dirección para no tener que volver a verle la cara. ¿Pero qué era eso tan malo que había hecho para merecerse semejante castigo?

Suspiró y bebió un trago de agua.

Tenía que encontrar otro empleo y rápido. Estaba pensando en las puertas en las que podría llamar cuando lo vio caminando calle abajo. Confusa, Zoe miró su reloj de pulsera. ¿Ya habían transcurrido veinte minutos desde que se había marchado de la oficina? Enroscó el tapón de la botella y se puso en pie. Si la calle no hubiera estado

tan desierta a esas horas de la mañana, se habría escabullido hacia algún sitio para no tener que encontrarse a solas con él. Conforme se acercaba, Zoe se tensó tanto que sintió agujetas en los músculos del abdomen. Apretaba tan fuerte la botella que no le habría sorprendido que el tapón saltara por los aires.

Su belleza masculina la irritaba. Era incluso más guapo de lo que recordaba. Quizás era por la luz del sol que volvía sus ojos más azules, o por ese bronceado que bruñía la piel de su rostro y de sus fuertes brazos. Al parecer, había caído tan hondo como ella, pero Nick Rayner, el muy desgraciado, conservaba intacto ese aire invencible que le sumaba atractivo.

Zoe cruzó los brazos cuando llegó a su altura.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó él.

—¿Tú qué crees? No quería verte la cara cuando salieras del despacho de Craig, pero mira por dónde, has decidido darte un paseo por la calle perpendicular.

—No estoy dando ningún paseo. —Su voz sonaba templada—. Es que tengo el coche ahí. —Señaló un Jeep Cherokee azul oscuro que estaba aparcado justo delante del banco—. Y la cara vas a tener que vérmela muy a menudo a partir de ahora, el destino ha querido que seamos compañeros de trabajo, ¿qué te parece? —inquirió con aire socarrón.

—La mayor putada que podían hacerme. Eso me parece.

—Ya, bueno, tampoco es que a mi me apetezca dar saltos de alegría. Eres la última persona a la que esperaba encontrarme aquí o... tal vez no. —Dudó—. En fin, es lo que hay.

—¿Una revista de ovnis? ¿Qué te ha pasado, Nick Rayner? —Su mordacidad levantó algunas astillas en él, pero utilizó la ironía para contestarle.

—Supongo que lo mismo que a ti. Unas veces se gana y otras se pierde. Me quedaría a charlar un rato más contigo pero tengo cosas importantes que hacer. Nos vemos esta tarde. —Le dio unas palmaditas irritantes en el hombro antes de dirigirse a su coche.

Zoe tenía la palabra «capullo» bailándole en la punta de la lengua, pero prefirió ser mucho más hiriente.

—Yo estoy aquí porque hay muchas sabandijas sueltas en el gremio. Tú, por el contrario, estás aquí por méritos propios.

—¿Volvemos a lo mismo? —inquirió con hastío, al tiempo que abría la portezuela de su coche—. Me aburres, Zoe. Me aburres tanto que ni siquiera voy a contestarte.

Se metió en el interior y el sonido del portazo amortiguó el insulto que a Zoe se le escapó entre dientes.

Capítulo 5

No fue capaz de alegrarse cuando, al regresar, Danielle le dijo que acababa de convencer a Craig de que comprara un nuevo aparato de aire acondicionado. Zoe se quedó mirando la nueva mesa todavía vacía que había a su izquierda y que estaba casi pegada a la suya debido a lo estrecho del espacio que compartían. Desde tan corta distancia podría olerle todo el rato, sería imposible escapar o abstraerse de su presencia. Ahora más que nunca, tenía que hablar con Craig para convencerle de que la dejara salir a investigar, ¡se negaba a pasar todo el día al lado de Nick!

—Craig nos ha presentado formalmente a Nick, parece un buen tipo —comentó Brandon.

«Parecía». A ella también se lo pareció cuando lo conoció hacía año y medio, pero por todos era sabido que las apariencias engañaban, que nada era lo que parecía. De todos modos, no era el momento ni el lugar de poner a sus compañeros en su contra situándolos en antecedentes, así que calló y se encogió de hombros. Ya tendría tiempo más adelante de romper con la imagen agradable que siempre proyectaba el periodista.

—Brandon, te paso por correo electrónico la fotografía que ha llegado esta mañana a mi buzón. —Brandon era un experto informático, capaz de detectar cuándo les estaban colando imágenes trucadas para tomarles el pelo. Antes de que alguien se le adelantase, agregó—: Si resulta auténtica, le propondré a Craig que me deje ir a Peebles para investigar.

—¿Peebles?

—Un pequeño pueblecito en el condado de Adams. Está aproximadamente a unas cuatro horas en coche de aquí. Acabo de enviarte la fotografía.

No fue a casa a comer, apenas tenía apetito. Se tomó un sándwich caliente en el bar de comida rápida que había cerca de la oficina. Mientras masticaba, comenzó a sentir un incipiente dolor de cabeza por la tensión que acumulaba desde hacía unas horas. Había deseado con todas sus fuerzas el descrédito profesional de Rayner y sus plegarias habían sido escuchadas; pero estaba claro que no podía deseársele el mal a nadie por mucho que se lo mereciese. Eso era algo que siempre le repetía su padre cuando era una niña, y por desoír sus siempre inteligentes consejos, ahora estaba atrapada en aquella situación de mierda.

Nick ya estaba allí cuando Zoe regresó. Brandon lo estaba poniendo al corriente de todo, como hacía seis meses hizo con ella cuando Craig la contrató. Su mesa de trabajo ya estaba lista. Tenía un montón de material archivado en carpetillas con el que ponerse a trabajar. Danielle también se apuntó a ser una buena anfitriona mientras Zoe mantenía la vista pegada a la pantalla del portátil. Su compañera contestaba con excesiva amabilidad a cada una de las preguntas que hacía Nick sobre

sus costumbres, sus horarios o la dinámica del grupo. Cuando todo estuvo más o menos claro, regresaron a sus respectivas mesas. Zoe sintió su mirada clavada en su perfil y como era a quien más cerca tenía, se dirigió a ella.

—Por cierto, ¿hay algún sitio para comer que esté cerca de aquí? Vivo en Forest Hills, está casi en la otra punta de la ciudad.

—Sé dónde está Forest Hills —comentó con sequedad. A continuación, extendió el brazo y señaló hacia la ventana—. En aquella dirección, a un par de manzanas, hay un bar en el que sirven unas tapas deliciosas. Se llama Angie's vine.

A Nick se le distendieron un poco más las facciones y entonces rio por lo bajo. Un mechón oscuro de su cabello demasiado largo le acarició la ceja y se lo retiró con la mano.

—¿Me quieres enviar al peor bar que existe en toda la ciudad? —A continuación, elevó el tono—. ¿Qué os parece, compañeros? Zoe me ha enviado a probar las tapas de Angie's vine.

Danielle se dio la vuelta con las cejas enarcadas.

—¿Has hecho eso? Pero si son repugnantes... Y el local es absolutamente asqueroso. Una vez me encontré una cucaracha aplastada en el suelo.

—Creo que Zoe ha querido gastarte una novatada —comentó Brandon.

—Pues tendrías que haber sido mucho más original. ¿Qué ciudadano de Cleveland no conoce el Angie's vine?

Los labios carnosos de Zoe, de cuyo sabor todavía se acordaba, se estiraron en una sonrisa tensa pero sus tremendos ojos castaños lo fulminaron. Tenía ganas de decir algo, y Nick la animó a que lo soltara con una mirada directa y provocativa, pero solo movió los labios. Nick leyó la palabra que le dedicó:

«Gilipollas».

Bueno, no habían comenzado con muy buen pie pero la aventura que tenían por delante prometía ser, cuanto menos, divertida. Ya que durante un tiempo indefinido tendría que abordar el peor trabajo de su vida, por lo menos, que pudiera abordarlo con algo de entretenimiento.

La tarde fue transcurriendo entre silencios más o menos prolongados, entre preguntas que le sobrevenían a Nick conforme iba desarrollando su trabajo y entre intercambios de opiniones sobre el mundo ovni que acentuaron el escepticismo del recién llegado y que devolvieron el buen humor a Zoe. Se aferró a la esperanza de que Nick no aguantara en aquel entorno ni una semana.

Cuando ya oscurecía Craig apareció por la oficina. Antes de aislarse en su pequeño inframundo mantuvo una charla animosa con Nick que dejó patente algo que Zoe desconocía: Craig y Nick ya se conocían. Al parecer, habían sido compañeros en la Universidad aunque el contacto que habían mantenido a lo largo de los años había sido efímero e irregular.

—Zoe, ya tengo tus fotografías.

Zoe acudió a la llamada de Brandon, deseando con todas sus fuerzas que tuviera

buenas noticias que darle. En la pantalla de su ordenador aparecían unos gráficos que no tenía ni idea de cómo interpretar pero, aun así, apoyó las manos en su mesa e inclinó el cuerpo como si supiera hacerlo.

—¿Y bien? ¿Son reales?

—Nunca te había visto tan entregada al tema, Zoe. Al final, vamos a convertirte en un auténtico monstruo —comentó Brandon con humor.

—Tendrás que esmerarte mucho más —respondió a la burla—. Vamos, ¿qué tienes?

—No están trucadas.

—¿No lo están? ¿Y tu valoración profesional? —Lo miró a los ojos. El color castaño de sus iris brillaba de ese modo tan singular que Zoe ya conocía. El estudio de la fotografía lo había excitado.

—No se ve claramente lo que es, la imagen es difusa en esta área de aquí pero... podría tratarse de un...

—¿Ovni?

—Merecería la pena investigarlo —asintió.

Antes de que nadie se le adelantara, Zoe agarró la fotografía impresa que había sobre la mesa de Brandon y se dirigió hacia la puerta de Craig. Tocó con los nudillos.

—No es nada personal, Zoe, pero considero que deberías abandonar esa idea que se te ha metido en la cabeza y dejar que Danielle o yo nos ocupemos de ese asunto. Si de verdad quieres iniciarte, hay otras historias más sencillas de las que podrías ocuparte.

—Ni hablar —negó—. Yo lo he visto antes.

A la contestación de Craig, Zoe abrió la puerta y entró. La atmósfera que se cocía entre aquellas cuatro paredes atestadas de expedientes era agobiante, pero a Craig no parecía afectarle. Se le veía cómodo, como si hubiera mimetizado con el ambiente.

Había una silla desvencijada en la que las visitas se sentaban y que ahora estaba atiborrada de recortes de periódicos dispuestos unos encima de otros. Craig los retiró de allí y los amontonó en un pequeño hueco de una estantería colgante que había en un rincón. Zoe se sentó, le sudaban las manos y tenía empapado el nacimiento de los senos. Craig nunca parecía tener calor, se contentaba con un pequeño ventilador de color naranja, de esos que se enchufaban a los puertos USB de los ordenadores y que hacían un ruido parecido al de una bandada de mosquitos furiosos.

—Si es por el aire acondicionado no te molestes en convencerme, Danielle ya lo ha hecho. —Craig inició la conversación con desenfado.

—No es por el aire acondicionado. —Se aclaró la garganta y se cruzó de piernas. La rodilla le chocó contra el canto de la mesa, así que recuperó la postura original. Lo soltó todo de carrerilla—. Verás, Craig. Antes de que me contratases como redactora de «La verdad está ahí fuera» era una auténtica inexperta en la materia. Todo lo que conocía sobre la ufología era a través de documentales en los que muchas veces el fenómeno ovni no quedaba muy bien parado. —Notó que la necesidad de

convencerle la ponía nerviosa y eso le hacía perder ímpetu. Pensó en Nick, en las horas que tendría que pasar a su lado como Craig decidiera mantenerla con el culo pegado a la silla, y recuperó el aplomo—. Ya hace seis meses que trabajo para ti y durante todo este tiempo me he familiarizado mucho con los temas que investigáis. De pasar a ser profana e incrédula, he comenzado a hacerme muchas preguntas y a cuestionarme cosas que antes ni se me habrían pasado por la cabeza. —Dejó la fotografía sobre la mesa de Craig, que la escuchaba con atención, con esos ojillos inquietos que siempre parecían descifrar las verdades encubiertas—. Como reza en uno de los pósteres que hay en la pared, yo también quiero creer, y se me ha ocurrido que podrías dejar que me ocupara de investigar esta imagen que ha llegado a mi correo por la mañana temprano. Es un supuesto avistamiento ovni que ha ocurrido en Peebles, un pequeño pueblecito del condado de Adams. En algunos de mis anteriores empleos he realizado trabajos de investigación, por lo que me muevo bien sobre el terreno, y en lo que concierne al tema que nos aborda yo... me siento preparada, quiero llegar al final de esto. —Señaló la imagen con la barbilla—. Si me dieras la oportunidad me sentiría mucho más realizada.

—¿Pero quién haría tu trabajo?

—Yo, por supuesto. Me llevaré el portátil, haré horas extras y sacaré todo el trabajo adelante. Te prometo que no te defraudaré.

No se le ocurrió nada más que añadir aunque creía que había bordado el discurso. Soltó lentamente el aire retenido y observó a Craig con detenimiento. Su mirada sagaz era estudiosa y podía sentir cómo los engranajes de su cerebro se movían con rapidez. No halló indicios de que descartara su iniciativa.

—No me parece una mala idea —comentó al fin.

—¿En serio?

«No sonrías, Zoe. Todavía es pronto para cantar victoria».

—En serio. En realidad... esperaba que tarde o temprano esto sucediera. Me refiero al despertar de tu interés. Es lógico que haya suscitado tu mente cuando pasas tantas horas con ese par de dos. Me siento orgulloso, Zoe.

«Vaya, qué buena mentirosa eres, chica».

Porque ni creía ni quería creer. La única motivación que la había conducido a donde ahora estaba era mucho más simple. ¡Necesitaba salir de allí! Como si la mandaban investigar sobre el apareamiento del langostino de río.

—Yo... te agradezco mucho esta oportunidad. —A continuación, le puso al corriente del contenido del correo que había recibido y del lugar donde se había producido el supuesto avistamiento—. ¿Cuándo quieres que empiece?

—Cuanto antes mejor. Sé de buena tinta que los testigos tienden a adornar sus experiencias conforme van pasando los días. Cuanto más frescos estén los recuerdos más probabilidades de que la historia que nos cuentan se ajuste a la realidad. Mañana por la mañana podrías avanzar en las tareas pendientes y salir por la tarde.

—Genial, ¡no hay ningún problema!

—Supongo que ya sabes cómo funcionamos. Pide facturas de todos los gastos y te las reembolsaré cuando regreses. Necesitarás un equipo de cámara fotográfica y también una cámara de video por si acaso. Tómame el tiempo que necesites aunque a no ser que la investigación lo requiera, ya sabes que no estamos fuera más de tres días. Nuestra contabilidad no nos lo permite. —Se encogió de hombros con resignación.

Zoe asentía a todo cuanto decía. El entusiasmo le había aflojado los nervios y había dejado de sudar. Craig era el mejor jefe que había tenido nunca.

—Gracias por la confianza que depositas en mi, Craig —le dijo de corazón—. Miraré las combinaciones de autobuses y la pensión donde hospedarme. Supongo que en Peebles no hay hoteles —bromeó.

Hacía ademán de ponerse en pie cuando Craig le dijo.

—No es necesario que mires autobuses, no irás sola.

—¿No iré sola?

—No. Nick te acompañará.

A Zoe se le destempló el cuerpo.

—¿Nick? —No lo pudo evitar, su voz sonó como un graznido—. Te aseguro que no necesito que nadie me acompañe, y mucho menos el recién llegado...

—No te lo tomes a mal. Tienes muchas aptitudes y estoy seguro de que te desenvolverías de maravilla tú sola, pero es tu primera salida, todavía no conoces nuestro campo ni los inconvenientes con los que puedes toparte. Además, es una excelente oportunidad para introducir a Nick en nuestro mundo. El muy cabrón es el tío más escéptico que he conocido en toda mi vida. No le vendría mal escuchar unos cuantos testimonios a ver si se le abre un poco el cerebro.

—O termina por cerrársele del todo... —pensó en voz alta. Peebles era una villa poblada por gente humilde que se dedicaba, en su mayoría, a las tareas del campo. No creía que sus testimonios consiguieran remover las creencias de Nick ni las de nadie — ¿Pero por qué Nick? Si consideras que necesito compañía creo que sería más apropiada la de Danielle o Brandon.

—Danielle se marcha de viaje pasado mañana y Brandon está desbordado de trabajo. Lo necesito aquí. Además, si él fuera contigo se apropiaría de la investigación y no te dejaría meter baza. Y no es eso lo que tú quieres. —Esperó a que ella se lo corroborara con un movimiento negativo de cabeza, que no fue todo lo convincente que requería la situación—. Nick es la mejor opción. Es un tío competente, con él estarás más arropada, y me interesa que tenga una primera toma de contacto antes de ponerse a trabajar en serio. Es perfecto. Dile que pase cuando salgas, se lo comunicaré ahora mismo.

—Me gustaría hacer esto a mi sola. —Lo intentó por última vez.

—En la próxima ocasión. —Le sonrió Craig.

Zoe se sentía como un globo desinflado al que hubieran clavado un millar de agujas. Como solía decirse, le había salido el tiro por la culata.

La voz le salió a medio gas cuando, de regreso a su mesa, le dijo a Nick que entrara en el despacho de Craig. Sus compañeros la miraron a la espera de que les diera noticias pero Zoe solo pudo decírles que haría el viaje a Peebles, no logró entrar en más detalles. Mientras organizaba el papeleo que gobernaba la mesa, pensó en inventarse una gastroenteritis para renunciar a la investigación, o una torcedura de tobillo, o un dolor tremendo de muelas. Seguro que padecería esto último como continuara rechinando los dientes.

Si embargo, sabía que pensaba tonterías. Su ética profesional le impedía tomar esa salida tan cobarde.

Al cabo de un rato, Nick abrió la puerta y mantuvo el pomo sujeto mientras finalizaba una conversación amistosa con Craig que nada tenía que ver con el asunto que los ocupaba. Zoe se lo quedó mirando para familiarizarse con sus emociones que, desde luego, no eran tan caóticas como las suyas. Mientras que el reencuentro con Nick a ella le había sentado como un puñetazo en la boca del estómago, él disfrutaba de la tremenda coincidencia. La ironía que bailaba en sus atractivos labios se lo confirmaba.

—Parece que vamos a emprender un viajecito juntos, Zoe —le dijo, al tiempo que se acomodaba en su silla.

—Vete al infierno —murmuró, aunque no lo suficiente flojo como para que sus compañeros no la escucharan.

—Me temo que iremos juntos —comentó, al tiempo que hacía una búsqueda en internet—. Ni siquiera sabía que existía ese lugar. ¿Peebles? ¿Dónde demonios está eso? ¿Te has asegurado de que existe? —En la pantalla apareció un mapa de Ohio y una ruta marcada con una línea azul. Nick entornó los ojos—. Aquí está, a cuatro horas en coche. Al menos hay un buen tramo por autopista. ¿A qué hora quieres que te recoja?

A Zoe se le indigestó esa mirada humorística que retrataba a la perfección la clase de hombre que era: un cerdo, miserable y manipulador, que no tenía ni la más mínima conciencia humana ni ética profesional. Estuvo a punto de decirle que ella iría en autobús, que no estaba dispuesta a compartir el mismo coche que él, pero frenó su rabia antes de meterse de cabeza en apuros económicos. No le sobraba el dinero, no podía despilfarrarlo de cualquier manera.

Así que se mordió la lengua y se tragó el orgullo.

Capítulo 6

Desde que tenía que viajar todos los días hasta Edgewater, tomaba la carretera adyacente al lago Erie para regresar a casa. Era el trayecto más largo pero lo compensaba el hecho de que fuera el que mejores panorámicas ofrecía. Ya era casi de noche, pero hacía una temperatura muy agradable y el paseo parecía un hervidero. Incluso entre la suave ondulación de las olas distinguió a personas que se daban un chapuzón tardío.

Los rostros de los transeúntes con los que se iba cruzando a lomos de su Honda Scoopy parecían libres de preocupaciones. Algunos reían en grupos, otros comían helados o gofres, muchos se alojaban en bancos y se besaban en la boca, unos pocos corrían descalzos por la suave arena que circundaba el lago o, simplemente, paseaban con la mirada extasiada y vuelta hacia el ocaso. Sus vidas parecían tan sencillas y tan carentes de dificultades que Zoe envidiaba la sencillez que transmitían.

Los problemas nunca venían solos. Zoe jamás se retiraba esa máxima de la cabeza, de tal manera, que vivía constantemente en estado de alerta. Siempre preparada para recibir el siguiente golpe.

Y este se produjo apenas unos minutos después.

Su madre la esperaba en el rellano de la escalera. Estaba sentada en el último escalón, tenía las piernas cruzadas y el hombro apoyado en la pared. Parecía una niña pequeña y desvalida aunque la sonrisa que le dirigió pretendía resultar resistente. Zoe se quedó paralizada y la boca se le secó mientras observaba a Carol Carpenter.

—¿Qué haces aquí, mamá? —inquirió con mucho tiento, con la voz hueca.

—Cariño... qué guapa estás. Te ha crecido un poco el pelo desde la última vez que nos vimos y ese par de kilitos que has engordado te favorecen mucho.

Se puso en pie sin abandonar la sonrisa que estiraba sus labios agrietados. Por el contrario, ella había perdido peso. Tenía las mejillas hundidas y la piel mortecina. Su cabello, que siempre había gozado de un brillo y espesor envidiables, ahora lucía marchito en la coleta con que se lo recogía. Había surcos oscuros bajo sus ojos y a Zoe se le encogió el alma. Tenía peor aspecto que hacía tres semanas, cuando ingresó en la clínica de desintoxicación tras una nueva recaída.

—Deberías estar en la clínica, ¿qué es lo que ha ocurrido?

—Hace una semana que salí y...

—¿Una semana? —A Zoe se le dispararon todas las alarmas—. ¿Por qué? ¿Y por qué me entero ahora?

—Cariño, no te sulfures. —Bajó unos cuantos peldaños hasta que casi se puso a su altura. A Zoe le llegó su aliento con olor a alcohol y la angustia se apoderó de ella—. Estoy limpia, no había necesidad de alargar mi estancia.

—¿Qué no había necesidad? Conoces el programa, mamá, ¡tenías que permanecer

aislada durante un mes!

—No me atormentes con eso —protestó—. Conozco mi cuerpo y está funcionando muy bien desde que he salido de esa cárcel. Me habría vuelto loca de seguir allí encerrada. Estoy estupendamente, te lo aseguro. —Su tono de voz volvió a sonar cándido y meloso—. Tenía tantas ganas de verte... —Acopló las manos en sus hombros y la miró con dulzura.

—No estás bien, mamá. Has estado bebiendo.

—Solo una copita, ¿qué mal puede hacerme una copita?

Zoe sintió que el suelo se movía y que las paredes temblaban como si estuviera montada en un tiovivo.

—¿Dónde has estado todos estos días?

—Esa es la mejor parte de la historia —sonrió, al tiempo que le acariciaba el cabello con sus dedos frágiles y huesudos—. Estoy enamorada.

—¿Qué? —susurró apenas.

—He conocido a un hombre maravilloso que me quiere y me cuida. Está esperándome en la calle. Me parecía un poco brusco pedirle que esperara conmigo a que regresaras pero si quieres conocerle solo tengo que decirle que suba. Soy muy feliz con él, cariño.

—¿Enamorada? ¿De un hombre al que acabas de conocer? —El escozor de las lágrimas le arrasó la garganta, pero estaba demasiado furiosa para echarse a llorar.

—¿Y eso qué más da? Lo que cuenta es la intensidad de cada minuto que pasamos juntos —aseguró, con un halo enamoradizo en la voz—. ¿Cómo está tu hermano? Hace tiempo que no sé nada de él.

—Dios mío... —Zoe se retiró de su agarre porque no soportaba que la tocara. Le dio la espalda al tiempo que deslizaba los dedos entre sus cabellos y dejaba las manos aplastadas contra la cabeza. Necesitaba pensar, y no podía hacerlo con los ojos vidriosos de su madre enfocados en ella. Su actitud autodestructiva también la destrozaba a ella, y no tenía visos de finalizar algún día. Respiró hondo y volvió a encararla—. Está bien. Te diré lo que vamos a hacer. Vas a despedirte de ese tío que te espera y, a continuación, tú y yo vamos a regresar a la clínica. Vas a cumplir con el programa y cuando salgas acudirás a todas las puñeteras reuniones a las que nunca has querido asistir. ¿Queda claro?

Le tembló la barbilla cuando la amabilidad de su madre se desintegró. Imaginó lo que ocurriría a continuación y la desesperación la invadió. No tenía fuerzas para lidiar con aquella situación. Estaba desgastada, cansada de pelear contra molinos de viento.

—No voy a ir a ningún sitio contigo, no pienso volver a pisar ese lugar nunca más. Ya he encontrado lo que necesito, se llama Joe y vamos a marcharnos de la ciudad durante algún tiempo. Venía a despedirme de ti.

—¿Qué?

—Nos mudamos a Nashville, la cuna del country. Joe es cantante y de los buenos,

¡tendrías que escucharle! Tiene un talento increíble y allí le han prometido un contrato discográfico.

Zoe sintió náuseas. Hubo de aferrarse a la barandilla para no caerse al suelo. Su madre prosiguió atormentándole los oídos.

—Solo necesitamos que nos prestes cien pavos para la gasolina. Te los devolveremos tan pronto como nos instalemos y Joe comience a ganar dinero. Te llamaré a menudo, incluso podrás visitarnos cuando quieras. Se ha parado un nuevo tren para mí y pienso cogerlo. ¿No te alegras de verme tan feliz?

—Tú no eres feliz, mamá. Eres alcohólica. —Recalcó la palabra—. Y nunca volverás a serlo a menos que aceptes tu enfermedad y pongas toda tu voluntad en superarla.

Sus palabras despertaron en su madre un odio terriblemente hiriente que se le clavó como un puñal. Sus ojos inyectados en sangre atestiguaban que estaba hundida en un pozo sin fondo, pero se había creado una realidad alternativa para no tener que enfrentarse al mal que estaba arruinando su vida.

—Dame cien pavos. —Le exigió, con la palma de la mano vuelta.

—No tengo ese dinero, sabes muy bien que estoy pasando apuros económicos.

—¿Llevas trabajando desde que saliste de la facultad y me quieres hacer creer que no te sobran cien pavos? —Subió el tono.

—Todo mi dinero ha ido a parar a la clínica de desintoxicación de la que has entrado y salido desde que encontré mi primer empleo. —Le espetó.

Su sacrificada lucha por ayudarla cayó en saco roto, y Carol le arrancó el bolso de las manos para buscar en su interior. La patética escena consumió toda su fortaleza y Zoe la dejó hacer. Las lágrimas le arrasaron los ojos mientras observaba las manos temblorosas de su madre hurgar en su monedero. ¿Qué más podía hacer que no hubiera hecho ya? Echó en falta la presencia y el apoyo de su hermano, ella ya no tenía fuerzas para manejar a Carol Carpenter. Del monedero extrajo un billete de cincuenta dólares que se guardó en el bolsillo de sus holgados vaqueros y le devolvió el bolso como si arrojara un saco de basura a un contenedor.

—Tú has querido que nuestra despedida sea así de amarga. Está claro que llevas el egoísmo de tu padre en los genes.

Bajó unos cuantos escalones y Zoe la agarró por un brazo cuando pasó por su lado.

—Mamá... —le suplicó—. No hagas esto.

—Te mandaré una postal cuando llegue a Nashville. —Dio un tirón de su brazo y descendió las escaleras a toda prisa.

Zoe se apoyó contra la pared para no desplomarse y miró a través del ventanal del corredor hacia la calle, donde un hombre de unos treinta y tantos años —su madre tenía cincuenta—, aguardaba a lomos de una Saxon mientras fumaba marihuana. Su aspecto era el del típico motero perteneciente a esas bandas peligrosas que deambulan por las carreteras del país. Ropas oscuras, cuero negro, una barba rubia muy poblada

y un cabello largo y poco aseado que le llegaba hasta la mitad de la espalda y que se recogía con una cinta atada a la frente.

La vista se le enturbió al ver a su madre cruzar la calle y enredar sus brazos alrededor del cuello del hombre. Este le pasó el porro y Carol le dio una buena calada. A continuación, le enseñó el billete de cincuenta dólares y el tipo inició una virulenta discusión que hizo que se le marcaran los tendones del cuello. Le arrancó el billete de las manos y la instó con malos modales a que subiera a la moto. Su madre se repantigó en el asiento trasero y el vehículo se puso en movimiento como un polvorín, dejando tras de sí una humareda tan negra como su estado de ánimo.

Se secó las lágrimas mientras ascendía las escaleras. La sensación de impotencia le pesaba tanto que una vez en casa se dejó caer sobre el sofá porque apenas podía sostenerse en pie. Lloró desconsoladamente hasta que empapó de lágrimas el cojín sobre el que descansaba su rostro. Sabía que la película que le había contado Carol tendría un trágico final y ella no estaba preparada para asumirlo. A pesar de que Aidan siempre insistía en que hacía mucho más por ella de lo que cualquier hijo podría hacer por un progenitor sin que las circunstancias también lo arrastrasen al fango, Zoe a veces tenía la sensación de que no estaba haciendo lo suficiente. Creía que debía existir alguna fórmula efectiva para sacarla de ese bucle autodestructivo.

—No existe ninguna fórmula mágica. Y si existiera, solo Carol puede hallarla. — Solía repetirle él hasta la saciedad, cada vez que hablaban por teléfono o venía de visita a Cleveland.

Ya había oscurecido por completo cuando levantó la cabeza. El comedor estaba en penumbras y el ambiente muy cargado porque se le había olvidado abrir la ventana para que entrara el aire. Agarró un pañuelo de papel con el que se secó los ojos y se sonó la nariz. Llorar le había sentado bien aunque ahora tenía toda la cara congestionada y notaba un incipiente dolor de cabeza en el lado derecho.

Abrió la ventana y cerró los ojos con placer al recibir la brisa fresca de la noche. Ya más calmada, agarró el móvil y llamó a Aidan. Él hacía mucho tiempo que se había desentendido de su madre, no lo juzgaba, pero le tenía dicho que lo llamara cada vez que hubiera novedades o, simplemente, necesitase hablarle de ella.

Aidan estaba en Little Rock, Arkansas. Hacía ya unos meses que trabajaba en un proyecto de construcción de una infraestructura ferroviaria, pero Zoe sabía que no se quedaría mucho tiempo más por aquellas tierras. Su alma errante pronto le pediría que emigrara a otro lugar.

Fue una conversación tranquilizadora. Aidan poseía la capacidad de calmarla, de ayudarla a racionalizar las situaciones, de sentirse más segura con las decisiones que tomaba en todo lo relativo a Carol. Él la convenció de que hacía por su madre todo lo que estaba al alcance de su mano.

Con ese pensamiento bien metido en la cabeza, que repitió mentalmente durante la frugal cena, se dispuso a hacer la maleta para su viaje a Peebles. Le vendrían muy bien esos días de asueto aunque su acompañante fuera Nick Rayner. Ya se las

apañaría para que cada uno fuera por su lado y no tuvieran que compartir más que las ocho horas que pasarían juntos en el coche.

Una vez en la cama recordó algo que el paso del tiempo no había difuminado lo más mínimo: el sabor y la textura de los apasionados besos que se dieron en el bar Pinnacle del Hilton. Los dedos de los pies se le encogieron y notó un pinchazo comprometedor en el bajo vientre. Sus respuestas físicas la cabreaban muchísimo, pero no podía controlarlas.

Era una auténtica putada que el mejor beso de su vida se lo hubiera dado Nick Rayner, el hombre que había destruido su carrera profesional.

Llegó puntual a la cena de cumpleaños que su padre celebraba en un salón que había alquilado en el Cleveland Marriott, a la que no habría asistido en el caso de que el impresentable de su hermano hubiera podido acudir. Harrison le había confirmado que Kelvin estaba de viaje en Boston en un viaje de negocios.

Courtney, la flamante novia de su padre, llevaba puesto un ajustado vestido de color champagne que destellaba bajo la elegante iluminación del salón y que atraía las miradas de todos los hombres presentes. Sus jóvenes curvas contrastaban de un modo desproporcionado con la madurez de su padre y sus recién estrenados sesenta y tres años. Harrison Rayner se conservaba bien. Jugaba al golf, corría, hacía una hora de gimnasio todos los días y cuidaba su dieta, pero Courtney tenía veinticinco años y una inclinación natural a coquetear con todos los hombres atractivos de su edad. Incluido él. A Harrison no parecía importarle, pero a Nick le incomodaba que la novia de su padre lo mirara como si quisiera comérselo.

—Tienes buen aspecto, hijo. —Le dio unos golpecitos en el hombro al tiempo que observaba su indumentaria: vaqueros oscuros y una camisa blanca remangada hasta los codos—. Aunque te avisé de que había que acudir de etiqueta. Un corte de pelo y un buen afeitado tampoco te habría ido mal.

—Eh, he visto fotografías tuyas a los treinta, y tu pelo era mucho más largo que el mío, por no mencionar tu barba. Y en cuanto al traje, no lo he encontrado. Hace unos meses lo dejé en la tintorería y creo que nunca fuí a recogerlo —bromeó—. Por cierto, tú también tienes un aspecto formidable para haber cumplido la friolera de sesenta y tres años.

Su padre soltó un resoplido.

—Si me permitís, lo dos estáis estupendos. De tal palo tal astilla.

A modo de saludo de bienvenida, Courtney acercó los labios a su mejilla para besarle de esa forma suya tan peculiar: apretando los labios contra la piel como si quisiera dejar su impronta. Luego volvió a colgarse del brazo de Harrison.

—Me alegra mucho que hayas podido venir, hijo.

—No podía perderme tu fiesta de cumpleaños. —Un camarero pasó por su lado sosteniendo una bandeja de vinos y Nick se apoderó de una copa de vino blanco.

Miró a su alrededor. La mayoría de los asistentes eran amigos de su padre que competían por ver quién poseía el coche más lujoso, la casa más ostentosa o la mujer más espectacular. Tanto glamour le resultaba empalagoso, así que estaba deseando largarse—. Aunque no podré quedarme mucho tiempo. Ya te he comentado por teléfono que mañana me marcho de viaje.

—¿Qué trabajo es ese, hijo?

—Redactor.

—Ya, eso ya me lo has dicho. ¿En qué medio?

—En una revista.

Courtney enarcó sus cejas rubias y sus ojos azules lo miraron con estupor.

—Harrison solo te perdonará que trabajes en una revista en el caso de que esté especializada en caza o en coches, ¿verdad, amor?

Su padre la besó en los labios, probablemente para acallar su desafortunado comentario, y Nick percibió que también le apretaba la parte alta del trasero. Hablando de glamour, Harrison Rayner solía perderlo todo cuando estaba en compañía de alguna de sus novias.

—Verdad, bomboncito, pero ya sabes que a Nick no le interesa ninguno de esos dos temas.

—Es una revista de variedades, no se centra en ningún tema en concreto —respondió con desinterés.

Harrison Rayner estaba al tanto de su descalabro profesional a raíz de involucrarse con Sarah Bailey, la esposa del senador de Ohio, pero de lo que no tenía ni idea era de que un antiguo compañero de la Universidad lo había reclutado para una revista que estudiaba a fondo el fenómeno ovni. Y tampoco tenía la intención de decírselo. Se habría echado las manos a la cabeza. Él era un hombre de éxito, presidente de una de las empresas publicitarias más potentes del estado y su hermano Kelvin era un afamado abogado, socio de uno de los buffetes más prestigiosos de Cleveland, así que le habría soltado un sermón sobre la importancia de poseer un trabajo serio. Después, le habría vuelto a insistir en que aceptara un empleo en su empresa y Nick habría vuelto a rechazarlo. Y se habría largado a casa con esa sensación de fracaso que su querido padre inyectaba en él desde que había sido despedido del *The Cleveland Post*.

Desde muy pequeño estaba acostumbrado a valerse por sí mismo, a tomar sus propias decisiones y a hacer lo que le diera la gana, y no iba a cambiar ahora su forma de afrontar la vida por muy mal que le fueran las cosas.

—Eres un rebelde. Llevas los genes de tu padre bien metidos en el cuerpo, hijo, pero cuando llegues a mi edad comprenderás que la rebeldía nos conduce a veces a callejones sin salida. Yo tuve suerte, pero tú no parece que vayas a correr la misma fortuna. Las mujeres siempre han sido nuestra perdición. —Le había soltado numerosas veces a lo largo del último año y medio—. Mira que follarte a la esposa del senador con la de mujeres que hay por ahí. Tuviste un par de pelotas, eso no lo

dudo, pero mírate ahora, tu carrera se ha ido al garete por meter la polla donde no debías.

—Remontará cuando las aguas se calmen. Lo que no voy a hacer es colocarme una corbata, encerrarme todos los días en un despacho de nueve a cinco por muy cojonudas que sean las vistas, e inventar frases ridículas para vender los productos femeninos de tus clientes. Busco noticias y las cuento, papá, es lo único que sé hacer —le había contestado él en cada ocasión.

Ahora, Nick se lo quedó mirando, con los sermones que le soltaba todavía dando vueltas en su cabeza. Y tanto que tenía sus genes, se palpaban tanto en el asombroso parecido físico como en los ideales, pero pertenecían a generaciones diferentes y a él todavía le quedaban muchos callejones contra los que darse de bruces.

—No te he traído ningún regalo, no sabía qué demonios comprarte...

—Bah, no hace falta que me regales nada, con estar aquí es suficiente. Ven conmigo, quiero presentarte a un colega de la profesión que tiene un montón de contactos importantes. Uno nunca sabe a qué puertas tendrá que tocar en el futuro. ¿Nos disculpas, bomboncito?

—Claro, pero no me robes a Nick mucho tiempo. La última vez que nos vimos me prometió un baile en tu fiesta de cumpleaños.

Cuando se alejaron del alcance auditivo de Courtney, Nick decidió dejarle las cosas claras a su padre.

—No pienses que quiero arrebatarte a la chica por muy buena que esté. Todavía conservo algo de moralidad —sonrió entre dientes, al tiempo que bebía un sorbo de vino.

—Tranquilo, chico. Tú eres más joven y más guapo, pero yo les doy algo especial que no les da nadie más. Volvería corriendo a mí. —Le apretó el hombro, de buen humor.

Nick sabía lo que era ese algo tan especial: su cuenta corriente y su posición social. Al menos, nunca había cometido el error de casarse con ninguna de sus conquistas por mucho que algunas de ellas hubieran insistido en plantarle ante el altar. Sin duda alguna, Harrison Rayner era un viejo astuto. En el fondo sabía que su dinero atraía a las jóvenes como las polillas a la luz.

—¿A quién quieres presentarme?

—Ya te lo he dicho, a un colega de negocios muy competente. Dices que no tienes talento para inventar frases ridículas para el público femenino —lo parafraseó —, pero estoy seguro de que sí que posees las cualidades necesarias para representar unos programas de software que se están vendiendo como churros a las grandes, medianas y pequeñas empresas para que gestionen su contabilidad. Arthur me debe unos cuantos favores, si le digo que te emplee lo hará.

¿Representante de software de contabilidad? No podía sonar más tedioso. Eso era mucho peor que barruntar slogans. Al menos, las mujeres le encantaban y se jactaba de conocerlas bien.

—Papá, ya tengo un trabajo y da la casualidad de que me encanta. No necesito otro. —Su evidente hastío no frenó las intenciones de su padre—. ¿Por qué no dejas de pensar que estoy acabado como periodista? Joder, podrías demostrar un poco más de fe en mi.

—¿Una revista de variedades? —Bufó—. Allí está Arthur. Te caerá bien, es un gran tipo.

Ni simpatizó con Arthur —nunca había conocido a nadie que tuviera el tic de abrillantarse los dientes con la yema del índice cada treinta segundos, ni que se le escapara la saliva cada vez que pronunciaba la letra p—, ni bailó con Courtney. Charló amistosamente con unos cuantos conocidos y cuando tuvo la ocasión se despidió de la pareja feliz aduciendo que todavía tenía que preparar la maleta. Una maleta que no llegó a preparar, con una bolsa de deporte le bastó. No creía que tardaran mucho tiempo en dar media vuelta.

La noche era calurosa y Nick dejó la hoja inferior de la ventana de su dormitorio alzada, pero las hojas de la copa del árbol que había enfrente no se movían ni un ápice. Se tumbó en la cama, apoyó la cabeza sobre las palmas de las manos y pensó en el día siguiente. La animosidad que transmitía Zoe Carpenter tanto en las miradas que le dirigía como en el tono seco de voz que empleaba cuando le hablaba le hizo reír. Era más guapa de lo que recordaba pero de lo que no se había olvidado era de su carácter peleón. Aquel día en el que entró en tromba en la redacción del *The Cleveland Post* para cantarle las cuarenta fue memorable. Sin embargo, su mal genio no conseguía eclipsar del todo esa especie de candor que la hacía tan arrebatadora a sus ojos. Era por eso, que la periodista suscitaba en él la risa más que el deseo de mandarla al garete.

«¿Serás capaz de mantener con ella las distancias?»

No lo tenía muy claro. La aguerrida Zoe continuaba atrayéndole sexualmente y aunque ella lo disimulaba muy bien, era evidente que la atracción era mutua.

Capítulo 7

La mañana pasó volando. Nick estuvo más o menos atento a las conversaciones entre Brandon y Danielle, que giraban en torno a seres de otras galaxias, pero cuanto más los escuchaba, más se le acentuaba la sensación de lo bajo que había caído. Todo lo que sucedía entre aquellas pintorescas cuatro paredes le parecía un disparate y no lograba imaginar de qué manera realizaría su tarea de redactor sin emplear la ironía en sus artículos.

Zoe se mantuvo al margen. Se la veía muy concentrada en su trabajo, tecleaba sin cesar, repasaba notas y solo abría la boca para preguntarles a sus compañeros las dudas que le sobrevenían. Nick suponía que la perspectiva del viaje era la causante de esa expresión tan ceñuda. Estuvo por decirle que como continuara frunciendo tanto el ceño se le quedaría una arruga feísima entre las cejas.

No le quedó más remedio que dirigirle la palabra cuando Nick aparcó frente a su casa a primera hora de la calurosa tarde. Ella residía en un antiguo edificio en Downtown, en una avenida ruidosa y repleta de tráfico sin ningún encanto estético. Le sorprendió que una periodista con un expediente académico tan impresionante, escogiera vivir en uno de esos pequeños apartamentos en los que normalmente se alojaban los estudiantes o las personas de pocos recursos económicos.

Zoe atravesó puntual las puertas de la entrada al edificio, tirando del asa de una maleta demasiado grande para el tiempo que se suponía que iban a pasar fuera. La encontró encantadora a pesar de que persistía su expresión avinagrada. Llevaba puesto un vestido blanco y holgado que se le ceñía a la cintura con un cordoncillo trenzado. Calzaba sandalias planas y se había recogido el pelo en una coleta alta que despejaba sus facciones dulces. Nick salió del coche, abrió el maletero y se encargó de colocar la pesada maleta junto a su bolsa de equipaje.

—¿Qué has metido aquí dentro? Pesa como si no pensaras regresar.

«Pues no sería mala idea», pensó Zoe. A veces le entraban ganas de desaparecer.

—Es el equipo de video y de fotografía. También llevo mi portátil.

—¿Piensas que vamos a necesitarlos?

—Craig insistió en que los trajera. Por si acaso.

Se acomodaron en los asientos y se colocaron los cinturones de seguridad. Nick arrancó el motor y puso el aire acondicionado.

—Eres tan escéptica como yo, ¿verdad? No crees en ese rollo de que existen seres inteligentes en otras galaxias que viajan años luz en sus platillos volantes para visitarnos. Al menos hay algo en lo que los dos nos mostramos de acuerdo.

Giró el volante y se incorporó a la calzada. A Zoe le fastidiaba tener una visión en común con él, aunque fuera en algo tan trivial, así que le contradijo.

—Yo estoy empezando a creer en la posibilidad de que sea cierto.

—¿En serio? —sonrió—. Pasas demasiadas horas encerrada con ese trío de chiflados.

—Pues ten cuidado, no vaya a ser contagioso.

—Lo dudo. Necesitaría algo más que los testimonios y las fotografías de unos cuantos pirados a los que ni siquiera conozco. A propósito, ¿por qué no me pones al corriente de esa historia que vamos a investigar?

Mientras Nick atravesaba el distrito de Tremond para incorporarse a la interestatal 71, Zoe le contó lo que sabía con tono monótono.

—Eleonor Matusow se hallaba dando un paseo por el campo cuando vio aparecer en el cielo un objeto volador que no tenía ningún parecido a un avión convencional. Además, asegura que estaba estático, como suspendido en el aire. Dice que le llamó tanto la atención que sacó su teléfono móvil para fotografiarlo, pero entonces el aparato dio un giro brusco y desapareció de su vista como si se hubiera volatilizado. Brandon ha examinado la fotografía y dice que no es un trucaje.

—¿Y se puede saber quién es Eleonor Matusow?

—Es una maestra de escuela ya jubilada. Hablé con ella por teléfono ayer por la tarde para avisarle de nuestra visita. No sé nada más, pero me pareció una mujer muy cuerda.

—Nunca te fíes de las apariencias. Nada es lo que parece.

—Tu consejo llega tarde porque ya no lo hago, en parte gracias a ti. —El tedio con el que se expresaba se esfumó.

—Vaya, empiezas fuerte, ¿eh? Te sugiero que te relajes, nos espera un largo viaje y me gusta conducir en tranquilidad. Puedes ir acumulando todas tus pullitas y soltármelas una vez lleguemos. Así podremos disfrutar del paisaje, ¿qué te parece?

—No tengo nada más que decirte. En cuanto lleguemos a Peebles tú irás por tu camino y yo iré por el mío.

—Me parece que esa no es la idea que tenía Craig al enviarme contigo.

—Me da igual lo que quiera Craig.

Nick emitió un silbido irritante y Zoe buscó la tablet en su bolso para repasar sus notas. Continuaba siendo una trabajadora incansable al margen del medio para el que trabajara.

La primera hora de camino pasó rauda, pero el silencio y la monotonía del paisaje volvieron más tediosa la siguiente hora. Conforme el sol caía y se adentraban en el Ohio más rural, el tráfico se dispersaba y la autopista parecía inacabable. Nick tenía la intención de desviarse en la primera área de descanso que encontraran en el camino para estirar los músculos y tomar un café. Ella regresó a la realidad cuando atravesaban una zona boscosa que ensombrecía la carretera. Cerró la funda de su tablet y lo devolvió al interior del bolso. Nick percibió que estiraba las piernas y que realizaba un movimiento rotativo con el cuello para desentumecer los músculos.

—¿Por dónde vamos? —Contempló el bosque esmeralda que insufló paz en su mirada. Ya se le había borrado la arruga gestual.

—Acabamos de pasar Kilbourne. En cuanto nos topemos con algún área de servicio pararemos para tomar algo.

—Si no recuerdo mal, hay un Starbucks unos kilómetros más adelante.

—¿Has viajado antes por aquí?

—Fui a Columbus hace un par de años para cubrir una noticia. —Miró el reloj de pulsera—. Si necesitas que te releve el resto del viaje, dímelo. No es que quiera hacerte un favor, lo hago por mí y por mi seguridad.

—Oh, claro, no se me ocurriría pensar lo contrario.

Su buen humor llamaba la atención de Zoe. Una de dos: o no la tomaba en serio o le resbalaban como el agua todas las críticas que le hicieran o, al menos, las que le hacía ella. Hubo algo más que captó su interés, y eran esos brazos atléticos y bronceados que se alargaban hacia el volante. Se fijó en el vello castaño que los cubría, y en las venas que se le marcaban en el dorso de las manos aferradas al cuero. Eran fuertes pero también suaves. Las recordó moviéndose en su cintura, acariciándole el cuello y...

«Por dios, ¿qué haces?».

—Ahí está la señal. —Indicó Nick.

Tomó el desvío señalado y algunos minutos después estacionó frente al Starbucks. Zoe aprovechó para hacer una visita al baño. Mientras se lavaba las manos se miró al espejo. Tenía la mejilla derecha enrojecida porque le había estado dando el sol a través de los cristales. Se rehízo la coleta peinándose con los dedos, se puso brillo de labios y se aplicó un poco de desodorante en las axilas. Se había duchado antes de salir de casa pero hacía calor y no quería terminar la jornada oliendo como si acabara de correr una maratón.

Nick se estaba tomando un café acompañado de una porción de tarta de manzana. Su zumo de naranja estaba sobre la mesa que él había escogido junto a la ventana.

—¿Qué has decidido sobre lo que te he propuesto?

—¿Sobre conducir? —Ella asintió—. Continuaré el resto del camino. No te lo tomes a mal pero tú no tienes coche, Zoe. No creo que deba fiarme de ti. ¿Cuánto tiempo hace que no conduces?

—Conducir es como nadar o montar en bicicleta, nunca se olvida —replicó.

—Pero se pierden facultades si no se practica —argumentó, al tiempo que removía el café con la cucharilla—. No te preocupes. Estoy acostumbrado a conducir trayectos largos. ¿Quieres un trozo? —Le ofreció de su tarta de manzana pero ella negó con la cabeza—. Estoy pensando en desviarme unos cuantos kilómetros de la autopista. El camarero me ha comentado que el lago Alum Creek se encuentra cerca y que vale la pena utilizar la carretera secundaria para recorrerlo. Llegaremos un poco más tarde de lo previsto, ¿tienes algún problema?

Se lo preguntaba como dando a entender que le gustara o no la idea se haría lo que él dijera.

—¿Cuántos kilómetros?

—Unos veinte.

Bueno, no eran muchos. A ella también le gustaba la naturaleza.

—Me parece bien. —Bebió un sorbo de zumo—. No he quedado con Eleonor hasta mañana por la mañana.

Al cabo de un rato reanudaron el camino con el aire acondicionado encendido y las ventanillas bajadas, pues aunque Nick había estacionado debajo de un árbol el calor de la tarde había caldeado el interior del vehículo. Zoe se alegró de haberse echado desodorante. No era usual que hiciera tanto calor en Ohio.

A medida que se acercaban a los contornos del lago la vegetación se fue volviendo más frondosa y el aire más fresco. Nick apagó el aire acondicionado al internarse en la carretera de doble sentido que discurría paralela a la zona este del lago, pero todavía tuvieron que recorrer unos cinco kilómetros más hasta que las aguas se dejaron entrever por detrás de los troncos de las hayas y de los arces. El colorido era tan rico que impresionaba. El rojo púrpura de las hojas de los arces se fusionaba con el verde de las hayas, y el azul intenso del lago contrastaba con los tonos ocres y rosáceos del atardecer.

—Qué bonito —murmuró Zoe.

—Asombroso. —La fragancia del campo invadió el interior del Jeep. Ella la inspiró profundamente—. ¿Sabes qué fue lo que me motivó a estudiar periodismo? —No hubo respuesta pero Nick se lo contó de igual modo—. Quería trabajar para *National Geographic*. Mi padre tiene una cabaña a orillas del lago Erie, en Crystal Rock, y cuando era pequeño pasábamos allí algunos fines de semana y los meses de verano. Había un montón de especies de árboles y de animales: marmotas, ardillas, conejos... Me fascinaba la naturaleza. Me pasaba las horas muertas deambulando por aquellos parajes, por eso de mayor quería dedicarme a explorarla más a fondo y escribir sobre ella. Luego comencé los estudios y se interpusieron otros intereses. —Se produjo un cruce de miradas. La de Nick era conciliadora, y su voz suave y reflexiva invitaba a acercarse posturas, pero Zoe no estaba dispuesta a dejarse embaucar por él—. ¿Qué fue lo que te motivó a ti?

Tardó unos segundos en contestar.

—Me atraía la idea de contar al ciudadano lo que sucedía en la calle. Trasladar la verdad a todo el mundo. —Apoyó el brazo en la ventanilla y se metió detrás de la oreja los mechones de cabello que el viento agitaba y despeinaba—. No tardé mucho en comprender que eran ideales demasiado ambiciosos para alguien como yo, que siempre ha creído en la calidad humana. Cuando te enfrentas al mundo te das cuenta de que estás sola, de que las personas se mueven únicamente por el interés propio.

—No te pega nada el papel de víctima.

—No me considero una víctima. Hacen falta muchos Crowley, Rayner, Peterson e incluso muchos Carpenter para que me hundan —aseguró.

No quiso mencionar su apellido pero se le escapó por inercia. El episodio protagonizado por su madre todavía estaba demasiado reciente. Zoe se dio cuenta de

que Nick se había quedado con la información.

—Mi intención jamás fue la de hundirte.

—¿Y cómo se le llama al hecho de que me robaras mi entrevista?

—Tienes derecho a estar enfadada por lo que sucedió aquel día, pero deja de utilizar la palabra «robo». Yo no te robé nada, simplemente, se me presentó la oportunidad de entrevistar a una de las mujeres más famosas del país y la aproveché como habrías hecho tú en mi lugar.

—No te compares conmigo. Yo no voy por ahí empleando medios tan sucios para ganarme el prestigio.

Nick soltó un áspero suspiro y se pasó la mano por el cabello oscuro. Su hastío era tan profundo como la rabia que ella sentía.

—Si no quieres que hablemos de otra cosa entonces prefería que volvieras a enterrar la nariz en tu tablet y te mantuvieras callada.

—¿Que me calle?

—Sí. Me estás estropeando las vistas.

—Pues te fastidias. —Le espetó—. ¿Sabes una cosa? No soy la clase de persona que va por ahí alegrándose de las desgracias de nadie por muchas razones que tenga para hacerlo, pero cuando te vi entrar por la puerta de la oficina... —Se lamió el labio inferior, algo así como un gesto de gozo—. Por un lado sentí que se me revolvía el desayuno pero por otro... por otro pensé: «Jódete, Nick Rayner».

—Cuando mi asunto con la esposa del senador salió a la palestra, supe que tú serías una de las personas que más se alegrarían. Pero verás, ni tú debes de ser tan buena ni yo tan malo porque, en ese caso, no creo que el destino, Dios, o como la gente quiera llamarlo, nos hubiera colocado en esta situación. ¿No crees?

—Eres un cretino.

—Invéntate otro calificativo que no me hayan dicho antes.

—¿Por qué te acercaste a mi aquella noche en el restaurante del hotel? ¿Qué pretendías? —Él hizo caso omiso—. Yo te lo diré. Querías seducirme, emborracharme y dejarme fuera de juego para apropiarte de la entrevista. No lo lograste pero te dio igual porque Eden se te puso en bandeja de todas formas, ¿verdad?

—¿Siempre eres tan retorcida?

—¿Y tú tan irritante?

—De todas las cosas que has enumerado te recuerdo que hay una que sí que hice.

—No seas tan engreído. Si me hubieras seducido habría respondido de otro modo a tu pregunta: ¿tu cama o la mía? —imitó el tono de su voz.

Él sonrió entre dientes.

—Si lo hubieras hecho no solo habrías gozado del mejor polvo de tu vida, también habrías conservado el empleo.

—Eso es asqueroso incluso viniendo de ti.

—Pues si no quieres oírlo afloja el ritmo. Ya te he dicho que me gusta conducir

en tranquilidad.

Zoe apretó los dientes y movió la cabeza. Su furia le llegaba a Nick en oleadas. A pesar de que en el interior del coche circulaba el aire del exterior, sintió que se había viciado la atmósfera. Estaba muy cabreada, tanto o más que aquella vez que lo asaltó en la redacción del periódico.

—Hablaré con Craig, trabajaré desde casa si es necesario con tal de no tener que verte la cara todos los días. Le contaré la verdad —afirmó con determinación—. Eres la clase de tipo que no soporto tener a mi lado. Mezquino, egoísta, misógino...

—Eh. —La frenó él—. Puedes llamarme lo que quieras pero no te voy a permitir que me llames misógino. Adoro a las mujeres. Precisamente, ese es el motivo de que ahora me encuentre de camino hacia la investigación más ridícula de toda mi vida con la mujer más exasperante que haya conocido jamás.

—¿Qué las adoras? Tú solo las quieres para llevártelas a la cama, pero en el momento en que alguna te planta cara y te deja las cosas bien claras, pierdes de golpe toda tu chulería, ¿no?

—Tú qué cojones sabrás de mi vida —replicó con dureza. Su mirada perdió toda la ironía y sus ojos azules la taladraron como queriendo fulminarla—. Tengo mucha paciencia pero te advierto que estoy a punto de perderla. Como no te calles de una puñetera vez, te juro que...

—¿Qué vas a hacer? —Lo interrumpió—. ¿Obligarme a saltar del coche para que haga el resto del camino andando? —Lo provocó.

—No deberías tentarme —masculló.

Por muy duras que fueran sus provocaciones él siempre respondía a ellas con su característico tono guasón. Sin embargo, debía de haber tocado un punto de fricción importante porque había perdido de golpe todo el sentido del humor. Nunca había visto a Nick Rayner tan cabreado. Por un momento, Zoe creyó que llevaría a cabo su propia amenaza y que la dejaría allí plantada en la solitaria carretera. Se imaginó caminando por el arcén, con la noche apoderándose de los campos, escondiéndose atemorizada detrás de los árboles cada vez que escuchaba el motor de algún coche que se acercaba.

En aquel duelo ominoso de miradas, Zoe salió perdiendo al percatarse de que Nick ya no controlaba el volante. Había invadido el carril contrario. El conductor de un coche que circulaba en ese sentido tocó repetidamente el estruendoso claxon al tiempo que Zoe soltaba una maldición y tiraba del volante para regresar a su carril. El movimiento fue tan brusco que cuando Nick quiso hacerse con el control ya se habían salido de la carretera. Pisó el freno a fondo, la gravilla salió despedida de las ruedas traseras y ambos salieron propulsados hacia delante. Los cinturones de seguridad evitaron que dieran con la cabeza en el parabrisas.

Tras el percance los dos se quedaron mudos, con el ruido del motor de fondo. Ella se había puesto pálida de repente y la mano que se había llevado al pecho se movía al compás de sus acelerados jadeos. Nick sintió un sudor pegajoso como el pegamento

corriéndole por la espalda. El interior del coche se había convertido en una sauna asfixiante y los nervios se le habían afilado como cuchillos.

—Dios mío, ¡qué susto! —exclamó ella con ahogo—. No vuelvas a apartar la mirada de la carretera. ¡Has estado a punto de matarnos!

Ella tensó un poco más la situación y Nick advirtió que si no salía de allí de inmediato iba a perder los pocos modales que le quedaban. Con ademán apresurado, abrió la portezuela del coche y salió al exterior. El portazo que le propinó a la chapa dejó bien claro a Zoe que estaba hecho una furia.

Lo observó mientras la respiración se le iba normalizando y disminuía la frecuencia de sus latidos. Habían tenido la suerte de salirse de la carretera en una zona despejada y nivelada que descendía con lentitud hacia la orilla del lago, de lo contrario, se habrían empotrado contra los árboles.

Con las manos apoyadas en las caderas, Nick se movía por los alrededores como una pantera enjaulada. Tenía marcas de sudor en la espalda y en las axilas y Zoe reconoció que se había pasado de la raya. No dudaría en volver a decirle todo cuanto le había dicho, pero había sido una imprudencia alterarle tanto en un momento en el que, prácticamente, su vida estaba en sus manos.

Suspiró y se secó las suyas en la tela del vestido.

Él dejó de pasearse y se detuvo de cara al lago. De repente, todavía guiado por la furia, se arrancó la camiseta mojada del cuerpo y la arrojó con nervio al suelo. A continuación, se sacó las botas de los pies y comenzó a desabrocharse los vaqueros que siguieron la misma trayectoria que el resto de las prendas. Por último, y ante el colosal asombro de Zoe, se deshizo de la ropa interior hasta quedar completamente desnudo.

Aunque quiso retirar la mirada no pudo. El asombro inicial se transformó en una afilada curiosidad femenina que mantuvo sus ojos pegados al imponente cuerpo de Nick. Sus pupilas se movieron con indiscreción a lo largo de los músculos elásticos de sus piernas, se detuvieron con osadía sobre los férreos glúteos que tenían una tonalidad más clara que el resto de su piel y recorrieron con avidez la curvatura masculina de su espalda que se iba ensanchando progresivamente hasta culminar en unos hombros anchos y fuertes. Las cálidas tonalidades del atardecer colorearon su piel como queriendo resaltar su belleza masculina. Aunque no hiciera falta.

Zoe notó que se le había secado la boca. Que había perdido la capacidad de parpadear. Que se le había quedado el cuello rígido en dirección a Nick.

Él echó a correr hacia la orilla del lago. La pendiente que recorrió en rápidas zancadas era suave y las aguas formaban una especie de cala ideal para bañistas. Sus piernas se internaron en las aguas azules y luego se arrojó de cabeza a las profundidades, desapareciendo de su vista.

Las pulsaciones se le habían vuelto a alterar.

Odiaba a Nick Rayner por haberle jodido la vida, pero también lo odiaba por seguir despertando en ella ese rubor tan incontrolable que la hacía sentirse como una

adolescente.

Durante algunos minutos, lo observó disfrutar del baño desde el asiento del coche, pero ella también necesitaba estirar un poco los músculos y terminó por salir al exterior. El viento caldeado de la tarde soplaba impregnado de los fragantes olores del campo. Se lo llevó a los pulmones y terminó de relajarse. Dio un paseo hacia el área arbolada de la izquierda para después retroceder sobre sus pasos. Zigzagueó en torno a las prendas de Nick y se acercó a la orilla del lago.

Él braceaba incansablemente varios metros al fondo, donde las aguas cubrían. Otras veces se sumergía para emerger al cabo de unos segundos en otro punto diferente. Zoe se descalzó las sandalias y metió los pies en el agua cristalina. Estaba fría como el hielo pero no habría dudado en meterse hasta la cabeza si hubiera llevado el equipo necesario. Tenía el vestido pegado a la piel.

Cuando se cansó de nadar se fue acercando a la orilla, aunque se mantuvo hundido en el agua hasta el cuello. Se le había relajado la expresión. Parecía gozar del mejor baño de su vida.

—¿No te animas, Zoe?

Volvía a pronunciar su nombre de ese modo tan personal que le erizaba la piel.

—No me apetece —negó—. Además, pronto se hará de noche.

—¿Nunca te has dado un baño bajo las estrellas?

—Nunca. Necesito ver lo que hay a mi alrededor. —Zoe sacó los pies del agua y se quitó la arenilla de las plantas para volver a meterlos en las sandalias—. Además, no he traído ropa de baño. Yo soy mucho más recatada que tú.

Nick se irguió en toda su estatura y comenzó a caminar hacia la orilla. El agua le llegaba a la cintura conforme se aproximaba, iba dejando al descubierto un desnudo frontal maravilloso que mostraba sin pudor, centímetro a centímetro. A Zoe le asaltó una repentina fantasía en la que deslizaba las palmas de las manos sobre sus consistentes pectorales, ahora empapados de millares de gotitas que resbalaban juguetonas hacia esa otra zona que, de repente, emergió del agua.

Avergonzada, se dio la vuelta para escapar de la atrayente visión, aunque había visto lo suficiente de sus atributos viriles.

—Bueno. A mi parecer, le damos demasiada importancia a la desnudez cuando es algo completamente natural.

—Ya, bueno, pues yo... —Zoe alargó el brazo y señaló el coche—... te espero allí. Creo que ya he visto demasiadas cosas naturales por hoy.

La situación divirtió a Nick, que la observó alejarse como si escapara de un peligro inminente. Parecía más impresionada por verle desnudo que por haber estado a punto de tener un accidente. Esos ojos tan grandes y oscuros lo miraban con un deseo que no podía disfrazar. La verdad es que Zoe era mucho más encantadora cuando vacilaba y mostraba esa inocencia tan arrebatadora, que cuando estallaba como un polvorín. Aunque no podía negar que verla explotar también tenía su encanto. Esperaba que después del percance bajara los humos para que pudiera

realizar el resto del trayecto en paz.

Él también se sentía sexualmente atraído por ella. Mucho. Demasiado. La deseó desde el instante en que sus miradas se encontraron en el interior del ascensor del Hilton y cuando se encontraron en la oficina de la revista comprobó que nada había cambiado.

Utilizó la camiseta para secarse un poco por encima. Ella seguía de espaldas, apoyada en el capó del coche mientras revolvió las piedrecillas del suelo con la punta de la sandalia. Nunca se había visto en una situación parecida con una mujer con la que existiera atracción sexual, así que no tenía ni idea de cómo se desarrollarían los acontecimientos de ahí en adelante, aunque sí sabía que la responsabilidad de mantener la guardia firme dependía solo de ella.

Volvió a vestirse y regresó al vehículo. Antes de colocarse detrás del volante sacó una camiseta seca de su bolsa de equipaje y se la puso. Tras abrocharse los cinturones y arrancar el motor, se la quedó mirando, esperando a atraer su atención. Con una mirada mucho más sosegada, que se oscurecía conforme caía la noche, Zoe mantuvo los labios sellados y escuchó lo que tuviera que decirle.

—Aunque no lo parezca estamos cruzando el estado por trabajo y en ese concepto va incluido el viaje en coche. Si quieres, podemos discutir nuestras rencillas personales cuando estemos instalados, frente a una cerveza fría a ser posible. Mientras tanto, mi tensión arterial y yo te agradeceríamos que nos dejaras llegar a Peebles sin más contratiempos. ¿Crees que podrás hacerlo?

Zoe suspiró e hizo un mohín con el que expresó su conformidad.

—Vámonos, Nick —dijo, con el tono más conciliador.

Capítulo 8

Peebles era más pequeño de lo que mostraban las fotografías que Zoe había visto en internet. Había leído que tenía un censo de unos trescientos habitantes, pero mientras recorrían la solitaria calle principal en busca del único hostel del pueblo, le pareció increíble que la escasez de terreno y, por lo tanto, de viviendas, tuviera la capacidad de dar cobijo a tantos ciudadanos. No llegaba a la docena de calles las que cruzaban la principal y, de izquierda a derecha, todas iban a parar a los agrestes campos que circundaban el pueblo.

Por el camino se toparon con una gasolinera, un banco, un taller de vehículos, una escuela, una iglesia y un bar que anunciaba bocadillos, hamburguesas y pizzas sabrosas. En la intersección con la calle Franklin, en la que supuestamente se hallaba el hostel, había un pub que se adivinaba atestado a través de la estrecha ventana.

—¿Estás segura de que el hostel se encuentra aquí? —Le preguntó.

Él tenía la cara casi pegada al parabrisas para no pasarlo por alto, aunque las farolas ambarinas apenas despejaban la oscuridad de las calles. Su semblante dejaba entrever lo deprimente que le parecía aquel lugar aunque Zoe estaba segura de que a ella se lo parecía más. Mirara hacia donde mirara, un profundo desconsuelo le invadía el alma. No quería estar allí, no quería investigar aquella absurda fotografía ni entrevistarse con la maestra jubilada, no quería pasar tres días a solas con Nick, ¡tan solo quería regresar a casa, echarse a dormir y que por la mañana cuando sonara el despertador, todo aquel episodio no hubiera sido más que un horrible sueño!

—Ahí está. —Le indicó ella.

Un cartel metálico adherido a la fachada de un modesto edificio de dos plantas indicaba que aquel era el hostel en el que había reservado dos habitaciones individuales para las tres siguientes noches. Si hubiera estado en lo alto de una colina jamás se hubiera atrevido a entrar en él.

—Bueno, no es el Hilton pero seguro que por dentro tampoco está tan mal. —Aparcó frente a la puerta y luego sacaron el equipaje del maletero—. ¿Crees que las habitaciones tendrán baños individuales o solo habrá uno para que lo compartamos entre todos los huéspedes? —bromeó.

Ella lo fulminó con la mirada.

Ciertamente, el interior lucía bastante mejor que el exterior. Las paredes se habían pintado hacía poco, el mobiliario de recepción estaba cuidado y el suelo no podía estar más limpio. En el aire flotaba un agradable olor a desinfectantes y el ánimo de Zoe se elevó un punto.

Al momento, se escucharon unos pasos que se acercaban desde el otro extremo de una puerta oculta por una cortina de flecos, y que la hospedera atravesó para atenderles. A través de unas gruesas gafas de culo de vaso, un par de ojillos grises y

apagados les observó con amabilidad.

—Es usted la señorita Carpenter, ¿verdad?

—Así es.

—Yo soy Melinda Roberts, la dueña del hostel. Bienvenidos a Peebles. —Con gentileza, alargó un brazo rechoncho para estrecharle la mano e hizo lo propio con la de Nick—. No solemos recibir muchos huéspedes, así que tienen todas las habitaciones disponibles. Pueden escoger si prefieren que den al norte o al sur.

—¿Cuál es la diferencia? —preguntó Nick.

—Las del norte son más frescas porque reciben la brisa del lago. Yo se las recomiendo dada esta ola de calor que nos invade. —Sus labios agrietados se estiraron en una sonrisa hasta mostrar un diente de oro.

—Las del norte entonces —dijeron al unísono.

—Excelente elección. —Abrió el libro de visitas y garabateó sus nombres con los ojos entornados—. El hostel no tiene cafetería pero si lo desean puedo servirles el desayuno entre las siete y las nueve de la mañana. Yo vivo aquí, en la planta baja. Si avisan con tiempo, incluso puedo prepararles la comida o la cena por un precio módico, aunque tenemos un par de restaurantes en el pueblo que preparan unas comidas riquísimas. El baño se encuentra al final del pasillo.

Nick le lanzó a Zoe una mirada malvada. Ella contuvo un gemido ahogado.

Melinda levantó la cabeza del papel y aguardó a recibir una contestación. Nick se la dio.

—Se lo agradecemos pero no se moleste, comeremos fuera. No sé si Zoe se lo habrá dicho por teléfono, pero estamos aquí por motivos profesionales y nuestros horarios van a resultar un poco imprevisibles.

—Como quieran, aunque no sería una carga para mí. Hace mucho tiempo que no cocino para nadie. Firmen aquí, por favor.

Mientras Nick estampaba su firma, Zoe observó a la anciana señora Roberts y sintió un amago de ternura. Tenía el cabello completamente gris y las arrugas que poblaban las comisuras de sus ojos y de sus labios eran testigo de su longevidad. Le recordaba a la ancianita dulce de un cuento infantil que solía leerle su madre cuando era una niña.

—Siempre cobro por adelantado. Aunque ustedes dos parecen buenas personas, Peebles es un pueblo de paso y una nunca sabe qué clase de gente acoge bajo su techo.

—La entendemos perfectamente, y hace usted lo correcto al tomar medidas cautelares.

Zoe sacó su bolso y pagó en efectivo la suma total de la estancia. La anciana se guardó el dinero en el bolsillo de su delantal de cocina.

—¿Y dicen que están aquí por trabajo?

—Somos periodistas. Hemos venido para realizar una investigación. —Le explicó Nick.

—Oh, qué interesante suena... ¿qué clase de investigación?

La mujer se dio la vuelta para buscar las llaves de las habitaciones en un estante que colgaba de la pared. Zoe fue a contestar a su pregunta y Nick negó con la cabeza por si acaso se le ocurría contarle la verdad.

—No soy idiota —susurró muy bajito, con ceño—. Somos de la revista *National Geographic*, seguro que la conoce. Estamos aquí para estudiar la flora y fauna de los terrenos adyacentes a Peebles.

Nick aprobó su ingenio y su rapidez mental.

—Oh, *National Geographic*... —La mujer se dio la vuelta y colocó las llaves sobre el avejentado mostrador—. Mi marido era un apasionado de esa revista y de todos los documentales que ponían en televisión. Dios lo tenga en su gloria.

Se apropiaron de las llaves y cargaron con el equipaje mientras la señora Roberts salía de detrás del mostrador para acompañarles hasta el inicio de la escalera.

—¿Hace mucho tiempo que falleció su esposo? —preguntó Zoe por cortesía.

—Tres años, querida. Lo echo tanto de menos... Por fortuna, Dios escuchó mis plegarias y, de vez en cuando, él viene a visitarme. Le estoy tan agradecida...

—¿Su difunto esposo viene a visitarla? —Nick camufló su estupor como pudo.

—Sí, querido, ¿a que es maravilloso? Desde hace algunos días se me aparece casi todas las noches cuando me meto en la cama. Charlamos un ratito hasta que el sueño me vence. —Se subió las gafas sobre el puente de la nariz y sonrió—. Veréis, el hostel era su vida y Steven trabajó en él con mucho ahínco en otras épocas más prósperas. No os extrañe si alguna noche os lo encontráis paseando por el pasillo.

—Paseando por... ¿el pasillo?

—Oh, querida, no temas. —Melinda Roberts posó la mano sobre la suya y le dio un ligero apretón—. Mi Steven es pura nobleza, incluso en su condición incorpórea. Siempre fue un hombre muy respetuoso con la privacidad de los demás y os aseguro que no entrará en vuestras habitaciones —explicó con cariño y orgullo.

Zoe se dio cuenta de que Nick hacía denodados esfuerzos por tomarse a Melinda en serio pero a ella no le hacía ninguna gracia. No creía en fantasmas pero era un tema al que le profesaba un gran respeto.

—Gracias por informarnos, señora Roberts. —Nick le hizo un guiño amistoso—. Hubiera sido extraño encontrarnos con otro huésped cuando usted nos ha dicho que somos los únicos.

Indicó a Zoe que le precediera y ella comenzó a ascender las escaleras. De repente, la atmósfera del hostel le pareció mucho más fría.

—Hay algo que debo pedirles —comentó la anciana a sus espaldas.

—Por supuesto. —La atendió él.

—Es la primera vez que comparto con alguien mi experiencia. Ya saben cómo funcionan los pueblos, sobre todo, los que son tan pequeños como Peebles. No quiero que mis vecinos me tilden de vieja paranóica, por lo que les agradecería que mantuvieran en secreto lo que les he contado.

—No se preocupe, señora Roberts. Su secreto está a salvo con nosotros. Mi compañera es una tumba y yo soy un hombre muy discreto. Que pase buena noche, si es posible, al lado de su esposo. —Le sonrió.

—Muy amable. —La mujer se mostró encantada ante tanta comprensión—. Que descansen y cualquier cosa que necesiten no duden en pedírmela.

Ya en la planta superior y fuera del alcance visual de la mujer, Zoe expresó sus pensamientos con el tono bajo.

—Tú te lo has tomado a broma pero a mi me ha puesto los pelos de punta. No me ha hecho ninguna gracia eso de que el fantasma de su esposo se pasee justo donde ahora estamos nosotros. ¿Y si necesito visitar el baño de madrugada? —Miró hacia el final del pasillo, donde estaba la puerta del baño compartido. Al menos, el corredor no tenía más de diez metros.

Con la llave en la mano, Nick buscó su número de habitación. Ambas eran contiguas.

—Pues te levantas de la cama y vas. No creo que vayas a chocarte de bruces con el señor Steven. Los fantasmas no son de carne y hueso, en todo caso, lo traspasarías.

—No tiene gracia —protestó.

Nick se la quedó mirando. Realmente, las divagaciones de la dueña del hostel habían socavado la mente empírica de su guapa compañera.

—No puedo creer que te la hayas tomado en serio, una mujer tan inteligente y racional como tú... La pobre anciana está senil y pasa demasiado tiempo sola. Es normal que tenga esa clase de alucinaciones.

Sabía que Nick tenía razón aunque se podría haber ahorrado las alusiones personales.

—Supongo que... me he dejado llevar.

—De todos modos, si te da miedo ir al baño de madrugada, solo tienes que dar unos golpecitos en mi puerta y te acompañaré encantado.

Era difícil mantener la guardia con Nick las veinticuatro horas del día. Había momentos en los que se olvidaba de la animadversión que le profesaba para dejarse embaucar por sus encantos masculinos y por su simpatía. Como le sucedió en ese momento.

—¿Qué es eso que te ha salido en los labios, Zoe Carpenter? Parece una sonrisa...

—Solo lo parece. Buenas noches, Nick Rayner. —Introdujo la llave en la cerradura de la puerta.

—Supongo que esa despedida significa que cenaremos por separado.

—Supones bien. —Ahora sí que le sonrió ampliamente.

La habitación estaba limpia y olía a lavanda, aunque la decoración era tan añeja y los muebles tan anticuados que tuvo la sensación de hallarse en el interior de un museo. Cortinas que caían hasta el suelo con múltiples bordados y grandes borlas en los laterales, figuritas de porcelana decorando la superficie de la cómoda con cajones, pinturas que representaban temas bíblicos colgando de las paredes y una lámpara de

latón supendida del techo. Imaginaba que la señora Roberts contaría con ayuda para el mantenimiento y la limpieza del hostel.

Acercó la maleta a la cama y sacó el neceser y ropa limpia del interior. Se daría una ducha rápida, iría a cenar una de esas pizzas tan sabrosas que anunciaba el restaurante que habían visto mientras cruzaban el pueblo y regresaría cuanto antes a la habitación. Estaba cansada del viaje y la noche anterior no había dormido demasiado.

Aunque se dio prisa, al salir al corredor se encontró con Nick, que también abandonaba su habitación con la misma intención que ella.

—Las señoritas primero. —Le cedió el turno.

—Gracias.

Se azoró al percatarse de que su ropa interior coronaba el montoncito de ropa que cargaba en los brazos, y que había atraído la mirada azul y chispeante de su compañero. Se dio la vuelta inmediatamente y se dirigió al baño.

Ella no solía usar lencería fina desde que estaba soltera y sin compromiso. ¿Para qué iba a hacer un gasto extra en ese tipo de prendas si no había nadie en su vida que las disfrutara? Prefería la ropa cómoda y práctica. Sin embargo, en aquel momento deseó que el sencillo conjunto blanco se hubiera transformado en uno de esos que lucían las modelos de Victoria's Secret. No iba a tener nada con Nick Rayner, pero habría estado bien restregarle por la cara lo que iba a perderse.

Igual que él había hecho en las inmediaciones del lago.

No volvieron a cruzarse esa noche, pero cuando Zoe regresaba al hostel después de una cena rápida que ni de broma fue tan sabrosa como prometía la pizarra exterior del restaurante, vio a Nick a lo lejos, empujando la puerta del tugurio atestado con el que se habían topado mientras buscaban el alojamiento. Tampoco le sorprendió que terminara allí la jornada. Era su ambiente. Podía imaginárselo perfectamente observando el panorama femenino frente a una jarra de cerveza bien fría antes de entrar en acción. Seguro que en Peebles habría chicas guapas y dispuestas.

Sin embargo, un par de horas después, cuando Zoe se hallaba sentada a estilo indio sobre la cama terminando de redactar su nuevo reportaje en el portátil, escuchó que Nick regresaba. Y lo hacía solo. Otra sorpresa.

Solía despertarse con facilidad en mitad de la noche cuando dormía en una cama que no era la suya. Extrañaba el colchón, la almohada, la disposición de los muebles y los vagos sonidos que le llegaban desde el exterior o desde el interior. Y aquella no fue la excepción. A las dos de la madrugada abrió los ojos a las penumbras y el olor a lavanda le hizo recordar de inmediato dónde se encontraba. No habría sabido determinar con precisión qué era lo que estaba escuchando, pero sabía que el ruido susurrante, como el de un televisor a bajo volumen, provenía de alguna parte del edificio. No se le habría ocurrido salir a investigarlo de no ser porque necesitaba ir al baño. La porción de pizza estaba muy salada y había bebido demasiada coca cola zero.

En el corredor comprobó que ningún televisor emitía aquel siseo, sino que lo que se escuchaba era la voz de la señora Roberts. Quiso pasar de largo y encerrarse en el baño, pero la curiosidad dirigió sus pies hacia el rellano de la escalera. Todo estaba muy oscuro, apenas veía por dónde se movía, pero como no alcanzaba a distinguir las palabras de la mujer, descendió unos cuantos peldaños más sin soltarse de la barandilla de latón. Entonces las entendió.

Aunque hubiera preferido no hacerlo.

«Querido, por supuesto que no me quejo de que hayas aparecido tan tarde. Solo me ha sorprendido».

«Ya sabes que siempre eres bienvenido. Lo único que me apena es que no puedas quedarte más tiempo».

«Oh, sí. ¿Los has visto? Son los primeros clientes que tenemos desde que empezaste a visitarme. Son encantadores, ¿no te parece?».

A continuación, una risita con un matiz picarón.

«Sí, a mi también me recuerdan a nosotros cuando nos conocimos. No son pareja porque han pedido habitaciones separadas, pero se nota que se gustan».

«No, ni se te ocurra entrar en sus habitaciones. Ya les he dicho que no lo harías».

Zoe ya había escuchado suficiente. Con los vellos de punta, subió los escalones casi a la carrera y se encerró en el baño. Tardó un rato en salir de allí, pero la perspectiva de dormir en la bañera no la seducía, así que abrió lentamente la puerta y observó el corredor. No había nadie aunque, ¿quién diablos iba a haber?

—Te estás comportando como una insensata.

Se armó de valor y salió al exterior con los hombros erguidos, pero el vello de la nuca seguía erizado mientras sus pies se movían raudos hacia la puerta de su habitación.

Si pretendía que su visita a Peebles fuera algo más que dar un paseo por el campo, debía anticiparse a los pasos que diera Zoe. Ella trataría de excluirlo de la investigación dándole esquinazo y moviéndose a su antojo, pero él no iba a darle esa oportunidad.

El café que preparaba la señora Eleonor Matusow era exquisito, y las pastas recién horneadas con las que lo acompañaron, estaban para chuparse los dedos. La mujer era tan hospitalaria que incluso le entregó una cajita de pastas para comer durante el camino de regreso a Cleveland. Desde que Eleonor Matusow le invitara a entrar en su casa y le ofreciera acomodarse en un sillón orejero tapizado con un estampado de margaritas, Nick se centró en buscar indicios que confirmaran lo que le habían contado por la noche en el bar del pueblo. Vio algunas señales: temblor fino en los dedos y áreas del rostro en las que aparecían vasos sanguíneos enrojecidos; aunque, en aquel momento estaba sobria.

De cualquier modo, era una señora muy culta que hacía gala de una mente muy

racional. Su modo de expresarse rezumaba credibilidad si no fuera por otros «detalles» que se la restaban. Nick la escuchó con atención.

—Imagínese mi sorpresa. A mí jamás me ha interesado el tema ovni o como los estudiosos quieran llamarlo, nunca me he hecho ese tipo de reflexiones. Es más, si alguien me hubiera preguntado mi opinión apenas unos días atrás, le hubiera contestado que no creo que haya vida inteligente ahí fuera. —Hizo un movimiento con la cabeza, señalando el techo—. Pero mi percepción ha variado a raíz de mi experiencia. Verá, no puedo afirmar que el objeto que vi danzando en el cielo fuera un platillo volante tripulado por marcianitos, como habrá comprobado no soy ninguna friki, pero lo que sí que puedo asegurarle es que nuestra tecnología está a años luz de lograr lo que estos dos ojos vieron.

—¿Qué vieron?

—Algo impresionante. Verá, yo estaba...

El timbre de la puerta de entrada interrumpió su testimonio.

—Debe de ser su compañera, no espero a nadie más.

La señora Matusow dejó de remover su café para ir a abrir la puerta y la voz suave de Zoe le dio los buenos días. Nick dio unos sorbos a su taza mientras ambas mujeres se encaminaban al salón, para darle a la situación un toque de naturalidad, pero cuando Zoe le descubrió allí sentado se le desenchajó la cara.

—¿Qué estás haciendo aquí, Nick?

Ella controló el enojo como pudo, por deferencia a la señora Matusow, pero Nick ya estaba muy familiarizado con sus expresiones y sabía que por dentro hervía de indignación.

—Me he anticipado —contestó con tranquilidad, devolviendo la taza a la mesa—. Me desperté temprano y me supo mal molestarte. Sé que llegaste muy cansada del viaje y preferí dejarte dormir. De todos modos, la señora Matusow comenzaba ahora a relatarme su experiencia.

—Siéntese querida. —La mujer le indicó el sillón orejero libre y procedió a servirle una taza de café—. Tome todas las pastas que le apetezcan, al señor Rayner le he entregado una cajita para que las degusten en su viaje de regreso.

Zoe le dio las gracias pero no despegó la mirada de Nick, que se la sostenía con descaro, con un atisbo de provocación, como queriendo decirle: «no vas a hacer esto tú sola». Ella le contestó con una mirada fulminante. Pensaba dejarle las cosas muy claras en cuanto la señora Matusow no estuviera presente.

Zoe fue a apropiarse de su grabadora digital cuando se percató de que, lógicamente, la de Nick ya estaba realizando su función. No obstante, le dio igual que pareciera que no realizaban un trabajo en común, la sacó del bolso y la colocó encima de la mesa.

—Como iba relatándole al señor Rayner, nuestra tecnología, que yo sepa, no es tan avanzada como para permitir que nuestras aeronaves realicen movimientos tan rápidos y precisos como los de ese cacharro. No seguía un patrón. —Su mirada azul

se perdió en algún punto del salón mientras recreaba con las manos lo que vio en el cielo del atardecer—. De repente flotaba estático y al segundo se alejaba volando a grandes velocidades, mucho más rápido que una aeronave convencional. Las maniobras que hacía eran increíbles. —Volvió a la realidad y miró a los ojos a sus invitados, alternativamente—. Como habrán visto en la fotografía, a pesar de la mala calidad de mi teléfono móvil, tenía forma de platillo. En la imagen tampoco se aprecia, pero poseía dos focos blancos de luz en los laterales.

—¿Cuánto tiempo transcurrió desde que lo vio hasta que desapareció? —le preguntó Zoe.

—Estaba tan asombrada que no medí el tiempo, pero calculo que unos veinte segundos aproximadamente. Al hacer la fotografía el objeto realizó un giro muy intrincado y se esfumó a una velocidad vertiginosa. Después de aquello, he regresado al mismo lugar ya que me encanta dar paseos por el campo, pero no he vuelto a verlo.

—Nos gustaría que nos mostrara el lugar exacto donde sucedió el avistamiento. ¿Está muy lejos de aquí? —inquirió Zoe.

—A una media hora caminando. En coche tardaríamos unos diez minutos porque el camino está sin asfaltar y en muy malas condiciones, pero les gustarán las vistas. Sacaré el coche del garaje y les mostraré el camino.

—Puede venir con nosotros si lo prefiere. —La invitó Nick.

—Muy amable, pero tengo una reunión de antiguas profesoras dentro de cuarenta minutos y tendré que regresar cuanto antes. No quiero entorpecerles. Supongo que ustedes querrán quedarse un rato por los alrededores para tomar fotografías o realizar su trabajo periodístico.

¿Trabajo periodístico? Nick no sabía qué iban a hacer allí a parte de mirar el cielo.

Apuraron el café y se levantaron de los cómodos asientos. El hostel estaba cerca, en una calle adyacente, por lo que quedaron en volver a verse en la puerta de su vivienda en cinco minutos, tras recoger el coche.

Las protestas de Zoe llegaron en cuanto pusieron un pie en el exterior de la casa. Había reprimido su enfado y el esfuerzo había originado que ahora se desbordase y se pusiera como una energúmena.

—¿Qué diablos te crees que estás haciendo, eh?

—¿Mi trabajo?

La luz solar de la mañana incidía directamente en su cara de niña buena, pero sus ojos entornados expresaban una furia incontenible.

—¡No me vaciles, Nick! Eleonor Matusow se puso en contacto conmigo y fui yo la que solicité a Craig realizar este trabajo. He sido yo quien lo ha preparado todo, quien se ha citado con ella y quien va a encargarse de redactar el artículo. Tú solo eres un mero acompañante que has vuelto a pasarte de la raya entrometiéndote en mis asuntos. ¡Espero que no tengas la desfachatez de volver a hacerlo!

Cruzaron la calle. Una señora de pelo rubio y violáceas ojeras que casi le llegaban

hasta las rodillas se les quedó mirando como si fueran un par de extraterrestres. Incluso al sobrepasarles, continuó mirándoles por encima del hombro.

—No es necesario que levantes tanto la voz, atraes las miradas de los curiosos. — Ella fue a decir algo, pero Nick la frenó—. Verás, si te has pensado que te he acompañado hasta Peebles en calidad de taxista es que eres demasiado ingenua. No pretendo boicotear ni apoderarme de esta mierda de trabajo por mucho que tú pienses que me dedico a robar a mis compañeros de profesión. Estoy aquí por una razón fundamental: porque Craig me lo ha pedido. Quiere que colaboremos y que hagamos un trabajo en equipo. Ya sé que eso no entra dentro de tus planes, que tu idea era que cada uno fuera por su lado, pero eso no va a ocurrir. Te guste o no, estoy aquí para lo mismo que tú. Lo único que he hecho es asegurarme de que no desaparecías con Eleonor Matusow.

Llegaron al coche y subieron. El portazo que dio Zoe molestó a Nick.

—Trátalo con algo más de cariño. Te recuerdo que este coche va a llevarte de regreso a casa.

—Pudiste haberme despertado, ¿qué es esa tontería de que preferías dejarme dormir? Me he sentido como una imbécil cuando he llegado a su casa y te he encontrado allí. ¿Por qué tendría que creerte?

—Porque si hubiera querido apropiarme de la entrevista no hubiera aceptado su invitación a tomar café. Habríamos ido a desayunar a alguna cafetería o nos hubiéramos plantado directamente en el lugar del avistamiento. —Le costaba pronunciar esa palabra con seriedad—. No me habría quedado sentado en su florido sillón esperando a que tú llegaras.

Su explicación la convenció. Tenía sentido.

—No te perdiste nada importante, puedes escuchar mi grabación si lo deseas. Solo estuvimos charlando sobre temas banales y pastas para el café. Estábamos reservando lo mejor para cuando tú llegaras —sonrió.

—Dios, discutir contigo es agotador —se masajeó una sien.

—Pues no discutas.

Capítulo 9

Llegaron junto al coche de la exprofesora y pusieron rumbo hacia el camino rural que a lo lejos serpenteaba entre los cultivos de maíz que asolaban los campos lindantes. El viejo Ford de la señora Matusow saltaba sobre el terreno repleto de baches y montículos, dando la sensación de que con cada brinco la cabeza de la mujer chocaba contra el techo. Gracias a los amortiguadores del Jeep el largo paseo hacia la zona arbolada del lago no fue tan ajetreado, aunque Nick se preguntó si los giros bruscos de la señora no obedecerían a que había empinado el codo justo antes de salir.

Zoe contestó con monosílabos a los comentarios que él hacía sobre los terrenos que iban dejando atrás, pero ya no enviaba ondas negativas. Estaba relajada, guapa a rabiar. Se había puesto unos vaqueros cortos que mostraban la mitad de sus muslos. Tenían una apariencia tan sedosa que a duras penas podía contener el deseo de acariciarlos.

—Anoche me pasé por el bar del pueblo. —Cambió de tema.

—Lo sé, te vi entrar cuando regresaba de cenar.

—Decidí indagar un poco sobre la señora Matusow entre sus vecinos. Pensaba que la retratarían como una mujer excéntrica que sufre los primeros síntomas de demencia senil, algo así como la señora Roberts. Pero no fue el caso.

—La diferencia entre ambas mujeres es que en el caso de Matusow, hay una fotografía que avala su testimonio.

—Una fotografía de mala calidad que retrata un objeto extraño, de acuerdo, pero a mi entender podría tratarse de cualquier cosa.

—No puedo llevarte la contraria.

—Aunque te gustaría, ¿verdad?

Zoe sintió la mirada penetrante de Nick recorriéndole el rostro. Le provocó un ardor en las mejillas del todo comprometedor.

—¿Por qué me miras así?

—Porque me sigues pareciendo una mujer preciosa a pesar de tu mal carácter.

—Pues no vas a lograr ablandármelo recurriendo a esos trucos tan manidos.

—¿Trucos?

—Oh, vamos, Nick. Conozco muy bien a los de tu clase y sé cómo funcionáis. Puede que me engañases una vez pero no vas a hacerlo dos veces.

—¿Y me puedes explicar, según tú, cómo funcionamos los de «mi clase»?

—Tenéis una habilidad innata para seducir. Se os da de maravilla decir lo que las mujeres queremos escuchar y nosotras como tontas caemos en vuestras redes. Mi padre era igualito a ti y mi hermano ha sacado sus genes, así que figúrate si soy experta en la materia. El problema es que nos veis como si fuéramos pañuelos de usar

y tirar. O lo que es peor, despleguéis vuestros encantos para conseguir algo a cambio, como es tu caso. Dudo haberte parecido guapa en algún momento, Nick Rayner. No vas a mejorar nuestra situación adulándome.

—Joder... —Nick movió la cabeza y, a continuación, prorrumpió en roncas carcajadas que hicieron brillar sus ojos en un azul afilado. Ella lo miró con los labios apretados hasta que el golpe de risa fue menguando y le permitió hablar—. No solo insisto en que eres una mujer bellísima, Zoe, sino que además tu personalidad es un constante desafío para mí. Al comenzar este viaje me pareciste tan molesta e irritante como un grano en el culo, pero confieso que empiezo a verte con otros ojos.

—No quiero que me veas con otros ojos. —Le dijo con sequedad.

—Demasiado tarde.

Nick esbozó una media sonrisa y ahora fue Zoe la que se quedó mirándole el perfil mientras sus manos dirigían con pericia el volante para evitar los baches del camino. Su problema con Nick, la razón de que sus miradas y sus sonrisas la azoraran tanto a pesar de la aversión que le tenía, no era una consecuencia de su atractivo físico. O mejor dicho, su atractivo físico no la habría impresionado lo más mínimo de no ser porque iba acompañado de un poderoso magnetismo que no lograba obviar. En el fondo de su ser, muy en el fondo, comenzaba a despuntar una ineludible inclinación a simpatizar con él. A creerle.

Aunque Zoe no quisiera hacerlo.

Retiró la mirada cuando el recuerdo de sus besos reapareció en su memoria de un modo tan vívido que se le aceleró el pulso. Había sido el beso más excitante de toda su vida. Todavía no entendía de dónde demonios sacó la determinación para oponerse a seguir gozando de aquella delicia.

Se sintió tan incómoda que cambió de postura. Comenzó a tamborilear los dedos en la carrocería y sacó otro tema.

—Anoche, de madrugada, escuché hablar a la señora Roberts.

—¿Ah sí?

—Pensaba que tenía el televisor encendido pero al salir de la habitación comprobé que hablaba con su difunto esposo. Fue bastante... inquietante. Me impresionó. Sé que son alucinaciones tuyas pero aun así... —Agitó los hombros en un estremecimiento.

—¿Y de qué hablaban?

—Le prohibía que subiera a vernos.

—Menos mal.

Nick seguía tomándose a guasa los delirios de la hospedera.

—Te juro que como esta noche me despierte y me encuentre al señor Roberts a los pies de mi cama, yo... me subiré a tu coche y no te esperaré.

—Sabes que eso es tan improbable como toparnos con un objeto no identificado sobrevolando nuestras cabezas. Por cierto, ¿qué te ha parecido la profesora? —Señaló el Ford renqueante con un movimiento de cabeza.

—Me ha parecido una mujer muy cabal. No tengo ni idea de qué fue lo que vio, pero lo que está claro es que no miente en nada de lo que nos ha contado.

—¿Qué más?

Zoe se encogió de hombros.

—Nada más.

—¿No te has dado cuenta?

—¿De qué?

—De que empina el codo. Temblor fino, piel enrojecida... Sus vecinos del pueblo aseguran que le gusta mucho el vino.

—¿En serio?

—En serio.

—Dios mío... Esto cada vez es más surrealista. —Se le desplomó la voz.

—Pues a mi me parece gracioso que hayamos cruzado el estado para hacer un reportaje sobre una vieja borracha y sus delirios. Si lo piensas bien podríamos sacarle mucho jugo a esta historia. —Ella lo observó con una mueca de escepticismo—. Verás, se me ha ocurrido que también podríamos hacer alusión a Melinda Roberts y a sus visiones fantasmagóricas. Estoy convencido de que el extraterrestre que pilotaba la nave que vio Eleanor, ha adoptado la imagen del difunto señor Roberts para presentarse ante la mujer. No te extrañe si una de estas noches la anciana desaparece del hostel, ya sabes que los alienígenas abducen a la gente para realizarles todo tipo de pruebas físicas en sus aeronaves. —Dio un golpe con ambas manos en el volante—. Eso es, no puede haber otra explicación. ¿Tú que opinas?

Zoe lo había escuchado con ceño, absurdamente concentrada en su explicación, pero al lanzarle esa pregunta el ceño desapareció y ella explotó en carcajadas. Nick la observó con diversión mientras el camino comenzaba a ascender por la ladera de una meseta rocosa.

Rio durante un buen rato, de esa manera incontrolable que hace que se te salten las lágrimas y te duela la barriga. Su risa era contagiosa, alegre como el trinar de un pájaro, y a él le encantó escucharla durante el resto del camino.

Habían llegado al lago Mineral Springs, una belleza paisajística en medio de hectáreas y hectáreas de cultivos y zonas desérticas. Su compañera se secaba las lágrimas de los ojos mientras Nick estacionaba tras el viejo Ford.

—Gracias por este rato, la verdad es que lo necesitaba para no volverme del todo histérica. —Le dijo.

—Mi padre me enseñó que era muy saludable recurrir al humor para quitarle hierro a la vida. Un hombre muy sabio, por cierto.

Ella le dirigió una tímida sonrisa antes de apearse.

El viento que soplaba por aquellas latitudes removió la melena grisácea de la señora Matusow y trajo su aliento con olor a vino a la nariz de Nick. Lo que se temía, había estado pimplando durante el tiempo que tardaron en presentarse en su casa. Le lanzó una mirada a su compañera y ella asintió sucintamente. También había reparado

en el detalle.

Siguieron sus pasos a través de la maleza y los árboles que coronaban las aguas verdosas del lago. De vez en cuando, la señora Matusow daba un traspié y tenía que sujetarse a los troncos de los pinos o incluso a Nick, que iba un paso por detrás. Ella lo achacaba a la edad y al terreno desigual, pero el rubor que enardecía sus mejillas y la risa fácil apuntaban al vino como causante. En varias ocasiones, Zoe hubo de llevarse los dedos a los labios para reprimir la risa.

Llegaron a un pequeño y solitario embarcadero. La mujer se detuvo y escudriñó el cielo.

—Allí fue, en aquel punto. —Señaló el cielo con un dedo regordete y luego lo hizo girar en movimientos aleatorios—. Tengo la sensación de que ese cacharro no quería dejarse fotografiar porque justo cuando saqué el móvil del bolso, ¡zas!, dejó de moverse como una culebra y desapareció tras aquellos árboles de allí.

—Sí, probablemente fue eso. —Nick se frotó la descuidada barba con los dedos—. Señora Matusow, ¿sabría decirnos si existe algún pueblo o aldea vecina por los alrededores?

—Sí, hay una granja a un kilómetro en aquella dirección. Pertenece a la familia Owen.

—¿Cree que nos atenderán si nos presentamos para formularles una preguntas? Tal vez, alguien de esa granja vio lo mismo que usted... —comentó Zoe.

—Oh, por supuesto que les atenderán. El señor y la señora Owen son viejos conocidos y muy buenas personas. No tendrán ningún problema en recibirles. —La mujer consultó su reloj de pulsera.

—Señora Matusow, antes de marcharse, ¿le importaría posar en una fotografía para el artículo de nuestra revista?

—Desde luego que no, querida.

Zoe le indicó que se situara de espaldas al embarcadero y, a continuación, cuadró el objetivo para capturar la panorámica que le interesaba. Hizo unas cuantas fotografías más y le dio las gracias por su amabilidad.

—Gracias a ustedes. Sé que han hecho un gran esfuerzo en venir hasta aquí desde tan lejos para que les cuente mi experiencia. Si puedo ayudarles en algo más ya saben donde pueden encontrarme. —Alegremente, les estrechó las manos—. Regreso al pueblo, que pasen un buen día.

La mujer deshizo el camino andado, canturreando con alegría una canción que hablaba de piratas, navíos y tesoros. Seguro que era el alma de todas las fiestas.

—¿Crees que esa reunión con antiguas profesoras no será en realidad una reunión de alcohólicos anónimos? La gente de este pueblo está un poco tarada —comentó Nick—. En fin, ya que estamos aquí, no perdemos nada si damos una vuelta por la granja y hacemos unas cuantas preguntas.

Ella asintió mientras guardaba la cámara fotográfica en su estuche. Nick se percató de que le temblaban las comisuras de los labios como si estuviera

reprimiendo la risa. Al momento, esta volvió a agitar sus hombros, aunque a Nick le pareció que ahora reía por no llorar.

La granja de los Owen se hallaba en una extensa llanura donde el maíz continuaba siendo el principal cultivo. La casa era grande aunque estaba un tanto desatendida. El marco de madera de una ventana colgaba sobre la fachada y la pintura estaba agrietada y desconchada en las zonas donde más se acumulaba la humedad. Había un granero, un antiguo pozo y una zona vallada donde las gallinas y los pollos campaban a sus anchas. Eleonor no exageró respecto a la amabilidad de los Owen, más bien se quedó corta, porque en cuanto les vieron aparecer por su propiedad y tras las oportunas presentaciones, la señora de la casa le tendió a Zoe una cesta que contenía «los huevos más frescos del corral».

—Se lo agradezco en el alma, señora Owen, pero vamos a quedarnos en Peebles un par de días más y no sabría dónde dejarlos. No quiero que se estropeen.

—Entonces los comeremos todos juntos, ¿verdad, Ernest? Han venido desde muy lejos y no se irán de aquí sin probar una buena comida casera. Eleonor se ocupó de la educación de nuestra hija hasta que fue a la universidad. Ahora es la médico del pueblo. Los amigos de Eleonor siempre son bienvenidos. —Sonrió la mujer.

La visita a la granja podría haberse resumido en un encuentro de no más de veinte minutos. Ni el matrimonio, ni los pocos empleados que se ocupaban del cultivo de los campos y de los animales, habían visto nada extraño en el cielo en los días precedentes. El señor Ernest Owen, ni siquiera sabía lo que era un ovni y cuando Zoe se lo explicó, hizo un movimiento con el brazo y dijo que aquello no eran más que tonterías. Nick estuvo a punto de decirle que tenía toda la razón.

Sin embargo, la visita se dilató hasta la media tarde, momento en el que por fin pudieron desembarazarse de la señora Owen tras una copiosa comida que fue acompañada del mejor vino, y a la que siguieron los mejores postres caseros que habían probado jamás.

Ya en el coche, Zoe se llevó la palma de la mano al abdomen y se lo frotó mientras Nick observaba a través del espejo retrovisor a la señora Owen, que desde el porche de la casa agitaba la mano a modo de despedida.

—Estoy tan llena que no sé si podré volver a comer algo sólido en mi vida —murmuró.

—Si la gente del pueblo no está muy acostumbrada a ver aparecer extranjeros, imagínate estos granjeros. No hemos sacado nada en claro pero, al menos, hemos comido de maravilla.

Ella reclinó la cabeza sobre el reposacabezas del asiento y observó el paisaje crepuscular con una mirada lánguida y desenfocada. Saltaba a la vista que no se sentía tan satisfecha como él.

Al encontrarla tan absorta, le preguntó:

—¿En qué piensas?

Zoe estiró las piernas todo lo que pudo.

—En que ya hemos concluido nuestro trabajo aquí. Hemos pagado tres noches pero lo más sensato es que hagamos las maletas y regresemos a Cleveland mañana por la mañana.

—Sí que hay algo más que hacer. Pienso interrogar a todos los vecinos de Peebles. El objeto que fotografió Eleonor es demasiado llamativo como para ser la única testigo de su aparición. Debe de haber alguien más que lo viera y estoy dispuesto a encontrarlo.

—Tú haz lo que quieras, pero si insistes en quedarte yo aprovecharé el tiempo y trabajaré en mi habitación.

—¿Por qué, de repente, estás tan desanimada?

—¿Que por qué? —Suspiró y cerró un momento los ojos—. Si trabajara para otro medio jamás publicaría una historia tan ridícula y poco documentada como esta, y eso me lleva a cuestionarme muchas cosas sobre mi profesionalidad.

Volvían a pasar junto a las inmediaciones del lago. Una bandada de pájaros surcaba el cielo de regreso al hogar que les brindaba las copas de los árboles.

—Tú profesionalidad no está en tela de juicio, Zoe. A veces uno tiene que hacer lo que sea para sobrevivir. Ya vendrán tiempos mejores.

—Qué optimista.

—No hay nada de malo en serlo.

—Tampoco hay nada de malo en ser realista.

Nick se la quedó mirando para familiarizarse con lo que estaba pensando. Intuyó que se avecinaba una nueva tormenta.

—¿Crees que nunca encontrarás un empleo mejor? —No le contestó—. Es posible que no estés buscando en el lugar indicado. En Cleveland no hay muchas más opciones pero tienes el *Wall Street Journal*, el *New York Times*, el *The Washington Post*, el *Los Angeles Times* o el *Chicago Tribune* por nombrarte a los más importantes. Hay un mundo entero lleno de posibilidades fuera de las fronteras de Ohio para una chica *cum laude*.

—Deja de decir eso, Nick. Ahora no estoy de humor. No es tan fácil como tú lo pintas.

Pensó en la situación con su madre y un dolor agudo le apretó la garganta. Si no era capaz de ayudarla residiendo en la misma ciudad, ¿qué sería de ella si se mudaba a otro estado? Bueno, ahora Carol se había mudado a Nashville, aunque no creía que pasara mucho tiempo antes de que volviera a llamar a su puerta.

—¿Qué te impide hacer la maleta?

—No pienso hablar de eso contigo. Son temas personales.

Nick se figuró que serían asuntos familiares o tal vez amorosos. A lo mejor, tenía pareja y esta no le permitía que se marchara a trabajar lejos. Era la primera vez que se hacía esa pregunta, ¿tendría a alguien esperándola en Cleveland? La luz dorada del horizonte imprimía a su tez un aire terriblemente melancólico que Nick deseó hacer desaparecer.

—Todo pasa, Zoe, por muy terrible que ahora te parezca.

—A veces me sorprende oírte hablar. —Se incorporó y clavó en él una mirada que prometía incendiarse—. ¿De dónde demonios sacas la energía para seguir adelante? Yo estoy bien jodida, pero lo tuyo... lo tuyo ya es otra historia. Protagonizaste el escándalo del siglo con la esposa del senador y, ¿aún esperas que tu carrera remonte?

—Cometí una estupidez y todavía lo estoy pagando, pero no es una condena de por vida. Dejo pasar el tiempo hasta que ya nadie se acuerde de mi nombre ni del puñetero incidente. En el peor de los casos, haré la maleta y me marcharé a Europa o a donde haga falta.

Admiraba su férreo optimismo. Había ocupado las portadas de todos los periódicos y revistas del corazón junto al senador y su esposa, con un titular que prometía una historia morbosa en su interior. Zoe había comprado una de esas publicaciones y así se había enterado de que Thomas Wilson, el senador, había sorprendido a su mujer y a Nick mientras tenían sexo en su casa. En su cama.

—El senador te ha puesto las cosas difíciles, ¿verdad? —Zoe cabeceó—. Tú te has cargado tu carrera, supongo que eso es más fácil de asimilar que cuando ha sido otra persona quien te la ha destruido.

—¿Quieres que volvamos a discutirlo, Zoe? —Le preguntó con dureza.

—No, no me apetece enzarzarme en una discusión contigo que no va a llevarnos a ninguna parte.

—¿Y crees que tus constantes ataques personales sí que lo harán?

—¡Oh, perdóneme si le he ofendido, señor Rayner! —exclamó con el tono burlón—. Me arrebataste todo por lo que luché, pero no vas a quitarme el derecho a expresarme libremente cuando me venga en gana. Si no estabas dispuesto a escuchar verdades, haberle dicho a Craig que no querías venir conmigo. O mejor todavía, haberle contado con pelos y señales dónde, cuándo y cómo nos conocimos.

Ascendían por el sendero que conducía a la meseta, con el sol a sus espaldas y una profunda franja azul noche invadiendo Peebles a lo lejos. Las venas se marcaban en las manos de Nick, que aferraba el volante como si fuera a arrancarlo del salpicadero de un momento a otro. Su mandíbula estaba tensa, un músculo temblaba en ella, pero se mantuvo en silencio hasta que volvieron a encontrarse en posición horizontal.

En lo alto de la meseta, Nick detuvo el coche y paró el motor.

—Sal. —Le ordenó.

—¿Para qué? Ya te he dicho que no pienso malgastar el tiempo contigo.

—Si no sales por tu propio pie, te aseguro que te sacaré yo.

Y no hablaba en broma.

Zoe abandonó el asiento y dio un portazo al salir. El eco reverberó en las laderas rocosas de la meseta. Le importaba un bledo la advertencia que él le había hecho sobre el cuidado de su querido Jeep. Se cruzó de brazos y le observó, él ya rodeaba el

coche para colocarse a su altura.

—Quiero que lo sueltes todo, que no te guardes nada. Para bien o para mal, vamos a arreglar nuestras diferencias aquí y ahora, y si tenemos que quedarnos toda la noche, ten por seguro que lo haremos.

Sus palabras y su expresión eran tan categóricas que Zoe ya no encontró en él al Nick bromista y conciliador de los últimos días.

—¿Y qué lo hará diferente a la última vez?

—¿Te refieres a aquella en la que entraste en tromba en la redacción del *The Cleveland Post*, me arrojaste un ejemplar a la cara y me llamaste cretino, sinvergüenza, miserable y trepa delante de todos mis compañeros?

—Hacía dos días que me habían despedido por tu culpa, ¿qué pretendías? ¿Qué te diera unas palmaditas en la espalda por la entrevista tan jugosa que le hiciste a Eden Peterson? —Le increpó. Allí nadie podía escucharles, no tenía que guardar las formas.

—Podríamos haberlo discutido de otro modo, como dos personas adultas. Si hubieras permitido que me explicase en lugar de lanzarme toda tu artillería pesada, tal vez ahora no tendrías ese concepto tan repugnante de mí.

—¿Dejar que te explicases? —Ella se echó a reír, sulfurada. Por primera vez, la falta de credibilidad que le otorgaba le sentó a Nick como una patada en los testículos—. ¡Te limitaste a asentir con una mueca odiosamente irónica mientras me empujabas hacia la salida!

—¡Porque estabas fuera de tus casillas! ¿Qué demonios pretendías que hiciera después del espectáculo que protagonizaste? —Nick trató de recuperar el aplomo inspirando la brisa cálida de las últimas horas de la tarde—. Y no te empujé, solo te acompañé hasta la salida.

Zoe negó con cierto aire de derrota.

—Sabía que sería inútil iniciar esta conversación porque nada de lo que digas va a hacer que cambie de opinión. Me sigues pareciendo un cretino, un sinvergüenza, un miserable y un trepa. —Hizo ademán de abrir la portezuela del coche para dar por zanjada la discusión—. Lo mejor para ambos es que le solicite a Craig trabajar desde casa.

Él le impidió que abriera la puerta, colocando la mano sobre la suya.

—Zoe... ¿puedes concederme un par de minutos sin interrupciones? —Ella se mordió los labios y miró para otro lado. Nick lo interpretó como un sí—. De todo lo que me acusas solo hay una cosa que es cierta. Quise seducirte porque me sentí muy atraído por ti desde el instante en que te vi en el ascensor. Mi único plan cuando te encontré en el restaurante y me senté en tu mesa, era llevarte a la cama. —Zoe puso los ojos en blanco pero Nick prosiguió—. No tenía la intención de emborracharte y mucho menos pretendía apropiarme de ninguna entrevista. Jamás he necesitado emborrachar a una mujer para echar un polvo y nunca le he robado nada a nadie. Lo que sucedió cuando te fuiste a toda prisa del bar del hotel fue accidental. Eden

apareció con su séquito en el Pinnacle y empezó a coquetear conmigo. —La mano de Zoe forcejeó bajo la suya pero Nick la retuvo, aún no había concluido—. Nos tomamos unas copas y fuimos a su habitación.

Ella gruñó.

—No quiero seguir escuchándote, no me interesa lo más mínimo.

Nick se acercó un paso. Zoe continuó mirando para otro lado.

—Nunca debí ir con ella, ¡si ni siquiera me atrae! Es más, Eden Peterson siempre me ha caído como el culo. Supongo que tengo el mal hábito de meterme en demasiadas camas, aunque en la suya no era en la que yo quería estar. Y fue un completo desastre. Cuando todo acabó quise largarme a mi habitación pero ella me retuvo y comenzó a contarme todo tipo de cosas hasta más allá del amanecer. Nómbrame a una sola persona que no se hubiera aprovechado de la situación. La actriz del momento, ¡la mujer más buscada y fotografiada por los medios!, estaba abriéndose en canal conmigo. ¿Crees que yo era consciente de que estaba perjudicando a la preciosa periodista a la que había conocido apenas unas horas antes? ¿Crees que era mi misión estar pendiente del reloj para que Eden acudiera a sus compromisos con la prensa? —Nick buscó su mirada, inclinando la cabeza sobre ella. Zoe no se la ofreció—. Llámame capullo, mujeriego, gilipollas... Llámame todas esas cosas porque reconozco que las soy, pero lo que jamás he hecho ha sido pisotear el trabajo de nadie en mi propio beneficio. Si pudiera volver atrás en el tiempo enmendaría el daño que te hice, enmendaría muchos otros errores que he cometido, pero no puedo hacerlo. —Inclinó un poco más la cabeza hasta que el suave aroma de su cabello le inundó la nariz—. Lo siento mucho, Zoe. Lo siento de veras.

Zoe se mantuvo en su posición, recelosa y distante, pero Nick notó que bajaba algunas barreras. En sus ojos color café se había apagado ese brillo incendiario.

—Eres un capullo, un mujeriego y un gilipollas. —Le dijo, cuando finalmente se atrevió a mirarle, aunque hubiera preferido no hacerlo porque él esbozó una de esas medias sonrisas tan magnéticas de las que costaba desengancharse.

Estaba segura de que había exagerado en aquello de que la prefería a ella antes que a la espléndida y seductora reina del celuloide, pero se inclinaba a creer el resto de sus explicaciones. ¿Acaso la sinceridad que impulsaba su voz podía ser fingida? ¿Qué necesidad tenía de mentirle? De todos modos, ya había caído en el descrédito, poco debía de importarle lo que ella pensara de él.

Muy a su pesar, se vio impelida a darle un voto de confianza, pues le resultaba más fácil relacionarse con Nick desde el rencor que desde la atracción que sentía por él. Su indudable labia no era suficiente para convencerla, pero Zoe notó que estaba un paso más cerca de izar la bandera blanca.

Nick la observaba de un modo penetrante, haciéndole entender que el deseo que una vez sintió por ella permanecía inalterable. El de Zoe también, aunque antes prefería cortarse las venas que liarse con un tío como aquel. Él mismo se había definido de maravilla. Ahora le tocaba definirse a ella y dejarle las cosas bien claras,

para que hiciera uso de su testosterona y su embrujo viril con otra que no fuera ella. Ni de coña iba a tropezar dos veces con esa piedra.

—No soy mujer para una sola noche. Ni para dos, ni siquiera para tres.

—Ya lo sé. —Se encogió de hombros—. Ese es uno de tus encantos.

—Pues... los tuyos ya no me impresionan lo más mínimo.

—Mejor así. Ahora somos compañeros y es preferible que nos relacionemos de ese modo, ¿verdad? —Era un embaucador nato, aquella no era su opinión—. Regresemos al pueblo, creo que los dos necesitamos una copa.

Capítulo 10

Se dejó convencer porque tenía demasiada información aglutinada en la cabeza y necesitaba que el efecto del alcohol la ayudara a aparcarlo todo a un lado durante un rato. Ni siquiera pasaron por el hostel para darse una ducha, cambiarse de ropa o dejar la cámara fotográfica en la habitación, directamente, empujaron las puertas de la entrada del único bar del pueblo y pasaron al interior.

Por dentro no tenía un aspecto tan horrible como la vieja fachada prometía. Era incluso un lugar cálido y acogedor. Luces ámbar reflejándose en la superficie limpia del mobiliario, paredes recubiertas con tablones de madera, cuadros que retrataban los mejores rincones de Peebles y de los paisajes que lo rodeaban, camareras simpáticas y dicharacheras, la clientela justa para no sentirse agobiada y una música ambiental la mar de agradable que brotaba de una antigua *jukebox*.

Tomaron asiento frente a la barra, y una camarera rubia con exceso de sombra de ojos y una blusa blanca que le quedaba dos tallas más pequeña, les sirvió un par de cervezas en jarras de cristal.

Tras la tensa conversación mantenida en lo alto de la meseta, Zoe se mostraba bastante abstraída en sus pensamientos, así que Nick escogió un tema neutral para intentar traerla de vuelta. Entre trago y trago, hablaron de los andares inestables de la señora Matusow a través del bosque de pinos, de los deliciosos manjares que habían comido en casa de la señora Owen, de lo arisco que se había mostrado su esposo cuando Nick nombró el tema ovni, e incluso de la cesta de huevos y la caja de pastas. Pero nada hizo reír más a Nick que recordar el rostro embelesado que se le quedó a uno de los jóvenes granjeros a los que habían interrogado cuando posó sus ojos en Zoe.

—Dejaste al pobre chaval en estado de shock, ni siquiera era capaz de contestar a las preguntas que le hacías. Si llegamos a quedarnos un rato más por allí, te habría pedido matrimonio.

—Exageras, no le impresioné tanto. —Hizo un movimiento con la mano—. Lo que sucede es que hay pocas mujeres de su edad por los alrededores.

—Bueno, aquí en el bar hay unas cuantas y, sin embargo, aquel tío de allí es a ti a la que tampoco quita el ojo de encima.

Nick lo señaló sutilmente con un movimiento de cabeza y la curiosidad venció a Zoe. El susodicho era un tipo de unos cincuenta años, fiel reflejo del estereotipo de camionero que se retrataba en las películas de Hollywood. Con una manaza grande y peluda sostenía una gran jarra de vino y sus ojos saltones estaban fijos en ella. Zoe retiró la mirada al instante. De repente, sus pantalones le parecían demasiado cortos, y la camiseta de tirantes se le ceñía demasiado a los pechos. Por primera vez desde que se había reencontrado con Nick, agradecía su compañía.

—Vuelves a ser un cretino —aseguró.

—Asúmelo, Zoe Carpenter, eres un imán para los tíos de todas las especies y calañas.

Ella refugió los labios en el vidrio de su jarra para no sonreír. No le daba la gana que él viera que sus bromas le hacían la menor gracia.

Al cabo de unos minutos, aprovechando que Nick se había ausentado para hacer una visita al baño, percibió por el rabillo del ojo que el tipo de grandes manazas y ojos de sapo se acercaba a ella. Se puso rígida como una estaca, pensó en saltar del taburete y refugiarse en los baños hasta que Nick reapareciera, pero cuando quiso reaccionar su admirador ya se había plantado a su lado.

La mirada que clavó en ella fue tan descarada y penetrante que Zoe se retiró hacia atrás hasta que el canto de la barra se le clavó en la espalda.

—Marlene... —Su voz ronca e intensa, como surgida de una gruta cavernosa, le puso los pelos de punta.

—¿Cómo dice?

—Marlene, mi amor, ¡eres tú!

—Se equivoca de persona. Yo me llamo Zoe.

Los labios del hombre se estiraron bajo su frondoso bigote negro.

—Me dijeron que habías muerto, esos desgraciados... pero estás aquí, ¡viva! Dios mío, Marlene. —Dejó la jarra de vino sobre la barra y Zoe dio un respingo cuando agarró su mano para encerrarla entre las suyas. La miró con adoración, un brillo acuoso le humedeció los ojos—. Te he echado tanto de menos, tanto... amor mío.

¿Qué diablos estaba haciendo? ¿Se acercaba a ella con la intención de besarla? Se retiró un poco más y se hizo daño en la columna vertebral. Zoe le plantó la mano en su enorme pecho y sintió el sudor bajo la camiseta de algodón, pero viendo que no frenaba su avance dio un salto del taburete para ponerse a salvo del terrible mostacho negro que se acercaba inexorable.

Nunca imaginó que le haría tanta ilusión ver el rostro de Nick.

—¿Qué sucede aquí?

Nick se había quedado de piedra. Había visto a tipos que abordaban a las mujeres sin la menor delicadeza, pero la de aquel rudo gigantón no tenía competencia.

—Este señor me ha confundido con otra persona.

Estaba muy agobiada, parecía un pajarillo indefenso atrapado entre la barra de bar y la prominente barriga del señor. La situación no podía ser más cómica aunque cuando Nick escudriñó con más detenimiento los ojos desbocados del tipo, decidió andarse con tiento. El asunto era más serio de lo que parecía.

—No te he confundido, amor mío, jamás podría olvidar esa cara tan dulce. ¿Por qué reniegas de mí? ¿Por qué finges que no me conoces? Marlene...

Volvió a insistir en su avance y las uñas de Zoe se pusieron blancas al apretarse y hundirse contra sus gelatinosos pectorales.

Nick apoyó la mano en el hombro del individuo y los ojos saltones se volvieron

hacia él.

—Señor, no sé quién será Marlene pero, desde luego, no es ella. Esta chica se llama Zoe y está conmigo.

—¿Y tú quién demonios eres, guaperas? ¿Qué es eso de que estás con ella? —Regresó su atención a Zoe. No le gustaba nada lo que acababa de escuchar y sus modales se recrudecieron—. No me estarás engañando con este tipo...

—Yo...

—Oiga, le repito que ella no es Marlene. Zoe es periodista, ambos los somos, y hemos venido desde Cleveland para realizar una investigación. Creo que debería buscar a su chica en otro sitio.

Su actitud conciliadora no tuvo ningún efecto apaciguador.

—No te pases de listo, caradura. —Gruñó, mostrando unos dientes manchados de nicotina bajo el tupido bigote negro—. Tú y yo nos vamos a casa ahora mismo.

Zoe miró a Nick con ojos implorantes. Aquel loco la agarró por las muñecas y tenía toda la pinta de querer echársela a la espalda como si fuera un saco de patatas.

—¿Pero quién cojones se ha creído que es? —Nick agarró un puñado de su camiseta sudada con el ánimo de intimidarlo y obligarlo a retroceder, pero el tío ni se inmutó. Parecía un tanque—. Por última vez, le repito que la deje en paz. ¡Suéltela ahora mismo!

Le entró por un oído y le salió por el otro. Estaba obcecado. Sus grandes manazas tiraron de Zoe, llamando la atención de la clientela del bar. Nick hizo un rápido reconocimiento de los medios que tenía al alcance para detener al gigantón. Las palabras no servían de nada y creía que tendría todas las de perder si se enfrentaba a él cuerpo a cuerpo. El tipo medía dos metros y al menos pesaba ciento cincuenta kilos. Vio la pesada jarra de vino tinto sobre la barra y no lo pensó. Agarró el vidrio y alzó el brazo por encima del hombro. Estaba a punto de estampárselo en la cabeza con todas sus fuerzas cuando un cliente del bar que se había percatado de la situación, se acercó para inmiscuirse en la discusión.

—Frank, ¿pero qué haces tío?

—La he encontrado, Bob. He encontrado a Marlene. No estaba muerta. Lloré delante de su tumba, ¡pero no estaba muerta!

—Vamos, Frank. Creo que has bebido demasiado vino porque esta joven no es Marlene. Venga, deja a la chica en paz. Te acompañaré a casa.

—No puedo ir a casa. Salgo con el camión dentro de unos minutos. He entrado para tomar algo y entonces la he visto. ¿Por qué me mintieron? ¿Por qué me hicieron creer que estaba muerta?

—Porque lo está, Frank. Es verdad que esta chica se parece físicamente a Marlene pero no es ella, créeme. Y no deberías beber antes de subirte al camión.

Las palabras de su conocido lo dejaron perplejo, al fin parecía que se le metía algo de juicio en la sesera y Nick fue descendiendo con lentitud el brazo con el que sostenía la jarra. Al fornido ogro se le fueron desplomando los hombros. Los miró a

los tres alternativamente, estupefacto y muy confundido, hasta que poco a poco se fue haciendo pequeño. Parpadeó mientras chorros de sudor le iban cayendo por las sienes.

—¿No eres Marlene? —Se dirigió a Zoe.

—No, no soy Marlene. —Ella sintió un amago de pena. Ese hombre no parecía estar demasiado bien de la cabeza.

Su colega le dio unas palmaditas en el hombro y tiró de él para sacarlo de allí.

—Discúlpenle, por favor. Frank es un buen tipo pero últimamente anda un poco desorientado.

—No se preocupe. —Terció Zoe.

El camionero se dejó guiar hacia la puerta, visiblemente afectado por el altercado. Al abandonar el bar y desaparecer de su vista, Zoe hizo un par de inspiraciones profundas. Había pasado miedo.

—¿Qué demonios le ocurre a la gente de Peebles? —Se preguntó Nick, sin apartar la vista de la puerta de salida—. Ancianas que hablan con fantasmas, maestras jubiladas que ven ovnis, camioneros que creen reconocer a su difunta esposa en otras mujeres... Empiezan a parecerme demasiadas coincidencias. —Soltó finalmente la jarra de vino y observó a Zoe—. ¿Estás bien?

—Ahora sí.

—Si no llega a interferir ese tipo nos habríamos metido en serios problemas porque he estado a punto de romperle la jarra en la cabeza. Qué pueblo de locos. —Bebió un trago de cerveza, la necesitaba después de lo sucedido. Ella estaba seria, se había quedado como en estado de shock—. Eh, relájate. No va a volver.

Zoe se frotó las muñecas. Estaban enrojecidas en el lugar donde el hombre las habría apretado. Nick se las tomó para inspeccionarlas con delicadeza.

—¿Te duelen?

—No mucho. Es más el susto que me he llevado que otra cosa. —Agitó los hombros como pretendiendo expulsar de su cuerpo el mal rollo que le había provocado la psicosis paranoica del individuo—. ¡Demonios, Nick! No sé si se tratará de una coincidencia o no pero todo esto empieza a resultarme excesivo.

Zoe apuró el contenido de su jarra y se dirigió a la camarera para que le sirviera otra cerveza. La necesitaba de veras. Allí dentro hacía calor pero se había quedado helada.

—La señora Owen nos dijo que su hija era la médico del pueblo. Mañana por la mañana voy a acercarme a su consulta para hacerle unas cuantas preguntas sobre la gente de Peebles. Es extraño que haya tantos lunáticos en tan pocos metros cuadrados, a lo mejor ella puede contarnos algo que no sepamos. —Nick observó a la gente que se aglutinaba en el bar, por si detectaba a algún otro—. Luego me pasaré por la biblioteca. Quiero echarle un vistazo a sus archivos históricos por si hay algún caso de avistamiento ovni documentado. Si quieres acompañarme...

Zoe negó.

—Tengo trabajo atrasado. Lo único que quiero es que nos marchemos de este pueblo cuanto antes. Me provoca escalofríos.

Apresó el vidrio de la jarra entre los labios y bebió hasta que no pudo soportar el picor de nariz. Puso un gesto amargo y se limpió el labio superior con el índice. Incluso con el rostro desencajado, Nick la encontraba guapa, encantadora y muy tierna. Zoe sabía valerse muy bien por sí misma y tenía un carácter muy fuerte, pero había algo en ella que despertaba en él un instinto protector sin precedentes.

—La próxima vez que Craig nos pida que viajemos juntos, yo escogeré el lugar. —Sonrió.

Nick chocó el vidrio con el de ella y los dos bebieron hasta que a Zoe le regresó el color a la cara y a él se le calmó la carga de adrenalina que le había invadido las venas. Sin embargo, Zoe no se relajó hasta que, a través de la ventana que daba a la zona de aparcamiento del exterior, los faros del enorme y único camión que había estacionado encendió los faros y se puso en marcha.

—Alguien debería retirarle a ese tío el carnet de conducir —comentó Nick.

—Pues yo estoy encantada con que se marche. —El interior del bar osciló antes sus ojos como si estuviera subida en un tiovivo. Había bebido demasiado deprisa y la cerveza se le había subido a la cabeza—. Voy a regresar al hostel. Ha sido un día muy largo, es tarde y estoy cansada.

Tras tantas refriegas y desavenencias, en las últimas horas habían alcanzado un estado de comodidad mutua que Nick no quería que se acabase tan pronto. Estaba a gusto con ella, y ella lo estaba con él. Habían charlado distendidamente y se habían reído con las anécdotas del día antes de que el camionero chiflado decidiera fastidiarles la noche. No podía dejar que se marchase. Quería extraer un poco más de ella.

—Eh, ¿escuchas eso?

Nick se refería a las notas musicales de *I'm so tired of being alone* que comenzaron a brotar de los altavoces.

—Lo escucho.

—Siempre he querido bailar una canción de Al Green en un bar como este y en compañía de una chica guapa.

—Seguro que encuentras a alguna que esté dispuesta. Hasta mañana, Nick. —Él la agarró por encima del codo para impedir que se alejara. Con una sonrisa taimada la acercó a él. Zoe comenzó a negar—. No pienso bailar, no estoy de humor. Además, me duelen los pies y estoy un poco mareada.

—Claro que vas a hacerlo, Zoe, ¿y sabes por qué?

—Estás muy seguro de ti mismo, ¿no? —Parpadeó.

Sus largas pestañas negras lanzaron sombras en sus mejillas y Nick tiró un poco más de ella.

—Nunca apuesto si no estoy seguro de que voy a ganar.

A regañadientes, Zoe se dejó guiar por él hacia la zona más despejada, donde la

música se escuchaba por encima del volumen de las voces de la gente. Nick la envolvió entre sus brazos y se meció con ella al compás de las notas sensuales de las trompetas.

—Nick, ¡para! —protestó, tensa como un arco—. No quiero bailar, nos está mirando todo el mundo.

—Pues que miren todo lo que quieran. Pasado mañana nos largaremos de aquí y no volverás a verles.

Nick entonó la letra de la canción mientras la hacía girar con suavidad, no fuera a marearse o tropezar, y luego volvió a estrecharla entre sus brazos. Con las manos apoyadas en sus pectorales duros y cincelados —nada que ver con los del camionero—, a Zoe le gustó sentirse manejada de ese modo tan sugerente, aunque apenas un minuto antes ese pensamiento le habría parecido un auténtico disparate.

Notaba que algo había comenzado a cambiar en ella. No sabía exactamente qué era, pero así lo sentía desde que habían charlado en lo alto de la meseta. Por mucho que quisiera resultar convincente en su deseo de marcharse al hostel, no lograba transmitírselo a él. En realidad, estaba encantada de hallarse entre sus fuertes brazos, con el susurro de su voz grave acompañando la de Al Green con bastante buen gusto, con su mirada pendenciera fija en sus ojos, con su insinuante sonrisa animándola a dejar la mente en blanco para que disfrutara de la música y se centrara en el baile.

Luego llegó un momento, hacia la mitad de la canción, en que el ritmo perdió el toque divertido y el acercamiento entre los dos tomó un cariz mucho más comprometedor. Los brazos de Nick se afianzaron con solidez alrededor de su cintura, su sonrisa se difuminó y sus ojos azules le recorrieron el rostro como si quisiera memorizar cada rasgo.

La boca se le secó cuando posó la mirada en sus labios, y lo que alteró su corazón no fue el hecho de que él deseara besarla, sino que ella deseara que lo hiciera.

Ella también le observó con una mirada hirviente. Volvió a experimentar las sensaciones que la hicieron vibrar tanto tiempo atrás, mientras se devoraban a besos en el bar del Hilton, y el vello se le erizó en aquellos lugares en los que su cuerpo estaba unido al de él. Si quisiera, podría volver a embriagarse en aquel torrente de emociones, tan solo tenía que dejarse llevar y... Nick desplazó la mano hacia la parte baja de su espalda y una fantasía en la que él le arrancaba la ropa a tirones y la aplastaba contra la pared del dormitorio del hostel, impactó en la mente de Zoe con la fuerza de un disparo. Tragó saliva ofuscada, se estaba asfixiando de calor, de un calor delicioso y palpitante.

Nick le pasó los dedos por el óvalo de la cara, como si tocara la más delicada porcelana china, mientras ella seguía apesada en las profundidades azules de su mirada.

—¿Qué tienes que me gusta tanto? —susurró él, a escasos centímetros de su boca.

Más fantasías. Ahora Nick interrumpía su respuesta dándole un beso tan carnal y apasionado que escandalizaba a los presentes.

—Si lo supiera yo... lo evitaría.

—¿Lo evitarías? —sonrió. Le encantaba que la aguerrida Zoe hubiera bajado todas las defensas, hasta el punto de que le temblara la voz—. ¿Por qué?

—Porque quiero seguir odiándote.

—Creo que nunca me has odiado.

Su mano, que campaba libre donde su espalda perdía el nombre, ejerció más presión entre los dos. Zoe continuaba con las palmas apretadas contra su pecho para evitar un contacto más íntimo, pero... ¿y si las retiraba aunque solo fuera un par de segundos para experimentar lo que se sentía? Lo hizo, las bajó con lentitud hacia la estrecha cintura de Nick y sus senos se apretaron contra los músculos ardientes de su torso.

¿A qué diablos estaba esperando para besarla? Se estaba derritiendo como un helado al sol.

Nick disfrutaba del poder sexual que ejercía sobre ella, de esa incontenible atracción que la hacía sucumbir y olvidar sus múltiples rencillas. Pero él tampoco era de piedra, Zoe también ejercía sobre él el mismo encanto. Su aroma, su tacto, su sabor, el brillo deseoso que desprendían sus ojos lo subyugaban. Tenía ganas de comérsela.

Descendió la cabeza y se inclinó sobre su dulce rostro para atrapar esa boca tan apetecible, pero solo consiguió rozarle los labios. Aunque le deseaba tanto como él a ella, Zoe giró el rostro y lo esquivó.

—¿Qué sucede?

Nick le acarició la sien con la mejilla. El tacto de su barba era suave, el tono de su voz resultaba hipnótico, todo lo que él sembraba en ella la empujaba a lanzarse en picado sin asegurarse de que antes de saltar hubiera agua en la piscina, pero como se dejara arrastrar por sus impulsos... La conciencia inició un machaque a su cerebro.

«No te lées con un tío como Nick Rayner. Te gusta demasiado. ¡Te hará sufrir!».

Las manos le temblaban cuando volvió a utilizarlas como mampara protectora entre los dos. El deseo no se había esfumado cuando levantó la cara para mirarle, seguía allí azotándoles a los dos, pero Zoe logró que sobre aquella emoción imperara su instinto de supervivencia.

—No pienso acostarme contigo, Nick.

—¿Aunque lo desees tanto como yo?

—Creo que no se puede ir por la vida tomando todo lo que a uno se le antoja o desea.

—¿Ah no?

Nick no dejaba de mirarla de ese modo que desnudaba, acariciaba y caldeaba.

—No. Si me apetece comerme un bombón pero sé que será nocivo para mi salud, no me lo como.

Ahora sonrió ampliamente. Esos hoyuelos tan sexys que se vislumbraban bajo su barba eran una provocación.

—¿Consideras que soy nocivo para tu salud? —La ironía perfilaba sus labios—. Yo tengo la certeza de que sería todo lo contrario, Zoe.

—Pues... me quedaré con las ganas de saberlo.

Hizo un poco de presión y, al tiempo que las notas musicales de *I'm so tired of being alone* se iban apagando, él terminó soltándola. No se le veía decepcionado sino más bien intrigado. Nick parecía ser esa clase de persona a la que le agrada que le pongan las cosas difíciles, que se crece ante las adversidades.

—Me gustas, Zoe. Me gustas mucho a pesar de que esta es la segunda vez que me dejas tirado. —Metió los dedos en los bolsillos de sus desgastados vaqueros y la miró desde la convicción de que ella cedería tarde o temprano—. Pero no lo harás una tercera vez.

—Ya te dije que no soy mujer de una sola noche.

—Y yo te contesté que ese era uno de tus encantos. —Se encogió de hombros con desenfado.

Zoe se retiró el cabello que le caía en las mejillas y, al hacerlo, notó que le ardían como dos brasas. Él era mucho más seguro de sí mismo que ella y se manejaba de maravilla en el terreno de la seducción, así que prefirió callar a decir algo que la comprometiera un poco más. Si es que eso era posible.

—Buenas noches, Nick.

Los murmullos la despertaron en medio de la noche. ¿Qué hora sería? Todo estaba muy oscuro, por lo que aún debía de quedar un buen rato para que amaneciese. Además, sentía el cerebro tan espeso que tenía la sensación de que no hacía más de una hora que se había tumbado en la cama. Le había costado dormirse. Sus pensamientos saltaban del trabajo a Nick, de Nick al camionero trastornado, y del camionero otra vez a Nick.

Demasiadas emociones aglutinadas en un solo día. Y ahora esos murmullos que parecían provenir del corredor.

Se incorporó sobre los codos y aguzó el oído mientras parpadeaba en la oscuridad. La pesadez del sueño no le impidió despertar de golpe al reconocer la voz de la señora Roberts al otro lado de su puerta.

Un latigazo helado le recorrió la espalda.

Continuó en aquella posición sin mover ni un solo músculo, esperando a que la hospedera se alejara de allí, pero no solo no se marchó, sino que elevó el tono de voz. Zoe trató de recordar si había echado el cerrojo de la puerta. Sí, lo había hecho, aunque eso no sería ningún obstáculo para un fantasma, ¿verdad?

Se sentó sobre la cama y buscó las zapatillas con los pies. No quería dar la luz aunque en aquellas circunstancias la oscuridad de la habitación le daba auténtico pavor. Se tambaleó al ponerse de pie pero apoyó la mano en la pared y la tanteó de camino hacia la puerta, tan sigilosa como un gato. No hizo falta apoyar la oreja en la

madera para entender lo que la señora Roberts le estaba diciendo a su esposo fallecido.

«Insisto, cariño, no puedes entrar en las habitaciones de nuestros huéspedes. Ellos no te conocen, no están preparados para verte. Se asustarían y no regresarían por aquí nunca más. ¿Es eso lo que quieres? ¿Que se corra la voz de que el fantasma del difunto esposo de la señora Roberts se pasea por las habitaciones del hostel cuando cae la noche? Nadie querría hospedarse aquí jamás».

Se produjo un silencio, hubo un suspiro tedioso y, a continuación, la señora Roberts sonó malhumorada.

«Está bien, haz lo que quieras. Pero si la joven se despierta mientras estás ahí dentro, se llevará un susto de muerte. Yo no pienso hacerme responsable».

Zoe dio un salto hacia atrás como si la puerta estuviera cargada de electricidad. Los pasos de la señora Roberts se dejaron escuchar mientras bajaba las escaleras hacia la planta baja y el miedo la dejó paralizada en medio de la tenebrosa habitación. El corazón emprendió el galope y la boca se le secó. Tan solo podía escuchar el zumbido de la sangre golpeándole los oídos. Dio un paso hacia atrás, luego dio otro y otro más hasta que las piernas le chocaron contra la cama. Conforme sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, pudo ver el vago reflejo de la luz exterior proyectándose en la puerta de la que no podía apartar la mirada.

Quiso llamar a Nick a gritos, ¡realmente creía que el espectro del anciano iba a aparecérselo en la habitación! Pero no pudo alzar la voz, tenía las cuerdas vocales bloqueadas, así que corrió a refugiarse en la cama y se tapó con la sábana hasta la cabeza. Y allí se quedó inmóvil, dejando pasar los segundos como una niña asustada a la que le daba un miedo atroz echar un vistazo por encima de la sábana, no fuera a ser que se topara con el espíritu del señor Roberts, contemplándola desde los pies de la cama.

Sin embargo, conforme sus sentidos se fueron despertando y el cerebro le volvió a funcionar con racionalidad, el miedo se fue esfumando.

La señora Roberts estaba como un cencerro.

Zoe retiró la sábana y alargó el brazo para encender la luz. Escudriñó cada rincón de la habitación antes de levantarse y consultar su reloj. Solo eran las tres y media de la madrugada pero no creía que pudiese volver a dormirse. Estaba despejada, como si hubiera dormido diez horas seguidas.

El corredor estaba silencioso y a oscuras, Nick debía de estar durmiendo a pierna suelta, y no había ni rastro de la señora Roberts en las zonas comunes de la planta baja. Se habría vuelto a meter en la cama.

Zoe salió a la calle y se sintió mejor al inspirar el aire fresco de la noche veraniega. Había olvidado ponerse una chaqueta fina y hubo de cruzar los brazos para retener el calor. La calle estaba desértica, silenciosa y mal iluminada. Aquellas farolas ambarinas apenas despejaban las sombras, por lo que no se alejaría mucho. Daría un corto paseo por el pueblo y regresaría a la cama.

Sus pasos la guiaron hacia el final de la calle, donde los campos se extendían oscuros e insondables. Le llegó el murmullo del viento acariciando las espigas de trigo y torció a la derecha. Se adentró en la última calle del pueblo, la que discurría entre una hilera de viviendas unifamiliares y el campo abierto.

Al fondo se erigía el tanque torre que abastecía al pueblo de agua potable.

Enseguida le llamaron la atención los dos puntos de luz que se movían en lo alto. Se acercó agazapada en las sombras y descubrió a un par de hombres con linternas, deslizándose por la estructura superior.

¿Operarios de mantenimiento, tal vez? ¿A las cuatro menos veinte de la madrugada?

Vestían monos oscuros sin señales identificativas y caminaban con mucho sigilo sobre la plataforma que circundaba el tanque. Hablaban entre ellos en inaudibles murmullos y lanzaban miradas constantes a la calle. Paranoia o no, a Zoe le pareció que no querían ser vistos. Y si no querían tal cosa sería porque no eran trabajadores de la empresa de mantenimiento.

Le resultó todo tan raro que se acercó un poco más. Entonces vio la furgoneta blanca aparcada cerca de la base de la torre, en el camino de tierra que se adentraba en el campo. No había buena visibilidad pero la placa reflectante de la matrícula le permitió ver los números y memorizarlos. Memorizaba muchos datos que luego no le servían de nada, pero su vocación periodística le impelía a hacerlo. Solo por si acaso.

Las botas de los hombres hicieron algo de ruido al descender por la escalerilla de metal y el instinto la apresuró a ocultarse. Desde el pequeño escondite que encontró a la entrada de una vivienda examinó a los hombres que, con el mismo sigilo que habían utilizado al desplazarse en lo alto, llegaron al suelo y se encaminaron hacia el vehículo.

Capítulo 11

Esa mañana Nick se le adelantó en la ducha. Cuando fue a abrir la puerta del baño comunitario se encontró con que estaba cerrada por dentro.

—Enseguida salgo. —Le dijo él.

Zoe se quedó mirando el montoncito de ropa limpia que cargaba en los brazos y esta vez ocultó la ropa interior bajo el vestido que pensaba ponerse. Le habría gustado madrugar un poco más pero por unos y otros motivos apenas había pegado ojo. Estaba tan cansada cuando sonó el despertador, que lo había apagado para seguir durmiendo.

Nick abrió la puerta del baño. El aroma a gel masculino que había utilizado para la ducha embadurnó sus sentidos todavía entumecidos.

—Buenos días, ¿has descansado bien?

El cabello mojado le caía sobre la frente y le cubría las orejas. A Zoe le tentó peinárselo con los dedos.

—No mucho. La señora Roberts... —Señaló la escalera con el brazo y cabeceó—. Bueno, es igual.

—¿Has vuelto a escucharla hablar con su esposo?

Asintió sin mucho ánimo. Aunque su mente racional le decía que eso era imposible, tampoco era capaz de tomárselo a guasa como hacía Nick.

—A las tres y media de la madrugada. Estaba junto a mi puerta y le decía que no entrara a mi habitación para no asustarme.

—Y no entró, ¿verdad?

Ella le miró con los ojos entornados y fulminantes.

—Tú tienes el sueño muy pesado, ¿no es así?

—Tengo buen dormir, sí. —Se retiró de la puerta para dejarla pasar—. ¿Desayunamos juntos y planeamos el día?

Zoe se lo pensó un instante. Le apetecía ese café en compañía de Nick mucho más que tomarlo sola, pero se estaba ablandando como una tonta desde que había empezado a simpatizar con él y por eso le contestó otra cosa.

—No puedo entretenerme, debo ponerme a trabajar ahora mismo si quiero cumplir con la promesa que le hice a Craig.

—Como prefieras. Te veo luego entonces.

Suspiró mientras se alejaba y recordó las últimas palabras que él le había dicho antes de marcharse al hostel:

«No habrá una tercera vez».

Nunca una amenaza le había resultado tan estimulante.

Al cabo de un rato, Zoe bajó al vestíbulo con la intención de tomarse un café rápido en la cafetería que había a la vuelta de la esquina. La señora Roberts estaba

pasando una bayeta húmeda por la superficie del mostrador. La mujer la inquietaba, ya no conseguía ver en ella a la dulce ancianita de los cuentos que le leía su madre cuando era pequeña, y eso la hizo sentir culpable. Solo era una pobre mujer que posiblemente mostraba los primeros síntomas de una demencia senil. Forzó una sonrisa y se le acercó.

—Buenos días, señora Roberts.

—Hola, cielo. ¿Qué tal ha pasado la noche?

—Bien, he dormido como un tronco. —Le mintió.

—Qué suerte tenéis la juventud. Yo apenas he podido pegar ojo.

Se la veía muy cansada. Tenía los pequeños ojillos grises enrojecidos y la piel tenía un aspecto ceniciento y marchito.

—Otra vez... —le costaba decir aquello—... ¿su esposo?

—Sí —contestó, sin la emoción de hacía dos días—. Me siento muy afortunada de poder verle y charlar con él, pero sus apariciones y las conversaciones que mantenemos son cada vez más extenuantes. —Levantó el teléfono del mostrador y pasó la bayeta por debajo.

—Señora Roberts, si me permite que le de un consejo... —Se aclaró la garganta—. Quizás debería usted acudir al médico. Podría recetarle algo para que descansara durante la noche. Además, creo que también debería sincerarse con ella y contarle lo de su esposo. Un médico tiene el deber de guardar el secreto profesional y, además, nunca la tomaría por una chiflada.

—Oh, la doctora Owen ya me está tratando. Es la única persona a la que le he contado lo mío, ya sabe. Estoy tomando las pastillas que me recetó hace algunos días pero no noto ninguna mejoría.

—Debería insistir. Quizás no le recetó la medicación adecuada. —Posó la mano sobre la de la mujer y la apretó con suavidad—. Vuelva a ir, señora Roberts. Los médicos a veces se equivocan en sus diagnósticos.

Encontró a Nick saboreando una taza de café cuando atravesó las puertas de la única cafetería del pueblo. Pensaba que ya estaría recorriendo Peebles para realizar sus averiguaciones pero, por lo visto, se había demorado con el desayuno. Ojeaba un periódico que tenía extendido sobre la barra cuando Zoe se le acercó.

—¿Está bueno el café que sirven aquí? —inquirió por lo bajo, para que no la escuchara el camarero flacucho que horneaba pan en un pequeño horno.

—Bastante bueno, no todo iba a ser un desastre.

Se subió al taburete libre que había a su lado y le pidió al camarero un café con leche y un donut.

—Acabo de hablar con la señora Roberts. La pobre mujer está un poco decaída porque dice que su esposo no la deja dormir y las pastillas que le recetó la doctora no le hacen demasiado efecto. Le he aconsejado que vuelva a ir, así yo también podré descansar esta noche.

Nick observó su perfil recortado contra la luz exterior. Estaba guapa, aunque era

cierto que acusaba el cansancio por la falta de sueño.

—Lo que necesita es que la deriven urgentemente a un especialista.

El camarero puso delante de ella la humeante taza de café acompañada del donut, pero Zoe quedó pensativa y no tocó el desayuno.

—¿Te has planteado, aunque solo sea durante una milésima de segundo, que las visiones de la señora Roberts no sean tales?

Nick arqueó sus oscuras cejas y sus ojos le parecieron todavía más azules frente a la luz que incidía en ellos.

—No. —Negó categórico—. Y espero que tú tampoco.

Zoe también negó.

Abrió el sobre del azúcar y lo vertió en la taza. Abstraída, dio vueltas al café con la cucharilla. La escena que había presenciado por la noche junto al depósito de agua regresó a su memoria y le produjo la misma inquietud que entonces. Tal vez, no tuviera ninguna importancia pero no dejaba de ser algo muy extraño. Había apuntado el número de matrícula de la furgoneta nada más regresar a su habitación y pensaba hacer unas llamadas para averiguar quién era el propietario.

Pensó en compartirlo con Nick pero algo la frenó.

—¿Sabías que no hay biblioteca en Peebles? —Nick la arrancó de sus pensamientos.

—No, aunque no me sorprende.

—Tengo que ir hasta Columbus si quiero revisar la hemeroteca. Saldré pronto para llegar antes de que anochezca. ¿De verdad no quieres venir conmigo?

—No puedo. He de enviarle a Craig un artículo. —Nick la miró de esa forma que hacía que se le aflojaran las rodillas—. ¿Por qué me miras así?

—Por nada.

Él escondió una perezosa sonrisa en la taza y apuró el café. Estaban mejorando su relación a pasos agigantados. Un día antes, ella le habría dicho que no quería acompañarlo a ningún sitio, ahora «no podía». Entre no querer y no poder había un abismo. Era un avance prometedor.

—Me marcho. Voy a visitar a la doctora Owen. —Nick se puso en pie y dejó unas monedas sobre la barra, suficientes para pagar ambos desayunos. Se inclinó un poco sobre la oreja de Zoe para decirle—: No me esperes para la hora de comer, pero si te aburre pasar todo el día sola, estaré aquí para la cena.

Su comentario avivó el color de sus mejillas. Como solía hacer desde que Nick se ganara su simpatía, Zoe se mordió los labios para evitar una sonrisa.

Antes de que lograra poner un pie fuera, la mujer rubia de grandes ojeras a la que habían visto caminar por la calle principal el día anterior, entró a la cafetería como un ciclón y se le echó prácticamente encima. Estaba histérica. Hacía violentos aspavientos con los brazos y gritaba la palabra fuego a pleno pulmón. A Nick le costó sujetarla.

—¿Dónde está el fuego, señora?

—¡En mi casa! ¡Fuego por todas partes! ¡Está ardiendo! ¡Cristales explotando, lenguas de fuego saliendo por las ventanas, el tejado en llamas! —gritaba con los ojos desorbitados—. ¡Tienen que ayudarme a apagarlo!

Tanto Nick como el resto de personas que se hallaban en el interior de la cafetería, incluida Zoe, se precipitaron a la calle y echaron a correr hacia la vivienda de la mujer, que se encontraba a un par de manzanas en dirección norte. Lo primero que llamó la atención de Nick, que encabezaba la comitiva, fue que el aire no oliera a humo y que tampoco pudiera verlo por encima de los tejados vecinos. A pesar de la gravedad de la descripción, el alcance del incendio debía de ser menor. Lo que en ningún momento se le pasó por la cabeza fue que no hubiera fuego por ninguna parte. Cuando llegó a la entrada de la vivienda, apoyó las manos en las caderas y recuperó el aliento mientras observaba con estupor, que el tejado no ardía, que los cristales de las ventanas estaban intactos y que no había lenguas de fuego saliendo por ningún sitio.

Allí no había ningún incendio.

Vecinos de Peebles se fueron congregando a su alrededor, incluida la dueña de la casa.

—¿Dónde diantres está el fuego, Lisa? —Preguntó un hombre.

—¡Por todas partes, está por todas partes! ¿Es que no lo veis? —Chilló la mujer.

—¿Nos tomas el pelo? —Gruñó el hombre, con la respiración sofocada por la carrera—. Tu casa está en perfectas condiciones, ¿qué carajo has tomado para desayunar?

Zoe, que estaba al lado de la mujer, se la quedó mirando con la escalofriante sensación de que había que incluir a Lisa en la lista de habitantes de Peebles que sufrían un grave trastorno paranoico o como los psiquiatras quisiesen llamarlo. Vio un terrible sufrimiento en los enloquecidos ojos de la mujer, y cómo este se tornaba en profunda confusión conforme sus vecinos intentaban convencerla de que su casa no estaba siendo pasto de las llamas. Le vino a la cabeza el camionero de la noche anterior. Las similitudes eran aterradoras.

Por fin, las palabras de sus conocidos lograron que Lisa emergiera de aquel estado delirante y tomara conciencia de la realidad. Quedó tan aturdida, que una de sus vecinas la agarró por el brazo y se la llevó consigo para que tomara una infusión y se relajara. El grupo se fue disgregando y Zoe acudió junto a Nick, que todavía contemplaba con mirada absorta el tejado de la casa.

—He cambiado de opinión, iré contigo a visitar a la doctora Owen.

La doctora Owen tendría cuarenta y tantos años aunque aparentaba algunos menos. Era una mujer atractiva, con el cabello y los ojos oscuros como los de su madre, y con el mismo carácter afable. Se presentaron como periodistas sin citar el medio para el que trabajaban, y le expresaron su deseo de formularle algunas

preguntas. Ella no dudó en guiarles hacia el interior de su consulta. Su trato agradable y cercano se enfatizó en cuanto Nick le contó que el día anterior habían estado en la granja de sus padres y que habían gozado de su hospitalidad y de sus sabrosos guisos.

A Rachel Owen se le iluminó la sonrisa.

—Mis padres son estupendos. No están acostumbrados a ver extranjeros y se desviven cuando alguno se acerca por sus propiedades. ¿Y bien? —Les indicó que tomaran asiento frente a su mesa de trabajo, ella se aposentó en su sillón giratorio—. ¿En qué puedo ayudarles?

—Verá, doctora Owen. Hemos venido a Peebles porque una de sus vecinas envió por correo electrónico a la redacción de nuestra revista una fotografía que capturaba la imagen de... un fenómeno aeroespacial anómalo. —Nick se negaba a utilizar la palabra ovni—. Desde hace un par de días estamos investigando el suceso pero lo que más ha llamado nuestra atención hasta ahora, ha sido el comportamiento que muestran algunas personas que viven aquí.

—¿A qué se refiere?

Nick dejó que Zoe contestara.

—A la coincidencia de que en un pueblo tan pequeño como Peebles, haya tanta gente que sufre alucinaciones.

—¿Pueden ser más precisos?

—Doctora Owen, desde que llegamos ya nos hemos topado con una anciana a la que todas las noches se le presenta el espectro de su esposo, con una profesora jubilada que ve ovnis, con un camionero enorme que me confundió con su esposa fallecida y con una mujer que creía que su casa se había incendiado cuando no era así. —Le explicó Zoe.

—Solo queremos saber si se trata de una coincidencia o, si por el contrario, hay algo más detrás. —Prosiguió Nick.

—¿Algo como qué?

—No lo sé, esperábamos que nos lo dijera usted. —Nick apreció que sus preguntas incomodaban a la doctora.

—En todos lados hay personas con problemas psicológicos, no veo qué es lo que tiene de raro que también las haya en Peebles.

—Por supuesto, pero no se trata de cualquier problema psicológico, resulta que todos ellos tienen un mismo factor común y es que sufren alucinaciones. Que eso suceda en un pueblo de trescientos habitantes es llamativo. —Reiteró Zoe—. ¿Les conoce? ¿Sabe si padecen alguna enfermedad? ¿Están bajo medicación?

La doctora desplazó una mirada velada del uno al otro y luego enlazó las manos por encima de la mesa. Su simpatía inicial se había volatilizado. En su lugar, adoptó una pose seria y distante.

—Verán, el secreto profesional me impide hablar de los historiales médicos de mis pacientes. En cualquier caso, sí que puedo confirmarles que no existe ninguna neurosis colectiva en Peebles, si es lo que están pensando. —Esbozó una sonrisa

demasiado forzada y regresó la seriedad—. Dos de las mujeres a las que se refieren ya tienen una edad avanzada, por no mencionar que una de ellas padece de un mal hábito que supongo que es el causante de que ustedes dos hayan venido a Peebles, y en cuanto a las otras dos personas... Creo que el hombre que la confundió a usted con su esposa es Frank. Tras la pérdida de un ser querido, hay mucha gente que sufre trastornos por estrés postraumático.

—¿Y la mujer que creyó que su casa era pasto de las llamas? —Inquirió Zoe.

—No sé de quién me hablan, pero sin duda alguna me informaré. —La doctora Owen se puso en pie y se remangó las mangas de su bata blanca—. Siento que les hayan hecho venir desde tan lejos para nada.

—No se preocupe, ya contábamos con esa posibilidad cuando salimos de Cleveland. —Nick también se puso en pie, seguido de Zoe.

—Si hay algo más en lo que pueda ayudarles antes de que llegue mi próximo paciente...

—La dejaremos trabajar. Gracias por esclarecer nuestras dudas y por el tiempo que nos ha concedido.

Si Zoe no conociera a Nick, no habría detectado la ironía que subyacía en su comentario.

—Lamento despedirles tan pronto. —La doctora les invitó a que la precedieran hacia la salida—. ¿Hasta cuándo se quedarán ustedes en Peebles?

—No estamos muy seguros. Cuando finalicemos nuestro trabajo —contestó Zoe.

—Espero que disfruten de nuestra tierra hasta entonces. El pueblo es muy pequeño pero hay lugares preciosos en los alrededores. —Abrió la puerta y los invitó a salir al exterior—. Que tengan un buen día. —Les despidió.

A pesar de que había sido precisa e incluso convincente en sus respuestas, en el aire quedaron flotando demasiadas dudas. De regreso al hostel, intercambiaron impresiones. Compartían la opinión de que la doctora les había despachado muy rápido por la incomodidad que le provocaron sus preguntas. Había una pequeña diferencia entre la amabilidad innata con la que les había recibido y la más forzada que había empleado en el transcurso de la entrevista.

Pero, ¿por qué?

—No lo sé. Quizás sea demasiado recelosa con su profesión. —Nick se subió al coche con la idea de poner rumbo a Columbus—. ¿Te veo esta noche?

Ella le respondió con un tímido asentimiento de cabeza.

De regreso a su habitación, Zoe no podía sacarse el número de matrícula de la furgoneta de la cabeza, así que realizó una llamada a la DMV del condado de Adams cuyo número de teléfono encontró en internet. Una operadora le facilitó el nombre del propietario del vehículo y la sorpresa de Zoe fue mayúscula.

La furgoneta estaba a nombre de Industrias farmacéuticas Ducantis.

¿Qué demonios estaban haciendo los empleados de una industria farmacéutica en lo alto de la torre del agua a las tres y media de la madrugada? Le sobrevino una espeluznante respuesta que le puso el vello de punta. Esperaba que se tratase de otra cosa.

Colocó el portátil sobre la pequeña mesa que había bajo la ventana y acercó la única silla que había en la habitación. Hizo varias búsquedas a lo largo de las dos horas siguientes, pero no encontró demasiada información relevante sobre Industrias farmacéuticas Ducantis. Tenía una página web propia y el resto de enlaces derivaban a noticias irrelevantes que habían salido en prensa. Su sede estaba en Columbus, funcionaba desde el año 2005 y tenía una plantilla de treinta empleados. Zoe también echó un vistazo a los medicamentos que fabricaban y comercializaban, pero fue como mirar una hoja en blanco.

Cuando creyó haber leído todo lo publicado sobre la empresa, alzó la cabeza hacia la ventana y se quedó mirando las nubes algodonosas que se deslizaban por el cielo mientras su mente periodística trabajaba a cientos de revoluciones por minuto. Hiló información, encajó piezas e ideó posibles teorías. Finalmente, se levantó de la silla con la intención de charlar con la señora Roberts. Tenía la sensación de haberse topado de lleno con un asunto muy jugoso.

Encontró a la mujer en el vestíbulo. Estaba tejiendo un jersey de lana de un bonito color turquesa mientras la emisora de radio del viejo transistor que descansaba sobre el mostrador emitía las noticias a todo volumen.

—Señora Roberts. —La abordó—. ¿Tiene un minuto?

La mujer dio un respingo sobre la silla, con el sonido de la radio no la había escuchado llegar.

—Oh, claro que sí, encanto. ¿Qué puedo hacer por usted? —Dejó las agujas y el jersey a medio finalizar sobre su regazo y se subió las gafas sobre el puente de la nariz.

Zoe no sabía muy bien cómo abordar el tema sin que pareciera que tenía un interés especial. Apoyó los brazos sobre el mostrador y decidió andarse un poco por las ramas.

—Qué jersey tan bonito. Supongo que los inviernos en Peebles son terriblemente fríos. —Señaló la lana gruesa y de apariencia suave con un movimiento de cabeza.

—Lo son tanto que casi siempre nos quedamos una o dos semanas incomunicados por la nieve. Aunque este jersey no es para mi, sino para una sobrina que está estudiando en Columbus.

—Seguro que le encantará —sonrió Zoe—. ¿Cómo está pasando la mañana? ¿Se encuentra mejor?

—Estoy algo más espabilada, aunque mucho me temo que después de comer me quedaré dormida en el sofá. He llamado a la doctora Owen pero no me ha dado cita. Me ha comentado que todavía es pronto para notar los efectos de la medicación, pero que de aquí a unos pocos días me encontraré mucho mejor. Lo que sí he notado es

que desde que la tomo se me hinchan un poco los pies. El calzado me aprieta y tengo que ir en zapatillas todo el rato.

—¿Ha leído el prospecto? A lo mejor se nombra ese efecto secundario en las contraindicaciones...

—Las pastillas no vienen con prospecto. La doctora me las ha facilitado en una bolsita.

—¿No ha ido a recogerlas a la farmacia? —La adrenalina se le disparó—. ¿No le ha expedido una receta médica?

—No, la doctora las tenía allí mismo, en su consulta. Mire. —Abrió un cajón de su mesa y sacó una bolsa transparente—. Las guardo aquí porque me paso más tiempo en el vestíbulo que en casa. Así no se me olvida tomarlas.

—¿Me deja verlas?

—Claro.

La mujer alargó el brazo y Zoe tomó la bolsa para inspeccionarlas desde el exterior. Eran pequeñas y circulares, de color blanco y sin ningún grabado. En cuanto la señora Roberts bajó la guardia y se puso a cambiar de dial para buscar otra emisora, Zoe se apoderó de una y se la guardó en la palma de la mano, por si acaso la necesitaba. Después le entregó la bolsita.

—Si de aquí a unos días continúa sin notar la diferencia, insístale a la doctora. —Le aconsejó.

—Lo haré —sonrió la mujer. Zoe ya se disponía a subir las escaleras cuando Melinda le preguntó—. ¿No se ha marchado con él?

—¿Se refiere a Nick?

—Claro. Me ha comentado que pasaría el día en Columbus.

—Pues... no. Tengo mucho trabajo y he preferido quedarme en mi habitación.

—¿Sabe lo que el otro día me dijo mi difunto esposo? —Zoe negó despacio—. Me dijo que ustedes dos le recordaban a nosotros cuando éramos jóvenes. ¿Y sabes lo que yo le respondí?

—No lo sé, señora Roberts —mintió.

—Le dije que no eran pareja porque duermen en habitaciones separadas, pero que se nota que se gustan. ¿A cuál de los dos le cuesta dar el paso?

—Pues... —Zoe se mordió los labios—. Somos compañeros de trabajo y tenemos la intención de seguir siéndolo. Los dos estamos de acuerdo en que no se debe mezclar el trabajo con el placer.

—Te equivocas, querida. Cuando conocí a mi Steven, él era el dueño del hostal. Yo vine aquí para pedir trabajo y él me contrató como recepcionista. Un año después nos casamos y juntos hemos disfrutado de una maravillosa vida en común. —Otra vez se ajustó las gafas que insistían en resbalar por el cóncavo puente de su nariz—. Es que cada vez que veo cómo la mira el señor Rayner... Y es tan atractivo... Y usted es una chica preciosa —suspiró—. Espero que no piense que soy una vieja alcahueta.

—Oh, claro que no. —Sonrió e hizo un gesto con la mano. Subió unos cuantos

peldaños pero se volvió hacia la anciana cuando iba por la mitad de la escalera—. ¿Cómo me mira el señor Rayner? —Quiso saber.

—La mira como si no existiera otra mujer más interesante y bonita que usted sobre la faz de la tierra —aseguró.

A media tarde, con el molesto sol incidiendo sobre el parabrisas delantero, Nick emprendió el regreso a Peebles con las manos vacías. Repasar la hemeroteca de los últimos cinco años tanto del condado de Adams como del condado de Franklin, había sido un trabajo tedioso y muy poco provechoso. Ningún periódico de ninguna de las dos regiones se había hecho eco de ninguna noticia relacionada con avistamientos ovnis. Eso no quería decir que no los hubiera habido, mucha gente no se atrevía a contar sus experiencias por miedo a que les tildaran de locos, pero si no estaban recogidas y documentadas de poco le servía que existieran.

Ya no había mucho más que hacer por allí, que Craig decidiera si la escasa información que habían recopilado era de interés para su revista o no. A Nick le resultaban mucho más interesantes los extraños comportamientos de la gente del pueblo, por no mencionar el empeño de la doctora Owen en darle una apariencia de normalidad al tema. Su intuición rara vez le fallaba, y ahora le decía que allí se estaba cocinando algo. Vería si podía continuar su investigación desde Cleveland porque no creía que pudiera convencer ni a Craig ni a Zoe para quedarse una noche más en Peebles. Ella ya tendría la maleta hecha y el despertador programado para que sonara a las siete de la mañana. Además, tampoco habría sabido qué motivo argumentar para justificar un alargamiento de su estancia.

Encontró a la señora Roberts dando una cabezada tras la mesa de recepción. Tenía la cabeza apoyada sobre el respaldo de su butaca y emitía un suave ronquido a través de los labios abiertos. No quiso despertarla, pero tenía el sueño tan ligero que abrió los ojos en cuanto puso el primer pie sobre la escalera.

—Buenas tardes, señor Rayner, me he quedado dormida.

—Siento haberla despertado.

—No se preocupe, tengo el sueño ligero —sonrió la mujer—. ¿Qué tal por Columbus?

—Bien, aunque he estado casi todo el tiempo encerrado en la biblioteca y apenas he visto la ciudad.

—La señorita Carpenter no está en su habitación, salió hace algo más de... —Consultó su reloj—. Una hora.

No le había preguntado sobre Zoe, pero ya que había sacado el tema se interesó por su paradero.

—¿Sabe adónde ha ido?

—No me lo dijo, pero vi que se había calzado unas zapatillas deportivas, así que supongo que salió a pasear por el campo.

Los ojillos grises de la anciana tenían un brillo picaresco.

—Gracias por la información, señora Roberts.

Se dio una ducha para deshacerse del sudor pegajoso del día y comprobó que Zoe aún no había recogido sus productos de belleza. El neceser estaba abierto y tanto el gel con olor a fresa y el champú, descansaban sobre la repisa de la bañera. Su albornoz blanco estaba colgado detrás de la puerta y todavía estaba húmedo. Acarició la tela con el dorso de los dedos y las fantasías volvieron a asediarlo. Cada vez que entraba en ese baño no podía evitar imaginarla desnuda, con el agua enjabonada deslizándose sinuosa sobre cada suave curva de su cuerpo, con la espuma deteniéndose en los pezones hasta que el agua la arrastraba y descubría lo rosados y apetecibles que eran... Sacudió la cabeza y dejó de rozar la tela. El comportamiento esquivo de Zoe estaba consiguiendo que Nick se planteara algunas cosas sobre el modo en que se relacionaba con el sexo opuesto. Cuanto más se le resistía, más le gustaba.

Salió a la calle y puso el Jeep en marcha.

Zoe podía haber ido a muchas partes, si había algo por aquellas latitudes era campo y más campo; pero Nick optó por recorrer el mismo camino angosto y pedregoso que habían utilizado el día anterior en su excursión con Eleonor Matusow. Los campos de cultivo se abrieron y el camino comenzó a ascender hacia la panorámica meseta. Entonces la vio en lo alto, envuelta en los colores del atardecer que explotaban en el cielo.

Capítulo 12

Zoe había instalado un improvisado campamento sobre la hierba silvestre que crecía en la meseta. Había extendido una manta en el suelo para protegerse de la maleza y tenía el portátil encima de las piernas cruzadas al estilo indio. Una botella de agua mineral sobresalía del interior de la funda de su ordenador.

Nick se acercó. Ella alzó la cabeza y se protegió del sol colocándose una mano en la frente a modo de visera.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí?

—No lo sabía, me he aventurado. ¿Me permites o tienes mucho trabajo? —Señaló el trozo de manta libre.

—Adelante. He terminado el artículo hace unos minutos. Se lo enviaré a Craig cuando tenga conexión a internet. —Zoe se frotó el cuello con la mano, lo notaba rígido, y procedió a apagar el ordenador—. ¿Cuándo has llegado?

—Hace un rato, pero no he sacado nada en claro. No hay ningún avistamiento ovni documentado en los últimos cinco años ni en este ni en ninguno de los condados vecinos. —Nick se reclinó sobre la manta y estiró sus largas piernas. Apoyado sobre los codos, contempló el paisaje que se extendía hasta donde la vista alcanzaba. Amarillos, verdes, marrones y azules se fusionaban formando un conjunto tan armonioso que extasiaba la vista. Y en medio de todo aquello, Peebles, con sus cinco calles y sus extravagantes ciudadanos—. ¿Algún suceso extraño más a lo largo del día? —Volvió la mirada hacia Zoe. Su rostro se recortaba contra los cálidos colores del atardecer y su belleza competía con ellos.

—Ninguno, aunque he estado encerrada en mi habitación hasta que el aburrimiento y la necesidad de estirar las piernas me han traído hasta aquí. —Guardó el portátil en su funda—. Si alguien ha creído ver un extraterrestre caminando por la calle principal del pueblo, no me he enterado.

Nick esbozó una perezosa sonrisa.

Durante la tarde, Zoe había vuelto a analizar la conveniencia o no de contarle a Nick todo lo que había averiguado en las últimas horas. Por un lado, estaba deseando compartir sus descubrimientos, que ahora le parecían mucho más siniestros a raíz de que la señora Roberts le mostrara el extraño método que tenía la doctora Owen de tratar a sus pacientes; pero, por otro lado, tenía toda la intención de seguir indagando en aquello. Creía que allí había gato encerrado y no estaba dispuesta a compartir una posible gran historia con Nick. Puede que hubiese sido demasiado dura con él, que no fuese el responsable directo de sus desdichas, pero había sido un elemento importante en la cadena de sucesos. No se fiaba del todo de él.

—¿Qué tienes ahí? —Nick señaló una bolsa que sobresalía junto a la botella de agua.

—He comprado unas patatas fritas en el pueblo pero no las he tocado. —Las sacó y se las tendió. Luego se rehízo la coleta informal con la que se sujetaba la frondosa melena de color castaño. Él abrió la bolsa y comenzó a dar buena cuenta de su contenido mientras observaba los hombros esbeltos de Zoe y la grácil curva de su nuca.

—Me he comido un bocadillo grasiento en un bar que había al lado de la biblioteca para no perder tiempo. Estoy hambriento.

—Parece que tu visita a Columbus ha sido un auténtico fiasco. —Zoe también estiró las piernas. Se había descalzado las zapatillas y movió los pequeños dedos de los pies.

—Bueno, la camarera que me atendió era bastante atractiva, me facilitó su número de teléfono aunque no creo que vaya a utilizarlo.

Ella lo miró como si padeciera una fiebre alta y delirante.

—Me tomas el pelo... ¿Acaso te has contagiado con lo que sea que flota en el aire de Peebles?

Su incisiva ironía le hizo gracia. Además de su fuerte carácter, también podía ser dulce, ingeniosa, divertida y sagaz, aunque esas características suyas no las conociera tan bien como la primera.

—Vamos, no siempre he sido tan capullo. Me conociste en mi peor momento.

—¿Y no será que tienes miedo?

—¿Miedo a qué?

—A volver a cagarla por meterla donde no debes.

—¿A meterla donde...? —Le sacudió un golpe de risa—. Nunca te había escuchado hablar así.

—Supongo que sacas lo mejor de mí.

El aroma que desprendía el interior de la bolsa era tan delicioso que Zoe sintió envidia. Metió la mano para agarrar una patata.

—¿Sabías que acabas de emplear la misma expresión que utiliza mi padre?

—Le sucederá lo que a mí, que por más que pienso no encuentro otra manera de definirte.

Nick se la quedó mirando como si ella fuera una patata frita gigante a la que deseara hincarle el diente. Aunque Zoe le sostuvo la mirada para probarse así misma que podía manejar la química sexual, terminó por desistir al notar que su provocador escrutinio le incendiaba las mejillas.

—Si te desprendieras de tus prejuicios, podría hacer que cambiaras de opinión. Aunque te cueste creerlo, en el último año y medio he corregido muchos de mis pequeños defectillos. Ya no me acuesto con mujeres que me puedan crear problemas. ¿Te importa? —Señaló su botella de agua y Zoe se la tendió para que bebiera—. A no ser, claro está, que se trate de una mujer que me guste demasiado.

Zoe intentaba tomarse las seductoras insinuaciones de Nick como meras provocaciones. Seguro que las utilizaba indistintamente con cualquier mujer

atractiva. Entonces, recordó las palabras de la señora Roberts, que le pusieron un nudo en la boca del estómago.

«La mira como si no existiera otra mujer más interesante y bonita que usted sobre la faz de la tierra».

Debería ponerse en pie e instarle a que regresaran a Peebles. Estaban demasiado solos, en un entorno encantador, relajados, conscientes de la electricidad que fluctuaba entre los dos, y con Nick estirado a su lado, exudando su maldita masculinidad por cada poro de su piel... No le era indiferente lo bien que le sentaban los vaqueros, cómo se le marcaban los músculos fibrosos de las piernas, o cómo se abultaba la cremallera de la entrepierna... Pero se quedó quieta. En el fondo, y cada vez más en la superficie, era al lado de Nick donde más le apetecía estar.

Cuando comenzó a experimentar esa sensación, pensó que se debía a un problema con sus hormonas, pero ahora temía que el problema fuese mucho más grave. Seguía manteniendo cada uno de los adjetivos que le había dedicado el día anterior en aquel mismo lugar, pero eso no quitaba para que su personalidad le enganchara como si se tratara de un poderoso y gigantesco imán.

—Antes dijiste que te conocí en tu peor momento. ¿Qué significa?

Vio en sus ojos que no era su tema favorito de conversación.

—Significa que durante mucho tiempo, solo existió una mujer para mí.

—Por lo tanto, deduzco que algo salió mal y decidiste utilizar al resto para intentar sacarte todo el resentimiento.

—Eso que planteas es muy básico, Zoe. —Se puso serio.

—Tienes razón. Lo justo es conocer las circunstancias que hay detrás de cada historia antes de juzgar a nadie. —Aguardó unos segundos. Él cruzó los tobillos pero no añadió nada más—. ¿Cuáles fueron las tuyas?

—No pienso hablar de eso.

—No puedes contestarle así a un periodista.

—Dudo mucho que estés aquí conmigo en calidad de periodista, Zoe.

Ella lo intentó por otros derroteros.

—Tan solo pretendo conocerte un poco mejor, ya que vamos a ser compañeros.

—¿Ya no piensas pedirle a Craig trabajar desde casa? —Nick dejó las patatas fritas a un lado y se incorporó. Su rostro asomó demasiado cerca del suyo—. ¿Por qué no reconoces que te intereso y dejas de dar rodeos?

—Porque te mentaría.

—Ahora es cuando estás siendo mentirosa. —Zoe parpadeó como queriendo hacerse la ofendida, pero solo le salió un movimiento encantador de pestañas—. Además de orgullosa.

—Me he pasado un año y medio odiándote, deseándote el fracaso con todas mis fuerzas. —Dejó de arrugar la frente—. Ahora supongo que te creo, que es verdad que no hiciste aquello con maldad pero, incluso siendo así, comprenderás que no quiera ser tu amiga de la noche a la mañana. Eres mi compañero de trabajo, solo eso.

—Bueno, reconozco que si yo hubiera estado en tu lugar, también habría convertido en el blanco de mi diana al cabrón del periodista.

A ella se le curvaron los labios.

Su labia y simpatía eran una constante amenaza a sus armas de defensa.

Mientras se escrutaban los ojos en un silencio que se prolongó más de lo normal, no hicieron falta palabras para entender que su pequeña aventura en Nueva York había sido algo más que un mero encuentro entre dos personas que se atraieron sexualmente. Había sido tan especial que ninguno había podido olvidarlo.

Se creó un ambiente íntimo entre los dos que invitó a hacer confesiones. A responder a preguntas íntimas.

—Leah me puso los cuernos con el desgraciado de mi hermano. Tuvo una relación paralela con él durante el último año de la nuestra. Ahora están casados y son felices, supongo.

—¿La querías mucho?

—¿Si la quería? —Nick tenía por costumbre abordar las tragedias de su vida haciendo uso de la ironía—. Era mi esposa. Nos conocimos en la universidad y nos casamos en cuanto yo encontré mi primer empleo. Siete idílicos años de matrimonio hasta que las dos personas a las que más quería decidieron traicionarme de la manera más rastrera y despreciable. Que Leah tuviera una aventura con otro hombre me dolió, pero que ese otro hombre fuera mi propio hermano... —Cabeceó—. Joder... se supone que los hermanos no hacen ese tipo de cosas, que hay que respetar la sangre aunque en nuestro caso solo compartiéramos la de mi padre. —Sus ojos vagaron por los campos de maíz. Se puso serio y dejó de escudarse en la ironía—. Nunca fuimos uña y carne. Kelvin se crio con su madre y yo con nuestro padre, pero teníamos una buena relación. Qué hijo de puta, ni siquiera se molestó en darme una explicación. Cuando descubrí de manera accidental las grabaciones de video que se intercambiaban a través del móvil, fue Leah la que me pidió perdón por no saber cómo contarme que se había enamorado de mi hermano. Él fue un cobarde que no se atrevió a asomar el pelo. Después de aquello, se mudaron a Boston, nos divorciamos y no he vuelto a verles desde entonces.

En ese preciso instante, Zoe se dio cuenta de que Nick era un gran desconocido para ella. De todas las historias de su pasado que hubiera podido contarle, jamás habría esperado una tan sórdida. Se notó más cercana a él. Sus ideas preconcebidas y estereotipadas, se fueron diluyendo como los rayos del sol.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Cuatro años. Los suficientes para que los dos hayan dejado de importarme un pimiento. En el fondo, debería estarles agradecido. —Buscó la mirada de Zoe—. Me casé demasiado pronto y disfruté muy poco de los placeres de la vida.

—Y esa es tu justificación. Como te traicionaron, decidiste ser un capullo.

Nick apagó una risa entre dientes, bebiendo un trago de agua.

—No me estoy justificando, Zoe. En los últimos años me he metido en muchas

camas porque me ha apetecido y porque he podido, por ninguna otra razón. Sin embargo, reconozco que la he pifiado muchas veces y de eso no me siento nada orgulloso.

—Pues yo tengo otra teoría.

—¿Ah sí? Adelante, me interesa escucharla.

Zoe se aclaró la garganta.

—Desde aquello, el sexo ha sido tu único nexo de unión con las mujeres porque te da pavor que vuelvan a destrozarte el corazón.

—Esa teoría es de manual, Zoe. Esperaba algo más ingenioso de tu parte. —Se mostró decepcionado.

—Pero tiene una gran aplicación en la práctica, Nick.

—¿Sabes que eres una listilla? —No pudo remediarlo, le dio un golpecito en la punta de la nariz con la yema del índice. A ella no le incomodó el gesto cariñoso—. Pero no sigas por ahí, ya te he dicho que me fastidia parecer tan básico.

—Pues no lo seas.

Zoe se apoderó de la botella y bebió un trago de agua para sofocar la sensualidad que, sin pretenderlo, había emanado de su voz. Él la observaba sin parpadear. No quería coquetear con Nick, pero en cuanto se relajaba le salía de un modo natural.

—¿Cuál es tu historia? —Le preguntó él.

—¿Mi historia? —Enroscó el tapón de la botella y se secó el labio superior con el dedo—. No hay ninguna historia interesante, solo unas cuantas relaciones aburridas y poco satisfactorias que no me han dejado ninguna huella.

—Así que no hay ningún tipo esperándote en Cleveland.

—Ninguno. Hace mucho tiempo que nadie me espera en casa.

Nick apreció el vestigio de añoranza que prendió en sus ojos.

—Cuando me dijiste que los motivos por los que no podías salir de Ohio eran personales, pensé que quizás tenías una de esas relaciones de pareja dependientes.

—¿Por qué pensaste eso?

—Es lo primero que me vino a la cabeza.

—Pues no tiene nada que ver. Se trata de mi madre. —Sin preverlo, le habló de Carol Carpenter y de su enfermedad—. Es alcohólica. Empezó a beber cuando yo estaba en la universidad. Mi padre le pidió el divorcio porque conoció a otra mujer y ella se refugió en la bebida para superar el dolor. No puedo dejarla sola, ella... no ha superado su adicción.

—Entiendo. Debe de ser muy duro.

—Lo es, muchísimo. —Podría haberlo dejado ahí pero, de repente, sentía la necesidad de sacarlo todo al exterior. Nick le transmitía esa confianza—. Fue el día de mi graduación cuando me di cuenta de que tenía un gravísimo problema con la bebida. Mi padre era piloto y no pudo asistir al acto porque tenía un vuelo que no consiguió intercambiar con ninguno de sus compañeros. Mi madre acudió borracha y montó el espectáculo. Se puso a despotricar contra él, a insultarle delante de todo el

mundo, y dos guardias de seguridad tuvieron que sacarla de allí. Imagínate lo bochornoso que fue para mí que se exhibiera en aquellas condiciones delante de mis compañeros y de mis profesores... —Bebió otro trago de agua, todavía se le formaba un nudo en la garganta al recordar aquel episodio—. Después de aquello estaba decidida a buscarle ayuda profesional, así que mi hermano y yo contactamos con una clínica y la convencimos para que se internara e hiciera el programa de desintoxicación. No sirvió de nada. Desde aquella primera vez, sus entradas y salidas han sido constantes. Creo que no ha logrado estar sobria ni dos días seguidos. Ahora pienso que nunca ha querido curarse porque jamás se ha esforzado lo más mínimo por salir del pozo. Para ella siempre ha sido más sencillo beber para olvidar que enfrentarse a un duelo. —Hizo una honda inspiración que le llenó los pulmones de oxígeno puro y de olor a flores silvestres—. No me atrevo a dejarla sola en Cleveland, soy lo único que tiene y mi deber como hija es ayudarla en todo lo que pueda. Sé que si no estuviera pendiente de ella su vida sería mucho más desastrosa de lo que ya es.

—¿Y tu hermano?

—¿Aidan? —Esbozó una sonrisa triste—. Hace tiempo que desistió aunque no le culpo, el grado de alcoholismo de mi madre es muy severo y hay ocasiones en las que uno siente que te arrastra con ella. Él ni siquiera vive en Cleveland, ahora mismo está trabajando en Little Rock, un pueblo de Arkansas. Aidan escogió ser feliz, pero mi conciencia es diferente a la suya. La mía no me permite desentenderme de ella.

—Esas clínicas son bastante caras...

—Hay de todo. La que escogimos es una de las más asequibles y, aun así, todos mis ahorros han ido a parar allí. Pero no está sirviendo de nada. Ojalá pudiera permitirme la mejor. —Nick escuchaba con sincero interés y a Zoe se le fundió algo por dentro—. El dinero no es lo más importante. Daría todo cuanto poseo por ver a mi madre sana.

Ahora comprendía Nick el motivo por el que residía en ese complejo de apartamentos ocupados en su mayoría por gente con escasos recursos económicos. Le conmovió su lucha pero también admiró sus valores y su coraje. Lamentó más que nunca haberse metido en la cama de Eden Peterson. En la revista no debían de pagarle ni un tercio del salario que cobraba en el *Cleveland Tribune*, y si ya entonces le costaba llegar a fin de mes, ahora su situación debía de ser alarmante.

—¿Está internada?

—No. Hace unos días la abandonó por su cuenta y... —Dudó entre si dar o no más explicaciones. Se dejó llevar... se presentó en mi casa. Vino a que le prestara dinero y a decirme que había conocido a un tipo increíble y que se iba con él a Nashville. Tendrías que haberle visto. —Sacudió la cabeza—. Era uno de esos moteros con pintas de camorrista. Quiso presentármelo pero yo me contenté con verle a través de una ventana. Al menos tuvo la deferencia de no invitarle a que subiera con ella. Me contó que tenía mucho talento en la música y que iba a grabar un disco.

Luego se marcharon. Prometió enviarme una postal.

—Y yo me quejaba de la actual novia de mi padre...

—¿Qué le pasa?

—Nada si la comparamos con el motero camorrista. —Ella esbozó una sonrisa triste—. Courtney tiene casi cuarenta años menos que mi padre y, obviamente, está con él por su dinero. Corre el rumor de que se ha follado a todos sus amigos y yo me lo creo. Si lo intenta con su propio hijo imagínate con el resto.

—Así que tu padre es un donjuán.

—Ya lo creo. Lleva toda la vida esparciendo su semilla por doquier. Me extraña que todavía no haya aparecido nadie para pedirle que se haga la prueba de paternidad. —Sonrió entre dientes—. Harrison Rayner es un tanto singular. Nunca ha pasado por vicaría porque desconfía de la mujeres, cree que todas son unas harpías que van en busca de su patrimonio. Si no hay ningún divorcio, tampoco hay una pensión. Pero no es tan insensible como pretende aparentar, lo que le sucede es que no se ha enamorado nunca. Ninguna mujer le ha hecho perder la cabeza jamás.

—¿Ni siquiera tu madre?

—Ni siquiera.

—¿Y ella dónde está?

—Falleció en un accidente de tráfico cuando yo tenía tres años. Mi padre se responsabilizó y me llevó a vivir con él. Tiene sus defectos pero, en general, ha sido un buen padre. No tengo ninguna queja. —Zoe flexionó las piernas y se las rodeó con los brazos. Él imaginó que deslizaba la yema de los dedos por su espalda, por la piel que el vestido azul dejaba al descubierto—. ¿Y cómo piensas afrontar la nueva situación de tu madre?

—Todavía no lo sé —contestó, mirando al infinito—. Supongo que esperaré a que regrese a Cleveland sola, desesperada, hundida, humillada y sin un céntimo en el bolsillo... Y volveremos a comenzar.

—¿Te has planteado alguna vez... que quizás no puedas hacer nada por ella?

—Sí, claro. Todos los días.

—¿Y? ¿Piensas consagrar tu vida a una causa que quizás esté perdida? Si ella no quiere dejarse ayudar por nadie, todos tus esfuerzos serán en vano.

—No quiero perder la esperanza, Nick. Se trata de mi madre.

—Y es admirable todo lo que haces por ella, pero parece como si... hubieras detenido tu vida para ocuparte de la suya. Pierdes el tiempo en «La verdad está ahí fuera». Podrías continuar amparándola desde cualquier lugar que escogieras.

—No lo sé. —Negó, sin mucha energía—. Ahora estoy demasiado confusa para pensar en ello. Pero agradezco tus consejos.

—No son gratuitos. A cambio, quiero saber un poco más de ti. ¿Por qué nadie te espera en casa?

—Pregúntale a todos los hombres guapos y solteros de Cleveland. —Recurrió a la broma fácil para enmascarar la excitación que le provocó su pregunta. Luego

prosiguió con el tono más serio—. No es un buen momento en mi vida. Siempre que he tenido una relación me he implicado en ella al cien por cien y considero que ahora no podría hacerlo. —Zoe se apoderó de otra patata frita que degustó en pequeños mordiscos y que le sirvió como distracción a la intimidad que seguía creciendo entre los dos—. ¿Y qué hay de ti? Tras corregir muchos de tus pequeños defectillos, ¿en qué etapa de tu vida te encuentras ahora?

Nick se acarició la barba distraídamente.

—Me he vuelto mucho más selecto. Ya solo me siento atraído por mujeres que me ponen las cosas difíciles.

—Pues no debe de haber muchas de esas.

Nick se encogió de hombros.

—Hay una y con esa me basta. —Deslizó una mirada penetrante hacia sus labios.

—¿Y cuánto tiempo tardarías en perder el interés por esa chica si decidiera ponerte las cosas más fáciles?

—Solo hay una manera de comprobarlo.

Si hubiera estado de pie, las rodillas se le habrían doblado como dos tallarines cocidos. Sin apenas darse cuenta, iba perdiendo todas sus armas de defensa. ¡Notaba cosquillas en el estómago y un deseo atroz porque su boca se aplastara contra la suya! Se le secó la garganta y le arrebató la botella de agua.

¿Qué más daba si lo que decía era cierto o no? Llegados a ese punto, sus hormonas habían entrado en ebullición.

—¿De verdad... —Hubo de aclararse la garganta para que la pregunta no le saliera a media voz—... te parecí más guapa que Eden?

—Por Dios, mírate. —Le tomó la barbilla entre los dedos y la admiró bajo un sol que ya languidecía—. Eres preciosa, Zoe. Y una mujer encantadora. ¿Recuerdas lo que te dije anoche?

—Anoche dijiste muchas cosas —murmuró, con la respiración contenida.

—Dije que no habría una tercera vez.

Y tal y como ella deseaba que hiciera, Nick se apropió de su boca y la besó como si el mundo fuera a acabarse.

Capítulo 13

Cambió de postura y atrapó la cabeza de Zoe entre sus manos. Ella le acarició la barba, enredó los dedos entre los cabellos que le caían sobre la nuca y respondió con pasión a cada deliciosa embestida de su lengua. Los besos fueron incendiarios, hirvientes, hambrientos. Nick sabía a patatas fritas, a aire campestre y a días de verano. Enganchada a su sabor, lamió sus labios, rozó su lengua y se bebió el ardiente deseo que despuntó entre los dos como un polvorín.

—No estaba exagerando los recuerdos, Zoe. —Jadeó contra sus labios trémulos. Se llenó los pulmones de aire antes de asediarla otra vez. Y otra más—. Fue tan bueno como recordaba. Ahora lo es todavía más.

Zoe notaba como si las entrañas se le derritiesen.

—A mi no me gusta que sea tan bueno porque... me hace perder el control.

—No tiene nada de malo que lo pierdas, cariño.

Él le mordió el labio inferior al tiempo que su mano grande y abrasiva emprendía un delicioso descenso por la cara externa de su muslo.

—Nick...

Su voz era cálida y sedosa.

—Dime...

—Estamos en medio del campo. —No sonó como una objeción.

—¿Quieres que... —ahora era ella la que le perfilaba los labios con la lengua— ... regresemos al hostel?

—Creo que no. —Nick le sonrió—. No, no quiero regresar.

Se observaron con deseo. Con los corazones desbocados.

Con cuidado, la empujó sobre la manta hasta que quedó tumbada de espaldas. Nick se acomodó sobre ella y se tomó un momento para admirarla. Las nubes del oeste coloreaban el cielo de rosas y púrpuras que se reflejaban en su piel inmaculada. Retiró de su cabello la goma con la que se lo recogía y desparramó los mechones castaños en torno a su cabeza.

—¿Por qué demonios eres tan guapa? —La besó en la barbilla—. Tan deliciosa. —Recorrió la delicada línea de la mandíbula con los labios, depositando besos ardientes—. Tan sexy.

Su voz enronquecida y susurrante vibró en su oído y provocó en Zoe un placentero cosquilleo que le llegó hasta los dedos de los pies. Estos se le encogieron cuando Nick enterró la boca en la curva de su cuello. Zoe arqueó la garganta y cerró los ojos para sentir sin distracciones tan maravillosas caricias.

—Tú eres todas esas cosas y algo más.

—¿Qué más?

—Estoy... notando lo bien dotado que estás y me estoy poniendo... nerviosa. —

Él rio contra su hombro, pero no vio indicios de nerviosismo cuando la miró a los ojos, que lo observaban entornados y vidriosos, mucho más oscuros que de costumbre. Una mueca de placer le distendía los labios—. ¿Te mueves un poco para que pueda... sentirte mejor?

—Por supuesto.

Su timidez le resultó arrebatadora. Zoe tenía muchas facetas y todas conseguían sorprenderle y gustarle. Dejó algo de espacio entre los dos para que ella pudiera acomodarse.

Zoe separó las piernas y apretó sus estrechas caderas entre los muslos. Vibró al notar la erección de Nick en contacto con su pubis.

—¿Qué tal ahora?

—Mucho mejor —murmuró.

Zoe gozó de la deliciosa presión que cada uno de sus músculos ejercía sobre su cuerpo. Ella los recorrió con deleite. Apretó sus glúteos por encima de los vaqueros como una exploradora sedienta de nuevas aventuras. Le acarició los costados con la punta de los dedos y luego levantó su camiseta para proseguir por la línea musculosa de su espalda. Nick ardía, traspiraba y olía a jabón. Él se estremeció cuando le acarició con las uñas y respondió apretando las caderas. Zoe notó la férrea protuberancia de su miembro aplastándose contra su sexo y creyó desfallecer.

Comenzó a bajarle los tirantes del vestido y a desabrocharle los botones que cerraban su escote. Sus ojos azules parecían dos océanos embravecidos cuando alzó la cabeza de su boca para admirar la desnudez que iba descubriendo. Ella se sintió hermosa y deseada bajo su mirada ávida. Como nunca se había sentido antes.

Nick era guapo a rabiar, poseía un atractivo tan pendenciero y masculino que se olvidaba de parpadear cuando lo miraba fijamente. Y su cuerpo... Se le había secado la boca cuando le regaló aquel desnudo integral en el lago Alum Creek y, desde entonces, se había convertido en su fantasía más recurrente. Deseaba con fervor que se quitara toda la ropa. Quería verlo, tocarlo, lamerlo y que su piel se rozara hasta arder con la suya.

Nick Rayner era la fantasía de cualquier mujer.

Se lamió los labios. Había dejado de ser una fantasía para ella.

La brisa tibia y ligera que soplaba en lo alto de la meseta acarició sus senos desnudos antes de que Nick se dedicase a ellos. Le rozó los pezones con la yema del pulgar, trazó círculos en sus areolas y los ahuecó en la palma de su mano. A ella se le pusieron duros como guijarros y él se inclinó para lamerlos y succionarlos. Al tiempo, levantó con la punta de los dedos el elástico de sus bragas y acarició la curva tersa de su nalga. Después deslizó las caricias hacia la entrada de su vagina, friccionó con suavidad la sensible hendidura y ella se mordió los labios para sofocar los gemidos.

—No te reprimas. —Le habló cerca del oído—. Quiero escuchar cómo gozas.

—¿Y tú?

—Te aseguro que yo ya estoy gozando. —Esbozó una sonrisa ladeada.

Nick le chupó el lóbulo de la oreja y Zoe dejó de reprimirse. Notó que la penetraba con un dedo y una corriente deliciosa le recorrió el bajo vientre. Al principio, lo movió suavemente. Después, introdujo dos dedos y aceleró los placenteros embates.

¿Cómo era posible que fuera a tener un orgasmo tan rápido? ¿Pero qué iban a ser sino aquellas maravillosas contracciones de su útero? Hacía mucho tiempo que no tenía relaciones sexuales pero todavía se acordaba de lo que se sentía cuando una se corría. El bombeo constante desencadenó estímulos tan intensos que perdió el control sobre su cuerpo y su mente. Archeó la espalda, agarró la manta entre las manos y recibió los apasionados besos de Nick mientras temblaba de arriba abajo.

Fue increíble. Cuando abrió los ojos al cielo vio puntos de luz, como si alguien estuviera haciendo estallar sobre su cabeza fuegos artificiales.

Regresó a la tierra y miró a Nick a esos ojos tan azules que rezumaban satisfacción. Ella se sintió abochornada.

—Yo nunca he sido... tan rápida.

—Y yo nunca me he puesto tan cachondo masturbando a una mujer.

Como hipnotizada, observó que Nick se llevaba a la boca los dedos con los que la había penetrado y se los chupaba desde los nudillos hasta la última falange.

—Deliciosa —manifestó con lujuria.

A Zoe se le atascaron las palabras. Él se inclinó para darle un nuevo beso en el que detectó su propio sabor. Volvió a enredar las manos en sus cabellos oscuros. Volvió a aplastarse contra la dura musculatura de su torso. Volvió a experimentar un deseo tan febril y urgente que hasta se sintió mareada.

Jadeando, con los labios enrojecidos por el frenesí de los besos, Nick se irguió para sacarse la camiseta por los hombros. Ella no se perdió detalle de su desnudez, que a la luz dorada y menguante resultaba incluso más fascinante. Deslizó la mirada por sus pectorales de ensueño, que estaban cubiertos de un fino vello castaño, pero en cuanto él arrojó la camiseta a un lado y comenzó a desabrocharse los vaqueros, Zoe clavó los ojos en el extraordinario miembro erecto que saltó de sus bóxers para apuntar al cielo. Gracias a Dios, todavía no había oscurecido del todo y pudo contemplarlo con detalle.

Hubo de tragar saliva.

—Quítate la ropa, quiero verte desnuda.

A Zoe solo le faltó decirle: «A tus órdenes».

Con presteza, se irguió sobre los talones y se deshizo del vestido que llevaba arremolinado en torno a la cintura. Luego se quitó las molestas bragas y se dejó caer sobre la manta, arrastrando a Nick consigo.

Ya no existía el pudor. Tampoco le importó hallarse completamente desnuda y a punto de practicar sexo al aire libre, con el consiguiente peligro de ser vistos por algún vecino de Peebles o de las aldeas colindantes. En lo único que podía pensar era

en que Nick la penetrara. Estaba ansiosa por acogerle en su interior. Por volver a ver los fuegos artificiales.

La primera punzada fue algo molesta, pero conforme se introducía en ella la sensación de plenitud fue celestial. Nick la sujetó por las nalgas y ajustó su pelvis a la de él. Zoe hincó los talones en la manta cuando le enmarcó la cabeza entre los fuertes brazos y comenzó a empujar, suave y placentemente.

Jadeos, murmullos entrecortados y palabras sin sentido les envolvieron como las sombras que ya empezaban a apoderarse de los campos.

Cuando practicaba sexo, a Nick le gustaba mirar a los ojos a sus compañeras. No existía nada tan excitante como observar el placer que iba definiendo los rasgos femeninos. Con Zoe, ese interés alcanzaba un grado superlativo. Deseaba ser el mejor amante que hubiera tenido nunca. Ella era la mujer más excitante que hubiese conocido jamás.

—¿En qué estás pensando? —murmuró ella. Sus manos subían y bajaban inquietas por su espalda, siguiendo la línea de su columna vertebral.

—En lo bien que te mueves. —Zoe no era pasiva. Ella le buscaba continuamente con las caderas, comprimía los músculos vaginales para apretarle la polla porque sabía que eso le encantaba, y le oprimía los glúteos con las manos cuando demandaba un cambio de ritmo—. Nunca imaginé que bajo ese envoltorio tan dulce escondieras a una auténtica experta en el sexo.

—Ni yo que la fama que te avala fuera cierta.

Él ahogó la risa en su cuello y acarició con la nariz el lugar donde palpitaban sus aceleradas pulsaciones.

—Me encanta como follas, Zoe.

Si no hubiera estado tan excitada, con el cerebro emborrachado y tan a punto de alcanzar las estrellas, el calificativo de Nick le habría desagradado profundamente. No le gustaba que emplease con ella los mismos términos que utilizaba con el resto de mujeres. Deseaba sentirse especial. Quería ser especial.

Gimió con el primer pinchazo de placer y Nick imprimió mayor contundencia a los embates.

—¿Y tú, cariño? —Nick enlazó los dedos y le sujetó las manos por encima del cabello. Ella volvió la cabeza y liberó una cadena de sensuales gemidos—. ¿En qué estás pensando?

—Ahora mismo... no estoy pensando... ¡en nada! —Jadeó.

Zoe arqueó la espalda y aplastó los senos contra su torso. Sus muslos le comprimieron las caderas y un talón se apretó contra su pierna.

Nick apoyó los labios bajo su oreja y empujó, empujó una y otra vez hasta que ella se tensó como un arco y lloriqueó. Él la secundó al instante. Disfrutó de los primeros latigazos de placer mientras saqueaba sin control la jugosa y prieta gruta que le impelía a vaciarse en ella. Afortunadamente, recuperó el autocontrol antes de cometer una imprudencia y se salió de ella. Zoe capturó el pene y repasó el tronco

con reiteradas caricias sobre su vientre, hasta que extrajo de él hasta la última gota.

Nick cayó rendido a su lado. El cielo era de color azul marino y parecía girar en espiral. Cerró un momento los ojos e inspiró en hondas bocanadas el aire oxigenado que arrullaba los campos y que le entibiaba el sudor que le cubría el cuerpo. Coincidieron en un contacto de miradas. La de ella era satisfecha. La de él también lo era, pero encerraba apetencias todavía no saciadas.

—¿Dónde quieres que lo repitamos? —Nick repasó con la yema del índice el arco encantador que formaban sus labios— ¿Aquí? ¿En tu cama? ¿En la mía?

Esa noche volvieron a despertarla los murmullos de la señora Roberts en el pasillo, pero no tuvo miedo como en las dos ocasiones precedentes. Sonaban igual de inquietantes en la oscuridad absoluta que devoraba la habitación, pero Nick yacía a su lado. Su cuerpo fibroso se soldaba al suyo por la espalda. Notaba el latido acompasado de su corazón en las costillas y su respiración pesada y profunda acariciándole la nuca. Le gustó la sensación aunque también la confundía. Hacía tanto tiempo que no compartía la cama... Dormir con alguien era incluso más íntimo que el sexo, y mucho más desconcertante si no estabas segura de adónde te conducía aquello.

«Steven, viejo loco, nosotros no podemos hacer lo que ellos. Tú eres inmaterial, mira. —Se produjo un silencio—. Y aunque no lo fueras tampoco podríamos hacer el amor a no ser que te tomaras unas cuantas vias de esas».

La señora Roberts rio por lo bajo y luego continuó la conversación con el espectro de su esposo mientras Zoe se revolvía en la cama y despertaba a Nick, sacudiéndole el hombro.

—¿Qué ocurre? —inquirió adormilado.

—Escucha —susurró—. La señora Roberts está hablando con su esposo.

—¿En serio? Pensé que me despertabas para algo más importante. —Se encargó de que supiera qué era aquello más importante al deslizar la mano por la curva de su cadera.

—Están hablando de nosotros, ¿no les oyes? —Insistió, deteniendo las caricias.

—¿Oírles? ¿Por qué utilizas el plural?

—Creo que sería una buena oportunidad para que salieras al pasillo. Lo haría yo, pero me da un poco de repelús...

—Zoe, no necesito salir al pasillo para saber que la señora Roberts está hablando con la pared.

—Shhtt, escucha.

Por el simple hecho de complacerla, Nick intentó afinar los oídos por encima de su adormecimiento.

«¿Pero qué dices? Tú no aguantabas tanto en la cama ni en tus mejores momentos. La metías cinco o seis veces y ahí acababa todo. ¡Pero si ni siquiera nos

quitábamos la ropa! —Otro silencio en el que, supuestamente, Steven Roberts rebatía a su esposa—. Si quieres que continuemos discutiéndolo vamos abajo, no quiero que se despierten y nos oigan».

A continuación, los pasos de la mujer resonaron en las escaleras y luego todo quedó en silencio. Nick se echó a reír en roncas carcajadas que sofocó contra la almohada, pero Zoe no le veía la gracia a la situación.

—Nos ha escuchado, Nick. —Notó que le ardía la cara.

—Te dije que no gritaras tanto. —Bromeó—. ¿Qué más da que nos haya escuchado? De aquí a unas pocas horas estaremos rumbo a Cleveland. —Reanudó las caricias y ahuecó un seno. Zoe tenía unos pechos preciosos, más pequeños que grandes, ideales para el hueco de sus manos.

—Estoy deseando largarme de aquí. —Ya no le detuvo, sus dedos la hicieron vibrar. Había quedado tan plena y satisfecha que antes de dormirse pensó que no volvería a necesitar el sexo durante unos cuantos días, pero él reavivó su deseo.

Nick besó su hombro desnudo y alargó el brazo para encender la lámpara de noche. No le gustaba el sexo a oscuras. Tratándose de él, a Zoe tampoco. La tenue luz de la bombilla le molestó en los ojos y se dio la vuelta hacia Nick. Él internó la mano entre sus muslos y ella le besó de mil maneras distintas.

El Jeep recorría la calle principal hacia la salida de Peebles y Zoe se quedó observando las viviendas sin verlas, pues todos sus pensamientos estaban centrados en el hombre que tenía al lado. Cuando esa mañana temprano se había mirado en el espejo del baño del hostel, había descubierto que su piel poseía una luminosidad novedosa y que sus ojos —aunque todavía adormilados— reflejaban que había pasado la mejor noche de su vida.

Fogonazos de momentos sumamente apasionados le habían estado acribillando el cerebro desde que abrió los ojos al nuevo día. Nick besándola en lugares a los que ningún hombre había llegado jamás, Nick con la cabeza metida entre sus muslos, Nick iniciándola en posturas eróticas que no sabía ni que existían... Ella cabalgando sobre sus caderas. Desinhibida, pletórica, libre... Ella deleitándose la boca con la dura textura de su miembro. Ella acariciando, besando y lamiendo cada músculo fibroso... No echaría nada de menos de Peebles salvo todas esas horas fascinantes al lado de Nick. La vida seguía ahora en Cleveland, aunque no quería pensar en cómo se desarrollarían los acontecimientos entre los dos. Le abrumaba demasiado.

Vio el tanque torre a la salida y pensó en las pruebas que llevaba consigo para que su amiga Hilary las analizara: la pastilla que le había sustraído a Melinda Roberts y una botella de agua que había llenado en el grifo del lavabo. Si aquellos hombres que trabajaban para Industrias farmacéuticas Ducantis habían arrojado al interior alguna sustancia extraña, Hilary la detectaría. Entonces estableció la relación. ¡Claro que sí! ¿Cómo no se le había ocurrido antes? El corazón le latió de anticipación. Se apostaba

el cuello a que los laboratorios de Ducantis fabricaban esas pastillas.

De repente, cuando ya estaban a punto de abandonar los lindes del pueblo, una mujer de mediana edad con el pelo rojo que vestía una bata floreada de manga corta, abandonaba su casa a la carrera.

—¡Ratas! ¡Tengo la casa infectada de ratas! —Gritaba, batiendo los brazos por encima de la cabeza.

Él se la quedó observando a través del espejo retrovisor. Zoe giró la cabeza para verla alejarse a través de la luna trasera.

—¿Pero qué demonios...? —Nick movió la cabeza pero no hizo ningún amago de detener el vehículo. ¿Para qué? Ya sabía que no encontraría ninguna rata en la casa de esa mujer—. Y una mierda es coincidencia. La doctora Owen nos ha tomado el pelo, ella sabe perfectamente qué hay detrás de tanta paranoia y pienso investigarla en cuanto llegue a Cleveland.

La imagen de la mujer corriendo despavorida abrumó tanto a Zoe que la información que ocultaba la inquietó un poco más. Quiso contárselo, debía hacerlo pero... tenía miedo. Necesitaba aclararse un poco más las ideas con respecto a Nick antes de dar un paso en falso.

—Yo... estaba pensando lo mismo. No es creíble que Rachel Owen no le de ninguna importancia a las alucinaciones que padecen sus vecinos. Estoy segura de que si nos quedáramos un día más, aparecerían más casos como los que ya hemos visto.

Durante los primeros cinco kilómetros de camino, ninguno agregó nada aunque ambos sabían cuál era el objeto de sus mutuas reflexiones. Eran periodistas y les hacía falta toparse con una buena historia que relanzara sus respectivas carreras. Y en Peebles olía a chamusquina.

Nick reanudó el tema pasados unos minutos.

—Podríamos hacerlo juntos. Tú investigas por tu lado, yo por el mío y si encontramos algo interesante contrastamos la información.

Zoe sintió que se le indigestaba el café que se había tomado hacía un rato.

—Me parece... bien —asintió, con la voz espesa.

Nick se la quedó mirando de ese modo tan cálido que causaba estragos en su corazón. Soltó el volante y acopló la mano derecha sobre su muslo enfundado en vaqueros. La movió suavemente. A ella le encantó.

—Estás cansada. No hemos dormido mucho esta noche.

A Zoe se le formó una sonrisa taimada.

—Yo algo menos que tú. La señora Roberts volvió a subir y tuvo otra larga conversación con su esposo hasta casi el amanecer. Pobre mujer —resopló.

—¿Por qué no das una cabezada?

—Ya quisiera pero nunca consigo quedarme dormida en un trayecto por muy cansada que esté.

—¿Y eso por qué?

—Por una especie de... trauma que arrastro desde que era adolescente.

—¿Ah sí? Cuéntamelo.

—No, ni hablar.

—¿Por qué no?

—Porque es una idiotez.

—Eso ya lo juzgaré yo.

Zoe no podía resistirse al interés que Nick mostraba en ella. No le cabía duda de que era auténtico.

—Una vez siendo adolescente, fui en tren hasta Detroit. Mi mejor amiga se había mudado allí y como había finalizado el curso con muy buenas notas mis padres decidieron regalarme el viaje para que fuera a visitarla. Recuerdo que apenas dormí esa noche de tan excitada como estaba. Me sentía muy madura e independiente, y muy agradecida con mis padres al dejar que hiciera ese viaje yo sola. El trayecto era de al menos siete horas pero no me importó. Durante la mañana estuve charlando con la señora que se sentó a mi lado, me contó casi toda su vida —sonrió al recordarlo—, luego comimos una deliciosa empanada americana y conversamos un rato más hasta que la mujer se apeó en la estación de Riverview. Nadie más ocupó su asiento, así que me puse a ver una película muy aburrida que estaban poniendo en el monitor del vagón. Me quedé durmiendo como un tronco.

—Y te pasaste de estación.

—Dios... ¡fue horrible! Cuando desperté estaba en la estación de Auburn Hills, ¡a tres horas de Detroit! Me bajé del tren como un rayo y corrí a la ventanilla para comprar un billete de regreso a Detroit. A todo esto, el corazón me latía a cien por hora y aunque acababa de cumplir quince años, tenía unas ganas terribles de echarme a llorar como si fuera una niña desamparada. —Ahora le hacía gracia recordarlo—. El empleado de la estación me dijo que ya no había trenes hacia Detroit hasta la mañana siguiente, así que me fui a un rinconcito y me puse a llorar como una boba. Pasé la noche allí, en la estación, acurrucada en una silla y muerta de miedo porque no paraba de ver pasar gente con unas pintas horribles.

—Puedo imaginarte. —Le apretó suavemente el muslo por encima de la rodilla—. Aunque no me extraña que te agobiaras tanto. Tenías quince años. En realidad, sí que eras una niña.

—Una niña que de mayor pretendía ser periodista y comerse el mundo. Me sentí muy decepcionada conmigo misma e incluso pensé en dedicarme a otra cosa que no requiriera viajar. Tanto me marcó la experiencia que durante unos años me negué a viajar sola. ¿Sabes cómo superé el trauma? —Nick negó—. Comencé programando el despertador de mi móvil cada media hora, a todo volumen. Por si acaso. Así que figúrate, cada treinta minutos la música retumbaba en el vagón del tren y todos los pasajeros se me quedaban mirando. —Nick se echó a reír. Tenía una risa cautivadora y asquerosamente sexy—. Con el tiempo ya no hizo falta recurrir a esos trucos. Interioricé que no podía quedarme dormida y ahora soy incapaz de hacerlo, aunque

no sea yo quien conduzca. A propósito de conducir... ¿me dejarás colocarme tras el volante de tu flamante Jeep aunque sean unos pocos kilómetros? Hace siglos que no conduzco un coche.

—Solo si hacemos una parada en Alum Creek y nos bañamos desnudos.

Zoe esbozó una sonrisa.

Capítulo 14

Los días posteriores a su regreso a Cleveland fueron especialmente complicados para Zoe ya que su relación con Nick había cambiado de manera radical y aún no estaba segura de cómo manejarla. Por lo general, evitaba quedarse a solas con él y solo salía a comer si Brandon o Danielle la acompañaban. En el caso contrario, se compraba un sándwich y se quedaba trabajando. Por la tarde, cuando concluía la jornada, si veía que Nick no tenía prisa por irse ella recogía todas sus cosas y se marchaba la primera. Si llegada esa hora él hacía ademán de largarse, Zoe se entretenía con cualquier tontería con tal de no coincidir en la salida.

No obstante, evitar situaciones íntimas entre los dos no impedía que la relación de compañerismo se fuera estrechando. Se producían gestos, sonrisas, bromas y pequeños detalles que a nadie le pasaban desapercibidos.

Y luego estaba su artículo en común. El «caso ovni de Peebles».

Craig quería que lo realizaran juntos y eso les obligó a trabajar muchas horas codo con codo.

Colaborar con Nick fue una experiencia muy interesante. Descubrió que compartían un método de trabajo muy similar y que sus puntos de vista solían converger sin mayor problema. Por supuesto, no hicieron alusión a los malos hábitos con la bebida de la señora Matusow, sino que le dieron la visión creíble que requería, olvidándose de su escepticismo y de sus mutuos prejuicios. Ilustraron el reportaje con fotografías del pueblo y de la señora Matusow frente al embarcadero y, por último, Brandon se encargó de la maquetación para que saliera publicado en el próximo número. Las pocas veces que Zoe había trabajado de esa manera había resultado ser una experiencia agotadora, pero hacerlo con Nick fue como montar en su propia bicicleta.

Tanto le agradó la experiencia, que cuando regresaron a sus respectivas tareas en solitario le echó de menos. Y eso que él seguía estando justo al lado, en la mesa contigua.

A los pocos días de su regreso, aprovechando un momento en el que se quedaron solas en la oficina, Danielle le sacó punta a su curiosidad y le preguntó.

—¿Qué ha pasado entre vosotros dos durante los días que habéis estado fuera?

Zoe levantó la mirada del portátil y se hizo la ingenua.

—¿A qué te refieres?

—Al buen rollito que tenéis. El día que Nick llegó te pusiste blanca como la pared y ahora parecéis colegas de toda la vida.

—Ah, eso... —Se encogió de hombros—. No ha sucedido nada especial. Tenía una opinión de Nick, lo he conocido un poco mejor y ahora tengo otra diferente. A veces nos equivocamos con las personas.

Danielle tenía esa mirada de: «a mi no me la cuelas», pero no añadió nada más. Era una chica prudente, tan enigmática como los fenómenos que estudiaba. Nunca hablaba de intimidades, si le preguntabas por Craig se ponía roja como un tomate, así que no continuó por aquellos derroteros. Zoe se lo agradeció ya que carecía de habilidades para hablar de Nick sin que se le notara que en Peebles había sucedido algo más de lo que dejaba entrever.

Zoe sabía que no podría evitarle de manera indefinida. Nick era consciente de que le esquivaba, no era tonto, aunque en lugar de molestarle parecía divertirse. Tenía la sensación de que él la ponía a prueba, así que la que se sentía como una tonta cuando recogía sus cosas y salía en estampida era ella.

Aquella situación solo duró cinco días. Era viernes por la tarde, Danielle ya se había marchado a casa y Nick fue el segundo en dar por concluida la semana. Apagó su ordenador y recogió su mesa, demorándose adrede. Zoe no le prestó atención pero notaba que tenía su mirada clavada en ella. Se despidió hasta el lunes y abandonó la oficina cuando ya no tuvo nada más que recoger u ordenar. A los pocos minutos, Zoe le secundó. Desde hacía un buen rato lo único que hacía era perder el tiempo navegando en internet. Se despidió de Brandon y salió a la calle.

Nick la estaba esperando en la salida y ella frenó el impulso de sus pasos. Estaba apoyado en la portezuela de su Jeep con los tobillos cruzados y ojeando su móvil, el cual se guardó en el bolsillo de los vaqueros nada más verla aparecer. Le lanzó una mirada directa, de esas que anunciaban que iban a tratar un tema serio.

Su Scoopy estaba aparcada al lado del Jeep y Zoe se acercó con desenvoltura.

—¿Tomamos algo antes de regresar a casa? —Le preguntó, mientras ella metía la llave en el candado antirrobo—. Podríamos acercarnos al paseo marítimo.

Sonaba muy tentador. Un atardecer en las inmediaciones del lago Erie junto a un cóctel de frambuesa y la compañía de Nick... Lo miró con la intención de encontrar un motivo para negarse, pero solo pudo centrarse en lo bien que le sentaba esa camiseta del mismo color del cielo cuando comenzaba a oscurecer. Se le ceñía al tórax y le quedaba holgada en la cintura, sobre el talle bajo de sus vaqueros. Lo imaginó tumbado en su sofá, o en su cama, y los latidos se le aceleraron.

Zoe suspiró. Se tuvo que morder los labios para evitar que su mente la traicionara y soltara un repentino «sí».

—Estoy cansada. —Declinó la tentativa oferta, sin mirarle a los ojos—. Prefiero marcharme a casa, estirarme en el sofá y ver alguna peli hasta que me quede dormida.

«No te lo crees ni tú».

Guardó la cadena de seguridad bajo el asiento y sacó el casco.

—¿Hay plaza para dos en ese sofá?

Nick se acercó. Ella sonreía y negaba a la vez. Le encantaba que no fuera capaz de controlar la inquietud que le provocaba su cercanía.

—Sí la hay, pero voy a utilizarlo yo sola.

Se irguió y lo miró a los ojos.

—Si la memoria no me falla, dijiste que no eras chica de una sola noche. Ni de dos, ni siquiera de tres. —Hablaba tranquilo, la seducía con la voz—. Y yo me tomé tus palabras tan en serio, que quiero muchas más noches tuyas.

Se le formó un nudo en la boca del estómago. No era un nudo cualquiera, era un nudo de miedo, de ansiedad. Una sensación novedosa y paralizante. Estabilizó el temblor de sus manos sobre la correa de su casco.

—¿Qué dices a eso? —La presionó, viendo que se había quedado muda.

Zoe negó despacio y se aclaró la garganta.

—Yo... prefiero ser la chica de una noche, que no la mujer que se implica, se engancha y sufre como una idiota cuando el tipo se aburre de ella y se busca a otra.

Se retiró el cabello hacia atrás y metió la cabeza en el casco.

—Está claro que ni yo voy a prometerte amor eterno ni tú me lo vas a prometer a mí, pero de ahí a ser el tío que retratas hay un abismo.

—Lo poco que sé de ti se resume en tus innumerables escarceos amorosos. Tengo todo el derecho del mundo a retratarte en base a lo que conozco.

—Y yo tengo todo el derecho del mundo a defenderme. —Ella se cruzó de brazos y lo miró sin demasiadas expectativas. Estaba graciosa con el casco rojo, pero a uno le resultaba difícil convencer a una chica de sus buenas intenciones con esa cosa en la cabeza—. No creo haber roto muchos corazones ya que nunca he pasado dos noches con la misma mujer. Ninguna me ha interesado tanto como para repetir. Pero tú eres diferente.

—¿En qué soy diferente?

—En todo, Zoe.

No podía negar que se sintiese halagada, pero sus esfuerzos por convencerla eran demasiado pobres. Hizo ademán de subirse a la Scoopy pero Nick la retuvo por la muñeca y acercó la cara a su rostro, apenas oculto bajo el plástico rojo.

—¿Tanto te gusto como para tener miedo?

—Yo no he dicho eso.

—Con otras palabras, pero lo has dicho. —Le acarició la muñeca. Desde que regresaron de Peebles deseaba tocarla de ese modo—. Crees que te engancharías a mí.

—Generalizaba, Nick.

Él dejó escapar una carcajada que la irritó tanto como la azoró.

—¿Sabes una cosa? Que yo también podría engancharme a ti. —Zoe flaqueó. Durante un instante encantador, sus ojos oscuros como la noche lo miraron con anhelo, pero la desconfiada no tardó en regresar a ella. Esbozó una sonrisa de chica dura, se soltó de su mano y se encaramó a la Scoopy—. Eres un embaucador nato.

—Parece que ya no tanto cuando no consigo que te vengas conmigo.

Zoe arrancó el motor.

—Creo que a largo plazo nos irá mucho mejor si basamos nuestra relación en el trabajo.

—Volveré a insistir. —Hizo caso omiso—. Con diferencia, tú eres lo más interesante que tiene este trabajo.

—Y yo volveré a rechazarte.

—Solo lo harás dos veces, Zoe, pero no habrá una tercera. ¿Recuerdas?

No era bravuconería, era algo mucho peor. Nick era un tipo muy seguro de sí mismo y esa cualidad le resultaba a Zoe alarmantemente atractiva. Y peligrosa.

—Que disfrutes del fin de semana. —Se despidió ella.

Se puso en marcha y lo rebasó. Por el espejo retrovisor vio su silueta recortada contra el cielo. Tranquilo, confiado, inmune a sus desplantes... Se le pasó por la cabeza la posibilidad de que fuera otra mujer la que disfrutara de Nick esa noche y los celos la acosaron. Pero ni siquiera esa emoción tan insensata e inadmisibile, la impelió a dar media vuelta.

¿Celos? Ya solo le faltaba eso.

El sábado por la tarde su amiga Hilary se puso en contacto con ella cuando regresaba a casa cargada con la compra del supermercado.

Se habían conocido unos años atrás, cuando Zoe realizaba un artículo sobre el Hillcrest Hospital de Cleveland para un periódico local. Se entrevistó con médicos, enfermeras, personal de administración y también de laboratorio. Y así fue como entabló amistad con Hilary Munn, una química muy agradable y muy entregada a su profesión. La había entrevistado mientras tomaban un copioso desayuno en la cafetería del hospital y, desde entonces, habían mantenido el contacto. No eran íntimas, sus circunstancias personales eran tan diferentes que no podían verse a menudo —Hilary estaba casada, tenía cuatro hijos de los que ocuparse y un trabajo que consumía el resto de su tiempo—, pero de vez en cuando tomaban un café y charlaban de sus cosas.

Era la primera vez que Zoe le había pedido un favor de esa índole, y Hilary no había dudado en concedérselo.

Cuando vio su nombre reflejado en la pantalla del móvil, el corazón se le puso a mil.

—¿Hilary?

—Hola, preciosa. Perdona que no haya podido ocuparme antes de las muestras que me entregaste, esta semana ha sido de locos. Pero ya tengo tus resultados.

—¿Estás en el hospital?

—Sí, los chicos se han quedado viendo el fútbol y yo he aprovechado para ponerme con lo tuyo.

—Siento haberte hecho trabajar en tu día libre.

—No importa, no te preocupes. No tenía ningún plan interesante para hoy.

—¿Me acerco por allí y me cuentas lo que has encontrado? —Aceleró el paso. El supermercado estaba muy cerca de casa.

—Te espero en la cafetería que hay enfrente. La de la fachada de color rojo. Preparan unos crepes deliciosos.

Y frente a un crepe de chocolate y nata que tomaron en la terraza de la cafetería, Hilary la puso al corriente de sus increíbles hallazgos, todos ellos documentados en las páginas impresas que le entregó en un sobre sellado. La escuchó con atención y se vio arrasada por una cadena sucesiva de emociones. De la petrificación inicial pasó al nerviosismo, el nerviosismo liberó una cantidad ingente de adrenalina en sus venas que la condujo a un estado de absoluta euforia. A duras penas aguantó sentada en la silla. La relación entre el agua y las pastillas estaba más que probada.

—¿Cómo... cómo puedo saber si la pastilla está comercializada o es un tratamiento experimental? —Le preguntó, cuando Hilary concluyó sus explicaciones.

—Para que esté comercializada, ha debido de ser aprobada por la FDA. Ponte en contacto con ellos. Llevará unos días que te den una respuesta pero es la única forma de saberlo.

Zoe sabía que no estaba aprobada por la entidad sin la necesidad de preguntar, de lo contrario, la doctora Owen le habría recetado las pastillas a la señora Roberts y la anciana habría ido a recogerlas a la farmacia. No obstante, necesitaba la confirmación de la FDA para que respaldara su historia. Esperaba que el trámite no se demorara demasiado.

De regreso a casa, se sentó ante la mesa de escritorio y leyó los informes que le había pasado Hilary, aunque entendió mucho mejor las explicaciones de la química que la jerga que se empleaba en los documentos.

En la muestra de agua se había detectado una sustancia llamada GHB en una dosis baja. Hilary le había explicado que el GHB solía fabricarse en laboratorios clandestinos y que, en general, se presentaba en forma líquida, incolora e inodora. Recibía el nombre vulgar de éxtasis líquido y, en los últimos años, había adquirido mucha popularidad en clubes nocturnos y fiestas electrónicas. El principal efecto era provocar estados tanto alucinógenos como eufóricos, pero la cantidad de personas que debían ser trasladadas a las salas de emergencias debido a los efectos secundarios cuando se tomaba en grandes dosis estaba creciendo como la espuma. Nauseas, problemas respiratorios, frecuencia cardiaca reducida, convulsiones... Zoe le había preguntado acerca de las alucinaciones, y Hilary le había explicado que las alteraciones de la conciencia eran impredecibles y que variaban mucho de un ser humano a otro.

La pastilla que fabricaba la Industria farmacéutica Ducantis —Zoe ya no tenía dudas de que era así—, no era ningún antídoto. De serlo, el hecho de utilizar a los ciudadanos de un pueblo aislado como conejillos de indias habría seguido siendo terrible pero, al menos, la intención habría sido medianamente loable. Pero nada más lejos de la realidad. El componente principal de la pastilla actuaba como potenciador de los efectos alucinógenos del GHB, mientras que el resto de componentes trataban de mitigar los efectos indeseados e incluso hacerlos desaparecer.

Soltó los informes sobre la mesa y se frotó las sienes. La cabeza estaba a punto de estallarle de tanta información como retenía, y la tensión le estaba pasando factura. Hubo de tomarse una aspirina para erradicar el dolor que se le estaba formando detrás de los ojos.

Intentó recordar si en algún momento de su estancia en Peebles bebió agua del grifo. Pero no, no lo hizo. Tanto ella como Nick compraron botellas de agua mineral. Estaba claro que solo sufrían alucinaciones quienes bebían del agua que proveía el depósito.

Con la cabeza algo más despejada aunque con los nervios igual de alterados, buscó en su mesa la escasa información que había recopilado sobre la Doctora Rachel Owen.

Sus fuentes periodísticas no habían podido suministrarle demasiados datos. Owen tenía cuarenta y cuatro años y se había licenciado en medicina por la Universidad de Cleveland. Tras su graduación, había realizado las prácticas en el Fairview Hospital y luego había montado su propia consulta en Peebles. No tenía hijos y nunca se había casado. Fin de la historia. En apariencia, era una mujer normal con una vida normal en un pueblo la mar de aburrido.

Pero nada era lo que parecía.

Owen estaba cooperando con Industrias farmacéuticas Ducantis para suministrar a los pacientes con alucinaciones inducidas por el GHB la medicación experimental que fabricaban en sus laboratorios. Faltaba por saber hasta dónde estaba implicada, y si estaría al tanto de que el pueblo estaba siendo drogado a través del sistema de aprovisionamiento de agua potable o si recetaba las pastillas sin hacer preguntas a cambio de... ¿dinero?

Lo que estaba claro era que ningún médico expediría a sus pacientes tratamientos experimentales que no estuvieran debidamente aprobados por la FDA.

—Casi os tengo agarrados de los huevos —musitó.

Cerró los ojos, se frotó el cuello y desplazó la mirada hacia la ventana del salón. Oscurecía. El horizonte era una fina línea anaranjada y oprimida entre los perfiles oscuros de los edificios y el azul cobalto del atardecer. Era una stampa muy hermosa, pero no tanto como la del cielo de Peebles visto desde la meseta.

Pensó en Nick, y resurgió en ella la arraigada necesidad de hacerle partícipe de la demencial trama. Pero aún no había resuelto esa disyuntiva. Su conciencia le gritaba que lo justo era que él lo supiera, pero su yo más racional insistía en que ella no era culpable de que otro asunto que nada tenía que ver con el principal se le hubiese cruzado en el camino. Si Nick hubiese sido el testigo de los chanchullos que aquellos dos hombres se traían entre manos en el depósito del agua, ¿lo habría compartido con ella?

Se levantó de la silla y acudió junto a la ventana. La estrecha línea anaranjada ya había desaparecido.

Detestaba la sensación de que no hacía lo correcto. Su sentido de la

responsabilidad era tan estricto que no soportaba tener tantas dudas. A ella no le habría importado compartir los galones con Nick, su principal temor era que él se apropiase de la historia. Nick poseía una lista inagotable de contactos fiables por todos los Estados Unidos, había trabajado muchos años en el *Chicago Tribune* y eso abría un montón de puertas. Seguro que tenía fuentes hasta en la FDA que pondrían a su disposición la información que precisaba en cuestión de horas. Después vendería la historia al mejor postor, al New York Times o al The Washington Post, e impulsaría su carrera mientras que ella seguiría redactando artículos sobre ovnis.

Tenía derecho a ser desconfiada, ¿no?

Aunque deseaba creer en Nick con todas sus fuerzas.

La melodía del móvil le avisó de que tenía una llamada. Era Nick. Dudó en contestar, pues sus cavilaciones no la hacían sentir demasiado bien consigo misma. Terminó por llevárselo al sofá y pegárselo a la oreja.

—Hola, Nick.

—Hola, Zoe. ¿Te llamo en mal momento? ¿Interrumpo algún plan interesante de sábado por la noche?

—No, ninguno. Estaba... —Alargó el brazo y agarró de encima de la mesa la guía de ocio de Cleveland que dejaban todos los meses en el buzón—. Mirando la cartelera.

Nick guardó silencio. Zoe sospechó que la cuestionaba.

—Llevo todo el día informándome sobre la doctora Owen y no he llegado a ninguna conclusión determinante. No tiene manchas negras en su historial. Me preguntaba si tú has encontrado algo.

—Nada —respondió con excesiva celeridad. Le hizo un resumen de lo poco que podía contarle, aunque él ya conocía todos esos datos.

—Lo único que me ha sorprendido han sido sus ingresos. Para ser médica en un pueblo rural, la tía está forrada.

—¿Forrada?

Zoe se incorporó y prestó a Nick toda su atención.

—La cifra de sus ahorros bancarios tiene muchos ceros. No sé lo que ganará una médico rural pero, desde luego, no tanto como para reunir semejante cantidad. He estado preguntando por canales extraoficiales y resulta que tiene algunas inversiones de escasa relevancia. Excepto una. Hace tres años compró cinco mil acciones a la empresa... —Escuchó que removía papeles—. Industrias farmacéuticas Ducantis. Pero estamos en las mismas, aunque los beneficios son sustanciosos no explican de dónde sale esa suma de dinero. A lo mejor recibió una herencia o vendió alguna propiedad... quién sabe. Tendré que seguir investigando.

Zoe sí lo sabía. Dinero negro que recibía de manos de la empresa a cambio de poner a su entera disposición a los pobres ciudadanos de Peebles para que realizaran sus experimentos con ellos.

—Nick...

—Dime.

—Yo... —La punta de la lengua le quemaba, ¡necesitaba soltarlo todo! Si quisiera apropiarse de la historia, ¿para qué iba a compartir con ella toda esa información? «Asegúrate un poco más, Zoe». Suspiró. Los dedos le temblaban sobre la carcasa del móvil—. No, nada.

—Sé lo que querías decirme.

—¿Ah sí? —No pudo evitar sonar un poco alarmada.

—Ibas a proponerme que fuéramos juntos al cine. —Aunque Nick sabía que eso no era así, decidió tentarla un poco—. Y la respuesta es sí. Yo tampoco tengo ningún plan interesante para esta noche. Elige tú la película.

Zoe se cubrió la boca con la palma de la mano, no fuera a ser que se le escapara el risueño sonido de la risilla que la invadió. Cuando se repuso le contestó:

—No iba a proponerte nada, Nick. Y menos todavía que me acompañases al cine.

—¿Y ahora que el tema ha salido por casualidad? —Adoptó ese tono de voz tan sexy y a la vez tan tramposo—. En veinte minutos puedo pasar a recogerte. Te prometo que no haré manitas contigo mientras se proyecta la película y que te devolveré a casa en cuanto finalice.

—No, Nick.

—¿Te he dicho que te dejo escoger la película?

Jamás su cabeza y su corazón habían estado tan en desacuerdo. ¡Cuánto le apetecía estar con él! Quería hacer manitas con Nick en el cine, y que no la devolviera a casa tan pronto, a no ser que subiese con ella.

Cerró los ojos y se masajeó la frente. ¿Hasta cuándo sería capaz de darle largas? Sentía mariposas en el estómago. Notaba que la sangre se le aceleraba. Que su corazón bombeaba como un tambor.

Abrió los ojos e hizo otro esfuerzo por nadar contracorriente.

—No quiero ir al cine, Nick. No... vamos a hacer nada juntos.

—¿Sabes que esta ya es la segunda vez?

—No lo sé, no llevo la cuenta.

—Yo sí la llevo. —Su voz grave y templada envió a su oído agradables vibraciones que estuvieron a punto de hacerla suspirar—. Que descanses, Zoe.

Odió escuchar el sonido de la línea libre.

Capítulo 15

Eran las ocho de la mañana de un domingo que había amanecido nuboso, lo cuál se agradecía después de tantos días de intenso calor. El domingo era su día favorito de la semana para salir a hacer *footing*. Había menos tráfico contaminando los alrededores del parque de Forest Hills y menos corredores entorpeciendo el tránsito a través de los senderos que lo surcaban. Se encontraba realizando unos estiramientos para tonificar los músculos, cuando Harrison Rayner apareció enfundado en su chándal gris de la marca Boss.

—Buenos días, hijo. Perdona que me haya retrasado unos minutos. Se me han pegado un poco las sábanas.

Su padre también residía en Forest Hills, muy cerca de su casa.

—No importa, papá. Solo han sido cinco.

—Bueno, ya sabes que valoro mucho la puntualidad.

Cuando ninguno de los dos trasnochaba el sábado, solían correr juntos los domingos por la mañana. Era una especie de ritual que realizaban desde hacía un montón de años y que, a pesar de haberse interrumpido durante la estancia de Nick en Chicago, habían retomado a su regreso.

Su padre se agarró el pie izquierdo por detrás de la espalda y se dispuso a calentar los cuádriceps mientras Nick estiraba los abductores. En aquella postura que adoptó su padre, lo que vio bajo la indumentaria gris lo dejó estupefacto.

—Papá, ¿qué diablos haces...? —Le señaló la entrepierna—. ¡Estás empalmado!

—¿Y a qué viene esa cara? ¿Acaso creías que a tu viejo padre ya no se le ponía dura?

—Joder, no. Claro que no he pensado eso pero... —Bajó el tono de voz y esperó a que una chica que paseaba con su perro se alejara—. ¿Aquí y ahora?

—Son esas condenadas pastillas. No las tomo muy a menudo pero en ocasiones... ya sabes. No puede ser fiesta todos los días. —Soltó el pie izquierdo y agarró el derecho—. A veces el efecto tarda un poco más de lo normal en desaparecer.

—No sabía que tomaras viagra.

—Perdona por no decírtelo, hijo. No es algo que vaya proclamando a los cuatro vientos. Pero ya te he dicho que las tomo de manera muy puntual. Sigo funcionando de maravilla. Ya puedes desear haber heredado mis genes en ese terreno.

—¿Cuánto tiempo hace que la tomaste?

—Pues a ver... eran las seis de la mañana cuando Courtney me despertó, así que han pasado dos horas.

—¿Llevas dos horas con una erección? —preguntó alarmado.

Harrison Rayner lo fulminó con la mirada para que hiciera el favor de bajar el tono de voz.

—Ya te he dicho que no pasa nada. Bajaré de aquí a un rato. ¿Comenzamos a correr? Hoy me siento en plena forma y tengo la intención de fundirte.

—Deberías acudir al hospital. ¿Cómo vas a correr con la polla como una estaca?

—El día que vaya al hospital será porque me haya atropellado un camión. Venga, déjate de gilipollices y pongámonos en movimiento.

Lo cierto es que Harrison Rayner disfrutaba de una salud de hierro. No se había puesto enfermo en toda su vida y no sabía lo que era tener un dolor de cabeza. Pero si la madre naturaleza había sido generosa con él al no enviarle ninguna dolencia, Courtney iba a encargarse de consumirle la salud de aquí a cuatro días. Corría el rumor de que era una chica tremendamente activa en el sexo.

Era el hombre más testarudo que había conocido jamás, y como no podía llevarle a rastras al hospital, no le quedó otro remedio que seguirle en la carrera. ¡Maldita la gracia que le hacía estar pendiente de su pene! Por mucho que dijera que no le incomodaba, corría de un modo extraño, como si no le cupieran las pelotas entre las piernas.

Durante los primeros minutos estuvo parlotteando sobre sus negocios y luego retomó el tema con el que siempre le agobiaba cada vez que se veían.

«Debes buscarte un empleo serio, hijo. Ya tienes treinta y cuatro años y necesitas una estabilidad laboral. Tengo varios amigos que estarían encantados de darte un puesto de trabajo en sus empresas».

Etcétera. Etcétera.

Nick se limitaba a escuchar y cuando terminaba de soltarle el sermón, él remataba el tema asegurándole por enésima vez que no iba a desempeñar ningún trabajo que no fuera el periodismo.

Cuando su padre comenzó a acusar el agotamiento del ejercicio físico se quedó callado y se concentró en la respiración. Ese era el mejor momento para Nick, que prefería hacer *footing* en silencio cuando la alternativa era escuchar los reiterativos monólogos de su padre.

Dar una vuelta completa al parque de Forest Hills a la carrera, comprendía algo más de veinte minutos, aunque Nick quiso finalizarla un poco antes porque le preocupaban los resuellos fatigados de Harrison.

—¡Ni hablar! —protestó—. Aún me quedan energías para dar tres vueltas más.

Y como todavía no había nacido la persona que pudiera doblegar su voluntad llegó hasta el punto de encuentro aunque con la maquinaria forzada al máximo.

Se dejó caer sobre un banco de madera para recuperar el aliento mientras Nick se acercaba a una fuente de agua potable. Nunca le había visto tan exhausto después de una carrera. No sabía cuántos polvos habría echado esa mañana ni pensaba preguntárselo, pero estaba claro que Courtney le había consumido todas las energías.

—¿Y tú eras el que estaba en plena forma y pretendía fundirme? —Le preguntó de regreso.

Con las manos apoyadas en las caderas, observó a su padre mientras él mismo

recuperaba el aliento.

—No corras nunca después de follar, hijo. —Se enjugó el sudor de la frente y se peinó el pelo cano con los dedos—. Hablando de follar. —Se señaló la entrepierna—. ¿Lo ves? Ya ha regresado a su estado natural.

Nick movió la cabeza y se dispuso a realizar unos breves estiramientos. Luego se sentó a su lado. Harrison ya estaba algo más repuesto, al menos, su respiración se había normalizado y ya podía hablar sin jadear.

—¿Vienes esta tarde a jugar al golf? —Le propuso.

—¿Por qué me lo preguntas? Sabes que no me gusta el golf.

—Ya, ya lo sé. Pero a Kelvin le ha surgido un contratiempo y no vendrá al club esta tarde. Nos falta un jugador para completar la partida.

—¿Y no conoces a nadie que pueda suplantarle?

—Tú eres la mejor opción. No es que seas un jugador brillante pero te defiendes bastante bien. Vamos, hijo, hazme ese favor. Solo será hoy.

A Nick le aburría soberanamente jugar al golf y no se le ocurría una forma más tediosa de pasar la tarde del domingo. Pero no pudo negarse.

—Está bien. —Accedió a regañadientes.

—¡Estupendo! —Le dio unos golpecitos en el hombro— ¿Desayunamos? Se me acaba de antojar un plato de huevos revueltos. Estoy hambriento.

Abandonaron el parque y se encaminaron hacia la cafetería de Miranda. Antes de que su padre descubriera los huevos revueltos con bacon de Miranda, solían desayunar en otro establecimiento que estaba algo más cercano. Nick creía que lo que a Harrison le atraía del nuevo lugar no eran solo sus platos, sino la dueña. Era una mujer simpática y atractiva, de unos cincuenta años. Las bromas entre los dos eran constantes y existía una química especial que se notaba en el modo de mirarse.

—Me encanta que los hombres tengan buen apetito. —Sonrió Miranda, al tiempo que anotaba en su libretita un plato de huevos revueltos con bacon, una cerveza, un bagel y un café.

—Eso lo dices porque te interesa para tu negocio. —Bromeó Harrison.

—Eso lo digo porque el deporte y el buen comer, me parecen una combinación muy *sexy*. —Le guiñó un ojo antes de alejarse con el pedido.

Nick sabía muy bien cuándo su padre flirteaba con una mujer, y aquel era el caso. La pregunta le surgió de manera espontánea.

—Papá... ¿tú nunca te has enamorado?

Las cejas de Harrison Rayner casi se tocaron.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Curiosidad. —Se encogió de hombros—. Jamás te he escuchado hablar sobre un gran amor. Ni siquiera sobre uno menos grande. Con todas las mujeres que han pasado por tu vida y, ¿a ninguna te has enganchado?

La mirada azul se le incrustó.

—Te conozco, Nick, y tú nunca preguntas por preguntar. ¿Qué ocurre?

—Nada, joder. ¿Por qué tiene que ocurrir algo? Intento tener contigo una conversación entre adultos. Me llama la atención, nada más.

Miranda regresó con el desayuno y lo fue depositando todo sobre la mesa.

—Que aproveche, caballeros.

—Por descontado. Nadie en todo Cleveland prepara los huevos revueltos mejor que tú.

—Y eso que todavía no has probado mi guiso de cerdo con mostaza. Te chuparás los dedos, te lo garantizo. Lo que sucede es que solo preparo ese plato para el mediodía. Tenéis que venir a comer.

—Por supuesto que sí, ¿verdad hijo? —Nick asintió con la cabeza aunque ninguno le prestaba atención. Lo habían excluido por completo de la conversación. Le divertía el coqueteo entre aquellos dos, que había ido en aumento durante el transcurso de las últimas semanas—. La semana que viene vendremos a comer.

—Estupendo. —Miranda esbozó una sonrisa encantadora que envió luz a sus ojos azules y Harrison se la quedó mirando conforme ella se alejaba para atender otra mesa.

Conociendo a su padre, Nick esperaba un comentario del tipo: «Miranda tiene un buen polvo, ¿verdad?». Pero aunque lo pensara, no dijo nada.

—¿De qué estábamos hablando?

—Te he preguntado si alguna vez te has enamorado.

—Ah, eso. —Hizo un gesto con la mano—. No habrás conocido a alguna lagarta que quiera atarte corto, ¿verdad?

—¿Esa es la conclusión a la que has llegado? —No sabía de qué se extrañaba, su padre siempre hablaba de las mujeres en los mismos términos sexistas—. No, no he conocido a ninguna chica que quiera atarme corto.

—Estupendo, porque ya viste lo que sucedió entre Kelvin y Leah. No te fíes de las mujeres, nunca te creas a ninguna que se te acerque para venderte ese rollo de que está enamorada de ti. Bobadas. —Hundió el tenedor en el plato, se lo llevó a la boca y degustó los huevos con deleite—. Lo único que buscará será tu dinero. Y si aparece otro tío que tenga más pasta que tú, no dudes que escogerá al nuevo. Tienes un ejemplo bien cerca. —Le señaló con el tenedor antes de volver a hundirlo en el plato.

—¿Sabes lo que pienso? Que alguna mujer debió de hacerte mucho daño en el pasado, tanto como Leah me lo hizo a mí.

—Gilipolleces.

—No, no son gilipolleces. Mucho antes de que yo naciera, antes incluso de que formaras tu imperio, te enamoraste locamente, ¿verdad? —Ahora sus cejas sí que se tocaron en el centro. Nick disfrutó desenmascarándole. Esa animadversión que le producía la palabra «amor», esa constante elusión de relaciones que no estuvieran basadas en el sexo, tenía que provenir de alguna experiencia personal—. ¿Cómo es que no he reparado en ello mucho antes?

—Tú estás alucinando —farfulló.

—Ahí lo tienes. —Mordió su bagel. Estaba delicioso. Se decía que los mejores bagels eran los que se hacían en Nueva York, pero los de Cleveland no tenían nada que envidiarles. O, al menos, los que preparaba Miranda—. Siempre que mientes te pones a la defensiva.

—Yo nunca miento.

—Tú casi nunca mientes. —Le corrigió—. Pero ahora lo haces. Vamos, cuéntame los detalles. Te prometo que no saldrá de aquí.

—Eres igual que yo. —Volvió a apuntarle con el tenedor—. Kelvin sacó el carácter de su madre pero tú eres mi fiel reflejo. Me conoces muy bien, y no sé si eso me gusta.

Nick rio entre dientes. No le importaba parecerse a su padre ya que lo admiraba profundamente en casi todas sus facetas. Excepto en una. Por mucho que Harrison insistiera en que a raíz de su separación de Leah los dos concebían las relaciones del mismo modo, Nick siempre había tenido la certeza de que en su caso era un mero tránsito.

—Vamos, no eludas mi pregunta.

—Está bien, joder. Vas a hacer que me siente mal el maldito desayuno. —Se limpió los labios con una servilleta de papel—. No ibas mal encaminado. Conocí a Sarah en el último año de Universidad. Ella era una pelirroja guapísima que estudiaba ciencias políticas en el campus de al lado. Empezamos a vernos, nos enamoramos y al poco tiempo fundé mi empresa. Los inicios fueron duros y complicados, pero ya sabes que si de algo no carece tu padre es de perseverancia. Y ella estaba a mi lado para hacerlo todo más fácil. ¡Estaba loco por esa mujer! Ya ves, no tenía ni un dólar en el bolsillo pero era feliz. —La mirada se le abstraigo en algún punto a la espalda de Nick. Habían transcurrido cuarenta años y aún se le removían emociones—. Fueron tres años increíbles hasta que Sarah conoció a un joven arquitecto cuyos padres tenían una fortuna. Ella era ambiciosa y debió de pensar que yo nunca lograría llegar alto, así que me dejó plantado por el arquitecto y nunca más volví a saber nada de ella. —Regresó a los huevos con bacon. Nick esperó a que tragara por si quería agregar algo más. Y lo hizo—. Espero haber saciado tu curiosidad porque no pienso hablar nunca más de esto. Como alguna vez lo mencionas, ten por seguro que lo negaré todo. —Le advirtió, tras recuperar el tono defensivo.

Nick hizo una pausa para degustar el café.

—He conocido a una mujer. —Le confesó, al tiempo que devolvía la taza a la mesa.

—¿Lo ves? ¡Lo sabía! —Gruñó—. Pensaba que te habías vuelto un poco más listo con los años.

—Papá, Leah no me dejó porque Kelvin tuviera más dinero que yo. Quiso romper nuestra relación porque se había enamorado de él. Sin más. Tal vez fue lo mismo que le ocurrió a Sarah.

Harrison soltó una carcajada seca.

—Eso es lo que tú te crees.

—Sí, es lo que creo. No me parece justo que midas a todas las mujeres con el mismo rasero porque una te hiciera sufrir. No todas van persiguiendo el dinero y el estatus.

—Pues dime dónde se esconden las que no lo persiguen.

—A lo mejor, si dejaras de ir con jovencitas a las que triplicas la edad...

Su padre lo amonestó con una mirada ceñuda al pasar Miranda muy cerca de su mesa.

Nick no tenía conocimiento de que a Harrison le importara lo que alguien pensara de él, en especial si se trataba de una mujer. Expresaba lo que le venía en gana cuando le venía en gana, sin filtros ni censuras. Por eso, le pareció un detalle bastante esperanzador que por primera vez le preocupara dar una imagen pésima frente a alguien.

¿Sería posible que Miranda le gustase de verdad?

—¿Quién es esa mujer que te está lavando el cerebro?

Muy propio de él. Cuando no le daba la gana de escuchar verdades, contraatacaba.

—Se llama Zoe y no me está lavando el cerebro. De hecho, no quiere acercarse a mí porque piensa que soy un caradura y un mujeriego.

—Y lo eres, hijo. Además, apuntas muy alto. Actrices, mujeres de senadores... Salvo porque la cagaste, estoy muy orgulloso de ti y de que seas tú quien perpetúe mi legado. Kelvin siempre fue un blando —susurró por lo bajo.

—Deja de repetir esa gilipollez de los genes. Además, si dejaras de recordarme lo de la mujer del senador cada dos por tres, te estaría muy agradecido.

—Tienes razón, no más mujeres de senadores. —Dio un trago a su cerveza—. Bueno, ¿y qué más tienes que contarme de esa tal Zoe?

Nick le resumió todo lo que pudo la naturaleza de su relación con ella, pues no le apetecía entrar en detalles que Harrison no valoraría. Le habló de cómo se conocieron hacía año y medio, de su reencuentro en la revista, de su viaje a Peebles y de lo que había surgido entre los dos a raíz del tiempo que habían pasado juntos.

—Es la primera mujer verdaderamente interesante que he conocido en los últimos cuatro años. Y además es preciosa. —Hizo una pausa. Como Harrison lo escuchaba con atención decidió proseguir—. Estoy un poco confundido porque yo nunca... pienso en las mujeres con las que me he acostado, ya sabes, pero Zoe es especial. Se me ha metido en la cabeza y no logro sacármela de ahí. Quiero... me apetece estar con ella. —Terminó de apurarse el café. De repente, se sintió violento consigo mismo. Una cosa era tener esas emociones, y otra muy distinta expresarlas en voz alta—. No sé por qué te cuento todo esto.

—A ver, hijo. Que no me haya enamorado de ninguna mujer en los últimos cuarenta años no significa que no haya sentido alguna vez eso de lo que hablas.

—¿Y cómo has actuado?

—Lo he evitado, claro.

¿Cómo podía evitarla él cuando durante ocho horas al día compartía con ella los mismos veinte metros cuadrados? Cambió de tema. Esa conversación había llegado a un punto muerto.

—Oye, papá. Si no recuerdo mal, uno de tus amigos con los que juegas al golf es el propietario de la mejor clínica de desintoxicación que hay en todo Ohio, ¿no es así?

—¿Qué pasa? ¿Es que te has metido en las drogas?

—No, no me he metido en las drogas. —Le habló como si fuese un niño pequeño. A veces, Harrison tenía unas salidas de lo más inesperadas—. Conozco a una persona que lo está pasando muy mal porque alguien a quien quiere mucho tiene problemas con el alcohol. Lleva años entrando y saliendo de una clínica pero no ha conseguido desintoxicarse. Sus recursos económicos les impiden afrontar los gastos de un centro de más calidad, así que me pregunto si podrías hablar con tu amigo.

—Solo si me dices de quién se trata. Ya sabes que soy muy curioso.

Nick sonrió entre dientes.

—Se trata de la madre de Zoe.

—Algo así me figuraba. —También era un zorro muy astuto—. Supongo que si le cuento a Peter que la madre de la chica de la que mi hijo se ha encoñado es una alcohólica sin recursos, podría hacerle una oferta especial y buscarle un hueco.

—Tampoco es necesario que con él utilices esos términos.

—Tranquilo, sé comportarme como es debido en cada situación, aunque Peter es un tío muy enrollado. Esta tarde vendrá a jugar la partida, así que podrás explicarle tú mismo lo que quieras. Sí que te importa esa chica, ¿eh?

El lunes, Zoe llegó antes que nadie a la oficina. Tenía media hora por delante hasta que llegaran sus compañeros para avanzar un poco más en sus indagaciones sobre la farmacéutica. Antes incluso de encender el ordenador, se sentó a la mesa y llamó por teléfono a la FDA. Tras una escueta conversación con su interlocutora, en la que le explicó el motivo de su llamada, Zoe recibió la respuesta que ya esperaba y que Hilary le había anticipado:

Tendría que esperar entre cuatro a cinco días, tal vez una semana, para que contrastasen la información que solicitaba.

Para ello, hubo de escanear el informe que le había entregado Hilary y enviarlo por correo electrónico a la dirección que le facilitaron.

Miró su reloj de pulsera. Todavía faltaban quince minutos para que llegasen sus compañeros, así que realizó una llamada a Peebles. La señora Roberts contestó al otro lado del teléfono con la voz un poco adormilada. Zoe se abstuvo de preguntarle si su esposo le había dado una mala noche. Le agradó escuchar de nuevo a la anciana hospedera, aunque una sensación de rabia la inundó mientras hablaba con ella. Era

demencial lo que Industrias farmacéuticas Ducantis estaba haciéndole a la gente de Peebles. Tras un breve y cordial cruce de palabras, Zoe le preguntó por las otras dos personas que sufrían alucinaciones: Frank el camionero y la chica rubia ojerosa que vio arder su casa. El teléfono de Eleonor Matusow ya lo tenía.

—Oh, claro que conozco a Frank, cariño. ¡Soy su tía política! Es un hombre encantador, su esposa falleció hace algún tiempo y el pobre está pasando una mala racha. A Lisa también la conozco, bueno, en Peebles nos conocemos todos —carcajeó—. Tiene una tienda de ultramarinos. Cuando hago una compra grande, ella misma se ofrece a traérmela a casa. Padezco de artrosis y no me conviene cargar con peso.

—¿Tiene sus teléfonos, señora Roberts? Me gustaría llamarles para hacerles unas preguntas sobre... sobre el reportaje que mi compañero y yo estamos preparando para el *National Geographic*. Nos interesa mucho conocer la opinión de los vecinos de Peebles sobre algunos aspectos que estamos tratando.

La señora Roberts no puso en duda sus intenciones.

—Por supuesto, querida. Aguarda un momento.

Se impacientó mientras la anciana buscaba los teléfonos. No quería que ninguno de sus compañeros, y mucho menos Nick, la sorprendiera realizando llamadas que no estaban relacionadas con el trabajo.

Los anotó en un trozo de papel y le dio las gracias. Antes de despedirse, le dio un consejo, aunque mucho se temía que caería en saco roto. Ojalá hubiera podido contarle lo que estaba sucediendo.

—Señora Roberts, usted no bebe agua mineral, ¿me equivoco?

—¿Agua mineral? Oh, claro que no, ¿para qué? La calidad del agua de Peebles es estupenda.

—¿Y si le dijera que tiene... demasiado calcio? —Improvisó—. El calcio que no es utilizado por los huesos y por los músculos se dirige a los riñones. Y si esa cantidad es excesiva, terminan por formarse piedras. Si yo estuviera en su lugar, bebería agua mineral.

—Gracias por el consejo, querida, no sabes cuánto te lo agradezco, pero no tienes que preocuparte por eso ya que hace unos años me instalaron un descalcificador en casa.

«Mierda».

Se despidió de ella con la confianza de que todo aquello acabaría muy pronto. En menos de una semana pensaba destapar el tinglado.

Ya no disponía de tiempo material para ponerse en contacto con Frank y Lisa. Sus compañeros fueron llegando en constante goteo, primero Danielle, luego Nick y por último Brandon. A algunos los lunes les sentaba de maravilla, pues tenían por delante una semana entera para enfrascarse en su pasión por los ovnis. Las motivaciones de otros eran distintas. Cuando miró a Nick a los ojos se produjo el primer chispazo de los muchos que se fueron sucediendo durante el día. No obstante, Nick era muy respetuoso con su profesión. Se manejaba con desenvoltura en el arte de saber estar

en cada ocasión; por eso, a pesar de la obvia complicidad entre los dos, nunca traspasaba ningún límite que les pusiera en evidencia durante las horas de trabajo.

Zoe continuó siendo fiel a su táctica de escabullirse cuando se hacía la hora de marcharse y Nick era fiel a la suya: esperaba paciente a que se diera el momento de acercar posiciones, como el gato que acecha al ratón. Así era como Zoe se sentía. No dominaba en absoluto la situación, estaba a expensas de que Nick moviera ficha. Y lo peor de todo era que la incertidumbre le causaba una continua y agradable excitación.

Por la tarde, cuando se hubieron marchado todos, Zoe telefoneó en primer lugar a Frank el camionero.

El hombre se encontraba saboreando un tentempié en su camión, aprovechando el descanso que se tomaba en su ruta. A Zoe se le erizó el vello al pensar que alguien que estuviera siendo drogado de manera regular con GHB, se colocara tras el volante de un vehículo. Cuando le comentó que se habían conocido en el bar del pueblo, el hombre reaccionó con mucho azoramiento y se disculpó varias veces por su comportamiento, sacando a colación el tema que a ella le interesaba sin necesidad de dar rodeos para sonsacárselo. Le dijo que estaba pasando por un mal momento y que, por lo visto, la medicación que le suministraba la doctora Owen todavía no había desplegado todos sus efectos. Zoe tuvo especial cuidado con lo que preguntó a continuación, aunque el hombre tenía tantas ansias por agradarla tras el embarazoso altercado, que no dudó en satisfacer su curiosidad.

—¿Se refiere a esas pastillas blancas que la doctora suministra en una bolsita y que van sin receta médica? —le preguntó ella.

—Sí, esas mismas. ¿Las conoce?

—He oído hablar de ellas.

Zoe se frotó los ojos cansados. No le correspondía a ella dar consejos, pero se aventuró con uno que sabía que desoíría. Le sugirió que se pidiera una baja laboral mientras sus síntomas no mejoraran, pues era un peligro que condujera en su estado, pero el hombre le dijo que él era autónomo y que no podía permitirse estar en casa de brazos cruzados.

De Lisa no consiguió extraer información. La mujer se sintió muy indignada por la indiscreción de sus preguntas y le colgó el teléfono aduciendo que no tenía por qué contarle sus intimidades a una desconocida.

En cuanto a Eleonor Matusow, tampoco recibió sus preguntas con agrado. Aunque Zoe dio rodeos para no violentarla, en cuanto mencionó la palabra «medicación», la profesora se molestó mucho.

—¿Acaso está insinuando que me hallaba bajo los efectos de alguna sustancia cuando vi el platillo volante, señorita Carpenter? Por supuesto que no tomo ninguna medicación. Creía que ustedes dos eran profesionales serios que tratarían este tema con respeto y con la seriedad que merece. Hay una fotografía que avala mi testimonio. —Se defendió con energía—. Me decepciona usted mucho.

No le permitió formular réplica alguna. Lo que Zoe escuchó a continuación fue el

golpazo que le propinó al auricular contra la horquilla.

Ya era noche cerrada cuando salió a la calle. Qué agradable le resultó sentir la brisa en el rostro después de tantas horas encerrada en la oficina.

Al ver el Jeep Cherokee de color oscuro aparcado junto a su Scoopy, el corazón se le aceleró de pura emoción.

¿Nick había esperado en la calle todo ese tiempo? Entornó los ojos y observó el interior del vehículo mientras cruzaba la avenida, pero Nick no estaba dentro del coche ni en los alrededores. Se sintió ridícula al reparar en su confusión. La calle estaba oscura y de lejos no se apreciaba el color de la carrocería, pero al acercarse comprobó que era de color verde oscuro.

Regresó a casa en compañía de un absurdo bajón de ánimo que trató de solventar enfocando sus pensamientos en los avances que había hecho. Pronto tendría la contestación de la FDA; y, de sus conversaciones con Frank, Lisa y Eleonor, había sacado en claro que los dos primeros estaban tomando las mismas pastillas que la señora Roberts. Lisa, la rubia ojerosa, no había querido confesarlo, pero su respuesta defensiva fue tan concluyente como si le hubiera dado una respuesta afirmativa. En cuanto a Eleonor Matusow, albergaba dudas.

De cualquier forma, con tres testimonios corroborados tenía más que suficiente para contar su historia.

Antes de subir al ascensor echó un vistazo al buzón.

Dentro había una postal que llegaba desde Nashville. Sus ánimos volvieron a desplomarse.

Era un manojito de nervios desde que Lisa había abandonado la consulta, y el hecho de que Christopher no contestara al teléfono empeoraba su estado. Necesitó tomarse un ansiolítico para tranquilizarse e incluso derivó a la tarde todas las citas que tenía programadas para el resto de la mañana. No podría concentrarse en el trabajo hasta que no hablara con Chris. Desde hacía más de media hora lo intentaba, pero él debía de estar en alguna reunión ya que tenía activado el buzón de voz.

Cansada de la espera, metió el teléfono móvil en el bolsillo de su bata, agarró el paquete de cigarrillos y salió a la calle. Se fumó uno detrás de otro mientras volvía a repasar la conversación con Lisa.

¿Cómo había podido ocurrir? Creía que había sido muy convincente en sus argumentos cuando vinieron a su consulta cargados de preguntas incómodas; pero, por lo visto, no lo había sido tanto.

Saludó a la señora Roberts que caminaba por la acera de enfrente rumbo a la panadería, y mantuvo una escueta conversación con Virginia Thompson sobre su recién estrenada maternidad.

El sonido de una llamada entrante le hizo dar un respingo. Era tanta la tensión que soportaba que el cigarrillo a medio consumir se le cayó al suelo. Regresó al interior

de la consulta con el móvil pegado a la oreja. Era Christopher.

—¿Ocurre algo? —inquirió, con su voz cadenciosa—. Tengo siete llamadas perdidas y no has dejado ningún mensaje en el buzón.

—Están haciendo preguntas, Chris. —Rachel se frotó la frente. Como era incapaz de sentarse, dio vueltas en círculo por la habitación mientras se explicaba—. Hace unos días vinieron a Peebles dos periodistas de Cleveland a los que había llamado mi antigua profesora del instituto para que investigaran un... Esto va a sonar ridículo, pero ella creyó ver un ovni y, por lo visto, ellos investigan esas idioteces.

—Ve al grano, Rachel. —La interrumpió.

—Se han dado cuenta de que algunos sujetos padecen fuertes alucinaciones y han decidido meter las narices en el tema. Lisa ha estado aquí hace un rato para contarme que la periodista la telefoneó ayer por la tarde para hacerle preguntas sobre si estaba tomando algún tipo de medicación. Mencionó «las pastillitas blancas sin receta médica», Chris.

—¿Y cómo demonios han llegado a esa conclusión? —El tono cadencioso se agrió.

—Supongo que la señora Roberts se lo ha contado. Ella es la hospedera del pueblo y ellos se alojaron en su hostel.

Se produjo un tenso silencio al otro lado de la línea.

—Quiero saber quiénes son esos periodistas. Necesito sus nombres, las direcciones de sus domicilios y de su lugar de trabajo. Y lo quiero para ayer, Rachel.

—Hablaré ahora mismo con la señora Matusow, ella debe de tener toda la información porque fue la que contactó con ellos.

Capítulo 16

La encontró sentada a su mesa, con los brazos formando un círculo sobre la superficie y la cabeza apoyada en los antebrazos. El resplandor del monitor de su ordenador bañaba su perfil en tonos rosáceos y revelaba que dormía. Esa era la única luz que había en la oficina.

Su sueño era muy pesado porque no se había despertado con el sonido que la llave hizo en la cerradura de la puerta. Nick cerró con sigilo, encendió las luces de los halógenos más apartados de la mesa de Zoe y se acercó a ella sin hacer ruido. Su espesa melena descansaba sobre su brazo desnudo y un mechón acariciaba su mejilla. Nick lo tomó entre los dedos y lo apartó de allí para contemplar su rostro. Tenía los labios ligeramente separados y sus largas pestañas trazaban sombras en el inicio de sus pómulos.

Podría haberse quedado contemplándola durante una eternidad, parecía un ángel.

Acercó los labios a su oreja y susurró su nombre. Su aroma lo subyugó.

—Zoe.

Ella emitió un suave gemido pero continuó durmiendo. La pantalla de su portátil mostraba la fotografía de un cielo rosáceo en el que aparecía suspendido un objeto extraño. No le sorprendía que el aburrimiento hubiera acabado por vencerla y dormirla.

—Zoe, cariño. Despierta.

Presionó su hombro con suavidad y ella abrió los ojos somnolientos.

—¿Dónde...? —En cuanto tomó conciencia del lugar en el que se encontraba y con quién se hallaba, dio un respingo y se irguió sobre la silla—. ¿Qué hora es? ¿Qué haces aquí? Me he quedado dormida.

Dormida y dolorida. La postura que había tomado le había provocado un fuerte dolor de cuello.

—Son casi las diez. Creo que deberías dejarlo por hoy. —Señaló el portátil con un movimiento de cabeza. Nick se dirigió a su mesa y abrió un cajón—. Al rato de llegar a casa me di cuenta de que me había olvidado el móvil.

Allí estaba. Consultó si había recibido alguna llamada y luego se lo guardó en el bolsillo delantero de los vaqueros mientras ella se frotaba el cuello e iba haciendo clics con el ratón.

—¿Te duele? —le preguntó.

—Es por la postura.

El portátil se apagó y ella hizo ademán de levantarse. Las manos de Nick sobre sus hombros frenaron sus intenciones. Creyó morir de placer cuando sus fuertes dedos ondularon los músculos doloridos. La presión que ejercieron sus pulgares alrededor de su nuca le arrancó un gemido involuntario.

—Estás muy tensa. Pasas demasiadas horas delante del ordenador. ¿Con qué historia estás?

—Con una que me ha pasado Danielle sobre... —Otro gemido de placer. Qué maravillosas manos tenía Nick. Las notaba calientes, fuertes y expertas. Sabían dónde y cómo tocar para deshacerle el dolor—. ¿Dónde has aprendido a dar masajes?

—En ningún sitio, ¿te gusta?

—Desde luego. —Se lamió los labios—. ¿Podrías bajar un poco? También me duele en el centro.

Nick sonrió. Retiró a un lado la melena oscura y descubrió su espalda. La blusa de tirantes que vestía tenía un escote pronunciado en la parte trasera, lo que le permitió mover las manos sobre la piel desnuda.

Zoe era tan suave como recordaba. Su carne firme vibraba bajo el tacto de sus manos del mismo modo en que había temblado tantos días atrás. Siguió la columna vertebral con los dedos y se esmeró en erradicar su foco de dolor mientras crecía la necesidad de extender las caricias a otras zonas de su cuerpo.

—Zoe.

—Dime.

—¿Te preocupa algo?

—¿Por qué me haces esa pregunta?

—Porque desde el martes te noto un poco... triste y abatida.

Su silencio fue tácito.

—El lunes por la noche me encontré en el buzón una postal de mi madre.

En ese momento en que sus manos le propiciaban el mayor placer del mundo, Zoe pensó que podía obtener de ella casi todo lo que se propusiera. Incluso una confesión sobre sus problemas más personales.

—¿Desde Nashville?

—Sí.

Despejó su nuca y oprimió los músculos adyacentes. Deseó besarla, recorrerle el cuello con los labios hasta dejar en la piel su impronta.

—¿Y qué es lo que dice?

—Que las cosas le van muy bien por allí, pero que su novio necesita mil dólares para que le dejen grabar las maquetas de sus canciones en el estudio de grabación. Anoche me telefoneó para que le dijera cuándo podían pasarse por aquí para recoger el dinero. Estaba borracha como una cuba. —Hizo una pausa e inclinó la cabeza hacia delante. Comprobó que hablar de aquello era menos dramático si lo compartía con él—. Por supuesto, le dije que no iba a pagarle ni un centavo y mucho menos para que se lo gastase su novio, y ella se puso como una energúmena. Me llamó de todo. Lo más amable que me dijo fue que era una mala hija. —Nick escuchó el sonido apagado de una risa triste—. Su novio, el tal Joe, estaba al lado escuchando la conversación porque le arrancó a mi madre el teléfono de las manos y me dijo que fuera preparando la pasta, que el martes de la semana que viene se pasarían a

recogerla.

—Qué hijo de puta —blasfemó.

—Y yo le dije que podía ahorrarse el viaje porque el dinero no iba a estar esperándole. Entonces me amenazó.

—¿Te amenazó? —Nick interrumpió el masaje. La sangre se le estaba caldeando. Salió de detrás de su espalda y se apoyó en la mesa de Zoe para mirarla de frente—. ¿Qué te dijo?

—Que era una puta egoísta y que no le deseaba el bien a mi madre. Yo le dije que sus chantajes psicológicos me entraban por un oído y me salían por el otro y él se enfureció un poco más. Dijo que si no quería meterme en problemas, que preparara mil dólares para el martes. Que me atuviera a las consecuencias de lo contrario. Y colgó.

Zoe tomó aire hasta henchirse los pulmones y lo dejó escapar con lentitud. Se la veía muy angustiada.

—Estoy harta, Nick. Ahora no solo he de ocuparme de los problemas de mi madre sino que también tengo que resolver los de ese... desgraciado que ha metido en mi vida —replicó con furor.

Nick le acarició un hombro de manera confortable y luego le elevó el rostro, empujando la barbilla con los dedos.

—Le esperaremos juntos. De ninguna manera vas a enfrentarte tú sola a ese cretino.

A ella le brillaron los ojos. Nick no sabía si de rabia, de aflicción o de gratitud. Quizás era un compendio de las tres emociones.

—Pensaba... pensaba decírselo a Aidan.

—Dijiste que tu hermano estaba en Arkansas. No es necesario que le hagas venir hasta aquí para que lo ahuyente. Te aseguro que yo le pondré la misma intención.

—No quiero verte involucrado en este asunto, Nick. —Negó.

—Ya lo estoy.

La convicción que mostraban sus ojos azules dejó a Zoe temblando. Tenía miedo de lo que estaba comenzando a sentir por él. Sus emociones eran demasiado impetuosas. Se le ceñían al pecho, al estómago y no la dejaban respirar. Le sostuvo la mirada tanto como le fue posible y entendió que la preocupación de Nick era tan real como su determinación a apoyarla en lo que hiciera falta.

Pero, ¿por qué se tomaba tantas molestias?

Agobiada, se levantó de la silla como un resorte y cruzó los brazos sobre el pecho. Su silla giratoria se estampó contra la pared de detrás.

Se lo preguntó.

—¿Por qué insistes en ayudarme? Este asunto es muy delicado y tú y yo apenas nos conocemos.

—Porque me importas, Zoe.

Ella negó despacio.

—No... no puedo importarte. —Sus delgados brazos se cerraron más en torno a su pecho, como si tuviera frío—. ¿Cuánto tiempo hace que trabajamos juntos? ¿Dos semanas?

—Hemos compartido muchas cosas en estas dos semanas.

—Sexo. Es lo único. —Se encogió de hombros.

Era demasiado apasionada para aparentar frialdad y resultar convincente. Estaba alterada. Él, por el contrario, no podía estar más tranquilo.

—Te lo preguntaré de otra forma. ¿Yo te importo a ti?

Se quedó muda.

—No —mintió, al cabo de un instante.

A Nick se le formó una perezosa sonrisa.

—Entre tú y yo hay algo más que sexo. Los dos lo sabemos. —Se irguió en toda su estatura y ella pareció hacerse más pequeña—. De lo contrario, tú no pondrías tanto empeño en evitar que nos quedemos solos, y yo no estaría esperando con una paciencia que nunca he tenido a que tu necesidad de estar conmigo se haga más fuerte que la de salir corriendo.

Le encantaba cuando la desarmaba. Apretó la mandíbula con testarudez.

—Me importas. —Le repitió, para desestabilizarla un poquito más—. Así que esperaremos juntos a ese capullo y le daremos una buena patada en el culo como se le ocurra aparecer. Escucha, Zoe. Un buen amigo de mi padre es el propietario del mejor centro de desintoxicación que existe en todo Ohio. Muchos famosos alcohólicos y drogodependientes acuden a él para rehabilitarse. El porcentaje de éxito es del noventa por cien. Le pedí que hablara con él, yo estuve presente en la conversación mientras jugábamos una aburrida partida de golf, y por amistad a Harrison, aceptó hacerle un buen precio a tu madre, no más de lo que estás pagando en otras clínicas. Si pudieras convencerla, tendrías las puertas abiertas.

A Zoe se le cubrieron los ojos de lágrimas y se olvidó de continuar apretando la mandíbula.

Suspiró y le dio la espalda. Nick vio su reflejo en el cristal de la única ventana que había en la oficina. Zoe se frotó la cara, inmersa en un conflicto para el que parecía no encontrar solución. Él le otorgó su espacio y aguardó a que se recompusiera.

La reacción que tuvo Zoe fue la última que habría esperado aunque, de todas las posibles, fue la que más le satisfizo. Con diferencia.

Se dio la vuelta, acortó el espacio que les separaba en dos zancadas enérgicas y aplastó la boca contra la de él. Zoe volcó todo el peso de sus problemas en una procesión imparable de besos apasionados. La sangre entró en ebullición, el corazón le latió vehemente y las palmas de las manos que se movían ávidas sobre sus cabellos morenos se le cubrieron de sudor. Se frotó con su lengua de todas las maneras posibles, le mordisqueó los labios y devoró cada rincón de su boca hasta quedarse sin aire que respirar. Nick respondió a sus besos con la misma desesperada entrega.

—¿Tu casa o la mía? —le preguntó Zoe, jadeando contra sus labios.

Los ojos de Nick eran dos océanos embravecidos en los que ella quería ahogarse.

—La tuya está más cerca.

Durante el viaje a casa de Zoe, el único temor de Nick era que en los diez minutos de trayecto, a ella se le enfriara la mente y cambiara de opinión. Estaba claro que eran sus problemas personales los que la habían hecho estallar de ese modo tan delicioso e impulsivo. Sin embargo, no parecía que fuera a arrepentirse, ya que aprovechó la carencia de tráfico para conducir su Scoopy por encima del límite de velocidad. Nick la seguía en su coche a escasa distancia, con una considerable y molesta erección que ella había ocasionado con esos besos tan ardientes y arrebatadores. La perspectiva de tener sexo con ella le había acelerado las pulsaciones.

Maldijo entre dientes cuando Zoe se saltó un semáforo en ámbar y a él no le quedó otro remedio que detenerse.

Lo estaba esperando frente a la puerta del edificio. Los ojos oscuros, del mismo color que el chocolate puro, brillaban bajo la vaporosa luz de las farolas. Todavía tenía los labios hinchados y enrojecidos. En el ascensor, compartieron más besos fogosos. Nick le acarició los senos por encima de la blusa y ella le apretó los pétreos glúteos por encima de los vaqueros.

—Te deseo, Zoe.

—Y yo a ti. —Jadeó.

—¿Por qué tarda tanto en llegar el puñetero ascensor?

—Porque es un cacharro.

—¿Crees que podría sorprendernos algún vecino si te follo aquí mismo?

—Un montón. —Se lamentó.

El ascensor dio una sacudida, y la poca sangre que todavía le circulaba en el cerebro alertó a Zoe de que ya habían llegado a la sexta planta. Se separó de Nick y se recompuso las ropas por si acaso se encontraba con algún vecino en el corredor. Pero no había nadie.

Ya en su apartamento, encendió la lámpara de pie que había a la entrada. La luz ámbar creó un ambiente muy íntimo en el salón. Cerró la puerta con el pie. El fuego que desprendían sus miradas crepitaba en el aire.

—¿Quieres... tomar algo?

Le preguntó ella, al tiempo que pasaba los brazos alrededor de sus hombros y se pegaba a él. Nick presionó su erección contra el vientre terso al tiempo que metía los dedos en la cinturilla de su falda. Le bajó la cremallera y fue deslizándola sobre sus caderas y muslos hasta que cayó al suelo. Zoe notó la atmósfera más tibia del salón en la piel desnuda.

Le bajó las bragas. Le ahuecó las nalgas con las palmas de las manos y friccionó la carne turgente al tiempo que dibujaba sus labios con la lengua.

—Esto es todo lo que quiero.

Ella se salió del círculo de ropa que se arremolinaba en torno a sus pies y

maniobró con la abultada cremallera de sus vaqueros. Susurró su nombre con la voz entrecortada cuando él internó los dedos en su sexo. Sus caricias la abrasaron. La volvieron loca. No dejó de besarle, ni siquiera cuando Nick necesitó espacio para sacarse los zapatos, los pantalones y la ropa interior.

Quedó deliciosamente atrapada entre la pared y su cuerpo. Él le levantó los brazos por encima de la cabeza y se tomó unos segundos para embeberse de la necesidad física que Zoe tenía de él.

—Has convertido los últimos días de mi vida en una tortura, Zoe. Me estaba volviendo loco por tenerte así. —Le mordisqueó el cuello y lamió la piel bajo la que notaba sus apresurados latidos.

—Pues deja de hablar y... hazlo.

Ella era tan manejable que la subió sobre sus caderas sin el menor esfuerzo. Zoe le rodeó la cintura con las piernas y se sujetó a sus hombros. La besó, sus lenguas se frotaron en un beso salvaje, y Nick absorbió un gritito de éxtasis que escapó de sus labios al sentir el primer pinchazo de placer. El glande se empapó y abrasó con su calor. Se deleitó con lo prieta que era. Luego empujó y Zoe engulló ansiosa cada centímetro de su polla.

—Nick... —Se separó de su boca y enredó los dedos entre los mechones de su cabello. Le acarició la barba. Se lo comió con la mirada—. Eres tan guapo... —Quiso haberle dicho algo mucho más profundo pero el miedo se lo impidió. Acercó los labios a su boca y susurró—. Fóllame.

La necesidad dolía. Quemaba. Satisfacerla urgía tanto como respirar oxígeno, y Nick acometió el exquisito cuerpo de Zoe con toda la fuerza de su pasión. Perdió la noción del tiempo. El cerebro se le oscureció. Solo existía el suave aroma que desprendía su cabello; el tacto de su piel caliente y resbaladiza; el sonido enardecido de sus jadeos y del choque constante de sus pelvis; la visión de sus ojos oscuros en los que ya centelleaba la proximidad de su clímax. El sabor sus besos tórridos e insaciables.

Zoe se estremeció, suplicó, gimió. Una ola de placer salvaje la arrastró hacia el abismo pero él no la dejó sola. Nick doblegó sus energías y bombeó más rápido, más fuerte, más duro, hasta que alcanzó su mano y saltó con ella.

Físicamente estaba agotada, pero por dentro nunca se había sentido tan completa y dichosa. Los minutos avanzaban inexorables hacia la madrugada pero no quería dormir, prefería quedarse despierta durante toda la noche, abrazada a Nick, con las piernas enredadas y las caricias de él haciéndole cosquillas en la espalda. Desde hacía un buen rato compartían un silencio cómplice y acogedor, una cama que había sido testigo del mejor sexo que podía tenerse y un vínculo que se había fortalecido en las últimas horas.

La palabra vínculo le originaba emociones contrapuestas, pero no estaba dispuesta a romper la armonía de aquel momento calentándose la cabeza.

—Supongo que deberíamos dormir unas horas si pretendemos rendir en el

trabajo, pero me cuesta cerrar los ojos y perderme las vistas. Tú sí eres hermosa, Zoe. —Nick le acarició el cabello. Ella esbozó una sonrisa relajada—. ¿Recuerdas que te hablé de la cabaña que tiene mi padre a orillas del lago Erie, en Crystal Rock?

—Sí. Cuando querías ser periodista del *National Geographic*.

—Está a una hora de camino. Mañana por la tarde podríamos ir allí y pasar el fin de semana juntos. Solos tú y yo. —Repasó la sensual curva de sus labios con el índice—. ¿Qué opinas?

Zoe se esforzó por contener el entusiasmo.

—Me gustaría —admitió.

—Bien. —Sonrió Nick.

—Bien. —Le imitó ella.

Nick se deslizó sobre las sábanas para besarla. Fue un beso tierno y cariñoso que a Zoe le caldeó el corazón. No era del estilo que solían compartir las personas que solo estaban interesados en mantener una relación sexual. Al menos, eso era lo que a ella le transmitió.

Se despertó al alba. La suave luz del amanecer se colaba por la ventana y mostraba los perfiles grisáceos de sus muebles. Y a Nick. Estaba a los pies de la cama, colocándose la camiseta por encima de los hombros. El resto de su ropa estaba desparramada por el suelo del salón.

—¿Te he despertado? —susurró.

—No, no lo has hecho.

—Vuelve a dormirte, todavía es temprano. —Se acercó al lado de la cama donde Zoe yacía, se arrodilló en el suelo y le dio un beso en los labios—. Me marcho a casa. Tengo que darme una ducha, cambiarme de ropa y preparar una bolsa de equipaje. —Zoe le pasó las manos por detrás de la cabeza y lo empujó hacia ella para demandar otro beso.

—Pensaba que quizás te habrías arrepentido y que por eso echabas a correr —murmuró, con la voz somnolienta.

—¿Arrepentirme de tenerte para mí durante un fin de semana entero? Ni de coña, cariño.

Crystal Rock era una de las zonas turísticas de Ohio más frecuentadas por aquellos a los que les gustaba el *camping* al aire libre o bien hospedarse en alguna de las múltiples cabañas que salpicaban la costa cercana al lago Erie. Se extendía sobre hectáreas de terreno verde y boscoso que ofrecía múltiples actividades para los turistas, como pistas de voleibol, rutas de senderismo, alquiler de barcos, parques infantiles, espacios abiertos de pícnic... Aunque si ibas allí en busca de privacidad e intimidad también podías encontrarla, pues algunos disponían de viviendas en propiedad que estaban lo suficientemente alejadas las unas de las otras para no molestar.

Como la del padre de Nick.

Su enclave en una pequeña ensenada del lago Erie era maravilloso. Estaba rodeada de árboles y de una espesa vegetación que olía a madreselva. Justo enfrente, un bote de madera se mecía con suavidad junto al bonito embarcadero que se adentraba en las aguas más azules que Zoe hubiera visto nunca.

Era un lugar idílico. Como no fuera con cuidado, cuando terminara el fin de semana estaría tan enganchada a Nick como un adicto a la heroína.

La cabaña era encantadora. El espacio se distribuía en dos dormitorios, un salón muy amplio, un baño y una pequeña cocina. Le sorprendió que estuviera amueblada con tanto esmero. No le faltaba detalle. Incluso había una lavadora y una secadora en un pequeño cuarto anexo a la cocina.

Dejaron las bolsas de equipaje en el dormitorio más grande y pusieron sábanas limpias que Nick tomó del armario empotrado. La luz del atardecer entraba por la ventana orientada al lago mientras ondeaban las sábanas y las dejaban caer sobre el colchón. La atmósfera era ocre, estaba bañada de magia. Zoe se sentía como si un mago les hubiera hechizado con un toque de su varita mágica.

Hasta que encontró unas bragas de encaje en el interior del cajón de la mesita de noche.

—Nick.

—Dime.

Las tomó de un lateral y se las mostró, balanceándolas en el aire. Él las observó con una pizca de ironía al tiempo que ahuecaba la almohada.

—¿Traes a muchas chicas aquí? —preguntó sin acritud. No quería que notara que imaginarlo con otras mujeres le molestaba muchísimo.

—Deben de ser de Julia, o tal vez de Eve, o de Yessica. No, espera, el color morado es el favorito de Courtney.

Zoe entornó los ojos y lo fusiló con la mirada.

—Es increíble que te acuerdes de sus nombres. Pensaba que todas tus conquistas eran chicas de una sola noche.

—¿Estás celosa?

—¿Celosa de mujeres que utilizan esta lencería tan... hortera? —Al menos, aquellas bragas lo eran. Estaban cargadas de lacitos y transparencias—. Por favor...

Nick sonrió entre dientes.

—En los últimos cuatro años apenas he venido por aquí y cuando lo he hecho ha sido solo. Son de Courtney, la actual novia de mi padre. Dice que le encanta el color morado. Él suele contarme sus aventuras con todo lujo de detalles. —Zoe dejó caer las bragas en el interior del cajón y Nick rodeó la cama—. Ven aquí, anda.

La rodeó por la cintura y la pegó a su cuerpo.

—Me gusta verte celosa.

—No me he puesto... —suspiró. ¿Para qué iba a negarlo si se le notaba a la legua?— Me desagrada la sensación de ser... un nombre más que engrosa una lista.

—Apoyó las manos en sus costados. Él se balanceó con ella y después le dio un sonoro beso en los labios.

—No tengo ni idea de hacia dónde nos llevará esto, pero suceda lo que suceda, tú ya eres mucho más especial que un nombre en una lista. —El marrón de sus ojos pareció fundirse—. Y ahora dime, ¿qué te apetece hacer? ¿Damos un paseo y te enseño los alrededores antes de que oscurezca?

Se adentraron en un sendero que discurría paralelo al perímetro del lago. Él la tomó de la mano. Al cabo de unos pocos minutos, a ella le apeteció un contacto más estrecho y le pasó un brazo por la cintura. Nick le estuvo contando anécdotas de cuando era un crío y acudía a Crystal Rock con su padre —y, por regla general, con alguno de sus ligues—. Solía juntarse con los chavales de su edad que acudían al campamento cercano, y se pasaban todo el tiempo ideando una travesura tras otra. Por todas partes había un recuerdo, un suceso divertido, una historia que contar. A Zoe le encantaba escucharle. Sus vivencias más inocentes le acercaron a un Nick entrañable que terminó de fundirle el corazón.

Aunque no todo lo que le contó fue, precisamente, inocente.

—En aquella cala de allí fue donde perdí mi virginidad. —Señaló un recodo muy resguardado de la vista—. Se llamaba Martha, era una chica que acudía al *camping* con sus padres todos los veranos. Nos estrenamos juntos y nos gustó tanto que nos pasamos el resto del verano follando, pero al año siguiente ella ya no regresó. Nunca más volví a verla.

—¿Qué edad tenías?

—Catorce. Ella acababa de cumplir diecisiete. Fui un chaval muy precoz.

—¡Y que lo digas!

—¿Cómo fue tu primera vez?

—Un auténtico desastre.

—¿Con quién fue?

—Con un compañero de Universidad. Alguien a quien enaltecí erróneamente. Ya sabes, la típica historia de la chica tímida y estudiosa a la que el chico popular no le hace ningún caso. En el tercer año decidió prestarme atención. Me pidió que saliéramos juntos, así que figúrate mi emoción. Aun así le hice esperar cuatro o cinco meses para tener relaciones sexuales. Cuando llegó el momento pensé que sería la bomba, lo había idealizado tanto... —Se echó a reír—. Dios, ¡qué desastre! Me dolió muchísimo pero a él le importó un pimiento. Fue a lo suyo. Empujó tres o cuatro veces y ahí acabó todo. Y encima tuvo la desfachatez de preguntarme si me había gustado.

—Joder...

—Después de aquello ya no volví a salir con él. De hecho, tardé un año en volver a tener relaciones sexuales porque pensaba que el sexo era un asco.

—Y cambiaste de opinión.

—Bueno, no estuvo tan mal, pero tampoco era lo que yo había imaginado.

—¿Y cómo lo habías imaginado?

—Pues... con explosiones de cohetes y fuegos artificiales.

—Yo veo explosiones de cohetes y fuegos artificiales cuando lo hago contigo.

Nick le sonrió y a ella se le agitó el corazón.

—Yo también los veo.

Ella le devolvió la sonrisa, tímida en su caso, y Nick la tomó del hombro y la estrechó contra su cuerpo.

Llegaron a un pequeño claro del bosque desde el que se apreciaba la estrecha boca de la ensenada. Al otro lado, se veían barcos de vela o a motor surcando el Erie. Zoe se detuvo para contemplar el paisaje.

—Qué bonito es esto. —Tenía la mirada extasiada—. Si tuviera una casa en un lugar tan fascinante, vendría todos los fines de semana.

—Podemos venir siempre que quieras.

Durante un instante mágico en el que se observaron con una de esas miradas que se empapaban en los detalles, Zoe consiguió olvidarse de que con un hombre con el bagaje sexual y sentimental de Nick Rayner, lo más probable era que solo fuera a tener una aventura pasajera. Incluso se olvidó de que en unos días, ella iba a hacer pública la historia que le había estado ocultando. No creía que reaccionara demasiado bien cuando se enterara.

«No pienses más allá del fin de semana», se dijo.

Capítulo 17

Regresaron a la cabaña cuando las sombras comenzaron a apoderarse del sendero. Las temperaturas también habían descendido algunos grados y la humedad acentuaba la sensación de frío.

Al salir de la oficina y antes de encaminarse hacia Crystal Rock, se habían detenido en un Walmart de las afueras para realizar la compra. A Nick no le gustaba la cocina, se preparaba la comida en casa cuando no le quedaba otro remedio, pero incluso esa tarea con la compañía adecuada resultó ser muy entretenida.

Él se encargó de hacer una ensalada mientras Zoe freía unos filetes. No podían dejar de hablar. De todo, de nada... Daba igual el tema de conversación que escogieran porque cualquiera resultaba de lo más interesante cuando lo debatían juntos. Que todas facetas de Zoe le resultaran tan atractivas era una novedad que asustaba un poco.

Troceó unas zanahorias y luego hizo lo propio con la lechuga. Tampoco podía dejar de mirarla. Se había recogido el cabello en lo alto de la cabeza y vestía un pantalón de algodón que, aunque holgado, le marcaba unas nalgas tremendamente *sexys*. Pensó en el momento en que se lo quitaría y se le hizo la boca agua.

Llevaron la cena al salón y la saborearon a la débil luz de las lámparas de pared que Harrison había hecho instalar sobre la mesa, y que recreaban un ambiente muy íntimo. Mientras daban buena cuenta de la ensalada, de los filetes y del vino tinto de una cosecha especial que su padre guardaba en el botellero, Nick abordó un tema del que ella hubiera preferido no hablar aunque supiera que, tarde o temprano, iba a salir a colación.

—Resulta que la doctora es íntima amiga del presidente de Ducantis, un tal Christopher Burstyn. También lo he investigado a él, por si acaso, pero está limpio. Sin embargo, tengo la sensación de que los tiros van por ahí. Mi intuición rara vez me falla. —Degustó un nuevo bocado del sabroso filete y luego lo bajó con un trago de vino. Ella se sentía peor por momentos—. Quiero regresar a Peebles. Estoy convencido de que es allí donde encontraremos más respuestas. ¿Me acompañarías?

Zoe dejó de masticar. De repente, el delicioso bocado de carne parecía haberse convertido en un trozo de estropajo que no había manera de tragar. Probó a pasarlo con un poco de vino, y así se dio tiempo a pensar en una respuesta.

Pero se había quedado bloqueada.

Lo miró a los ojos, sinceros, leales, transparentes... Su corazón le gritaba que se fiara de él. Su mente todavía le exigía que se anduviera con cuidado. Para bien o para mal, Zoe siempre solía hacer caso a la segunda.

Se aclaró la garganta y se limpió los labios con la servilleta.

—Yo...

El móvil de Nick vibró sobre la repisa de la chimenea. Él decidió ignorarlo pero quien quiera que fuese volvió a insistir.

—Discúlpame un momento. No sé quién puede ser a estas horas.

Zoe agradeció la interrupción. Temía haberse puesto a tartamudear mientras le contestaba y él habría notado que estaba escondiéndole algo. Intentó relajarse mientras él atendía la llamada. Por la conversación que mantenía, dedujo que se trataba de su padre. Zoe se secó las palmas sudadas en las perneras de los pantalones y suspiró profundamente. Se sentía fatal. Él le estaba poniendo al corriente de todo cuanto sabía y ella, por el contrario, callaba, se aprovechaba de su información y continuaba sus indagaciones por separado. Estaba contraviniendo todas sus convicciones pero... Volvió a observarle mientras charlaba y se movía con lentitud por el salón. Entonces se dio cuenta de que existía en ella una necesidad de compartir, de comunicarse con Nick, que iba mucho más allá del asunto de Peebles. Incluso más allá del contacto físico.

Regresó la atención a la ensalada cuando él cortó la llamada. Esperaría a ver cómo se desarrollaba el fin de semana y entonces se lo contaría todo con pelos y señales.

Algo más serena tras la determinación que había tomado, le sonrió cuando él ya se sentaba a la mesa.

—Mi padre y sus historias. Cree que estoy desaprovechando mi vida y que debería aceptar entrar a trabajar en alguna de las empresas de sus amigos ricachones.

—¿En prensa?

—No, qué va. En los departamentos comerciales. Mi padre insiste en que tengo una gran capacidad de convicción.

—Y tiene razón. Mira dónde estoy. —A Nick se le marcaron esos hoyuelos tan sexys bajo la barba—. ¿Y tú que le contestas? No he estado muy... atenta a la conversación.

—Que no voy a dedicarme a otra cosa que no sea el periodismo, claro.

—Te entiendo. Yo... prefiero redactar historias sobre avistamientos de ovnis que realizar cualquier otro tipo de trabajo, aunque me lo remuneraran mejor. Es lo único que sé hacer.

—Eso mismo es lo que le repito a mi padre una y otra vez, pero es duro de entendederas. —Tomó un trozo de pan de la cesta—. ¿Regresarías a cultura?

—¿Te refieres al hipotético caso de que mi carrera remontara?

—Lo hará, Zoe. Tienes veintinueve años y un talento que ya quisieran poseer muchos de los que llevan toda su vida dando noticias.

Zoe se encogió de hombros. Ella no era tan optimista aunque no podía negar que el «caso Peebles» le había insuflado algo de esperanza.

Se encogió de hombros.

—Si me ofrecieran una plaza en cultura la agarraría con los ojos cerrados. No estoy en disposición de ser exigente. Sin embargo, cuando cubría sucesos en aquellas

publicaciones locales que incluso tenían menos recursos que «La verdad está ahí fuera», era cuando me sentía más realizada. Sí, algún día me gustaría regresar a sucesos. —Pinchó un trozo de zanahoria y lo señaló con ella—. Tengo la sensación de que a ti también, de que cultura no es lo tuyo. No has hecho más que buscarte follones desde que dejaste el *Chicago Globe*. —Bromeó.

Nick enarcó las cejas y asintió con humor.

—No me arrepiento de dejar Chicago, necesitaba cambiar de aires y regresar a casa. Pero si lo más interesante que he hecho en cultura ha sido meterme en la cama de un par de celebridades, es que no merece la pena. —Luego se puso algo más serio—. Echo de menos la crónica negra.

—Las buenas noticias no son noticia.

Esa era la premisa que resumía el periodismo de sucesos y que ambos compartían. Nick acercó su copa de vino a la de ella y la instó a que hicieran un brindis.

—Por el periodismo, y por todas esas historias que están esperando a ser contadas.

Los vidrios chocaron y los dos bebieron sin apartar las miradas de los ojos del otro. Probablemente, Nick había dicho aquello sin segundas intenciones, pero Zoe se sintió como si acabara de leerle la mente. Por fortuna, él ya no volvió a sacar el tema de Rachel Owen o de Industrias farmacéuticas Ducantis, sino que compartieron historias sobre noticias que habían cubierto en sus respectivos trabajos a lo largo de los años.

Fue una conversación tan amena que ninguno tuvo prisa por finalizarla. Ya habían terminado de cenar y, sin embargo, se quedaron allí charlando hasta que acabaron la botella de vino.

La atmósfera del interior de la cabaña parecía haberse condensado. Los efectos del alcohol habían vuelto a Zoe mucho más desinhibida. Se la veía relajada, risueña, sensual... su lenguaje corporal enviaba a Nick señales tan poderosas que a duras penas podía permanecer sentado en la silla, con la mesa de por medio. Desde hacía rato se le hacía difícil contener la necesidad de tocarla y besarla.

Cuando esa necesidad se hizo insostenible, Nick le sugirió que continuaran la velada en el porche. Juntos retiraron la mesa y metieron los platos y los cubiertos en el lavavajillas. Después, mientras él cerraba la bolsa de la basura y salía por la parte trasera de la casa para depositarla en el contenedor, Zoe lo esperó en el porche delantero.

Se había puesto una chaqueta fina porque hacía algo de fresco en el exterior, pero enseguida se dio cuenta de que no iba a necesitarla. El vino la había hecho entrar en calor y las miradas sexuales y abrasivas de Nick le habían proporcionado muchas más calorías de las que necesitaba para combatir el descenso de temperatura. Apoyó las manos en la barandilla y se llenó los pulmones de oxígeno puro mientras oteaba el horizonte. Todo estaba muy oscuro, aunque una luna casi llena derramaba su luz

lechosa sobre los perfiles de los árboles y se reflejaba sobre las tranquilas aguas de la ensenada. Por debajo de un coro de grillos que se escuchaba en las cercanías, oyó los pasos de Nick que se aproximaban por su espalda.

Se estrechó contra ella y colocó las manos junto a las suyas. Zoe se estremeció. No era consciente de lo mucho que le deseaba hasta que notó que su calor y su dureza la envolvían. Al sentir su aliento tan cerca de su oreja quiso darse la vuelta pero Nick la retuvo, plantando las manos sobre las de ella.

—Tiembles —susurró—. Y, sin embargo, estás ardiendo.

Apoyó los cálidos labios sobre su nuca y la besó con ternura.

—Tú también ardes.

Zoe cerró los ojos y ladeó el cuello. Sus labios se movían como alas de mariposa sobre su piel hasta que decidió besarla con pasión. Con la punta de la lengua trazó dibujos de fuego que la tensaron de placer. Los pezones se le endurecieron cuando capturó el lóbulo de su oreja y lo chupó con fruición.

—¿Por qué, Zoe?

—¿Por... qué? —Gimió.

—¿Por qué quiero pasar cada minuto del día contigo? —Soltó sus pequeñas manos y acopló las suyas en su vientre. La atrajo a su pelvis y apretó el miembro entre sus nalgas. Ella reclinó la cabeza sobre su hombro—. ¿Qué tienes que no puedo sacarte de la cabeza?

La barba le hizo cosquillas en la mejilla. Zoe entreabrió los labios cuando los de él pasaron tan cerca de su boca, pero se desvió del camino para besarle la garganta.

—¿Qué tienes tú, Nick? ¿Qué te hace tan... tan especial?

—Yo no soy especial. Solo soy un tipo corriente que se siente invencible cuando está a tu lado. —Ella le acarició los cabellos con una ternura que nunca creyó ser capaz de utilizar con Nick Rayner—. Lo quiero todo de ti, Zoe.

Su voz sonó tan firme como la mirada que le brindó. El reflejo de la luz del salón resaltaba lo viriles y atractivos que eran sus rasgos. Lo azules e intensos que eran sus ojos. Lo verdaderos que eran sus sentimientos.

Sin embargo, ambos sabían la respuesta a sus mutuas preguntas. Era magia. Flotaba densa en el aire que respiraban. Se desprendía de sus miradas, de sus caricias y de sus besos. Y era mucho más que una incendiaria atracción sexual. Sus mentes estaban conectadas de un modo que abrumaba.

—Yo también lo quiero todo de ti, Nick —le dijo, con la misma firmeza con la que se había expresado él. Se giró entre sus brazos y le acopló las manos a ambos lados de la cabeza. Mientras se observaban con miradas hambrientas, Zoe sintió un pinchazo en el corazón—. Pero quererlo todo me asusta. —Le confesó.

—A mi también. Pero es bueno que asuste, cariño. Te hace sentir vivo.

Zoe se puso de puntillas para alcanzar su boca y le besó con pasión. Hasta entonces, los estímulos que se desprendían del contacto físico con Nick eran predominantemente sexuales, sin embargo, con el devenir de los días, se habían

agregado otros tanto o más potentes que los primeros. Zoe notó las mariposas en el estómago, la sintonía en el latido de sus corazones y la sensación de que su alma se fusionaba con la de él.

La alzó sobre su cuerpo y Zoe dejó de tocar el suelo.

—Nick... —Zoe le acunó la cara. Él se las apañó para abrir y cerrar puertas sin soltarla a la vez que la miraba con deseo y adoración—. Quisiera darme una ducha antes de... ya sabes —susurró.

—No hay problema. La ducha es uno de mis lugares favoritos para hacer el amor. «Hacer el amor».

Por fin, una expresión de Nick que se ajustaba a lo que ella estaba sintiendo.

Se durmió pensando en el vapor aromático, en el agua caliente y en las pompas de jabón que habían formado regueros en sus cuerpos. Sus manos habían repasado cada músculo resbaladizo de Nick y las de él habían ahuecado sus senos, sus nalgas, habían recorrido cada curva. Zoe se recordó de cara a las baldosas, con las palmas aplastadas sobre los azulejos verdes mientras recibía sus embates desde atrás, fuertes, duros, sin contemplaciones. El cabello mojado fustigándole la cara y los senos agitándose con cada recia sacudida. Él le estimuló el clítoris, sabía perfectamente de qué forma le gustaba que lo hiciera, y ella sintió que la cabeza se le nublaba. Las piernas le temblaron como si el suelo oscilara, pero él la sujetó con firmeza por las caderas y aceleró las últimas embestidas hasta que ella se corrió entre lágrimas de placer. Y cuando se sintió tan desfallecida que creyó que las piernas se le doblarían, él se había salido de ella y había manejado su cuerpo como si fuera una marioneta en sus manos.

Entonces había mirado a Nick de frente, mientras él la empotraba contra las resbaladizas baldosas verdes y se aplastaba contra ella, y al descender la mirada hacia su miembro inflamado y palpitante, había descubierto que todavía quería más de él.

Y él le había dado más. Mucho más.

Su pasión parecía inagotable. Sus rostros demudados en un perpetuo gemido de éxtasis. Con cada vigoroso golpe de cadera había temido que el placer la partiera en dos. Recordó que se había sujetado a la barra de la que colgaba la cortina y que había jadeado fuerte y alto, sin miedo a que alguien la escuchara. También rememoró el sonido de sus roncosp jadeos arrullándole los oídos y cómo el placer les alcanzó a la vez. Salvaje, violento, desmedido.

Pero hacer el amor con Nick podía ser tan dulce como lujurioso y descarado; y, ya en la cama, se habían amado de ese modo sereno y afectivo que despertaba sentimientos mucho más profundos. Con cada caricia, con cada beso, con cada cálida mirada, Zoe había sentido que lo quería, que él la quería.

Que ambos se pertenecían.

Zoe no habría sabido definir su estado físico mientras iba quedando atrapada en

las redes del sueño. ¿Deliciosamente dolorida? ¿Dolorosamente plena? Su estado mental era todavía más difícil de calificar. Se arrebujo contra Nick y enlazo los dedos a los suyos. Sin embargo, cuando él la besó en la cabeza y le dio las buenas noches, ella lo tuvo más claro.

Cuando abrió los ojos a la oscuridad el corazón le latía deprisa. Parpadeó confusa y se removió bajo la sábana en busca de la fuente de su inquietud. Nick dormía a su lado, el resplandor de la luna se colaba por la ventana abierta e iluminaba vagamente el dormitorio. Todo estaba en orden. Escuchó el canto de los grillos, el murmullo del viento, respiró el olor a madreSelva... La calma era infinita; y, de repente, volvió a producirse el extraño chasquido que la había despertado con el corazón en un puño.

Se incorporó sobre los codos y afinó los oídos. Animalillos del bosque que salían de noche de sus madrigueras. Seguro que se trataba de eso. No estaba acostumbrada a dormir en plena naturaleza. Sin embargo, la mente espesa por el sueño se le despejó de golpe en cuanto escuchó los susurros. Voces de personas. Forcejeos en la puerta de la entrada.

—¡Nick! —Con voz de alarma, zarandó su cuerpo desnudo hasta que despertó con un gruñido—. Despierta, Nick.

—¿Qué demonios... qué sucede?

—Alguien está intentando entrar en la casa. —Zoe saltó de la cama, encendió la lamparilla de noche y buscó algo de ropa que ponerse.

—¿Cómo que alguien está intentando entrar en la casa? —Sus ojos somnolientos la miraban como si acabara de perder el juicio.

—Shhtt. Escucha. —Ella alargó un brazo hacia la puerta del dormitorio.

Esperaron un segundo, tal vez dos. Más forcejos. Ahora sin miramientos. Quien quiera que estuviese intentado entrar debía de haberles escuchado hablar porque ya no se anduvo con cautela.

Nick reaccionó.

Si se hubiese tratado de su padre o de Kelvin, habrían utilizado la llave a menos que la hubiesen perdido, en cuyo caso, tal vez hubiesen forzado la cerradura. Pero era imposible que fuera alguno de los dos ya que estaban juntos en una cena de negocios en Niagara Falls. Saltó de la cama y agarró en el aire la ropa que Zoe le arrojó. Se vistieron a toda prisa con el corazón al galope, pero no hubo tiempo de buscar un arma con la que defenderse de los supuestos ladrones, ¿con qué otra intención si no, estaban asaltando la casa a las cuatro de la madrugada?

La puerta de la entrada a la cabaña dio un fuerte golpazo contra la pared y, a continuación, resonaron pasos rápidos que se dirigían hacia el dormitorio.

—¡Métete en el armario!

Pero a ella no le dio tiempo a obedecer su susurro exigente. Dos tipos que empuñaban pistolas plateadas cruzaron el umbral y los apuntaron con ellas, como si

fueran un par de delincuentes. Él habría luchado cuerpo a cuerpo contra cualquiera que tratase de usurpar su propiedad o para proteger a Zoe, pero la visión de las dos armas automáticas le obligó a alzar las manos en señal de paz. Le llamó la atención que los supuestos ladrones no vistiesen ropas negras ni pasamontañas, sino que llevaban pantalones de pinza y camisas. Y mucha gomina en el pelo. Parecían un par de ejecutivos un poco pasados de moda.

Buscó a Zoe con la mirada. Se apretaba el pecho con la palma de la mano y estaba muy asustada. Le pidió que se tranquilizase.

—No hay dinero ni joyas en la casa, es vacacional. Lo único que puedo ofrecerlos es calderilla. —Les dijo, intentando resultar firme—. Solo hemos venido a pasar un par de días.

—No somos dos vulgares ladrones. —Habló el más alto de los dos. A continuación, hizo un movimiento con el arma, señalando a Zoe, y la instó a que se reuniera con Nick. Ella abandonó el inútil refugio que le proporcionaba el rincón del armario y acudió a su lado. Ya había visto antes un arma de verdad, pero era la primera vez que una le apuntaba. Dos en realidad. Nick le pasó un brazo protector por la cintura que no logró tranquilizarla—. Nick Rayner y Zoe Carpenter, ¿verdad?

Nick asintió.

—¿Quiénes sois y qué diablos queréis?

—Industrias farmacéuticas Ducantis, ¿os suena de algo? Yo diría que sí. —Se presentó el más bajito, el del cabello rubio y la nariz prominente.

Nick no pudo mostrarse más desconcertado con la información. Por el contrario, a Zoe se le descolgó el estómago hasta los pies.

—Venga, andando. —El más alto se retiró de la puerta para dejarla libre—. Vamos a dar una vueltecita por el campo.

—Un momento. Creo que me estoy perdiendo algo. —Nick se negó a dar un solo paso hacia delante—. Conozco a la farmacéutica de oídas pero no tengo ni puñetera idea de qué estáis haciendo en mi casa ni por qué nos apuntáis con vuestras armas. ¿Alguno podría explicármelo?

El tipo rubio rio entre dientes.

—Nos tomas por idiotas, ¿verdad?

—Nunca tomaría por idiotas a un par de tipos que me están encañonando.

—Entonces es que te crees muy listo.

—Los periodistas sois un incordio. —Intervino el otro—. Siempre andáis metiendo las narices donde nadie os llama. Y ese afán vuestro de sacarlo todo a la luz, a veces tiene consecuencias indeseadas.

—Venga, basta ya de tanta cháchara. —El rubio se mostró impaciente—. Sacad los culos de la habitación y vamos a dar un paseo.

—No iremos a ningún sitio a menos que nos expliquéis qué sucede con Ducantis y que cojones queréis de nosotros.

—¿Te vas a poner gallito? —El rubio frunció los delgados labios y luego cabeceó

—. Podemos hacer esto de dos maneras: por las buenas o por las malas. Si decidís hacerlo por las malas, os aseguro que va a ser doloroso.

—Iremos con vosotros. —Intercedió Zoe, que estaba cada vez más nerviosa. Él la miró con ceño—. Tienen armas, Nick.

Antes de salir de la cabaña, el tipo alto le pidió a Nick las llaves de su coche. A él no le quedó otro remedio que entregárselas. Después, a punta de pistola, les condujeron al exterior. Fuera había una furgoneta oscura con cristales tintados aparcada junto al Jeep. El rubio se aproximó a ella, trasteó en la guantera y sacó un rollo de cinta adhesiva mientras el alto les apuntaba, advirtiéndoles que dispararía como se les ocurriese hacer un movimiento en falso.

Les ataron las muñecas. Le dieron tantas vueltas a la cinta plástica que Zoe sintió que se le detenía la circulación. Notó calambres en el estómago y las náuseas le subieron hasta la garganta. Pensó que iba a desmayarse de un momento a otro. No podía encajar tanta tensión. Si al menos hubiese puesto a Nick en antecedentes...; él, por el contrario, se mostraba más atónito que asustado.

Los tipos les obligaron a subir a la parte trasera de la furgoneta.

—¿Dónde nos lleváis? —preguntó él, aun a sabiendas de que no iban a decírselo.

—Ya lo sabréis cuando llegemos.

Cerraron la puerta y la oscuridad engulló el angosto espacio interior. Había una mampara protectora que separaba la cabina, a la que el tipo rubio se encaramó para colocarse detrás del volante. La furgoneta dio una sacudida antes de ponerse en marcha y el potente motor del Jeep rugió junto a la furgoneta. Lo continuaron escuchando mientras se adentraban en el terreno asfaltado.

A Nick se le había acostumbrado la vista a la oscuridad. La luna había descendido y alcanzaba la ventanilla tintada del vehículo. El reflejo blanquecino iluminaba a Zoe y le daba una apariencia fantasmal. Estaba pálida como el papel.

—¿Cómo estás? —Le preguntó por lo bajo. No quería que les escuchasen hablar.

—Asustada.

Nick vio el movimiento de su garganta al tragar saliva, y se preguntó por qué en ningún momento se había mostrado desconcertada con la identidad de sus asaltantes.

—¿Qué demonios quiere Ducantis de nosotros? Lo único que hemos hecho ha sido fisgonear en las cuentas bancarias de la doctora y comprobar que es accionista de la farmacéutica. —Zoe no le miraba y su silencio preocupó a Nick—. ¿No es así, Zoe?

Ella suspiró al tiempo que negaba con la cabeza.

—No, no es así. —La voz le tembló.

—Y... ¿me puedes explicar cómo es entonces?

—Yo... —No tenía que haber sido de ese modo. Ahora nunca creería que pensaba contárselo todo de regreso a Cleveland. Tampoco era el momento de venirse abajo. Los tipos de Ducantis les estaban amenazando con armas de fuego y les conducían a alguna parte con a saber qué intenciones—. No pienso ponerte en peligro, Nick.

—Por si no te has dado cuenta, ya estoy en peligro. Los dos lo estamos.

Ella cabeceó y volvió la cara hacia la cabina.

—¡Oiga! —Le gritó a la silueta borrosa del conductor. No recibió respuesta, pero continuó gritándole—. Mi compañero está al margen de todo. Él no tiene ni idea de lo que está sucediendo, así que exijo que le suelten ahora mismo.

—¿Pero qué coño estás haciendo? —Nick la obligó a que callara con una mirada ominosa.

—Es lo justo, Nick. —Volvió a la carga—. ¿Ha escuchado lo que le he dicho?

—Lo he escuchado, guapa, y me parece muy heroico de tu parte. ¿Desde cuándo es la chica la que intenta salvarle el culo al chico? Debería darle vergüenza, señor Rayner. —Se mofó.

—Zoe, déjate de chorradas y cuéntame ahora mismo de qué va todo esto. —Le exigió él, en un susurro áspero.

Zoe cerró los ojos. Sus secretos la habían estado mortificando, pero aquello no era nada comparado con el modo en que iba a desverlárselos. Suspiró hondo y volvió a abrirlos.

—He descubierto que Industrias farmacéuticas Ducantis está cometiendo un delito reiterado contra la salud pública en Peebles.

Necesitó unos segundos para digerir la información. Zoe percibió con pesadumbre que su confusión inicial fue desapareciendo de sus rasgos. En su lugar, la decepción, la incomprensión, incluso la desolación, brillaron con furor en sus ojos. Las sombras azuladas acentuaron cada emoción.

—¿Cuándo?

—Cuando todavía estábamos en Peebles.

Más decepción. El semblante se le endureció como el granito.

—¿Cuándo todavía estábamos en Peebles? —Ella bajó los párpados y él le espetó furioso—. ¿Tenías pensado contármelo en algún momento, Zoe?

—Sí, pensaba decírtelo este fin de semana.

—Pues parece que llegas un poco tarde, ¿no crees? ¿Qué demonios pretendías?

Zoe apretó los dientes con fuerza y él lo entendió todo.

—Ah, ya sé. Pensabas contar la historia tú sola. Me dejaste al margen para asegurarte de que... ¿no te la robara? ¿Es eso?

—Nick, yo...

—Joder... Claro que es eso. —Una sonrisa escabrosa indicó que su confianza en ella acababa de romperse en un montón de fragmentos. Nick a duras penas lograba continuar sentado, con las manos sujetas detrás de la espalda, pero tampoco podía ponerse en pie dado lo reducido del espacio. Apoyó la cabeza en la chapa y sintió el vaivén del vehículo enmarañándole un poco más las ideas—. Si salimos de esta, te doy mi palabra de que podrás colgarte todas las medallas tú solita, Zoe. Pero resulta que unos tipos armados han entrado en mi casa, me han sacado de la cama y me han obligado a que los acompañe sin tener ni puñetera idea de lo que se proponen ni de lo

que sucede. —Se irguió y se inclinó hacia delante. La escrutó con una mirada lacerante y se olvidó de bajar el tono—. Ya que has puesto en peligro no solo tu seguridad, si no también la mía, creo que estoy en mi derecho de que desembuches de inmediato todo lo que sabes.

Zoe lo hizo sin más dilación. Con la mirada desenfocada en la ventanilla, a través de la cual la luna asomaba y desaparecía intermitente tras las copas de los árboles de Crystal Rock, comenzó por la noche en la que sorprendió a los dos trabajadores de Industrias farmacéuticas Ducantis en lo alto del depósito torre del agua. Continuó con el descubrimiento de las pastillas sin receta médica y sin prospecto que tomaba la señora Roberts. Le habló de los informes de Hilary Munn, de las sustancias que había detectado tanto en el agua potable como en las pastillas de la anciana hospedera. Le relató el contenido de sus conversaciones telefónicas con Frank el camionero, Lisa, la chica que había visto arder su casa y la señora Matusow, así como las reacciones de cada uno de ellos a sus preguntas. Por último, mencionó en informe de la FDA que estaba esperando.

—Supongo que Matusow y Lisa, o cualquiera de las dos, dio a la doctora Owen el chivatazo de que andaba haciendo preguntas sobre las pastillitas blancas que receta. Dijiste que Owen era íntima amiga del presidente de la compañía, así que... —Sacudió la cabeza. Estaba asustada, avergonzada consigo misma y muy arrepentida con Nick—. Había momentos en los que quería contártelo todo pero había otros en los que... me asaltaban las dudas. Así que he dejado que transcurran los días. Quería estar cien por cien segura de que podía confiar en ti. —Nick movía la cabeza, nada de lo que le decía le convencía—. Iba a decírtelo. —Insistió—. Durante la cena he estado a punto de hacerlo pero tu padre te telefoneó y después... yo... Lo siento.

—¿Crees que tus disculpas me importan ahora? Por si no te has dado cuenta, estamos bien jodidos, Zoe.

Ella se mordió los labios.

—¿Qué crees que... pretenden hacernos?

—Taparnos la boca. —Continuó siendo duro en sus respuestas.

—¿Y cómo supones que piensan... hacerlo?

—Librándose de nosotros, claro. ¿Cómo si no?

Un escalofrío gélido le recorrió la columna vertebral.

La furgoneta comenzó a ascender por una pendiente inclinada durante al menos un par de minutos. Nick conocía bien la zona y reconoció el terreno por el que se movían. Pero, ¿por qué subían hacia el mirador del lago? Comprendió entonces el motivo por el que el tipo alto los seguía en su coche en lugar de hacerlo en la furgoneta. El modo en que pretendían librarse de ellos le heló la sangre.

Se incorporó como pudo y trató de no hacer ruido mientras se acercaba a la puerta trasera. Encontró el tirador y se puso de espaldas para tantearlo con las manos. Metió los dedos en la palanca y tiró de ella hacia delante pero la puerta no se abrió. Habían accionado el cierre automático. Nick no se rindió, lo siguió intentando bajo la

desesperada mirada de Zoe.

De repente, el vehículo recuperó la posición horizontal y las ruedas se salieron del asfalto para circular por una zona de gravilla. Por fin se detuvo. El Jeep también lo hizo.

Capítulo 18

Nick no se había equivocado. Los tipos de Ducantis los habían llevado a una zona que se elevaba unos quince metros sobre el nivel del lago, y desde la que podían contemplarse unas vistas fascinantes por el día. De noche no se veía nada, pero se sentía la brisa húmeda y se escuchaba el suave murmullo de las olas.

Les obligaron a salir del vehículo amenazándoles con las armas. Un enfrentamiento cuerpo a cuerpo seguía siendo inviable, sobre todo porque tenía las manos atadas.

—Para que lo sepáis, aunque no os va a hacer falta allá donde váis, esta tarde un par de colegas se han ocupado de registrar vuestras viviendas mientras vosotros dabáis un paseo romántico por el bosque. Espero que no os importe que hayan requisado vuestros ordenadores y vuestros discos duros. Como supondréis, no podemos dejar ningún cabo suelto. —Habló el tipo alto, al que el viento le despeinó el cabello relamido a pesar de la gomina—. Ah, también se han apoderado de los ordenadores de la oficina en la que trabajáis. Como no sabíamos cuáles eran los vuestros, se han llevado todos los que había.

Zoe ahogó un gemido. Le espantó mucho más que hubieran allanado la casa de Nick y la redacción de la revista, que su propia casa. Brandon, Danielle y Craig, ellos tampoco tenían culpa de nada y se horrorizarían cuando lo descubrieran. Algunos días, Craig y Brandon se llevaban los portátiles cuando finalizaba la jornada, esperaba que ese hubiese sido uno de ellos. De todos modos, guardaban copias de seguridad en lugares diferentes, por si se producía una invasión alienígena, solía decir Brandon en clave de humor. Ella también realizaba copias de seguridad, no solo en el trabajo, también en casa. Y las tenía a buen recaudo. No creía que hubiesen encontrado el disco duro externo que guardaba en el armario ropero, en un hueco en falso que había detrás de la cajonera.

Aunque tanto si lo habían hecho como si no, lo mismo daba porque tenían la intención de callarle la boca para siempre. Algún día, un nuevo inquilino ocuparía su apartamento y quizás descubriría el disco duro. Y si caía en las manos apropiadas, no sería tarde para denunciarles.

Zoe no podía soportar haberle fallado a tanta gente.

Horrorizada, se dio cuenta de que estaba pensando en su muerte y el corazón volvió a disparársele. Miró a Nick. Los faros de los vehículos le iluminaban y evidenciaban que él no se había dado todavía por vencido. A pesar de la tensión, apretaba la mandíbula con determinación, así que rezó para que se le hubiese ocurrido una manera de ponerles a salvo.

—¿Hay algo más que queráis decir antes de subir al vehículo? —Les preguntó el rubio de la nariz prominente.

—Nuestras muertes serán en vano. —Les espetó Nick—. ¿Acaso pensáis que somos unos principiantes? Nos cubrimos bien las espaldas antes de iniciar una investigación. El material que habéis requisado no es el único que existe. El resto está a buen recaudo y si desaparecemos, habrá otras personas que lo utilicen.

Zoe sabía que él ignoraba lo que aducía pero, aun así, se expresaba con firmeza y controlaba las emociones. Envidiaba su sangre fría porque ella estaba a punto de ponerse a gritar como una histérica. Miró el Jeep de Nick, orientado hacia el acantilado, y creyó que iba a morir de miedo.

—Eres astuto, pero te estás marcando un farol.

—Eso ya lo comprobaréis.

—No es ningún farol. —Zoe quiso sonar segura, pero sonó desesperada—. Hay más copias de seguridad con toda la información que os atribuye la comisión de un grave delito, pero nunca sabréis dónde están si os libráis de nosotros.

Sus semblantes impertérritos aniquilaron cualquier vestigio de esperanza.

¡¿Por qué diablos no les creían?!

—¡Andando! —El alto señaló el Jeep con un movimiento brusco de la mano con la que sostenía el revólver—. Subid ahora mismo.

Nick se resistió a obedecerle pero no le quedó otro remedio que acatar órdenes cuando sintió el cañón de la pistola presionándole entre los omoplatos.

Subieron al coche. Nick tras el volante y Zoe en el asiento del copiloto, y les colocaron los cinturones de seguridad. Qué gran detalle. El morro del Jeep apuntaba al acantilado, y los faros iluminaban un par de metros de gravilla. Más allá se hacía el vacío por el que caerían a las aguas del lago en un salto mortífero. Y si el impacto no los mataba, morirían igualmente ahogados. Tenían las manos fuertemente atadas.

—Nick... —Zoe temblaba a su lado—. Este es el final, ¿verdad?

A pesar de la decepción, Nick la miró con gesto compasivo. No tenía ningún sentido insistir en sus desavenencias si aquellos iban a ser los últimos minutos que iban a pasar juntos.

—Cierra los ojos y no pienses en nada. —Le aconsejó.

—Pero yo... —Las luces del salpicadero revelaron lágrimas en sus ojos—. Necesito que me perdones, Nick.

—Te perdono.

—No lo dices en serio. —Negó con la cabeza—. ¡Lo dices porque estamos a punto de morir!

Por el espejo retrovisor, Nick vio que los tipos de Ducantis se apostaban tras el Jeep y acoplaban las manos a la carrocería. La marcha estaba en punto muerto y el empuje puso el coche en movimiento. Un sudor frío y pegajoso le bañó el cuerpo. Forcejeó con la cinta adhesiva pero no hubo manera de ensancharla para liberar las manos. Zoe gimoteaba a su lado, presa de un ataque de ansiedad.

—Lo digo en serio, Zoe. Olvídate de todo lo que hemos hablado. Ya no importa.

Ella sollozó. El coche se acercaba al precipicio de manera inexorable.

—¡No quiero morir!

—No pienses en ello y mírame.

Sus preciosos ojos anegados de lágrimas le sostuvieron la mirada y entonces lloró con mayor vehemencia.

—Yo... creo que te quiero, Nick.

Él esbozó una sonrisa tensa.

—Eso lo dices porque estamos a punto de... —No quiso pronunciar esa terrible palabra.

—No, no lo digo por eso. Te quiero de verdad. —Su desesperación porque la creyera era casi tan grande como su miedo a morir—. Te quiero. —Repitió. La respiración agitada hacía que su cuerpo temblara como un flan.

Nick cerró los ojos con fuerza. Ya no había gravilla a la que mirar. El vacío se extendía ante ellos infinito y oscuro como una noche sin estrellas. El morro del coche se inclinó hacia delante, la carrocería se balanceó y el corazón pareció detenerse. La miró una última vez.

—Yo también te quiero, Zoe.

Saltaron al vacío. Segundos aterradores acompañados de gritos de pánico, en los que sus vidas pasaron por sus mentes como fotogramas de una película demasiado corta. Se produjo una fuerte colisión que zarandeó sus cuerpos en todas direcciones. El cinturón de seguridad no impidió el choque doloroso contra el salpicadero, ni el violento retroceso contra el asiento cuando el coche recuperó la posición horizontal. En su aturdimiento, Nick sintió que algo viscoso le resbalaba por la frente. Probó su sabor metálico cuando le llegó a los labios y supo que era su sangre. Se había golpeado la cabeza y la conmoción le robó unos valiosos segundos de tiempo.

Miró a su lado, parpadeando para aclararse la vista. Ella estaba con la cabeza vuelta hacia él y los ojos cerrados, y tenía una brecha sangrante en la frente. El no poder comprobar si estaba viva le sumió en un estado de tanta desesperación que recuperó de golpe todas las fuerzas que el impacto le había robado.

—¡Zoe! —Le gritó, pero no recibió respuesta.

El coche se balanceaba sobre las aguas negras y profundas, como si estuviesen a bordo de un bote hecho de acero, e inició su inmersión. Sintió que el agua le calaba los pies y que ascendía con rapidez por sus piernas.

—¡Zoe, maldita sea! ¡Abre los ojos! —Nada, ella seguía inconsciente. Tenía que aferrarse a la idea de que se trataba de eso y no de algo mucho peor.

Con gran esfuerzo giró sobre el asiento para soltarse del cinturón de seguridad. Luego se fue incorporando, al tiempo que hacía un rápido repaso mental a los utensilios que guardaba en el salpicadero. Una navaja o un cuchillo le habrían venido de maravilla aunque, de haberlos llevado, la gente de Ducantis ya se habría encargado de registrar el vehículo. Apoyó el hombro contra la ventanilla y comenzó a golpearla con todas sus fuerzas hasta que el dolor hizo que le rechinasen los dientes, hasta que creyó que se partiría los huesos. Y, aun así, no se detuvo.

Vio que el agua ya alcanzaba la luna delantera, que la espuma y las burbujas acariciaban el cristal, que en el interior ya les llegaba por la cintura. El descenso a las profundidades comenzó a ser más rápido a partir de ese instante, así que golpeó y golpeó hasta se quedó sin aliento, y solo se detuvo cuando escuchó un crujido bajo el angustioso sonido que emitía el agua que penetraba en torrente.

Al principio pensó que el crujido lo había producido alguno de sus huesos al romperse, hasta que se dio cuenta de que había conseguido fracturar el cristal de la ventanilla. Fue entonces cuando recuperó la esperanza de que saldrían vivos de allí.

Le propinó un último golpe. Algunos fragmentos salieron despedidos y otros se quedaron afianzados en el marco. Uno era lo bastante grande, dentado y afilado para cumplir con su finalidad. Serviría. Se dio la vuelta, colocó las muñecas sobre el canto del cristal y lo utilizó sobre la cinta adhesiva como si fuera una sierra. La postura era incómoda, maniobraba a tuestas, los nervios entorpecían sus habilidades y, para postre, se hizo varios cortes profundos en las palmas y en los dedos mientras el agua entraba rauda por la ventanilla rota e impactaba contra su espalda. Pero no desistió, siguió serrando y serrando mientras miraba a la ausente Zoe, a la que ya le llegaba el agua al cuello.

—¡Zoe, tienes que despertarte! ¿Me oyes? ¡Zoe!

Nick percibió el movimiento de sus ojos detrás de los párpados, y sintió un inmenso alivio cuando ella los abrió. El aturdimiento de Zoe fue efímero, en cuanto tomó conciencia de que estaba atrapada en el interior del coche con el agua alrededor del cuello, comenzó a gritar y a sacudirse contra el asiento.

Nick blasfemó al hincarse el vértice del cristal puntiagudo en la muñeca. Las fuerzas comenzaban a fallarle. ¡No iba a lograrlo!

De repente, el Jeep dejó de flotar y comenzó a desplomarse hacia las profundidades como una piedra gigantesca. El interior quedó completamente anegado, sin un resquicio de oxígeno en el que continuar respirando. Nick observó a Zoe a través de las burbujas. El pánico la impulsaba a buscar una manera de escapar, pero sus forcejeos con la cinta aislante fueron inútiles. Sus ojos reflejaban tanto terror como el que se adueñaba de él.

Y, entonces... Quiso gritar de júbilo al notar que sus muñecas estaban libres, que había logrado cortar toda la cinta con el cristal. ¡Libres! Como no le quedaba demasiado aire en los pulmones, actuó con toda la celeridad de la que fue capaz. Gracias a Dios, estaba cargado de adrenalina.

Abrió la portezuela y salió del coche. La fuerza con la que este caía impulsaba su cuerpo hacia arriba, pero se agarró con fuerza a la carrocería y comenzó a rodearlo. Sus manos fueron dejando huellas sanguinolentas allá donde tocaba. Llegó a la puerta del copiloto y la abrió. Mientras liberaba a Zoe del cinturón de seguridad, ella lo observó con tanta devoción que los labios le temblaron de emoción. Como no había tiempo de arrancarle la cinta de las muñecas, le pasó un brazo por debajo de las axilas y tiró de ella.

Inició un rápido ascenso hacia la superficie. Ella le ayudó agitando los pies.

El aire de la noche les rozó la cara y ambos lo respiraron en violentos jadeos. Les dolían los pulmones. La pálida luz de la luna apenas dibujaba sus rasgos pero revelaba que la pesadilla todavía no había acabado.

Nick miró a su alrededor, todo estaba en tinieblas a excepción de allá arriba, el acantilado por el que habían saltado. Los faros de la furgoneta todavía se apreciaban seccionando la oscuridad, y un par de puntos luminosos se movían desde la orilla. Linternas. Querrían asegurarse de que no escapaban. Nick no creía que les hubiesen visto, de lo contrario, no habrían perdido ni un segundo en comenzar a dispararles.

Nadó hacia la orilla, con Zoe bien sujeta a su cuerpo, y siguió el contorno de la elevación del terreno. Le dolían todos los músculos, la cabeza le palpitaba como un tambor y las manos continuaban sangrándole, pero no se detuvo ni para recuperar el aliento. Tenía que sacar a Zoe de allí.

Al cabo de unos minutos, llegaron a la zona en la que la tierra firme volvía a estar al mismo nivel del lago. Salieron del agua y se dejaron caer de espaldas sobre la tierra. Sus jadeos apagaron los sonidos típicos del bosque nocturno.

—Por qué poco... —murmuró Nick.

El dolor de cabeza era tan intenso que le obligó a cerrar los ojos. En cuanto a Zoe, la tensión que había acumulado en las últimas horas terminó por pasarle factura, y estalló en sollozos nerviosos.

No obstante, no podían quedarse allí durante mucho tiempo, el justo para reponer fuerzas y buscar una manera de salir de Crystal Rock. Sus captores creían que habían muerto pero no estarían a salvo mientras continuasen deambulando por aquellos páramos.

—Tenemos que movernos —susurró Nick.

—Necesito... necesito que me quites esta cosa de las muñecas.

Se incorporaron sobre el suelo terregoso. Nick la ayudó a ponerse en pie. La brecha que tenía en la frente había dejado de sangrar pero Zoe le dijo que estaba mareada. Tenía que llevarla a un hospital. Le tomó las muñecas y buscó a tientas la manera de quitarle aquella cosa. El agua había hecho que se despegara de un extremo, así que tiró hasta desenrollarla por completo.

Ella suspiró de alivio y se las frotó con las manos para que volviera a circularle la sangre.

—Hemos de llegar a la carretera para pedir ayuda. Es la única manera de salir de aquí.

—¿Crees que ellos... se habrán dado cuenta de que hemos escapado?

—No lo creo. —Nick emprendió la marcha. Más o menos conocía la zona en la que se encontraban, a un kilómetro de la carretera. Pero la oscuridad y el menoscabo físico les iban a retrasar unos minutos valiosos—. Sus linternas no eran de largo alcance. Además, si nos hubiesen descubierto nos habrían disparado.

Tenía lógica, pero Zoe no podía evitar sentirse atemorizada.

—Lamento mucho lo de... tu coche.

—Ahora mismo ese es el menor de mis problemas.

Caminaron entre los árboles en silencio, valiéndose de la orientación de Nick para no dar pasos en falso. Ella le seguía tan de cerca que, de vez en cuando, se chocaba con sus talones. No era el momento ni el lugar para iniciar ninguna de las conversaciones que a Zoe le bullían en el cerebro. Tenía que decirle tantas cosas... entre ellas, volvería a pedirle perdón las veces que hiciera falta. Él había estado a punto de morir por su culpa, por sus dudas, por su estúpida manera de proceder... Debió ser más cuidadosa. Nick lo habría sido si desde el principio le hubiese contado lo que sabía.

Apretó los labios. No quería ponerse a llorar otra vez.

—La carretera está cerca, al otro lado de esos árboles, pero tenemos que andarnos con cautela. No quiero toparme con la gente de Ducantis.

—Tal vez ya se hayan marchado.

—O tal vez no.

Llegaron al perímetro pero permanecieron ocultos tras los árboles, a la espera de que apareciera algún coche que no fuera una furgoneta oscura con los cristales tintados. Ya amanecía y la claridad incipiente haría más fácil distinguir a los vehículos.

Ella no dejaba de temblar. Estaba muerta de frío, pero se cruzó de brazos y no se quejó ni una sola vez. A pesar de la grave decepción que asolaba los rasgos de Nick, estuvo pendiente de ella e incluso le pasó un brazo por los hombros cuando el frío se le hizo insoportable.

Una Dodge Ram de color rojo surgió desde el fondo de la carretera.

—Vamos. —La instó.

La asió por encima del codo y abandonaron el refugio de los árboles para dejarse ver. Apostado en medio de la calzada, Nick alzó el brazo y lo balanceó en el aire para llamar la atención del conductor. El vehículo aminoró la marcha y se detuvo.

Un hombre con barba espesa y un sombrero de paja enroscado a la cabeza, asomó la cabeza al bajar la ventanilla. Su cara fue todo un poema.

—¿Nick Rayner? ¿Qué estás haciendo aquí? —Miró a Zoe— ¿Qué demonios os ha pasado?

Fue una suerte conocer a la familia que viajaba en el coche. Billy, Josie y su hijo adolescente cuyo nombre no recordaba, eran viejos conocidos de los días que frecuentaba la cabaña del lago. Él y Leah habían compartido alguna que otra barbacoa con ellos. Hacía cuatro años que no les veía.

Les ampararon en todo cuanto necesitaron y respetaron que Nick no pudiera contarles lo que les había sucedido.

—Asuntos relativos al trabajo. Unos tipos se han cabreado un poco con nosotros. Es mejor que no sepáis nada más. —Les había explicado.

Les llevaron hasta Sandusky, la ciudad más próxima a Crystal Rock. Estaba a

unos quince minutos en coche y Billy les dijo que el Firelands era un buen hospital. Les contó que una vez la familia entera se intoxicó con una salsa en mal estado y que los atendieron de maravilla. Era un hombre hablador, mucho más que su esposa o su hijo, y Nick agradeció que fuera así porque a Zoe le estaba costando mucho mantener los ojos abiertos. Cada vez que los cerraba, él la zarandeaba con suavidad. No podía dormirse. No hasta que los médicos le hiciesen el chequeo correspondiente. Temía que hubiera sufrido una conmoción cerebral.

A él ya se le estaba pasando el dolor de cabeza y las heridas de las manos ya no le sangraban pero, algunos cortes tenían mal aspecto y seguro que necesitarían varios puntos de sutura.

Despertó en una cama del hospital. Estaba tan desorientado, que tardó unos segundos en recordar lo que estaba haciendo allí. Se incorporó de súbito y se observó los vendajes que cubrían algunos de sus dedos y la palma de una mano. La doctora que le había atendido en urgencias le recomendó que se quedara en el hospital para descansar. Se había dado un golpe en la cabeza con la suficiente importancia como para permanecer en observación durante unas cuantas horas. Al informarse sobre Zoe, le habían dicho que estaba bien, que no había conmoción cerebral, pero que también pasaría la noche allí para prevenir cualquier contratiempo que pudiera producirse.

Antes de entrar por la puerta de urgencias, ambos se habían puesto de acuerdo en la versión de los hechos que le contarían a los médicos cuando les preguntasen sobre el origen de sus heridas. Habían caído por un terraplén al lago y habían conseguido salir del vehículo. Fin de la historia. Lo que había detrás del accidente tenía tanta magnitud que pensaban ponerlo en conocimiento de las autoridades de Cleveland tan pronto como llegaran a la ciudad.

Miró hacia la ventana. El sol estaba alto en el horizonte. Debía de ser media mañana. No pudo consultar la hora porque su reloj se había hecho añicos con la caída. Lo que quedaba de él estaba sobre la mesita, a su derecha. Nick lo agarró para dejarlo caer en una papelera. No había dormido más de tres horas seguidas, demasiadas dada la urgencia de los asuntos que debían resolver. Tenían que acudir a la policía para dar parte de los robos, del siniestro del coche y denunciar a aquellos cabrones de Ducantis.

Se frotó los ojos, sentía como si le hubieran arrojado un puñado de arenilla en cada uno, pero se levantó de un salto y se encerró en el baño.

Se quitó el ridículo camión hospitalario que le dejaba el culo al aire y se colocó sus ropas. En el corredor, le preguntó a una enfermera que empujaba un carrito por Zoe Carpenter, y la mujer le dio las pertinentes indicaciones.

Cuando llegó a su habitación, Zoe estaba sentada en un lateral de la cama e informaba a una doctora de lo bien que se encontraba tras las cuatro horas de sueño.

Ella también deseaba largarse de allí cuanto antes, de hecho, ya se había puesto sus ropas de calle. Nick batalló contra el impulso de acercarse para estrecharla entre sus brazos y cubrirle el rostro de besos, había sentido pánico durante los minutos en los que la creyó muerta, sin embargo no se movió del umbral. No podía soportar la idea de que no hubiera superado su desconfianza, sino que seguía pensando que era un caradura sin ética profesional. Aquello dolía. Dolía demasiado.

Se cruzó de brazos y esperó a que terminaran de hablar y la doctora la dejara marcharse. Él ni siquiera se había molestado en pedir permiso a nadie.

Zoe tenía buen aspecto, la brecha que se había hecho en el nacimiento del cabello no era tan grande como a él le había parecido en la oscuridad de la noche, y las pocas horas de sueño y desconexión habían hecho que recuperara el color de la tez. Sus ojos volvían a brillar con ese encanto tan natural y envolvente. Mientras la observaba, Nick se hizo más preguntas.

¿Por qué dolía tanto si su relación con Zoe apenas se remontaba a dos semanas atrás?

Nick expelió el aire con resignación y apoyó el hombro en el marco de la puerta.

No importaba el tiempo, sino la intensidad con la que se vivía cada momento.

Regresaron a Cleveland en un coche de alquiler que condujo Nick. Ella estaba mucho más nerviosa y cansada que él. Durante la hora de trayecto, Zoe necesitó hablar sobre el espeluznante incidente. Con la voz cargada de angustia repasó cada terrible segundo desde que los hombres de Ducantis habían irrumpido en la cabaña. Nick la escuchaba sin aportar demasiado al tema, ella solo necesitaba sacarlo todo al exterior. Al final, eso la hizo sentirse un poco mejor.

Planearon los pasos a dar en cuanto llegaran a la ciudad. Zoe le contó que tenía una copia de todo su trabajo en un disco duro que guardaba en un falso hueco de un cajón del armario ropero.

—La muestra del agua de Peebles y la pastilla de la señora Roberts también están ahí junto a los informes que me pasó Hilary. Nunca tomo tantas precauciones en mi trabajo, supongo que se me despertó alguna clase de... sexto sentido. —Con los dedos enrollaba sin cesar un mechón de su cabello suelto—. Espero que sigan estando donde los dejé.

Eran buenas noticias. Sin pruebas costaría mucho más conseguir que la policía se tomase en serio su historia y abriese una investigación contra la farmacéutica, pero si los tipos no habían descubierto ese falso hueco del cajón del que Zoe hablaba...

—Iremos directos a tu casa para comprobarlo.

Zoe observó su paso por Olmsted Falls con la mirada abstraída. Su sentimiento de culpa no había decaído lo más mínimo tras despertar del corto aunque reparador sueño, si no que se había fortalecido. Nick estaba distante, seco y conciso en sus comentarios, aunque lo peor de todo era mirarle a los ojos y toparse con su profunda decepción.

No le culpaba. Era justo que se sintiese así.

Pensó en lo que se habían dicho justo antes de precipitarse por el acantilado. Ella le había expresado unos sentimientos que ni siquiera sabía que estuviesen ahí, al menos, no que tuvieran tanta fuerza. Asumir que iba a morir, había actuado como un acicate que había removido todas sus emociones. Lo que le había confesado era cierto. No sabía cómo había ocurrido, menos todavía en tan poco tiempo, pero así era. Le quería.

Cerró un momento los ojos y se masejeó el ceño.

En cuanto a él... Bueno, había tenido un detalle bastante piadoso con ella, pero Zoe no creía que sus sentimientos fueran recíprocos.

El silencio la oprimía, no quería ahondar más en el terreno de los sentimientos.

—Nick.

—¿Sí?

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Adelante.

—¿Tú... habrías denunciado a Ducantis a la policía nada más conocer que se estaba cometiendo un delito o habrías esperado a tener todo el trabajo preparado para ser... publicado?

—No vamos a esperar a que recibas tu informe de la FDA, Zoe. Esto es serio. Aunque Ducantis dé por hecho que estamos en el fondo del lago alimentando a los peces, —un poco de humor negro nunca venía mal— nada nos garantiza que no hayan tomado más medidas para cerciorarse de que es así.

—¿Insinúas que pueden estar vigilando nuestras casas por si aparecemos?

—Yo lo haría. ¿Y tú?

—No lo sé, nunca se me ha pasado por la cabeza asesinar a nadie.

—Esos dos no eran matones a sueldo contratados por la farmacéutica y tampoco creo que hayan realizado muchos trabajos como este, pero debemos actuar con precaución hasta que la policía se haga cargo de la situación.

Proceder como Nick indicaba era lo más lógico. No había nada que rebatir, así que tendría que trabajar más deprisa en el artículo ya que no quería correr el riesgo de que otro periodista encontrase la forma de adelantarsele.

—Lo haremos juntos, Nick. Contaremos la historia entre los dos.

Él no demostró emoción alguna.

—No, Zoe. La historia es tuya y te corresponde a ti contarla. Mi contribución a la misma ha sido insignificante en comparación.

—Pero es lo más justo. Tu aportación habría sido mucho mayor si te hubiese informado desde el principio. ¿Y qué me dices de lo de anoche? Estaríamos los dos muertos si no hubiera sido por ti.

—Nunca tomo un regalo que no merezca. —Apartó un momento la mirada de la carretera y le habló con contundencia y sinceridad. No quería volver a discutir ese tema—. Escribirás tu artículo, se lo venderás al mejor postor y ayudarás a que Ducantis eche el cierre y a que todos los responsables den con sus huesos en la cárcel.

Después, más de un medio importante de todo el país querrá contratarte, tendrás que escoger bien, y entonces tendrás todo aquello por lo que siempre luchaste. Y lo harás tú sola, Zoe, porque es tu historia.

Ella no detectó ni un solo reproche en su arenga, lo cuál no contribuía a que se sintiese mejor.

—Te dije que vendrían tiempos mejores. —Continuó él—. Aprovechalos y no dejes que nadie se inmiscuya. Sé un poco egoísta.

Zoe entendió el mensaje implícito. Se estaba refiriendo a la relación de dependencia que la unía a su madre, a todo lo que le había revelado en Peebles sobre su incapacidad de abrirse nuevos horizontes fuera de Cleveland.

Ahora, mientras entraban en la ciudad e iban directos a su casa, pensó que ya no eran los lazos familiares los que la unían a esa tierra.

Capítulo 19

Tras la emocionante conversación telefónica con Richard Fletcher —la segunda del día—, Zoe salió al corredor para tomar el aire y serenar la avalancha de emociones bajo la que había quedado sepultada. Apoyó las manos temblorosas en la barandilla de latón y apretó el metal como si quisiese exprimirlo. Por primera vez desde que había llegado al motel, tenía un motivo importante para que los minutos, las horas y los días no se le hiciesen interminables.

Observó el patio en forma de U que servía de aparcamiento para los huéspedes, la autovía que discurría al frente, el campo que se extendía hasta el horizonte y al singular dueño del motel que se rascaba la prominente barriga mientras regaba unas macetas que decoraban la entrada a la oficina. Pero ya nada de aquello se le antojaba tan horrible tras su conversación con Richard.

Incluso el viento venía cargado con los aromáticos olores del campo. Se sentía como si sus sentidos hubiesen despertado, como si después de un montón de días de lluvia hubiese salido el sol. Por fin.

Llevaba allí reclusa desde el sábado por la tarde, y no había salido desde entonces. Hacía exactamente cuatro tediosos días. El motel era de esos en los que se pagaba por adelantado y en efectivo. De esos en los que no era necesario dar tu nombre real porque el dueño no se molestaba en cotejar el documento de identidad.

Cualquier precaución que tomasen era poca.

Nadie les había estado esperando en su casa ni en los alrededores cuando llegaron a Cleveland el sábado por la mañana. El piso estaba patas arriba y se habían llevado el ordenador y los discos duros, tal y como habían mencionado, pero el valioso material continuaba en su escondite.

Fueron directos a la policía y, tras realizar la denuncia correspondiente y con la puesta a disposición de las pruebas pertinentes, un detective se encargó de llevar a cabo las diligencias oportunas. Pero mientras la policía no desarticulara a Industrias Ducantis y el departamento de justicia no imputara cargos contras los empleados involucrados, la amenaza seguiría presente. Ningún medio iba a mencionar nada sobre el hallazgo de dos cadáveres atrapados en el interior de un vehículo bajo las aguas del Erie, y que hubiesen denunciado los hechos a la policía no les garantizaba la seguridad.

El dueño del motel terminó de regar las plantas y dirigió la manguera hacia el suelo del patio, con la idea de refrescarlo. Allí sí que se sentía segura y además estaba Nick. Era un lugar apartado en el que ocultarse mientras seguían de cerca la evolución del caso. El detective les mantenía informados.

Zoe había sido la encargada de explicarle a Craig los motivos del allanamiento de la oficina y del robo de los ordenadores. Se vio obligada a confesarle que de forma

paralela a su trabajo en la revista, había estado indagando sobre un asunto muy jugoso que se le había cruzado en el camino. Jugoso y peligroso a la vez. Craig entendió que no entrara en detalles, pero no pudo evitar mostrarse preocupado ante la posibilidad de que Zoe les abandonara. Ella no había podido prometerle fidelidad.

Hubo de comprarse un ordenador nuevo si quería trabajar, no podía esperar a que su seguro cubriera los gastos del robo. Empleó todos sus ahorros en un portátil que se vendía en una tienda de segunda mano de Cleveland y que se anunciaba en internet. El tipo de la tienda se lo dejó a buen precio y se lo sirvió a domicilio.

Durante esos días, había continuado redactando historias sobre ovnis para Craig desde su nueva sede en la habitación del motel, y había compaginado el trabajo con la elaboración de su artículo sobre Ducantis. El día anterior había recibido por correo electrónico el informe de la FDA que atestiguaba lo que ella ya sabía, que las pastillas no estaban comercializadas; y, esa misma mañana, había finalizado el trabajo. El artículo había quedado listo para encontrar el medio que quisiese publicarlo.

En un trozo de papel había ido elaborando una lista de medios que ordenó de mayor a menor interés, pero la rehízo unas cuantas veces porque no tenía demasiado claro lo que deseaba. Cuando lo supo, cuando entendió que lo más importante para ella no era aspirar a un gran medio, sino encontrar un lugar en el que sentirse realizada y valorada, pensó en el *Cincinnati Enquirer*, el periódico en el que había realizado sus prácticas universitarias. Recordó el excelente trato, la profesionalidad de los compañeros, el mimo y el cuidado con el que trataban cada noticia... Y también se acordó de Richard Fletcher, el mejor jefe de redacción que hubiese tenido el honor de conocer. Se había preguntado si todavía continuaría ocupando ese puesto.

Entonces colocó el *Cincinnati Enquirer* en el primer puesto de su *ranking*. Nick se habría llevado las manos a la cabeza de habérsela mostrado, porque no contenía ni uno solo de los periódicos a los que tantas veces él había hecho referencia.

Un poco más tarde, con el último y minucioso repaso, había realizado la llamada telefónica que podría cambiarle el futuro. Había conversado directamente con Fletcher. Le emocionó que el periodista se acordara de ella, y eso que siempre solía decir que los cincuenta no le habían sentado muy bien porque empezaba a tener pérdidas de memoria. Era un bromista. Ahora tenía unos cuantos años más, pero seguía siendo igual de encantador. Le había facilitado su correo electrónico y Zoe le había enviado el artículo que él prometió leerse a lo largo del día.

«A lo largo del día».

Los nervios le habían estrangulado el estómago, ni siquiera había podido comer. Deseaba tanto una respuesta afirmativa...

Porque solo encontraba ventajas en mudarse a Cincinnati. Ni siquiera tendría que salir del estado.

Además, estaba a dos horas y media en avión. A tres horas y media en coche si se decidía a retomar el hábito de conducir. Podría continuar vigilando a Carol de cerca. Podría mantener el contacto con él, con Nick, aunque no veía muy claro que algún

día pudiesen retomar lo que con su desconfianza había dañado.

Entonces, Richard Fletcher le había devuelto la llamada y su contestación le había cambiado la vida.

«Quiero el artículo y te quiero a ti. Este material tiene que publicarse cuanto antes. ¿Cuándo podemos vernos?».

El corazón se le había subido a la garganta y las piernas le habían temblado tanto que necesitó sentarse en la cama. Estuvo casi cuarenta minutos pegada al teléfono, explicándole su situación. En base a ella, planearon, resolvieron, decidieron y llegaron a varios y satisfactorios acuerdos sobre sus condiciones laborales. Richard quedó en enviarle el contrato por correo electrónico antes de que finalizase el día ya que quería incluirla en la edición de la mañana.

—Bienvenida de nuevo al *Cincinnati Enquirer*, Carpenter. Te veo por aquí en cuanto todo se normalice.

Esas habían sido sus palabras de despedida, que no dejaban de resonar en su cabeza. Y ahora estaba allí, en el corredor del deteriorado motel, observando la caída del sol y con las manos sacándole brillo al viejo latón de la barandilla.

El dueño del motel cerró la llave del agua y se metió por la puerta de la oficina. Dos nuevos huéspedes entraron detrás de él.

Nick también regresó de su salida diaria. Iba enfundado en sudadas ropas de deporte. Todas las tardes a esa misma hora, salía a correr por los alrededores. Él se alojaba en una habitación que había al otro lado del patio en forma de U. Zoe no había cuestionado que preguntase por habitaciones separadas cuando hicieron la reserva. Era algo que ya esperaba, ella tampoco se habría sentido cómoda.

Se miraron, esbozaron tenues sonrisas que no rompieron la distancia emocional que les separaba y Nick subió las escaleras para entrar en su habitación. Zoe suspiró. Apenas habían charlado desde su regreso a Cleveland. Él se mostraba esquivo, trabajaba muchas horas encerrado en su habitación y ella hacía lo propio. No había manera de romper esa capa de hielo que se había instaurado entre los dos.

Pensar en que tendría que contarle lo de su inminente incorporación al *Cincinnati Enquirer* la ponía muy nerviosa. No sabía de qué forma abordar el tema, ni de qué manera plantearlo para sentirse menos culpable.

Su móvil sonó desde la habitación. Pensó que Fletcher habría olvidado decirle algo pero en la pantalla se reflejaba el número de una cabina. Solo Carol la llamaba desde el teléfono público. Se le hizo un nudo en la boca del estómago.

¡Lo había olvidado por completo! Después de todas las experiencias traumáticas por las que había pasado en los últimos días, tener que lidiar con Carol y con el sinvergüenza de su novio era más de lo que podía tolerar. Pero era martes, el día en que habían dicho que se pasarían por Cleveland para que les entregase mil dólares que no tenía. Aunque tampoco se los hubiese dado de haberlos tenido. Zoe se pegó el teléfono a la oreja y contestó con determinación. Tenía que zanjar aquel asunto cuanto antes.

—¿Dónde te has metido, Zoe? —Carol alargaba las palabras. Estaba bebida.

—¿Dónde estás tú, mamá?

—Frente al edificio donde vives.

—No estoy en casa y tampoco voy a aparecer por allí, por lo que es inútil que me esperéis.

—Estoy yo sola, hija.

—Eso da igual.

—¿Es que... acaso te estás escondiendo de mí?

—No me estoy escondiendo de nadie. —Eso no era del todo cierto—. Mamá, ya le dejé bien claro a ese desgraciado con el que andas, que no iba a darle ni un solo centavo.

—No, cariño, no estoy aquí por tu dinero, es que... —De repente, su voz se desplomó y sonó mucho más espesa—... Ya no estamos juntos. Yo... salí a comprarme unas medias con algo de dinero que había dejado en la habitación del motel, pensé que podía utilizarlo, pero cuando descubrió que faltaban unas cuantas monedas... Bueno, se puso de mal humor y me dijo que me largara, que ya no estábamos juntos. Creo que tiene otra novia. —Hipó.

Pese a la problemática que se le presentaba, a Zoe la invadió un inmenso alivio. El nudo del estómago se le aflojó.

—¿Cómo has llegado a Cleveland?

—Haciendo autostop, estoy sin blanca. Menos mal que el tipo que me trajo hasta aquí me dio diez pavos. —A Zoe no le hizo falta que le dijera en qué los había gastado. El tufo a alcohol parecía llegarle a través de la línea—. ¿Podrías... podrías venir a por mí, cariño?

—No te muevas de allí.

Agarró su bolso y recorrió el corredor hasta la habitación de Nick. Su Honda Scoopy estaba encerrada en el garaje de casa y no tenía otro medio de desplazamiento salvo el vehículo que Harrison Rayner le había prestado a su hijo por si se presentaba una urgencia. La Dodge Ram que utilizaba en sus desplazamientos a Crystal Rock.

Él tardó en abrir la puerta porque le había pillado en la ducha. En otras circunstancias, Zoe se habría recreado en lo sexy que estaba con esa toalla blanca rodeándole las caderas como único atuendo. Y se le habría secado la boca al contemplar cómo las gotas de agua todavía resbalaban por la fibrosa musculatura de su torso.

Pero el asunto que acababa de surgirle no le permitía tales placeres.

—Necesito que me prestes las llaves del coche.

—¿Cómo? —Su sorpresa fue equiparable a la que habría demostrado de contarle que había visto un ovni sobrevolando el motel.

—Mi madre ha vuelto a Cleveland y está en apuros. Tengo que ir a recogerla. El motero camorrista la ha dejado.

—¿Dónde está?

—Frente a mi edificio. —Zoe volvió la palma de la mano para que le entregase las llaves.

—Iremos juntos. —Determinó él.

—Carol es mi problema y quiero resolverlo yo sola. No quiero que me acompañes.

—Pues mala suerte, porque no voy a permitir que te plantes allí tú sola.

Nick entró en la habitación y se despojó de la toalla para proceder a vestirse. Zoe miró para otro lado. No quería verlo desnudo si ya no iba a volver a tenerlo.

—¿Se puede saber por qué demonios no puedes respetar mis decisiones? —Inquirió ella con tensión.

—Porque no quiero que te pase nada malo.

—Tú sales y entras cuando te parece —replicó.

—Mírate, Zoe. Estás tan alterada que podrías cometer una imprudencia.

Ella escuchaba el sonido de las ropas, de la cremallera, de cómo se calzaba las botas... Del tintineo de las llaves. No había nada que esgrimir para convencerle, pero lo siguió intentando.

—Aunque no lo creas, soy perfectamente capaz de ir hasta Downtown, recoger a mi madre y plantarme aquí en menos de media hora por muy alterada que esté.

Él la observó con condescendencia.

—Seguro que sí, pero iré contigo de todas formas. —Terminó de atarse el cordón de una bota y salió al corredor—. Vamos.

Ya casi había oscurecido cuando llegaron a la Avenida Chester. Durante los años en los que trabajó en el *Chicago Tribune*, Nick debió de afrontar alguna que otra investigación que exigía andarse con pies de plomo, pues tomaba precauciones que a Zoe no se le habrían pasado por la cabeza. Recorrió el tramo hasta la entrada del edificio escudriñando cada rincón y poniendo especial atención en los detalles, por si se topaban con algún vehículo sospechoso con personas igualmente sospechosas en el interior, pero ninguno vio nada que le llamase la atención o que se saliese de lo común. Aun así, dio una vuelta completa a la manzana, para asegurarse de que nadie les seguía y luego regresó a la Avenida.

Los hombres de Ducantis, el alto moreno y el rubio de la nariz grande, no estaban vigilando la casa.

Zoe observó la plaza Perk, en la que un grupo de colegiales se divertían en los columpios que el ayuntamiento había hecho instalar hacía poco tiempo. Carol estaba sentada en un banco, con las rodillas juntas y la espalda apoyada en el respaldo. Su aspecto no podía resultar más frágil y vulnerable.

Nick aminoró la marcha y salió de la calzada. Zoe se apeó del coche y llamó a su madre. Carol Carpenter alzó la vista y levantó su flacucho cuerpo del banco. Se tambaleaba, había una botella de vino vacía a su lado. Su deterioro físico impresionó

a Zoe. Las huellas del alcoholismo se apreciaban en cada centímetro de su piel pero lo que más la alarmó fue el violáceo moretón que tenía en la mejilla.

Se acercó trastabillando y evitando una mirada directa. Aunque estaba bebida, todavía conservaba la vergüenza. La pena embargó a Zoe. Por muchos quebraderos de cabeza que le diera, seguía siendo su madre. Y la quería.

—¿Qué te ha pasado en la cara, mamá? —Le preguntó, al llegar a su altura. La tomó por encima del brazo y la condujo hacia la Dodge—. ¿Te ha pegado ese cabrón?

—Solo un poco —respondió, como una niña pequeña.

Zoe suspiró para controlar el temblor que le originó el repentino acceso de rabia.

—Vamos, sube al coche. —Abrió la portezuela de la parte trasera y la ayudó a entrar.

—¿Quién... quién es él? —Señaló a Nick con la cabeza, mientras se acomodaba en el asiento.

—Es un amigo. Se llama Nick.

—Es guapo. —Esbozó una sonrisa desmayada—. Tienes mejor gusto que yo con los hombres.

—Encantada de conocerla, señora Carpenter.

Al mirarle de soslayo, Zoe reparó en lo mucho que le consternaba el aspecto que presentaba su madre. Aunque estuviesen fríos y distantes, Nick seguía mostrando una auténtica y sincera preocupación por ella que la emocionaba más de lo que podía expresar. Zoe apretó los dientes. No quería ponerse a llorar.

Durante el camino de regreso al motel, Carol murmuró reiteradas disculpas que no hicieron otra cosa más que incomodarla. Sus lamentos no servían de nada porque volvería a actuar como había hecho en cuanto tuviera la mínima ocasión.

Se sintió agobiada, como si el interior del coche se estuviese quedando sin oxígeno. Volvería a llevarla a un centro de desintoxicación tan pronto como fuera posible, pero ya había perdido la esperanza de que pudiese curarse.

Había salido y entrado tantas veces... Su mente ya no toleraba tanta frustración.

Reservó una habitación para Carol y se quedó con ella durante un buen rato. La obligó a que se diera una ducha y pidió por teléfono algo para cenar al restaurante de comida rápida al que llamaba todos los días y que servían a domicilio. Carol dijo que le apetecía un trozo de *pizza*, pero a Zoe le costó horrores que se terminara la porción. Como también le costó horrores mantener una conversación seria con ella. Se pasó el rato hablándole de Nashville, de lo mucho que le había gustado la ciudad y de los amigos que había hecho. Seguía evadiendo la realidad. Cuando le mencionó que volverían al centro de desintoxicación se puso hecha una furia y la guía de teléfonos que había sobre la mesita de noche salió disparada de un manotazo. Pasaba de la calma a la euforia con la rapidez de un rayo.

Al cabo de un rato, Carol se quedó dormida y Zoe abandonó la habitación. Cerró con llave por fuera para evitar que se largara a medianoche, algo que seguro intentaría hacer en cuanto el mono la despertara.

La ansiedad le oprimía el pecho y sentía una necesidad extrema de ponerse a gritar. Tenía que salir de allí, ¡se ahogaba!, pero Nick no le habría permitido alejarse ni dos pasos del motel. Le vio a través de las sombras, en el otro extremo del corredor. Se estaba tomando un refresco mientras observaba lo raudos que pasaban los vehículos por la autopista que había enfrente. Ahora la miraba a ella, con esa entrañable preocupación que le infundía tanto consuelo. Zoe estuvo a punto de romperse.

—Zoe. —La llamó él—. ¿Podemos hablar?

Ella asintió sin demasiada energía y recorrió el pasillo con los brazos cruzados sobre el pecho, evitando el contacto con sus ojos.

—¿Cómo está? —Nick señaló la habitación de Carol con un movimiento de cabeza.

—Se ha quedado dormida. He cerrado por fuera porque despertará en medio de una crisis y querrá escapar. —Zoe apoyó los codos sobre la barandilla y refugió la cara entre las palmas de las manos. Tragó saliva para deshacer el nudo que le constreñía la garganta—. Mañana... necesitaré el coche para llevarla al centro. Tiene que ingresar cuanto antes aunque mucho me temo que esta vez me costará convencerla más que nunca.

Nick acopló la mano en su espalda y se la frotó con cariño. Notó que sus músculos se ponían en tensión, como si no esperase ninguna muestra de afecto, pero se relajaron al instante. Era una chica dura y valiente, pero la carga de problemas que acarrea era mayor que la que cualquier ser humano normal podía tolerar sin mostrar signos de debilidad o venirse abajo. Zoe se estremeció y Nick afianzó las caricias.

—Le irá bien en el nuevo centro. Contará con el mejor equipo médico para tratar los problemas de adicciones. Telefonaré a Peter para informarle de nuestra visita y os acompañaré para hacer el internamiento.

Zoe se quedó sin aire. Lentamente, se retiró las manos de la cara y se volvió para mirarle con las emociones a flor de piel. No le salían las palabras. Él habló por ella.

—Hemos tenido nuestras desavenencias pero eso no implica que deje de preocuparme por ti. Siempre te voy a desear lo mejor, Zoe. —Sus ojos oscuros brillaron como estrellas en la noche—. Nunca he sido un tipo rencoroso. —Sonrió entre dientes.

Zoe apretó los labios con fuerza y apartó la cara. Su generosidad terminó de hacerla añicos. Sofocó un sollozo contra la palma de la mano y ya no hubo control que impidiera que llorase. Nick le acarició el cabello, ella apretó la cabeza contra sus dedos en busca de un consuelo mayor, que él le ofreció sin renuncias al envolverla entre sus brazos.

Zoe necesitaba tanto ese abrazo que se aferró a él como un naufrago a un trozo de madera. Le quería. Cuando lo único que necesitaba para seguir luchando era una mirada de comprensión o un abrazo de Nick, es que se había enamorado de él con

una fuerza que asustaba.

—Lo siento. —Sollozó contra su pecho.

—Shhtt, no pasa nada. Tranquila.

—Lo he jodido todo, Nick.

—Seguro que yo la he jodido muchas más veces que tú. —La besó en la cabeza —. No te mortifiques, todos tenemos derecho a equivocarnos.

—Pero yo... Te he hecho mucho daño. —Agitó la cabeza. Nick sintió sus lágrimas calientes empapándole la camiseta—. No soy egoísta. Desde el primer momento habría compartido contigo todo cuanto sabía si mi maldita desconfianza me hubiese dejado ver que... que eres un hombre increíble.

—Bueno, también tengo un montón de defectos.

—Jamás te habrías apropiado de la historia ni me habrías dejado al margen. Habríamos colaborado, ¡compartido! Lo habríamos hecho juntos hasta el final. —La voz se le quebró—. Pero cuando lo comprendí ya era demasiado tarde. Espero que algún día puedas perdonarme.

—Ya está perdonado, Zoe.

—Y que puedas olvidarlo porque... —Levantó la cabeza y lo miró a los ojos a través de las lágrimas—. Cuando te dije que te quería hablaba en serio. No fue por miedo a morir.

—Yo también hablaba en serio. —Le retiró las lágrimas de las mejillas con los pulgares mientras le recorría el rostro con una mirada amorosa y frenaba el impulso de comérsela a besos. Sí que le había hecho daño, mucho, porque no creía haber hecho nada para ganarse tanta desconfianza—. Lo que necesito que entiendas es que me da exactamente igual que mi nombre no aparezca a pie de página en la publicación. Lo que me impide olvidarme de todo es... mirarte y que tus dudas me duelan. No lo harían si no me importaras tanto.

—Ya no están ahí.

—Lo sé. —Su voz grave fue una caricia en el corazón—. Dame tiempo.

Zoe asintió compungida.

Regresó a su mente todo lo que él le había contado sobre su hermano y Leah, y aunque lo que ella había hecho no era comparable, sintió que también había traicionado sus sentimientos de algún modo.

—¿Lo entiendes? —Le preguntó él.

Ella musitó una afirmación.

—Me marcho a Cincinnati. —Le soltó de improviso.

—¿A Cincinnati? —La tomó por los hombros y la miró a los ojos hinchados y llorosos.

Zoe le explicó que había terminado de escribir el artículo por la mañana y que había elaborado una lista de preferencias. Le contó los motivos por los que se había decantado por el *Cincinnati Enquirer*, así como el contenido de la conversación que había mantenido con Richard Fletcher. Citó el contrato, el interés del redactor jefe e

incluso las condiciones laborales que habían pactado.

—Me espera en la sede de la redacción en cuanto mi situación se normalice.

—¿De verdad es lo que quieres? Podrías haber apuntado mucho más alto.

Zoe negó con los ojos cerrados.

—Es lo que quiero.

—Entonces me alegro mucho por ti. —Nick esbozó una sonrisa perezosa. Zoe no tuvo dudas de que era sincera—. ¿Y cuándo piensan publicarlo?

—Saldrá en la edición de mañana —respondió a medio gas.

—Deberías estar radiante, Zoe.

Debería. Pero no lo estaba. Porque se había enamorado de él. Porque creía que le faltaría el aire cuando ya no pudiera verle. Y en medio de esa vorágine de sentimientos, se le planteaba la duda de si habría hecho lo correcto al comprometerse con el *Cincinnati Enquirer*, de si lo propio no habría sido quedarse en Cleveland y luchar por él.

—¿Por qué no... te vienes conmigo? —Le propuso sin pensar.

—¿A Cincinnati?

—Si Peter leyera tu currículum seguro que encontraría un hueco para ti en la sección de sucesos.

Nick negó despacio. La desesperada invitación de Zoe le aceleró los latidos y puso en pie de guerra su corazón y su mente. Nada le detenía en Cleveland, podía hacer la maleta y mudarse a cualquier parte del mundo cuando le viniera en gana. Pero no podía seguirla. No podía empezar algo cuando Zoe había raspado en la cicatriz de una vieja y dolorosa herida.

—Voy a quedarme en Cleveland cazando marcianitos para Craig, y tú vas a mudarte a Cincinnati para poner patas arriba la redacción del *Enquirer*. —Se aferró a su humor para hacerlo todo más llevadero y le dio un toquecito en la barbilla—. Te espera un futuro prometedor, lo presiento.

Ella supuso que estaba todo dicho, ¿no?

Zoe le abrazó tan fuerte como sus brazos le permitieron y él le devolvió el abrazo.

Ninguno lo sintió como una despedida definitiva. Fue un «hasta pronto», un contacto cargado de esperanza e incertidumbre.

Nick le tomó la cara entre las manos y le estampó un beso en los labios. Por si no volvía a besarla, necesitaba quedarse con el recuerdo de cómo había sido esa última vez.

Fue un día repleto de novedades y de buenas noticias, a pesar de que Carol le había amargado las primeras horas de la mañana. Se había negado a ir al centro, y lo había hecho con vehemencia y testarudez, aduciendo que prefería morir desangrada antes que regresar a ese «condenado» lugar. De poco sirvieron los argumentos que empleó, cuanto peor le pintaba la situación, más se negaba ella. Cuando ya estaba a

punto de arrojar la toalla, Nick pidió permiso para interceder en la acalorada discusión que se escuchaba por todo el motel y persuadió a su madre con unas cuantas frases que le atemperaron los nervios y la hicieron comprender lo necesario de comenzar un tratamiento.

Zoe admiró su capacidad de convicción. Podría venderle un frigorífico a un esquimal si se lo proponía.

El director del centro de desintoxicación, Peter Hale, les recibió haciendo uso de una gran cordialidad y acogió a Carol en su elegante clínica gracias a la intervención que habían hecho Nick y su padre. Algún día, Zoe querría agradecerse a Harrison personalmente ya que, sin su ayuda, jamás habría podido costear el desorbitado precio de los dos meses de internamiento.

El detective Myers, que era el encargado de la investigación de Ducantis, la telefoneó cuando regresaban al motel. La policía siempre se mostraba reacia a colaborar con los periodistas, o a mantenerles informados del curso de sus averiguaciones, pero dado lo especiales que eran sus circunstancias, el detective se lo tomó como un favor personal.

Industrias farmacéuticas Ducantis había sido desarticulada a última hora de la tarde anterior. Se habían cerrado las instalaciones así como los laboratorios donde se elaboraban las drogas y se habían detenido a siete personas, entre ellas, a Christopher Burstyn y a Rachel Owen. A todos se les presentó cargos por un delito reiterado contra la salud pública. A algunos de ellos también se les imputaron cargos por intento de asesinato.

En la comparecencia inicial ante el juez, que había tenido lugar esa misma mañana, la fiscalía había realizado la acusación formal y había considerado que era preciso mantenerles detenidos durante más tiempo para que no eludiesen la investigación o cometerían más delitos. El juez había dictaminado que procedía la prisión preventiva solicitada por el fiscal hasta que se celebrase el juicio.

Zoe aprovechó la llamada para sonsacarle toda la información que necesitaba para su nuevo artículo. Cuando cortó la comunicación, se sentía tan aliviada que recuperó la capacidad de sonreír. Todo había terminado. Sus vidas habían quedado paralizadas durante unos cuantos días, pero habían vuelto a recuperarlas.

Ahora tenía que afrontar unas cuantas despedidas antes de preparar la maleta y mudarse definitivamente a Cincinnati. No debía demorar su partida, Richard la esperaba, así que tomaría el primer vuelo que saliese al día siguiente. Apenas le surgieron las palabras cuando se lo comentó a Nick.

Abandonaron el motel con sus escasos enseres y él la llevó a casa en la Dodge de Harrison. Le preguntó si le vería esa tarde en la revista y él asintió.

Pero no apareció.

—Le ha surgido un tema personal. —Le explicó Craig.

Estaba segura de que el tema personal tenía su nombre. No había querido despedirse de ella y tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para contener las

lágrimas. ¡Jamás en su vida había llorado tanto como en los últimos días!

Dio abrazos a Craig, Brandon y Danielle. Se prometieron mantener el contacto y Zoe les suplicó que la mantuvieran informada en el caso de que alguno de ellos consiguiera ser testigo directo de la aparición de un objeto volador no identificado.

Jamás pensó que les echaría de menos. Nunca creyó que le causaría tanta nostalgia decirle adiós a «La verdad está ahí fuera».

Llamó a Nick nada más salir a la calle pero saltó su buzón de voz. Lo intentó varias veces más mientras se ocupaba de hacer la maleta y embalar sus pertenencias en cajas de cartón, pero él no quería despedidas.

Nick las odiaba tanto que había preferido quedarse en su casa para organizar el desorden de aquellos cabrones de Ducantis. También a él le habían puesto la casa patas arriba.

Su mirada volvió a chocar con el ejemplar del *Cincinnati Enquirer* que había comprado hacía un rato y que había dejado sobre la mesa tras una segunda lectura. El artículo de Zoe era soberbio. Richard Fletcher había hecho el mejor fichaje de su vida al contratarla.

Su nombre aparecía en varios párrafos, aunque la mención que le penetró la piel hasta hincársele en los huesos fue la última.

«Agradezco la sólida experiencia y los inestimables consejos del periodista Nick Rayner, en quien me apoyé a lo largo de toda la investigación. Considero que esta historia es tan suya como mía».

Capítulo 20

Cincinnati. Ohio. Tres meses después.

Aidan se había quedado dormido en el sofá mientras veía un partido de fútbol entre los Cleveland Browns y los Detroit Lions, pero se despertó en cuanto Zoe le quitó el mando a distancia de las manos para bajar el volumen del televisor.

—No te he escuchado llegar —murmuró con los ojos entornados—. ¿Qué hora es?

—Es pronto. He salido antes del periódico. Voy a hacerlo así mientras estés aquí, aunque luego tenga que pasarme parte de la noche trabajando —sonrió ella—. Quiero aprovechar el tiempo antes de que vuelvas a irte. ¿Qué es ese olor?

Aidan se frotó la cara y se pasó una mano por el cabello.

—La última chica con la que estuve, una tal... bueno, da igual como se llamase, me enseñó a preparar la tarta de zanahoria. Pensé que te gustaría que te hiciera una. Te advierto que me salen muy buenas.

—Gracias. ¡Es todo un detalle! —Se inclinó para darle un beso en la mejilla—. No sabía que cocinaras.

—Y no lo hago. Solo cocino tartas de zanahoria. —Sonrió—. ¿Nos marchamos a dar una vuelta? Esta noche te invito yo a cenar.

—Me cambio de ropa en un momento y nos vamos.

La visita de Aidan había sido el revulsivo que Zoe necesitaba para salir de la apatía. Ya hacía tres meses que residía en Cincinnati y ni siquiera conocía los lugares turísticos de la ciudad porque el único trayecto que hacía era el que había entre las oficinas del *Cincinnati Enquirer* y su casa de alquiler —diez minutos en su Honda Scoopy—, o los que tenía que recorrer cuando debía acudir a algún lugar de la ciudad para cubrir una noticia.

Aidan se había presentado en Cincinnati para pasar unos días con ella. Continuaba trabajando en Arkansas, en ese proyecto de la infraestructura ferroviaria que ya estaba a punto de concluir, aunque ya le había salido otro empleo similar allí mismo, en Cincinnati. Fueron las mejores noticias que Zoe habría podido recibir. Además, en esta ocasión había venido solo, no se había traído a ninguno de sus ligues.

Aquel era su segundo día allí. En el anterior habían dado un larguísimo paseo a lo largo de la ribera del río Ohio, y esa tarde les apeteció descubrir el centro de la ciudad hasta que se hiciese la hora de regresar a casa.

Charlaron sobre su madre mientras pasaban por Fountain Square. Carol se encontraba bastante bien de salud. Hacía un mes que había abandonado el centro con resultados óptimos, aunque salir de la burbuja protectora para volver a reintegrarse en

la sociedad iba a ser el periodo más duro de todo el proceso. Gracias a Dios, estaba encarando la segunda oportunidad que le había dado la vida con una fortaleza que Zoe jamás había visto en ella. Vivía en un apartamento tutelado junto a otras dos mujeres con las que había estado internada en la clínica, y había encontrado un trabajo como empleada de hogar que le permitía costearse sus gastos. Zoe la visitaba tanto como podía. Desde que había dejado el alcohol era una persona diferente, una mujer más centrada y alegre, con metas en la vida, que daba cariño y se dejaba querer. Aun así, ella nunca dejaba de estar alerta, siempre pendiente de que no se produjese una recaída.

El día anterior, ya le había expresado a Aidan el deseo manifiesto de Carol de volver a verle. Sabía que era un tema que lo violentaba. A causa del alcoholismo, Carol había hecho mucho daño a muchas personas que no se lo merecían. No obstante, Aidan no cerró todas las puertas a una futura y posible reconciliación.

Se quedaron mirando la fuente de El genio del agua, una escultura de bronce de trece metros de altura que representaba a una hermosa heroína que derramaba lluvia simbólica a través de sus dedos extendidos. Por su belleza, era una de las atracciones más visitadas de la zona.

—Ahora cuéntame como te sientes hoy al ser una de las galardonadas de la Fundación Scripps Howard.

—¿En serio quieres que vuelva a hablar de eso?

—Claro que sí. Se te nota en la cara que lo estás deseando.

Zoe sonrió y, a continuación, inspiró una bocanada de aire mientras observaba con fascinación el maravilloso salto de agua. La noticia de su galardón le había llegado el día anterior, cuando la Fundación se puso en contacto con ella para comunicárselo personalmente. Todos los años, la Fundación Scripps Howard, que tenía su sede en Cincinnati, proponía los premios nacionales al periodismo estadounidense que estaban repartidos en diecisiete categorías, y Zoe había sido premiada en la de periodismo de investigación por la gran labor que había desempeñado en el caso de Industrias farmacéuticas Ducantis. Los veinticinco mil dólares le iban a venir de maravilla aunque valoraba mucho más el prestigio que le otorgaría el premio que el dinero.

No podía sentirse más orgullosa.

Le habían comunicado que la ceremonia de entrega de galardones tendría lugar el próximo sábado en la sede de la Fundación y Zoe le había pedido a Aidan que la acompañase a pesar de que a él no le gustaban esa clase de eventos. Como no le había dado una respuesta afirmativa, ahora volvió a implorárselo.

—Vendrás conmigo, ¿verdad? No puedes dejarme sola en un día tan importante. No te lo pediría si tuviese a alguien más a quien recurrir.

—¿Y qué me dices de él?

—¿De quién?

—Vamos, no te hagas la tonta. Sabes perfectamente a quién me refiero, no haces

otra cosa que pensar en él.

A Zoe se le apagó la sonrisa.

—¿Qué te hace suponer que estaría dispuesto a acompañarme? Lo más probable es que ya se haya olvidado de mí.

—A lo mejor deberías telefonarle o ir a Cleveland para comprobarlo. —Ella no dijo nada—. Estás sufriendo.

—No estoy sufriendo. —Negó tozuda.

—Claro que sí. Nunca te había visto pasarlo tan mal por un tío.

—Estás exagerando.

—¿Eso crees? —Aidan cabeceó—. Te conozco perfectamente, hermanita, y estás funcionando a medio gas desde que te mudaste aquí.

—Intento adaptarme a una nueva ciudad —protestó—. Yo no soy como tú.

—Intentas adaptarte a estar sin él. —La corrigió—. Y no puedes, a menos que zanjés la historia de una vez.

Zoe se mordió los labios y luego fue a decir algo con lo que rebatirle, pero prefirió callar. Aidan estaba al tanto de todo lo acontecido entre Nick y ella, no había tenido más remedio que contárselo ya que ni siquiera por teléfono había sido capaz de disimular que estaba hecha una mierda. Así que no tenía sentido contradecirle.

—Me dijo que le diera tiempo.

—Tú nunca te has sentado a esperar a que te caigan las cosas del cielo.

—Esto es diferente porque no depende de mi. Si fuera así, yo... tomaría el primer vuelo hacia Cleveland. Le golpeé donde más podía dolerle, así que debo respetar su decisión. —Zoe se aferró a su brazo y se pegó a él. Había empezado a hacer frío—. Nunca me había enamorado de este modo, me siento como si me hubiesen arrancado un órgano vital, Aidan. Es un asco.

—Lo es. —Aidan le dio un beso en la cabeza.

—Dime que pasará alguna vez.

—Claro que pasará. El tiempo se encargará de ir desgastando lo que sientes y cuando menos te lo esperes aparecerá otro tío en tu vida del que volverás a enamorarte.

—No quiero volver a enamorarme. Estaba pensando en hacer lo que tú.

Aidan arqueó una ceja oscura e incrustó en ella una mirada de auténtico pavor.

—Ni se te ocurra. —Zoe soltó una lánguida carcajada—. Joder, pensé que hablabas en serio. Me has acojonado. Nunca me tomes como ejemplo de nada, ¿entendido?

—Tampoco exageres. Tienes tus cosas pero, en general, eres un tipo bastante decente. —Sonrió—. Has dicho que me invitarías a cenar. Aquella pizzería de allí tiene muy buena pinta.

Nunca, ni en un millón de años, se le habría pasado por la cabeza que algún día

tendría que acercarse hasta Crystal Rock para investigar un hipotético avistamiento ovni. Una chica adolescente había llamado a la redacción de la revista por la mañana temprano para explicarle que la noche anterior, ella y su grupo de amigos habían visto un conjunto de objetos extraños sobrevolando el cielo. Nick había estado a punto de preguntarle cuánto alcohol había bebido con sus amigos y cuántos porros se habían fumado, pero no podía tirar por tierra la credibilidad de la revista, así que dejó el trabajo que le ocupaba a medias y se dispuso a partir en su flamante Jeep Cherokee. Tenía su anterior coche asegurado a todo riesgo, por lo que en cuanto recibió el dinero del seguro, se compró otro exactamente igual.

No había vuelto a Crystal Rock desde la noche de los hechos, y si no fuera por trabajo, habría dejado pasar mucho más tiempo. Los recuerdos estaban demasiado frescos. Lo concerniente a la farmacéutica estaba olvidado, no se le alteraba el pulso por regresar al lugar del brutal incidente, pero en cuanto a ella, a Zoe... se sentía como si fuera a verla junto a cada árbol que iba dejando atrás en el camino.

Odiaba ese estado de perpetua nostalgia en el que vivía desde que ella se había marchado a Cincinnati. La veía y la buscaba en todos lados, incluso en aquellos en los que nunca habían estado juntos. La echaba tanto de menos...

Qué demonios. Estaba enamorado de ella, y la distancia no había hecho más que acentuar sus sentimientos.

Lo notaba desde hacía días. Conocía bien esa sensación, como si el flujo sanguíneo circulara más deprisa. Le ocurría eso cuando estaba preparado para tomar decisiones importantes en su vida. Ya no sentía los rasguños sobre sus viejas cicatrices.

En un principio no pensaba ir a la cabaña, pero como le pillaba de paso y le sobraba tiempo, resolvió que haría una parada para prepararse un café y ver cómo se sentía cuando cada rincón de la casa le recordase a ella.

Se encontró con la Dodge Ram de su padre aparcada junto al camino de entrada. Le extrañó que estuviese allí un miércoles a media mañana, él que siempre alardeaba de pasar más horas en su despacho que las que pasaban sus empleados en sus respectivos puestos de trabajo. Estacionó detrás y subió los escalones de la entrada. El primer fognazo le sacudió allí mismo, en el porche. Él la tomaba por detrás y hundía el rostro en su cabello para inspirar ese fragante aroma mientras la rodeaba entre sus brazos.

Expelió el aire y metió la llave en la nueva cerradura.

Harrison no estaba en el salón, lo mismo había ido a dar una vuelta por los alrededores. Segundo fognazo. Los dos apurando la botella de vino tras la cena, charlando como si se les agotase el tiempo y mirándose como si quisiesen devorarse el uno al otro.

Escuchó un sonido que rompió el hilo de sus recuerdos.

—¿Papá?

Se digirió al interior de la casa. La puerta del dormitorio principal estaba abierta

de par en par y, al asomar la cabeza, lo que vio le dejó tan petrificado que no acertó a dar media vuelta.

Harrison y Miranda, la dueña de la cafetería a la que tanto le gustaba acudir, estaban metidos en la cama. Por la postura y los movimientos de ambos —los dos de lado, su padre moviendo las caderas desde atrás—, dedujo que les había sorprendido en plena faena. Menos mal que era octubre, que hacía frío, y que se habían tapado con una manta. No habría soportado verles desnudos mientras echaban un polvo.

—¡Joder, hijo! ¿Qué diablos estás haciendo aquí?

Nick apartó la vista cuando Harrison hizo ademán de incorporarse. Miranda se tapó hasta la cabeza.

—Eso mismo me preguntaba yo, pero ya he salido de dudas. —Ahogó una carcajada—. Siento haberos interrumpido, voy un momento a la cocina y me marcho enseguida. —Cerró la puerta a sus espaldas, aunque como les había cortado el rollo supuso que ya no estaban por la labor de retomarlo.

No le hizo falta prepararse café, ya estaba hecho. Se sirvió en una taza y lo cortó con leche y con dos cucharadas de azúcar. Harrison apareció por la cocina abrochándose el cinturón de una vieja bata.

—No me has contestado. ¿Qué haces en Crystal Rock?

—Trabajo. —Nick le lanzó una mirada irónica—. Ahora comprendo por qué lo tuyo con Courtney terminó de un modo tan repentino, ¿no papá? Ya decía yo que últimamente se te escapaba el nombre de Miranda en casi todas tus conversaciones, por no mencionar que te pasas todo el tiempo libre metido en su cafetería.

—No me pinches, hijo, que ya sé por dónde vas. Sírveme una taza, vamos.

—¿Por dónde voy? —Le sirvió un solo, como a él le gustaba. Las cejas de Harrison se juntaron—. Venga, no te sulfures. No pasa nada porque te hayas encoñado. A todos nos sucede tarde o temprano, aunque yo casi que te había dado por perdido.

—No dices más que gilipolleces, ¿es que esta mañana te has caído de la cama y te has dado un golpe en la cabeza? —Bajó el tono de voz, era evidente que no quería que Miranda le escuchase decir aquello—. Te dije que no te dejaras atrapar por esa tal Zoe, desde que estás enamorado no sueltas más que sandeces. —Nick se echó a reír con ganas mientras Harrison continuaba esforzándose por negarlo todo—. Charlamos y echamos un polvo de vez en cuando, eso es todo.

A Harrison le cambió el color de la cara cuando Miranda se reunió con ellos en la cocina. Se había vestido con vaqueros y un jersey grueso de lana. Miró a su padre con gesto amoroso y él le dio un beso en los labios. Al viejo Rayner, nunca jamás le habían brillado los ojos de un modo tan especial mientras contemplaba a una mujer. A ella le brillaron del mismo modo.

De todas las novias que había tenido aquella era con la que, en opinión de Nick, más compatibilizaba. Era una mujer natural, humilde, agradable y económicamente independiente. Y cocinaba de maravilla. Ojalá y las emociones que notó fluctuar

entre los dos llegasen a consolidarse. Ya era hora de que sentase la cabeza y se dejara de chicas jóvenes y superficiales a las que no podía seguirles el ritmo.

—Siento la intrusión, Miranda. —Se disculpó Nick—. No tenía ni idea de que mi padre y tú estábais juntos.

—No te preocupes. Tarde o temprano tenías que enterarte aunque no haya sido del modo más elegante. ¿Qué os parece si os preparo unas tortitas con chocolate? A los dos os gusta el chocolate, ¿verdad?

—Me encanta, pero he de marcharme. —Apuró el café y consultó su reloj de pulsera—. Me esperan para realizar una entrevista. Me ha encantado volver a verte, Miranda. Papá... —Le dio un apretón en el hombro y le guiñó un ojo. Harrison masculló algo por lo bajo.

Estaba claro que negaría sus sentimientos hasta el final, aunque de ese modo, él tendría un tema con el que divertirse a su costa.

Aquella misma noche, encontró un sobre en el buzón de su casa. Era la invitación que le llegaba todos los años procedente de la Fundación Scripps Howard. Solo había asistido una sola vez a la gala y fue cuando recibió el galardón al mejor periodismo de investigación hacía cinco años, cuando trabajaba para el *Chicago Tribune*.

Entró en la casa, soltó el abrigo en el sofá y se dirigió a la cocina con la intención de telefonar a su restaurante preferido de comida española. Tenía todos los teléfonos apuntados en un trozo de papel que sujetaba al frigorífico con un imán. Tras hacer el pedido, recuperó el sobre con la invitación y lo abrió para ver quiénes habían sido los premiados ese año.

Hubo de leer su nombre y apellido reiteradas veces para asegurarse de que no estaba alucinando.

—Zoe...

Se le escapó su nombre en susurros y la emoción le golpeó el corazón. Había sido galardonada en la categoría de periodismo de investigación, suponía que por su impresionante labor informativa en el caso Ducantis.

Leyó el texto que se había saltado, pues había ido directamente a conocer las identidades de los premiados, y comprobó que la ceremonia de entrega de galardones tendría lugar ese mismo sábado en Cincinnati, en la sede de la Fundación.

Se le formó una sonrisa, la emoción continuaba golpeándole el pecho. Se alegraba mucho por Zoe, no conocía a nadie que mereciese ese premio más que ella.

Había un teléfono resaltado en negrita al que llamar para que los invitados confirmasen o no su asistencia. Nick agarró el móvil y lo marcó.

La sede de la Fundación se encontraba en el Scripps Center, uno de los rascacielos más emblemáticos de Cincinnati. Colgada del brazo de Aidan, al que finalmente había convencido para que la acompañase, Zoe sintió que la devoraban los nervios mientras ascendían hasta la planta veintiocho.

La sala donde se llevaba a cabo la ceremonia tenía capacidad para cien invitados. En uno de los extremos se encontraba el escenario al que se accedía por una pequeña escalinata. De los lados pendían cortinas de color ocre que encuadraban una gigantesca pantalla de video y las mesas se distribuían al frente. Eran redondas, con capacidad para seis personas y estaban decoradas con motivos florales. En las superficies también había bebidas y pequeños carteles con los nombres de los comensales.

Los invitados fueron ocupando sus asientos. Su mesa estaba situada en la parte derecha, muy cerca del escenario y de la puerta de acceso al salón. Charlaba cordialmente con sus compañeros de mesa cuando, entre el goteo intermitente de las últimas personas en llegar, Zoe le vio aparecer.

Y el corazón se le paró cuando sus miradas se atrajeron como dos imanes desde la distancia que les separaba. La copa que Zoe sostenía se quedó a medio camino de sus labios y él detuvo sus pasos mientras los demás invitados le iban adelantando. El único movimiento que se produjo en ella fue el sutil movimiento de un pestañeo. Él ni siquiera pudo respirar. Era como si hubiesen quedado atrapados en una burbuja donde no había cabida para nada ni para nadie más. Estaba guapísimo y muy elegante con el traje de corbata, no entendía por qué nunca quería vestirse de etiqueta. Tras el impacto inicial, el corazón le latió como un tambor y las piernas se le tensaron como si quisiesen salir corriendo hacia él.

«A lo mejor no está aquí por ti».

Esa fue la única razón que la frenó.

A Nick no le quedó más remedio que moverse cuando el maestro de ceremonias tomó posesión del escenario. Descendió los últimos escalones y se dirigió a su mesa, que estaba dos filas por detrás de la que ocupaba Zoe. Saludó con cordialidad a sus compañeros y ocupó su sitio. La buscó con la mirada. Una tempestad de emociones lo sacudió cuando ella miró por encima de su hombro para encontrarse con él.

Estaba preciosa. Había escogido un elegante vestido negro con un toque conservador, para no desentonar con la sobriedad de la ceremonia, y se había hecho un recogido en el cabello que caía sobre su hombro izquierdo. A su lado se sentaba un tipo atractivo que hablaba con ella con mucha confianza, por lo que descartó que acabase de conocerle.

¿Sería su acompañante? ¿Habría conocido a alguien especial en esos tres meses? Ya había tenido en cuenta que existiese esa posibilidad y se sintió enfermar. Hubo de aflojarse el nudo de la corbata para que la saliva le pasase por la garganta. Ya no pudo concentrar su atención en nada que no fuese ella y el modo en que se relacionaba con su acompañante. No vio besos ni miradas amorosas entre los dos, pero sí vio gestos afectuosos que le removieron una emoción añeja y ya olvidada. Los celos le revolviéron las entrañas.

La velada seguía su curso aunque Nick apenas se estaba enterando de lo que acontecía en el escenario. Pero llegó el turno de Zoe, alguien la nombró por el

micrófono, y ella se levantó de su silla al tiempo que recibía un fuerte abrazo de su acompañante y un aplauso de reconocimiento por parte de los presentes. Mientras se arreglaba con sutileza la falda del vestido, sus ojos del color del chocolate puro le dedicaron una mirada tímida, con un punto de fervor que a Nick se le clavó en el pecho. Luego echó a andar sobre sus altos tacones para tomar posesión el escenario y del trofeo de color negro en forma de pirámide que recibió de manos de uno de los ganadores del año anterior en su misma categoría.

—Yo... —Acercó los labios pintados de rojo al micrófono—. Cuando me notificaron que había sido galardonada con este prestigioso premio me emocioné tanto que me puse a llorar como una niña pequeña. No me lo esperaba —comentó con humildad—. Mi labor de investigación sobre la farmacéutica Ducantis llegó por casualidad en el momento en que mi carrera más lo necesitaba y me volqué tanto en ella que faltó muy poco para que hoy fuera otra persona la que recogiera el premio en mi nombre. —Bromeó un poco, con la mirada vagando por los presentes. La detuvo en Nick. Tenía los cinco sentidos puestos en ella—. Quiero agradecer este reconocimiento a la Fundación, pero también quiero agradecerse al periodista Nick Rayner, que esta noche se encuentra entre los asistentes. Siento que este premio es tan suyo como mío. —Un nudo de emoción le apretó la garganta y notó que ya no podría decir mucho más—. Gracias a todos.

Se retiró dos pasos del micrófono mientras recibía los aplausos con la mejor de sus sonrisas.

—Has estado fantástica. —La felicitó Aidan nada más regresar a su mesa—. Así que, ¿él está aquí? ¿Ha venido?

—Ha venido —asintió.

Aidan barrió la sala con una mirada exploradora y le reconoció. Supo que aquel tipo que lo observaba con ceño era Nick Rayner, a pesar de que las fotografías que había visto de él siempre lo retrataban con una expresión amable.

—Pues creo que deberías aclararle tan pronto como te sea posible que yo no soy tu chico. —Le dijo, cerca del oído.

El acto no se alargó excesivamente. Finalizó una hora después de que comenzara y se informó a los asistentes de que la cena se serviría antes de una hora. Algunos aprovecharon para ir a los aseos, para salir a fumar al exterior o para charlar con el resto de invitados.

Aidan decidió marcharse.

—Ya no pinto nada aquí. Ahora sal corriendo hacia él, que es lo que estás deseando. —Le dio un beso en la mejilla—. Ya me lo presentarás en otro momento.

Y no exageraba. Zoe no podía soportar durante más tiempo la tensa espera. Se puso en pie y le buscó a través del ajetreo de saludos y felicitaciones que gobernaba la sala. Le encontró charlando amigablemente con el redactor jefe del *The Cincinnati Post*. Esperó, cargando el peso de un pie a otro, y cuando volvió a quedarse solo Zoe cruzó la distancia con demasiada celeridad. Sus ojos azules se posaron en ella, la

intensidad de su mirada ralentizó sus pasos y le secó la boca. Se detuvo a un metro de él, cuando ya nadie se interponía entre los dos.

—Felicidades, Zoe. Me siento muy orgulloso de ti. —Zoe adoró esos hoyuelos que se le formaban bajo la barba—. Muy honrado por tus palabras. —Se llevó la mano al pecho, donde estaba el corazón.

—Has venido...

—Cuando supe que habías sido premiada... bueno, no podía perdérmelo. Tenía que verlo con mis propios ojos.

Zoe apretó las manos sobre su bolso. No sabía qué hacer con tantas emociones contenidas. Él dio un paso al frente y ella dio otro, vacilante y tembloroso. Alguien que pasaba por su lado la felicitó y ella correspondió amable, pero enseguida centró toda su atención en Nick. Él tomó la iniciativa. Colocó la mano en su rostro y le dio un beso en la mejilla. Ella cerró los ojos para sentir la deliciosa presión que ejercieron sus labios. Al separarse, se observaron con miradas que traspasaban la piel.

—¿Sa-salimos al vestíbulo? —sugirió ella. Allí había demasiada gente, demasiados murmullos que la desconcentraban.

—Claro.

Entraron en el área de descanso, donde hallaron algo más de intimidad. Se detuvieron junto a una enorme cristalera desde la que se contemplaba una vista fascinante de la ciudad al anochecer.

—Estás preciosa, Zoe. Te sienta bien la vida en Cincinnati.

—Y tú... Tú estás muy guapo, Nick —dijo con pasión en la voz.

—¿En serio? ¿Te gusta este traje?

—Me encanta. —Alzó la mano y retiró una diminuta pelusilla de su hombro—. Estoy bien aquí pero... —Se mordió el labio—. Echo de menos muchas cosas de Cleveland.

No quería pillarse los dedos realizando confesiones demasiado íntimas. No sabía si Nick estaba allí con alguna otra intención además de presenciar cómo recogía su galardón.

—¿Quién era él?

—¿Mi acompañante? —Nick asintió—. Mi hermano Aidan, ha tenido que marcharse.

Nick suspiró casi exageradamente, no se contuvo en mostrar su alivio. Tampoco se contuvo más en la necesidad de tocarla. Le tomó las manos y enlazó los dedos. Los de ella estaban fríos como el hielo. Nick dio un paso adelante, la puntera de sus zapatos rozó los de Zoe.

—Verás, me había preparado un discurso para soltártelo en el caso de que hubieses conocido a algún tío con el que pensases ir en serio.

—¿Y qué decía?

—Un montón de tonterías. Básicamente, me vendía a mi mismo como tu mejor opción. No has conocido a nadie, ¿verdad?

Ella negó. Por primera vez en toda la noche, se le curvaron las comisuras de los labios sin tener que forzar la sonrisa.

—Luego tenía otro preparado, por si se daba el caso de que me mandases a tomar viento. Tampoco piensas hacerlo, ¿no?

Ella negó con vigor. Los labios se le curvaron un poco más.

—Pero también me gustaría conocer el contenido.

—Me arrastraba como un gusano.

Zoe soltó una sugerente carcajada. Sus delgados dedos se apretaron en torno a los de él.

—Y, por último, había ideado el plan C, que es el que más me gusta de los tres.

—¿Y qué dice el plan C?

—Pues dice... —Nick apretó la mandíbula y frunció el ceño. Su mirada se perdió en las luces nocturnas que brillaban en la oscuridad de la ciudad. Zoe nunca le había visto tan nervioso, ni siquiera cuando los matones de Ducantis les obligaron a salir de la cabaña de Crystal Rock a punta de pistola. Se aclaró la garganta y se aflojó un poco más el nudo de la corbata antes de regresar su atención a ella—. Decía muchas cosas pero se me han olvidado todas, así que improvisaré.

—De acuerdo.

Nick alzó sus manos y le besó la punta de los dedos.

—La última vez que nos vimos te dije que te quería, ¿recuerdas? —Zoe asintió—. Pues te mentí, porque quererte era un término que se quedaba demasiado corto para explicar lo que estaba sintiendo por ti. Me enamoraste en dos semanas, Zoe, quizás en menos tiempo, y sentí tanto miedo que reaccioné como un idiota.

—Nunca te vi reaccionar como un idiota, Nick. —Negó ella—. Te fallé.

—Fui demasiado exigente contigo cuando apenas nos conocíamos. No tenía derecho a pedirte que confiaras ciegamente en mí cuando meses atrás fui yo quien se encargó de sentar las bases de tu desconfianza.

—Sí que tenías derecho. Porque me amabas. —Zoe acopló las manos a ambos lados de su rostro y le acarició las hirsutas mejillas—. Y yo te amaba a ti. No fuiste el único que sintió un miedo atroz.

A Zoe se le expandió el corazón mientras se perdía en esa mirada tan azul.

—¿Por qué demonios hablamos en pasado? —Afianzó las manos en el contorno de su cintura y la notó un poco más delgada. Él también había perdido unos cuantos kilos por el jodido mal de amores—. Te amo como un loco, Zoe, y a menos que quieras regresar conmigo a Cleveland para volver a seguirle la pista a los marcianitos, haré la maleta y me mudaré a Cincinnati. —Le besó la punta de la nariz y luego depositó sendos y sugerentes besos en las comisuras de sus labios, que se entreabrieron. En sus ojos castaños se estaba produciendo una explosión de alegría—. No te emociones tanto, cariño, a lo mejor tienes que mantenerme durante algún tiempo, a no ser que a Craig le parezca bien que trabaje desde aquí. —Bromeó.

—Cállate, Nick.

Le rodeó el cuello con los brazos y aplastó los labios contra los de él. Poco les importó que el vestíbulo fuera el tránsito de los que salían de la sala o entraban en ella. El pudor no era suficiente para detener aquella avalancha de sentimientos.

No se podían recuperar tres meses perdidos en apenas unos minutos, pero se besaron como si no hubiese un mañana. Al separarse, parte de su barra de labios había ido a parar a los labios de Nick. Zoe se los limpió con la yema de los dedos.

—Yo también te amo, Nick Rayner. No te lo había dicho en presente —sonrió. Él la mecía entre sus brazos.

—¿Estamos obligados a hacer acto de presencia en la cena?

—Por desgracia sí, pero comeremos pronto y nos marcharemos rápido.

—El hotel donde me hospedo está a la vuelta de la esquina.

Zoe terminó de retirarle el color rojo pero no pudo resistir el impulso de volver a besarle. Los invitados volvían a desfilar hacia el interior de la sala. La cena estaba a punto de servirse.

Se tomaron de la mano y entraron a la sala.

—A propósito, ¿de qué hablabas hace un rato con el redactor jefe del *The Cincinnati Post*? ¿Le conoces? —le preguntó Zoe.

—Solo de oídas. Como me nombraste en el discurso se acercó a saludarme. Me ha entregado su tarjeta y me ha tentado con un puesto en la sección de sucesos.

Zoe abrió la boca de par en par y, a continuación, le dio un suave manotazo en el hombro.

—¿Y me lo dices ahora?

—¿Perdona? Iba a contártelo cuando me mandaste callar y me tapaste la boca con la tuya. —Sonrió—. ¿Verdad que sería estupendo que trabajásemos para los periódicos de la competencia?

—No me pongas ningún caramelo en la boca.

Epílogo

Peebles, Condado de Adams, Ohio. Dos meses después. 22:30 de la noche.

Puso la calefacción del Jeep Cherokee a la máxima potencia pero hasta que el motor no entró en calor, ella se estuvo frotando las manos enguantadas. Ni siquiera se retiró la bufanda que le cubría hasta la punta de la nariz. Era principios de Diciembre y hacía un frío que pelaba, más todavía en las vastas llanuras de Peebles, donde el viento no encontraba ningún obstáculo que lo frenase.

—Al menos no ha nevado como nos dijo la señora Roberts —comentó Nick.

—¿Te imaginas que nos hubiesemos quedado incomunicados en Peebles por una gran nevada?

—No habría estado tan mal. Nos habríamos hospedado en su motel y por la mañana habríamos construido un muñeco de nieve. —Bromeó—. ¿O acaso te da miedo dormir allí? La señora Roberts ya no ve a su difunto esposo desde que dejó de tomar GHB.

—Prefiero regresar a casa, nuestra cama es mucho más cómoda. —Puso la radio. La emisora que seleccionó estaba emitiendo un canción de Al Green, *I'm so tired of being alone*.

Se miraron y sonrieron. Esa canción les traía un montón de buenos recuerdos. Tararearon la letra mientras el vehículo se desplazaba por la oscura y solitaria carretera del condado que unía Peebles con la autopista hacia Cincinnati. Los faros apenas iluminaban los bosques colindantes, pero eran tan espesos que incluso se apreciaban más negros que el cielo.

Había sido un gran día. Meses atrás, cuando la policía se personó en el pueblo y los vecinos conocieron que estaban siendo drogados y tratados con un fármaco experimental que les suministraba su doctora, se sintieron escandalizados. Tanta fue su gratitud hacia los periodistas que lo habían sacado todo a la luz, que los vecinos se pusieron de acuerdo en realizar un festejo con el que honrarles. Melinda Roberts fue quien llevó la voz cantante, y quien se puso en contacto con ellos para invitarles a Peebles.

Lo organizaron todo en el salón de actos del ayuntamiento. Hubo disculpas de Eleonor Matusow y de Lisa —que ya no lucía ojeras—, por el modo en que le habían hablado a Zoe por teléfono; pero también hubo comida, música y hasta regalos. Más pastas caseras de la señora Matusow, un pastel de chocolate de Lisa y un par de botellas de vino de Frank el camionero. La señora Roberts les regaló un jersey de lana para Zoe y una bufanda de colores muy masculinos para Nick. Menos mal, porque todo lo que él le había visto tejer durante los días que estuvo en el pueblo era con colores pastel.

Qué sonrisa tan dulce se le había formado a la hospedera cuando supo que estaban juntos y enamorados.

—¡Os lo dije! Yo nunca me equivoco con los temas del corazón. —Les había dicho—. Hacéis una pareja tan bonita...

Nick acopló la mano sobre el muslo de Zoe y la cubrió con la suya. Guardar la compostura y las formas delante de todo el mundo durante un día entero había sido un ejercicio de autocontrol que les había triplicado el deseo de llegar a casa. Aunque llegarían tarde, aunque los despertadores sonarían demasiado temprano por la mañana, harían el amor hasta quedar extenuados.

Zoe le miró, Nick le devolvió la mirada y sus manos se apretaron un poco más. Ella nunca imaginó que pudiera amarse tanto y él jamás pensó que volvería a enamorarse con esa intensidad tan arrebatadora. Qué demonios, a Leah nunca la había querido así. Junto a Zoe había descubierto un nuevo concepto de lo que era el amor. Libre, puro, generoso, sin límites ni condiciones. Cada día aprendía algo nuevo junto a ella, en ese pequeño apartamento que compartían en Washington park.

Menuda suerte la suya. Tenía a Zoe y también tenía un trabajo que le colmaba de satisfacciones. Por lo visto, el incidente con el senador ya debía de haber pasado de moda, porque el redactor jefe del *The Cincinnati Post* volvió a ponerse en contacto con él a los pocos días de la gala de premios para volver a tentarle con su oferta. Al día siguiente estaba firmando un contrato con el periódico y Nick regresó a la sección de sucesos con las energías renovadas.

Esos dos últimos meses habían sido los mejores de su vida.

De repente, el dial de la radio comenzó a sufrir interferencias y la voz de Al Green saltó de una emisora a otra. Zoe trató de regularla con escaso éxito.

—Parece que nos hemos quedado sin cobertura —comentó Nick.

Lo sorprendente fue que la radio se apagase sola y que el motor del Jeep empezara a renquear como si el combustible no le llegara al motor.

—¿Qué diablos...? —Nick frunció el ceño.

—¿Nos hemos quedado sin batería?

Zoe no quería alarmarse, pero lo hizo cuando los faros dejaron de brillar y el coche se detuvo en medio de la desértica y tenebrosa carretera. Nick intentó arrancar el motor pero no respondía.

—No es posible que sea la batería, ¡pero si apenas tiene rodaje!

—Llamaremos al seguro.

Zoe tomó el móvil del interior de su bolso, pero se quedó con la boca abierta cuando descubrió que su móvil estaba «frito», ni siquiera pudo encenderlo.

—¿Qué está pasando aquí? —inquirió con extrañeza.

Algo en el exterior había captado la atención de Nick, porque se había inclinado hacia delante para observar el cielo nocturno a través del parabrisas delantero. Zoe buscó la fuente de su interés y lo que vio le puso el vello de punta.

Una luz muy potente se encontraba tan solo a unos ciento cincuenta metros del

Jeep. Tenía una forma alargada, como de cigarrillo. Un segundo después, aquello descendió y se colocó justo enfrente. ¡Era enorme! Zoe se agarró al brazo de Nick, muerta de miedo. El «cigarrillo» estaba formado por unos haces de luz transparentes y en su interior se distinguían tres círculos muy luminosos. Estuvieron contemplando la «aparición» durante un buen rato, absortos y embelesados, sin capacidad de reacción, hasta que el aparato aceleró y se perdió en el cielo a una velocidad que contravenía todas las leyes de la física.

Bastante aturdido, Nick probó a arrancar el coche y el motor funcionó sin problemas. Encendió la radio, *I'm so tired of being alone* continuaba sonando sin interferencias. Zoe todavía se aferraba a su brazo. Nick la miró. Estaba pálida, impresionada y asustada. Él no podía verse la cara, pero seguro que también reflejaba todas esas emociones.

—Santo Dios, Nick... —Zoe tragó saliva—. ¿Has visto lo mismo que yo he visto?

—No tendría los pelos como escarpas si hubiese visto otra cosa. —Buscó en el cielo, pero ya no había ni rastro de puntos luminosos. Era una noche sin estrellas—. Joder, Zoe, esto acaba de minar seriamente mi escepticismo. ¿Será posible que esos tres pirados tuviesen razón? —Nick agarró su móvil y comprobó que funcionaba. Tecleó a un ritmo frenético.

—¿A quién llamas?

—A Craig. Se va a morir de la envidia.



MAR CARRIÓN (Albacete, Castilla la Mancha, España, 14 de junio de 1974). María del Mar Carrión Villar se licenció en Derecho en la universidad y trabajó como contable.

En 2008 su novela *Bajo el cielo de Montana* fue la ganadora del III Premio Terciopelo de Novela Romántica, tras lo que ha continuado publicando novelas románticas. Su cuento *Mary cambia su destino* fue el ganador del Premio de Relato Corto Harlequín Ibérica 2011. Con su novela *Trampas de seda* obtuvo dos premios Dama: a la mejor novela romántica de suspense y a la mejor autora. Con la novela *Arenas movedizas* obtuvo un premio Dama a la mejor novela contemporánea.